

Volumen 5

CUBA

MUJERES –ARTÍCULOS VARIOS LETRAS, EDUCACIÓN, PINTURA Y MÚSICA- EN CASA

Pág.

ÍNDICE

MUJERES

El alma cubana. Patria 30 abril 1892	15
De las damas cubanas. Patria 7 mayo 1892	16
La señora Juana Varona de Quesada. Patria 28 enero 1893	17
Los cubanos de Filadelfia. La Visita del Delegado. Patria 29 abril 1893	17
El álbum de Clemencia Gómez. Patria 29 abril 1893	20
Mariana Maceo. Patria 12 diciembre 1893	25
La madre de los Maceo. Patria 6 enero 1894	26
La mujer santa. Patria 5 abril 1894	27
Tres madres. Patria 11 mayo 1894	28
Dos cubanas. Del diario de un viaje reciente. Patria 14 julio 1894	33
La hija de un bueno. Libertad Menéndez. Patria 10 noviembre 1894	35
La orden de amparo. Patria 24 noviembre 1894	36

CLUBS

Clubs nuevos. Patria 14 marzo 1892	41
“Independientes de Cubanacán”. Patria. 19 marzo 1892	41
Club político de Ocala. Patria 3 abril 1892	42
El Club de Nueva Orleáns. Patria 3 abril 1892	43
El Club “Borinquen” y Betances. Patria 4 junio 1892	43
El Club nuevo “Güira de Melena”. Patria 19 agosto 1393	46

PUBLICACIONES

“La Igualdad”. Patria 16 abril 1892	49
“La Fraternidad”. Patria 21 mayo 1892	50
“La Revista de Florida. Patria 28 mayo 1892	50
“Patria”. Patria 11 junio 1892	52
Nuestros periódicos. Patria 11 junio 1892	53
“El Radical”. Patria 28 enero 1893	54
Nuestro “Yara”. Patria 15 septiembre 1894	54
“La Verdad”. Patria 17 noviembre 1894	55

MISCELÁNEA

El baile de la Sociedad de Beneficencia Hispano-americana. Patria 14 enero 1893	61
Más de las casas nuevas. Patria 10 abril 1893	68
El Domingo para la Patria. Los tabaqueros de la casa O'Hallorans. Patria 10 abril 1893	69
La alarma de autonomía. Patria 16 abril 1893	69
Todo es posible. Patria 16 abril 1893	71
Los cubanos de Atlanta. Patria 8 mayo 1893	72
En el Cayo querido. Patria 16 febrero 1894	73
En Nueva York. Patria 7 julio 1894	75

LETRAS

Alfredo Torroella 28 febrero 1879	83
A José Joaquín Palma. Honduras 1882	93
El libro de un cubano. La América, Nueva York marzo 1883	96
“Cuentos de Hoy y de Mañana” de Rafael de Castro Palomino. Prólogo de Martí.	101
“Cuentos de Hoy y de Mañana” por Rafael de Castro Palomino. Artículo sobre la obra. La América octubre 1883	109
“Estudios Críticos” por Rafael M. Merchán. La Estrella de Panamá 9 junio 1887	115
“El poeta anónimo de Polonia”, Enrique José Varona. El Economista Americano, Nueva York agosto 1887	116
“El 27 de Noviembre”, Fermín Valdés Domínguez. El Economista Americano, Nueva York agosto 1887	117
“Seis Conferencias” por Enrique José Varona. El Economista Americano, Nueva York enero 1888	119
“Mi tío el empleado”, novela de Ramón Meza. El Avisador Cubano, Nueva York .25 abril 1888	125
El prólogo de Ponce de León a su “Historia de la Isla de Cuba”. El Economista Americano, Nueva York junio 1888	129
Heredia. El Economista Americano, Nueva York julio 1888	133
Antonio Bachiller y Morales. El Avisador Hispano-americano, Nueva York 24 enero 1889	143
Carta a Enrique Hernández Miyares. Nueva York 17 marzo enero 1889	153
Antonio Sellén. La Juventud, Nueva York. 1 julio enero 1889	159
José Joaquín Palma. La Juventud, Nueva York 16 agosto enero 1889	160
Heredia. Discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York 30 noviembre enero 1889	165
Carta a Manuel de la Cruz. Nueva York. 3 junio enero 1890	179
Francisco Sellén. El Partido Liberal, México 28 septiembre 1890	181
Francisco Sellén, poeta cubano. La Ofrenda de Oro, Nueva York diciembre 1890	193
Carta a Gonzalo de Quesada. Nueva York. 1892	195
“Ensayos Políticos”. Patria 16 abril 1892	201
“Galería de Colón”. Patria 16 abril 1893	203
“Preludios”. Patria 22 abril 1893	211
Versos verdaderos. Patria 29 abril 1893	213
Augusto de Armas. Patria 19 agosto 1893	217

Julián del Casal. Patria 31 octubre 1893	221
Carta a Enrique Nattes. Nueva York [28 diciembre 1891]	222
Los versos de Nattes. Patria 21 noviembre 1893	224
“Los Poetas de la Guerra”. Prólogo. Nueva York 1893	229
Libro nuevo de José Miguel Macías. Patria.8 septiembre 1894	239
Cirilo Villaverde. Patria 30 octubre 1894	241

EDUCACIÓN

Cartas inéditas de José de la Luz. El Economista Americano, Nueva York marzo 1888	249
Rafael María Mendive. El Porvenir, Nueva York 1 julio 1891	250
Los Lunes de “La Liga”. Paria 26 marzo 1892	252
Julio Rosas. Patria 11 junio 1892	255
El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley. Patria 2 julio 1892	259
Noche hermosa de “La Liga”. Patria 4 noviembre 1893	167
Eusebio Guiteras. Patria 28 diciembre 1893	270
José de la Luz. Patria 17 noviembre 1894	271

PINTURA

El buen Ayala. Patria 21 mayo 1892	279
Juan J. Peoli. Patria .22 julio 1893	280
Joaquín Tejada. Patria 8 diciembre 1894	285

MÚSICA

White. Revista Universal, México mayo 1875	293
El segundo concierto de White. Revista Universal, México 1 junio 1875	296
White. Revista Universal, México junio 1875	299
Espadero. Nueva York 3 marzo 1891	305
Emilio Agramonte. Patria 30 abril 1892	307
Ana Otero. Patria 20 agosto 1892	309
La Escuela de Opera y Oratorio de Emilio Agramonte. Patria 23 septiembre 1893	311

MISCELÁNEA

La velada del Viernes. El Progreso 23 marzo 1879	317
El teatro cubano. Patria 26 marzo 1892	319
“La Liga Antillana”. Patria 28 enero 1893	323
Una orden secreta de africanos. Patria 1 abril 1893	324
El 22 de Marzo de 1873. La Abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Patria 1 abril 1893	325
Los moros en España. Patria 31 octubre 1893	333
España en Melilla. Patria 28 noviembre 1893	335

EN CASA

Marzo 26. Patria 1892	343
Abril 3. Patria 1892	347
Abril 10. Patria 1892	348
Abril 16. Patria 1892	351
Abril 23. Patria 1892	354
Abril 30. Patria 1892	355
Mayo 7. Patria 1892	361
Mayo 14. Patria 1892	363
Mayo 21. Patria 1892	366
Mayo 28. Patria 1892	368
Junio 4. Patria 1892	373
Junio 11. Patria 1892	373
Junio 18. Patria 1892	375
Junio 25. Patria 1892	378
Julio 2. Patria 1892	383
Julio 9. Patria 1892	385
Agosto 13. Patria 1892	389
Agosto 20. Patria 1892	390
Agosto 27. Patria 1892	391
Septiembre 3. Patria 1892	399
Enero 21. Patria 1893	405
Enero 28. Patria 1893	407
Febrero 14. Patria 1893	413
Marzo 24. Patria 1893	417
Enero 6. Patria 1894	421
Marzo 9. Patria 1894	425
Julio 7. Patria 1894	429
Julio 14. Patria 1894	430
Septiembre 8. Patria 1894	435
Septiembre 22. Patria 1894	440
Octubre 2 Patria 1894	445
Noviembre 10. Patria 1894	449
Noviembre 24. Patria 1894	450
Diciembre 1. Patria 1894	455
Diciembre 8. Patria 1894	456
Enero 2. Patria 1895	463
Enero 19. Patria 1895	464
Enero 26. Patria 1895	468

JOSE MARTI

Obras Completas

5

Cuba



Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

ISBN 959-06-0028-X
959-06-0060-3
959-06-0033-6

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.



MARTÍ EN KINGSTON, JAMAICA, OCTUBRE DE 1892

CUBA

MUJERES

*LETRAS, EDUCACION,
PINTURA Y MUSICA*

EN CASA

CUBA

MUJERES

1. EL ALMA CUBANA
2. LAS DAMAS CUBANAS
3. LA SEÑORA JUANA VARONA DE QUESADA
4. LOS CUBANOS DE FILADELFIA.—LA VISITA DEL DELEGADO
5. EL ALBUM DE CLEMENCIA GÓMEZ

EL ALMA CUBANA

Otros propagarán vicios, o los disimularán: a nosotros nos gusta propagar las virtudes. Por lo que se oye y se ve entra en el corazón la confianza o la desconfianza. Quien lee los diarios dominantes de la Habana, creará que todo en la ciudad es pobre de alma, y reparto de robos, y ambición de café, y literatura celestina; pero es preciso leer, con los ojos sagaces, el diario que no se publica, el de la virtud que espera, el de la virtud oscura: las almas, como las tierras de invierno, necesitan que la nieve las cubra, con muerte aparente, para brotar después, a las voces del sol, más enérgicas y primaverales. Quien vive entre hurtos y cohechos; quien no topa con codo que no manche o hieda; quien respira aterrado, con el silencio de la locura, o la exaltación del remordimiento, aquel aire de fórnice; quien no puede comer el pan tranquilo si no se presta a ganarlo con deshonor o empeña al amo su acción de hombre libre; quien ve a la gloria misma, la santa gloria de ayer, subiendo humilde y sonriente la escalera ensangrentada de palacio, acaso crea, en la cólera de la virtud, que toda Cuba es de almas alquilonas, que el cubano se viene al fango como los pollos al maíz, que al cubano le acomoda el freno y la espuela, que no hay gusto para el cubano como el de llevar a la espalda un capitán de Cáceres u Oviedo, que de cuando en cuando deja que el animal se le encabrite, para que vea el mundo la sencillez con que vuelve a meter en paso la montura. ¡Pero ésa no es el alma cubana!

¿Quiere saberse cuál es el alma cubana? Hay allá, en un rincón de la Florida que en manos del Norte no pasó de villorrio, y en las de los cubanos se ha hecho una ciudad, una anciana de buena casa, y de lo más puro de las Villas, que perdió con la guerra su gente y su hogar. Un ápice le queda de su holgura de otros días. Su cuarto pulcro revela

aún, con sus paredes blancas y su vaso de flores, la vida cómoda del tiempo pasado. Por la mañanita fría, con los primeros artesanos sale a las calles, arrebujada en su mantón, la anciana Carolina,¹ camino de su taller, y sube la escalinata de la entrada, y se sienta, hasta que oscurece, a la mesa de su trabajo. Y cuando cobra la semana infeliz, porque poca labor pueden ya hacer manos de setenta años, pone en un sobre unos pesos, para un cubano que está enfermo en Ceuta, y otros en otro sobre, para el cubano a quien tienen en la cárcel de Cuba sin razón, y en el sobre que le queda pone dos pesos más, y se los manda al Club Cubanacán, porque le parece cubano muy bueno el presidente de ese club, y porque ése, Cubanacán, es el nombre que llevó ella cuando la guerra. Con ojos de centinela y entrañas de madre vigila la cubana de setenta años por la libertad; adivina a sus enemigos, sabe donde están todos los cubanos que sufren, sale a trabajar para ellos, en la mañanita fría, arrebujada en su manta de lana. ¡Esa es el alma de Cuba!

Patria, 30 de abril de 1892

2

DE LAS DAMAS CUBANAS

De todas las penas de este mundo cura, y de todas las heridas del bien obrar la estimación de los hombres verdaderamente buenos; pero con ella misma es incompleta la victoria cuando no mueve el corazón de la mujer. El es la medicina: él es el milagro: él es el triunfo. Y *Patria*, que no es vana, pero que vive de la fuerza de su gratitud, no tiene valor para esconder del público la nobilísima, la animosa, la conmovedora carta en que una amiga de pluma de seda cuenta a otra la tristeza de la lluvia del Norte, y la generosidad con que juzgan a *Patria* las damas cubanas. ¡La vida es aún un torneo, y esta carta para el justador la banda hermosa!

La ingenua emoción y el patriotismo triste dan característica belleza al lenguaje literario y puro de esta carta. Pero ni es dable a *Patria* agradecida decir aquí, porque no parezca paga o lisonja, el mérito de quien la celebra con la abundante bondad del alma rica, que puede dar mucho sin empobrecer; ni puede *Patria* dejar de advertir que las cam-

¹ Carolina Rodríguez.

pañas de los pueblos sólo son débiles, cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer; pero cuando la mujer se estremece y ayuda, cuando la mujer, tímida y quieta de su natural, anima y aplaude, cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño—la obra es invencible.

Dice la carta hermosa:²

Patria, 7 de mayo de 1892

3

LA SRA. JUANA VARONA DE QUESADA

Honor es para *Patria*, el que le hace la señora Juana Varona de Quesada, la hermana fidelísima del glorioso Bernabé, al encargarle que, en esta casa donde se admira su virtud, digamos adiós en su nombre a las muchas personas de su amistad.

Va al Cayo, a ver un poco de cielo azul, la ferviente amiga, la hermana ejemplar, la madre constante, la entusiasta patriota. De ella fue la pluma de oro que le premió a Benjamín Guerra su estudio criollo de la Avellaneda. De ella las flores, que traía en sus manos, para la mesa de la Sociedad Literaria, en noches de tempestad. De ella los claveles, bordados en seda, para un poeta que sangra de amor a Cuba, y de dolores bárbaros y callados. Su álbum, es de los mártires; su conversación, de nuestras esperanzas; su sueño, Cuba. Jamás está sin rosas, en su sala leal, el retrato de Bernabé, el hermano adorado. El Cayo escogerá de sus jardines su ramo más fino, y saldrá a recibir a la amiga de los muertos, de la patria, de la virtud, y de las flores.

Patria, 28 de enero de 1893

4

LOS CUBANOS DE FILADELFIA

LA VISITA DEL DELEGADO

Creer es el único modo de adelantar. Y la visita del Delegado a Filadelfia, en respuesta a muy repetido convite de aquellos emigrados, no pudo celebrarse mejor que con la creación de un club de cubanas,

² A continuación hay una larga carta firmada X.

donde la anciana respetable preside el entusiasmo de la juventud, y con el establecimiento de un club más, cuyos propósitos y alcance van todos en su nombre: "La Liga Cubanoamericana de Filadelfia". No tiene el vano aplauso, que cuesta poco y se evapora, valer para los hombres que anhelan, sordos a la tentación del mundo, la libertad de su pueblo. El gran deber, como a una nube, desvanece la persona. Un cubano cordial y previsor, eso sí halaga. El aplauso, es un club nuevo.

Por pocas horas podía el Delegado, cuya salud herida no le obsta a atender a la gran obligación de la hora actual, visitar la emigración filadelfiana, que hoy con fuego nuevo reitera su compromiso; pero el quehacer continuo y útil fue de dos días. Otros cuenten, que *Patria* no puede, las distinciones que recibió de aquellas familias, de aquellos cubanos fervorosos la idea de nuestra independencia en la persona del hombre encargado de ordenar los trabajos de ella. Dígase sólo que Filadelfia mostró cuidado maternal al viajero que, con aquel brío de almas, parecía a poco haber recobrado toda su salud. "La muerte, decía alguien una vez, sería la pérdida de mi fe en la bondad y decoro de mi pueblo; pero mientras mi pueblo aspire a la libertad; sin miedo a los esfuerzos necesarios para conquistarla,—vivo". La salud de quien ama a la patria, está en la patria. La sirven, y se renace. La abandonan, y se muere. Algunos pasan vendados por el mundo., sin conocer, por el entretenimiento del egoísmo, que la patria es nuestra entraña.

En la casa de Marcos Morales aceptó hospitalidad el Delegado, y allí no hubo para él instante sin grata sorpresa, y sin un nuevo deber que cumplir; que no es Filadelfia ciudad donde al cubano se le tenga en poco, ni halla allí nuestra mujer empleo mejor que animar, con su discreto ejemplo y la inspiración de su compañía, las ideas que no están seguras hasta que las mujeres no las aman. Y de seguro no hubo para el Delegado premio mayor a los trabajos del día, que la reunión en la casa bullente, donde, para las funciones sociales de nuestro ideal, y para el tesón y fe en que la mujer nos aventaja, quedó fundado el Club de nuestras mujeres.

Nada perdura sin la gracia. La mujer, de instinto, divisa la verdad, y la precede.

Muy a vuela pluma van estas noticias, más parcas que la realidad y adelantos de hecho de esos dos rápidos días. Bello, como una promesa, era ver, juntos en torno al representante de la idea querida, a aquellos a quienes el grado de fortuna, u otras prácticas, suelen dividir más de lo justo por el mundo. En ver útil a su representante mostraban todos

orgullo. Cuando llegó la noche del miércoles, término de un día de positiva labor, en que se oyó mucho juicio y se confirmó mucha esperanza, los clubs en masa de Filadelfia, con sus afiliados recientes, acudieron, con prisa de cariño, a la junta en pocas horas improvisada. Que el cubano es elocuente, que quiere a su tierra libre, que halla siempre modo ingenioso y nuevo de decirlo, no se ha de repetir aquí, ni fue esa la novedad de la fiesta, sino la emoción de aquellos hombres probados, a lo sentencioso del saludo de Francisco Navarro, presidente de "Ignacio Agramonte",—la oportuna comparación de J. A. Lucena, en buen arranque histórico de la suerte de América a la de su descubridor "que se había utilizado poco de la conquista, y en las posadas no tenía con qué pagar la cuenta",—las palabras pocas y de peso de Marcos Morales, sentado allí entre los obreros numerosos de su fábrica próspera; la cordura con que señaló en la equidad de las costumbres el generoso la dicha de la Isla; la oración tersa en que Cádiz, cubano fiel y joven, vio en el amor la ley de la república, y la condición de éxito de la revolución; y el soberbio estudio de hombres, más que arenga, de un hombre de canas de José González, que con lengua de brío castizo, y rara felicidad, señaló las dificultades de toda obra de construcción, si se empeña en ser pura, y puso su corazón, limpio como pocos, de defensa contra ellas: ¡notable poder el de la oratoria conmovida y natural! A la puerta que abrió el Delegado en su discurso, resumen eficaz y aplicable de los trabajos del Partido y de la situación espontáneamente revolucionaria de la Isla, púsose en pie, a pedir idea clara sobre un punto para él dudoso, el señor Nicolás Betancourt, hombre franco, que ya no halló, en su asiento de miembro de un club, más razón de duda. Y si algo valió la palabra del Delegado, real y agradecida, fue por el claro modo con que señaló nuestro deber histórico de ayuda oportuna, y pacificación de almas, y por la amplitud con que solicitó, insistente, para ejemplo de los que temen a la verdad, cuanta investigación, o pregunta, o aclaración sobre noticias aviesas e insidiosas ocurriesen.—Allí quedó la verdad con más raíz, y más firme, de sí propio, el afecto y el trabajo de aquella emigración; y proclamado, con unión de norteamericanos y cubanos, el club nuevo que ha de ayudar a la independencia de Cuba y Puerto Rico, "de las dos madres infelices", de que hablaba González. Han sido dos días útiles, de creación, de generosidad y de almas.

Patria, 29 de abril de 1893

EL ALBUM DE CLEMENCIA GÓMEZ

En servicio de la Patria, a caballo en el alazán que le prestó un general del país, llegó hace meses un viajero a la puerta de una casa que nunca podrá olvidar, en el rincón, amasado con sangre de independientes, de Montecristi. Antes echó pie a tierra por breves momentos frente a un grande almacén, tan vasto, ordenado y activo como el mejor de las tierras pomposas del comercio: y el niño ágil y esbelto, fino en el traje y maneras, con el genio y virtud en los ojos, clavado a su mesa humilde, aunque parecía ser el alma y confianza de la casa, era sobrio ya como un hombre probado, centelleante como luz presa, discreto como familiar del dolor, el primer hijo de Máximo Gómez: Francisco Gómez, de dieciséis años. A la par de él, niño otra vez el viajero y crecida de pronto la criatura, llegaron, como amigos jurados, a la casa modesta: alrededor de la madre bondadosa, a quien la prueba sublime de la guerra dio la augusta sencillez que señala a los que han vivido largo tiempo en el heroísmo, se agrupaban como recién nacidos de ella, los hijos amorosos: las manos eran calor, las miradas bienvenida, la conversación, una de las pocas que dan valor y fe para encarar la vileza de este mundo. La casa no vivía en la vanidad egoísta de la gloria del padre, ni como gloria hablaban de él, sino como padre: en lo que vive aquella casa es en la pasión de Cuba; la pasión no se ve en la protesta languaraz, en el patriotismo artesonado o postizo, ni en la virtud ostentosa, sin el recato que la hace natural y amable: en los recuerdos todos, en el cuento íntimo, en la alusión alegre a las penas de otros días, en la conformidad magnífica, lección a tantos hombres, de aquel hogar que pueden volver a afligir la orfandad y la viudez, es donde, como el aire, se respira la Patria: y todo el fuego y la esperanza de ella, la aurora de libertad en la palidez del rostro y la raza del indómito valor en los ojos abiertos a la luz en los combates, brillaban en la hija mayor, muy leal y elocuente de naturaleza, que es ya, antes de entrar en la vida, tierna como compañera y sufrida como madre. Francisco, que ya se ve como el guardián en la soledad; Máximo, niño pensador que a los catorce años adivina el alma de los libros y le ve en ellos la sangre a quien los escribe; Urbano, valiente de nueve años, que a la madrugada había de aparecerse al estribo del viajero cargando al hombro las piasosas al-

forjas, todos oían, con ojos enamorados los recuerdos de ayer, los sueños de mañana. Se hablaba de los amigos firmes del destierro, de la necesidad y justicia de tener al fin un rincón donde vivir, del cariño y cultura de la ciudad gallarda de Santiago, de Regina y María de Jesús, las dos hermanas prudentes y generosas que el bravo general ha llevado de su brazo por la vida. ¡En casas como ésa, de amor doméstico y sacrificio natural, debieron vivir los poetas de las primeras epopeyas!

Hurtó el viajero su álbum a Clemencia, y le copió las páginas que siguen, y son espejo fiel de aquella casa:³

Patria, 29 de abril de 1893

³ A continuación aparecen los pensamientos que Martí copió del álbum.

Como dato curioso se reproduce aquí la dedicatoria de Martí que se publicó por primera vez en *Papeles de Martí*. (*Archivo de Gonzalo de Quesada*), III, *Miscelánea*. Recopilación, notas y apéndices, por Gonzalo de Quesada y Miranda. Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1935.

“La única verdad de esta vida, y la única fuerza, es el amor. En él está la salvación, y en él está el mando. El patriotismo no es más que amor. La amistad no es más que amor. Y la única almohada en que se descansa de la pena y fealdad que se ve es el hogar donde la modestia se ha puesto la corona de la honra, y sólo hay sonrisas para la abnegación y la sinceridad.

“El que ha andado la vida y visto reyes, sabe que no hay palacio como la casa de familia donde se desdeña la pompa impura, y resplandecen los ojos, como para que se vea crecer el universo, cuando se habla de libertad y de virtud. El que piensa en pueblos, y les conoce la raíz, sabe, Clemencia, que no puede ser esclavo el hombre que vea centellear en tus ojos el alma heroica de la patria, ni el pueblo que tiene de raíz una casa como la tuya.

JOSÉ MARTÍ

En *La Reforma*, República Dominicana, 12 de Septiembre 1892”.

1. MARIANA MACEO
2. LA MADRE DE LOS MACEO
3. LA MUJER SANTA
4. TRES MADRES

MARIANA MACEO

Con su pañuelo de anciana a la cabeza, con los ojos de madre amorosa para el cubano desconocido, con fuego inextinguible, en la mirada y en el rostro todo, cuando se hablaba de las glorias de ayer, y de las esperanzas de hoy, vio *Patria*, hace poco tiempo, a la mujer de ochenta y cinco años que su pueblo entero, de ricos y de pobres, de arrogantes y de humildes, de hijos de amo y de hijos de siervo, ha seguido a la tumba, a la tumba en tierra extraña. Murió en Jamaica el 27 de noviembre, Mariana Maceo.

“Los cubanos todos, dice una carta a *Patria*, acudieron al entierro, porque no hay corazón de Cuba que deje de sentir todo lo que debe a esa viejita querida, a esa viejita que le acariciaba a usted las manos con tanta ternura. La mente se le iba ya del mucho vivir, pero de vez en cuando se iluminaba aquel rostro enérgico, como si diera en él un rayo de sol; ¡no era así antes, cuando nos veía como olvidados de Cuba!: recuerdo que cuando se hablaba de la guerra en los tiempos en que parecía que no la volveríamos a hacer, se levantaba bruscamente, y se iba a pensar, sola: ¡y ella, tan buena, nos miraba como con rencor! muchas veces, si me hubiera olvidado de mi deber de hombre, habría vuelto a él con el ejemplo de aquella mujer. Su marido y dos hijos murieron peleando por Cuba, y todos sabemos que de los pechos de ella bebieron Antonio y José Maceo las cualidades que los colocaron a la vanguardia de los defensores de nuestras libertades”. Así escribe de Mariana Maceo, con pluma reverente, un hombre de antiguo e ilustre apellido cubano.

Por compasión a las almas de poca virtud, que se enojan y padecen del mérito de que no son capaces, y por el decoro de la grandeza más bella, en el silencio, sujetaremos aquí el elogio de la admirable mujer, hasta que el corazón, turbado hoy en la servidumbre, pueda, en la patria que ella no vio libre, dar con el relato de su vida, una página nueva

a la epopeya. ¿Su marido, cuando caía por el honor de Cuba no la tuvo al lado? ¿No estuvo ella de pie, en la guerra entera, rodeada de sus hijos? ¿No animaba a sus compatriotas a pelear, y luego, cubanos o españoles, curaba a los heridos? ¿No fue, sangrándole los pies, por aquellas veredas, detrás de la camilla de su hijo moribundo, hecha de ramas de árbol? ¡Y si alguno temblaba, cuando iba a venirle al frente el enemigo de su país, veía a la madre de Maceo con su pañuelo a la cabeza, y se le acababa el temblor! ¿No vio a su hijo levantarse de la camilla adonde perecía de cinco heridas, y con una mano sobre las entrañas deshechas y la otra en la victoria, echar monte abajo, con su escolta de agonía, a sus doscientos perseguidores? Y amaba, como los mejores de su vida, los tiempos de hambre y sed, en que cada hombre que llegaba a su puerta de yaguas, podía traerle la noticia de la muerte de uno de sus hijos. ¡Cómo, la última vez que la vio *Patria* contaba, arrebatando las palabras, los años de la guerra! Ella quería que la visita se llevase alguna cosa de sus manos; ella lo envolvía con mirada sin fin; ella lo acompañaba hasta la puerta misma,—premio más grato por cierto, el del cariño de aquella madre de héroes que cuantos huecos y mentirosos pudiese gozar en una sociedad vil o callosa la vanidad humana! *Patria* en la corona que deja en la tumba de Mariana Maceo, pone una palabra:—¡Madre!

Patria, 12 de diciembre de 1893

2

LA MADRE DE LOS MACEO

¿Qué, sino la unidad del alma cubana, hecha en la guerra, explica la ternura unánime y respetuosa, y los acentos de indudable emoción y gratitud, con que cuantos tienen pluma y corazón han dado cuenta de la muerte de Mariana Grajales, la madre de nuestros Maceo? ¿Qué había en esa mujer, qué epopeya y misterio había en esa humilde mujer, qué santidad y unción hubo en su seno de madre, qué decoro y grandeza hubo en su sencilla vida, que cuando se escribe de ella es como de la raíz del alma, con suavidad de hijo, y como de entrañable afecto? Así queda en la historia, sonriendo al acabar la vida, rodeada de los varones que pelearon por su país, criando a sus nietos para que pelearan.

O mejor será pintarla como la recuerda, en un día muy triste de la guerra, un hombre que estuvo en ella los diez años, y es sagaz y leal, y tiene fe en ella: ¿qué todo ha de ser descuajo, y gente nula y destructiva? Fue un día en que traían a Antonio Maceo herido: le habían pasado de un balazo el pecho: lo traían en andas, sin mirada, y con el color de la muerte. Las mujeres todas, que eran muchas, se echaron a llorar, una contra la pared, otra de rodillas, junto al moribundo, otra en un rincón, hundido el rostro en los brazos. Y la madre, con el pañuelo a la cabeza, como quien espanta pollos echaba del bohío a aquella gente llorona: “¡Fuera, fuera faldas de aquí! ¡No aguanto lágrimas! Traigan a Brioso”. Y a Marcos, el hijo, que era un rapaz aún, se lo encontró en una de las vueltas: “¡Y tú, empínate, porque ya es hora de que te vayas al campamento!”

Patria, 6 de enero de 1894

3

LA MUJER SANTA

“Toda la patria—dice un álbum de cubana—está en la mujer: si ella falla morimos: si ella nos es leal, somos. La abnegación de la mujer obliga al hombre a la virtud”. De la mujer cubana hablaba a *Patria* ayer un recién llegado de los trastornos de Key West: de ellas dice que fue el mayor empuje: de ellas el valor primero: de ellas el negar la sonrisa a los que querían arriar de su casa la bandera: de ellas el negarse a comprar en las tiendas de los ingratos y traidores: de ellas el ofrecerse a cambiar el reposo de su hogar, sembrado flor a flor, y la casa de sus amores y de sus recuerdos, de sus muertos y de sus recién nacidos, por el pinar donde, al silencio de las estrellas, van a levantar la casa libre. Como veneno es una mujer frívola o interesada, que descuaja y envilece al marido temeroso: delicia y manantial de orgullo, es una mujer valiente y abnegada.

Y ahora vienen los periódicos del día, y dicen que son, entre los húngaros, las mujeres quienes han recogido la primera suma hermosa para el monumento de Kossuth. Ellas, corriendo desaladas por las calles,

llevando de la mano a sus hijos para ir a saludar la adorable aparición, fueron también lo más bello del día, velado por cierto, en que se descubrió al mundo en la bahía de New York la Estatua de la Libertad.

Patria, 5 de abril de 1894

4

TRES MADRES

En busca de sus hijos, ausentes de la patria donde medra el extraño y perece el natural del país, vino al Norte, rudo para los ancianos, la madre política de nuestro hermano en el trabajo y en el cariño, de Sotero Figueroa. Por las tierras ajenas tiene que ir jadeando nuestro corazón, porque en las nuestras se acaba el pan para quien insiste en vivir con honra:—Y el pan ha de ser puro desde la simiente de la espiga: si no, el que come pan es cómplice: hay que orear nuestras tierras.—La cariñosa anciana, la señora Alejandrija Santaella de Martínez, ha muerto al menos en la tristeza de New York, con el consuelo de ver a sus hijos libres, en el trabajo decoroso, de aquella vida de cédulas y humillaciones, hipócrita, insegura, amenguadora, agria. ¡Pero no veía al morir las colinas, todavía sonrientes en la esclavitud, ni los cercados de rosas!

De la altivez del padre y su genio sobrio y fino, y de la cubana que vivió siempre enamorada de su patria y de su hija, siempre fiel al cadáver ensangrentado del esposo, nació, como gracia y honra de su tierra la que hoy, en tierra de España, se queda en el mundo sin más compañía que la de su talento y su virtud: ha muerto en Málaga, la tierra amiga del poeta que escribió *El Diario de un Mártir*, la madre de Piedad Zenea. A todo corazón movía a respeto aquel viaje triunfante por la vida, a menudo fatal al mérito y a la belleza, de las dos mujeres inseparables,—la madre y la hija. Los peligros mismos de la cultura, que en verdad los tiene para toda alma briosa y superior, y la lucha ardua por el trabajo independiente, las hallaban siempre con las manos unidas, sonriendo, y fuertes contra todo. La buena madre ha muerto. No está sola, sino rodeada de respeto, la buena hija.

Oradores tiene Cuba, y hombres de período robusto y natural, vibrantes, como la piedra del desierto, cuando, a modo de sol, esplende ante ellos la justicia, y cautos y lentos a su hora, como quien edifica. Así es Enrique Messonier. ¡Cuántas veces, en su hogar de altos pensamientos y de cortinas blancas, le lucía a ese hombre generoso el corazón como sólo luce el de los hijos que tienen, contra la ingratitud y bajeza del mundo, aquella majestad que pone en la vida el amor delicado y continuo de la madre! Y hoy la anciana, con las manos plegadas al pecho, se ha ido de la vida. Con el hijo estarán en su dolor todos los que le conocen el alma ardiente y grande.

Patria, 11 de mayo de 1894

1. DOS CUBANAS.—“DEL DIARIO DE UN VIAJE RECIENTE”
2. LA HIJA DE UN BUENO.—“LIBERTAD MENÉNDEZ”
3. LA ORDEN DE AMPARO

DOS CUBANAS

"DEL DIARIO DE UN VIAJE RECIENTE"

Yo venía de la tienda de su marido, que salió de Jamaica hace veinte años a depender de un español bueno en este rincón del mundo, y ahora es amo, de peso y generosidad, tanto que en el puerto es él tesoro de todos; y el que tiene pena por allí, ya sabe quién, desde el silencio de su barba negra, se la ha de consolar. En la tienda él mide, y trasiega, y vende, y es quien abre al amanecer, y cierra después del sol, en chaleco, porque se vea en algo que es el dueño, y en mangas de camisa: el primer hijo está en Alemania, aprendiendo a médico, porque vio que le gustaba curar, "y saber lo que hay por dentro del hombre" y "lo mandé—me dijo el padre—a que siguiera su vocación; porque enseñarle carrera inútil, que aprenda mal y que luego no ha de ejercer, sería como comprarle la desdicha a mi hijo":—el segundo está en la capital, adonde la familia debe ir pronto, a reposar del trabajo de veinte años, "porque tengo muy pálida a la mujer: y usted verá cómo quiere ella a Cuba". Por el patio frondoso, de granados, de plátanos, de naranjos, de rosas, de reinas de la noche, entramos en la casa nueva, muy alta de puntal, toda barnizada y bruñida, con el corredor que daba por el fondo al cielo azul: y allí, rodeada de sus hijas, en banquetas de costura, sentada a la máquina, estaba la mujer, delgada, bella, serena, de veras muy pálida. "Es ya puesta del sol, y todavía está cosiendo: no lo puedo evitar: así es desde hace veinte años". Y ella se levanta sonriendo: ya descansará en Cuba: hasta entonces necesita "entretener la tristeza": se tienen muchos hijos y es preciso irlos haciendo hombres: lo que ella cose son las sayas y las camisas que se venden en la tienda; con sus manos finas, de casa muy vieja las cose,—con sus manos muy pálidas. Y cuando ya no se ve el hilo, y los niños duermen, y se oyen de afuera.

en la luz de la luna, como chispazos de música, cuando el pueblo baila o pasea, él copia las cuentas, o escribe al hijo médico: ella, culta y joven, adorna sombreros, que en la tienda se venden muy bien, o ensarta cuentas de colores, para los rosarios que compran las indias, o hace los cigarros de la venta. "Luego descansaré, cuando volvamos a Cuba..."

Acaba de llegar, a ver a su familia "a respirar aire libre, a ver a mi hijo que tengo criando afuera, aunque el corazón se me parta, porque más vale que se me parta a mí el mío, que ya fui la esposa y madre, que allá me le corrompan el de él, con tanta vergüenza como tiene que ver donde vivimos. Seis años tiene, señor; pero los hombres no son como deben ser a los veinticinco si a los seis años oyen y ven lo que no deben ver y oír; que no me vea civiles; que no me vea a su padre humillado todos los días por esos hombres; que no me vea a mí, a su madre, todos los días, humillada; y si no va a ser como debe, prefiero que se muera".

Y cuenta la vida presa del campo de Cuba: el acomodo de los pocos hipócritas, la pobreza del campesino bueno, la paciencia inútil de todos estos años, "la langosta" que se está comiendo el país, esa gente "que se nos mete por el alma, como una hoja de cuchillo". Los ojos le chispean, dos ojos negros, como abiertos a fuego en la cara agraciada: llamas vivas son aquellos dos ojos: las manos elocuentes ruegan, preguntan, pegan sobre el muslo, como los hebreos—esclavos también—cuando juraban: y el movimiento más enérgico de sus manos fue el de hacer atrás, como quien rechaza con horror. "Oh; yo seré enfermera, enfermera para todos: yo no tengo odio a nadie: mis criados son como mis hermanos: lo que yo quiero es que se acabe esta vergüenza y esta esclavitud". Y tenía tres flores en la peineta con que se sujetaba el cabello, y se las fue quitando una a una, y deshaciéndolas mientras hablaba. "Cuatro hijos tenemos, señor, cuatro, y el que está aquí—y yo sé lo que mi marido hará, cuando los cubanos hagan lo que deben hacer"—"¿Y no está Ud. enojada con su marido?"—"¡Enojada!" y se echó adelante en el sillón, como quien va a castigar, y levantó la mano rápida, con la palma vuelta al cielo: "¡Enojada estaría si no lo hiciera!"

Patria, 14 de julio de 1894

2

LA HIJA DE UN BUENO

"LIBERTAD MENÉNDEZ"

Por toda nuestra América corren, reimpresos con respeto y cariño, los versos útiles y la honrada prosa del cubano Rodolfo Menéndez. Él es de los criollos reales, nacido de sí, que por la fuerza que de sí sacó, conoce la de su patria, a semejanza de otros criollos, todos lomo y bello, que en su poquedad toman la medida de su tierra, y en su soberbia le niegan lo que a ellos les falta, y la declaran bestia ruin, que no saldrá jamás del jaquimón y el jinete. De alma pura y rebelde es Rodolfo Menéndez, y con ella limpia ha llegado a las canas, lo que en el mundo no es poca dificultad. No es de los que se sirven del hombre, y lo ciegan y extravían para beneficiarse de su fe y su miedo; sino de los que, sin cansarse de la pobreza ni de la ingratitud, sirven al hombre. Ni hacienda rica, ni carruaje a la puerta, valen para él lo que un banco de niños que en el conocimiento de las fuerzas universales aprenden la manera de vivir libres, de su trabajo activo, y en el estudio de la virtud humana ejercitan para la defensa el alma viril. A respetar el derecho enseña Menéndez, y a conquistarlo: a pensar por sí; a hablar sin bozal; a aborrecer la doblez y la cobardía; y quien de eso es maestro en esta vida, muere con honor, pero vive infeliz. La libertad ama él con pasión, y cuando tuvo una hija, Libertad la llamó, como quien consagra, con lo que tiene de más puro, el anhelo que lo enciende; como quien ruega, con las manos sin mancha, por la patria mísera.

Y cuando Mérida le amaba, como flor de aquella tierra fina y elegante, a la niña precoz; cuando entre sus discípulas enamoradas regía por la blandura, más que por el desusado saber, la maestra de diecinueve años; cuando de la fealdad inevitable del mundo se consolaba el padre doloroso en aquel afecto, suave y caliente como el vellón del cabritillo no nacido; cuando en la hija ya lograda veía el cubano fiel símbolo acaso de la patria, tal vez como ella a punto de florecer, se plegó el lirio, y murió envuelto en sus hojas. Hoy ya no queda más que una escuela a que el gobierno agradecido ha puesto el nombre de "Libertad Menéndez"—y un hombre bueno, para quien se ha quedado vacío el mundo. No lllore el padre. Los buenos no mueren.

Patria, 10 de noviembre de 1894

LA ORDEN DE AMPARO

De los hombres es morir en la hora mejor, según un noble verso ajeno, “aquella en que se muere por el hombre”,—y de las mujeres es mantener el alma viril en el deseo y capacidad de la virtud,—y abrigar a los que se quedan en el mundo sin guía ni sostén. ¡La idea noble en su hora de tempestad, arrasó la casa, se llevó al padre, se llevó el pan, se llevó al hermano! Y los que mañana ampararán de la libertad, en la patria redimida, su hogar feliz, ¿se negarían al deber de poner la mesa a la mujer, al hijo, al padre viejo de los que, arrancándose con sus manos el corazón, salieron a pelear por la honra y dicha ajena? Usar de lo que no se paga es modo claro de robo. Quien ve indiferente a su alrededor los dolores de la virtud, sólo como perro castigado o criminal vergonzoso podrá sentarse mañana entre los que gocen del triunfo. Y el héroe lo es más mientras menos le amarga el sacrificio la ingratitud humana. De las formas todas de la virtud es la paga indirecta y segura; y en las formas reales de la organización social y más fácil acuerdo de los hombres en la patria libre, recibirá mañana el crédito de su buena acción quien con su piedad deje enamorados y agradecidos a los corazones que pudieran con el abandono entibiarse o ensoberbecerse. El egoísmo desgasta, y para en limosnero: la piedad es rica, y cría.—Se funda ahora en la ciudad nueva de *Cuba City*, una sociedad cuyo espíritu humano, y poética justicia, cundirá dentro de poco como brasa encendida por todas las almas. No habrá casa cubana donde la Orden no prenda. La que se niegue será tachada de inhumanidad. Nadie querrá ser inhumano, ni osará parecerlo. Se secarán muchas lágrimas, y se dará fuerza a muchos brazos. Será como una orden religiosa, que no caerá, porque van a crearla las mujeres—las mujeres buenas, las viudas, las huérfanas, las esposas compasivas de *Cuba City*,—que piensan en la hora terrible de la tempestad, ¡cuando la idea noble se lleva al padre, se lleva al hermano, se lleva al esposo, se lleva el pan, arrasa la casa!

Patria, 24 de noviembre de 1894

VARIOS⁴

⁴ Se agrupan aquí otros trabajos de Martí, que no sólo se refieren a la labor de propaganda revolucionaria y a las condiciones imperantes en Cuba, sino también a las actividades de los hombres y las mujeres en la emigración.

C L U B S

- 1. CLUBS NUEVOS**
- 2. "INDEPENDIENTES DE CUBANACÁN"**
- 3. CLUB POLÍTICO DE OCALA**
- 4. EL CLUB DE NUEVA ORLEANS**
- 5. EL CLUB "BORINQUEN" Y BETANCES**
- 6. EL CLUB NUEVO "GÜIRA DE MELENA"**

CLUBS NUEVOS

Suele el patriotismo necesitar de espuela, sobre todo cuando ha visto una vez y otra la ineficacia de su abnegación: porque la abnegación es ineficaz, y el genio mismo, cuando no se les conduce en acuerdo previsor con las desdichas a cuyo alivio se consagran.—Y puede un patriota virtuoso, llevado de legítima impaciencia, excitar a sus paisanos a contribuir con su energía y actividad a la obra común, sobre todo cuando la obra común parece ser definitiva.

Pero esta vez, el patriotismo acude de sí propio, y la impaciencia es suya. Es tan necesario exhibir nuestras fuerzas, como pueril encomiarlas. Hemos empezado a hacer lo que debemos. Confiamos otra vez. ¡Gran pecado sería el de quienes pusiesen en riesgo, con alguna equivocación, esta magnífica confianza!

Los Clubs nuevos son dos:

“Ignacio Agramonte”, en Filadelfia.

“Los Macheteros”, de Atlanta.

Patria, 14 de marzo de 1892

“INDEPENDIENTES DE CUBANACÁN”

En casa hermosa, y a toda luz, nació antier, de una compañía de jóvenes, el Club, especialmente activo, de “Independientes de Cubanacán”. Eran como cincuenta jóvenes cubanos, hijos todos de su esfuerzo, y trabajadores los unos del taller, los otros del escritorio del comercio, los otros del bufete de abogado. Para servir a la patria hasta donde se la pueda

servir se funda el Club nuevo. La razón enfrena en él el valor sobrante. Vibraba en la reunión el alma augusta de Rafael Morales y de Tomás Mendoza. Eran otra vez su fe encendida y su valor sereno.

Ni para arrebatos ni para extravíos se funda el Club; sino para aprestarse, dentro de la obra común, a cuanto pueda pedir de él la patria. Allí el adolescente de ayer, hijo de un español que no le tiene a mal el entusiasmo, allí los que en la tierra ajena han aprendido lo triste e inútil de vivir sin la propia, allí—y esto era nota principal—los jóvenes recién llegados. El Club “Independientes de Cubanacán” obrará de acuerdo con el Partido Revolucionario Cubano.

Entre aclamaciones fue electo presidente, y ocupó su silla, pálido y enérgico, Gonzalo de Quesada, Domingo Ubieta, caballero del trabajo, es el vice-presidente. El tesorero juiciosísimo es Manuel Boytel. Por su ancho corazón se recomienda el secretario Alberto Plochet. Los vocales son el popular Francisco Frontela, el virtuoso Juan Padrón, el tenaz J. F. Arteaga, el activo Jacinto Navarro, el culto Manuel González.

De purificación y apostolado son los días en que se juntan las fuerzas, purgadas en silencio, de la revolución cubana. Y de lo más notable en ella es este acercamiento, en el país de la organización, de los cubanos ansiosos del extranjero y los cubanos inquietos de la Isla; y la medida con que se disponen al ejercicio saludable del valor.

Patria, 19 de marzo de 1892

3

CLUB POLÍTICO DE OCALA

Lo que ha nacido, no está para morir. *Los Independientes de Cubanacán* nacieron ayer en New York, y ya por el Cayo les aparece un hijo: ¡y por todas partes se han de ir agrupando los jóvenes briosos!

En Ocala hay algunos cubanos, cubanos de los que ayer vivieron en la majestad de la guerra, hechos al mando y a la gloria, y hoy esperan, puestos con sus soldados a la mesa del trabajador, la hora de ir a sellar la hermandad; cubanos que hoy, por las ofensas nuevas, llegan, con el alma de Yara, de las vergüenzas y miseria de la Isla. Fundan juntos, sin un descarriado ni un tibio, el *Club Político Cubano de Ocala*, y honran a *Patria* con el encargo de que anuncie “que el Club de Ocala

se funda para trabajar en acuerdo con el Partido Revolucionario Cubano”. ¡República es el pueblo que tiene a la derecha la chaveta del trabajador, y a la izquierda el rifle de la libertad!

Patria, 3 de abril de 1892

4

EL CLUB DE NUEVA ORLEANS

Otras veces mendiga el patriotismo: ahora la virtud se apresura a llamar a sus puertas. No yerra quien fió y dejó la verdad a que de sí propia se enseñase. Unos pasos más, y va a empezar la gloria. Nueva Orleans, sin palabra ni consejo de afuera, junta a sus cubanos activos, levanta su Club de *Los Intransigentes*, y en carta de noble moderación política, da a *Patria* el encargo de anunciar la casa nueva del honor. No son desconocidos para quien persigue el mérito de los suyos los nombres de la Junta Directiva: Preside J. M. Frayle. El Secretario es J. D. Fuentes. Carlos Alfonso y J. V. Pagés son los vocales.

Y como llaman los tiempos a obra unida, como del empuje y respeto de todos viene la fuerza salvadora, *Los Intransigentes* declaran que se crean para moverse, pecho a pecho, con la obra de todos, con el Partido Revolucionario Cubano.

Patria, 3 de abril de 1892

5

EL CLUB “BORINQUEN” Y BETANCES

La sesión que celebró el día 29 de Mayo el Club “Borinquen”, casa hoy del patriotismo más sensato y puro, casa de amor y razón donde se practica, con todo el roce y pena necesaria de la vida, la libertad que asegurará después, en el ensanche de la lid de ideas y de intereses, el bienestar de la isla privilegiada, no fue, como otros casos públicos, junta pasajera de políticos primerizos, que elevan a la dignidad de soluciones patrias el fuego de su adolescente rebeldía o la generosa ilusión de su deseo; sino uno de esos acontecimientos que sellan los corazones, que desbistan y acendran los caracteres, que reaniman la fe de los cansados,

que componen en paz superior las diferencias de método y de origen, que dejan, en el alma reverente y en la incrédula, la misma emoción de majestad,—la majestad del hombre leal, y la de los hombres agradecidos.

No había en el noble salón un solo asiento desocupado, no faltaba a la cita ninguno de los constantes de ayer ni de sus émulos de mañana, cuando, de pie ante la bandera de Lares, con el acento a la vez manso y decisivo de quien se ha jurado desinteresadamente a la libertad, se levantó el presidente del Club, el Sr. Sotero Figueroa, a dar cuenta de la mucha labor de organización que el club lleva hecha en su ya gloriosa vida; de la estrecha relación del club con los puertorriqueños fieles a quienes el aborrecimiento de la tiranía, y el miedo de la pobreza creciente, han echado a buscar libertad y sustento por el mundo; del influjo creciente y visible de la idea de independencia en el país puertorriqueño, que puso la esperanza loca en una política arrodillada, causa cierta del desdén de una metrópoli por esencia altanera y opresora, en una política opuesta a la naturaleza y condiciones de la nación incapaz y confusa que hubiese de otorgarla. Y el silencio era religioso, cuando a instancias del presidente, como quien alza de la silla el alma a la vez que el cuerpo, leyó el Secretario, el Sr. Francisco Gonzalo Marín, la comunicación en que el doctor Ramón E. Betances, gloria de caridad y fundación, gloria de desinterés y de pureza, gloria de sentimiento y de juicio, acepta, con fuego juvenil, el nombramiento de presidente honorario que de él hizo, en hora filial, el Club "Borinquen". Y desde aquel instante, el temple de las almas, como subido a extraordinaria altura, arrancó de los labios elocuentes, de los brazos impacientes, de las miradas centelleantes aquel calor escondido en que los hombres, juntos en la gloria una vez, ni se olvidan, ni desmerecen de ellas, ni se desamparan jamás. ¡Parecía que iba naciendo un pueblo!

Hermoso era, en verdad, en el instante de caer sobre las almas prontas, como lava encendida, la palabra de mando y de pena, la palabra de fe y de batalla de la carta de Betances, ver, como despiertos de súbito sueño, cogidos de las manos, sujetándose el entusiasmo, dejando caer las lágrimas de los ojos, aquellos lareños que cargaron arma el 23 de septiembre de 1868, a aquellos mozos de Cabo Rojo y de Ponce, de Arecibo y San Juan, que se les sientan al lado con respeto y afecto, a aquellos cubanos que se revolverían airados contra quien osase apuntar que en su casa de Puerto Rico están en casa ajena, que en la hora de la redención no estarán juntas, gemelas por el alma dolorosa y la esperanza indómita como por el capricho de la mar, gemelas por la pasión de la libertad

y el ánimo valiente, gemelas por el cariño vivo a sus héroes comunes, las islas que llevan en los labios la misma obligación de hipocresía, en la espalda la misma vergüenza, en las manos desocupadas la misma esclavitud.

Hermoso era, a medida que el discurso crecía, el discurso imponente y de creación republicana, el discurso que en el entusiasmo liberal moldea precavido la ley futura, el discurso firme y piadoso de los que no buscan en el triunfo de su ideal la victoria de una parcialidad o de una casta, sino la concordia de todas en la justicia, y la conformidad de su pueblo a la geografía y la historia en que viven, ver cómo aquella asamblea de juventud, donde son jóvenes los mismos que ya peinan canas, donde lucen su madurez precoz los hombres sazonados en el sigilo y la ignominia, con una alma, toda de agradecimiento, se alzaban a aclamar, sin la envidia que afea a los novicios ambiciosos, a aquel cuya virtud llegó a tal cumbre, donde el juicio se la asegura y la profecía truena, que a los que llegaron después sólo es dado el difícil esfuerzo de imitarla.

Pero más hermoso aún, en la serenidad de su abnegación, es el magnífico anciano, hijo de la riqueza y la cultura, llevado de su arte natural a la elegancia y calma de la vida, que las puso de lado, desde que vio que había de comprarlas, a puro disimulo, con la merma de su honor; que al trabajo público de continuar en su pueblo de América la política que rebaja los caracteres, y cierra el paso a la felicidad, prefirió siempre trabajar en la política que levanta el carácter, y funda la felicidad durable en él; que, con la raíz en la historia y los ojos en el porvenir, no ve, necio y mezquino, la independencia de la patria en el desamor, o trato penoso de sus diversos elementos, sino en la mezcla conveniente de la indulgencia y la energía, y en el trato franco de todos los elementos creadores y honrados del país. Hermoso es el hombre terco en la virtud racional, piadoso en el corazón ceñido de juicio. Hermoso es el hombre, que consagró la vida, voluntariamente oscura, al rescate de la patria, por la obra unida de los grandes y de los humildes.

Y ahora, pagado ya el tributo de justa admiración a la nobleza, fervor y sobriedad de que el club *Borinquen* dio pruebas en su sesión del 29 de Mayo, y a las dotes de alto patriotismo, y política generosa de conjunto, que reveló en ella el alma puertorriqueña, cumple a *Patria* dar cuenta minuciosa de la sesión memorable.⁵

Patria, 4 de junio de 1892

⁵ A continuación, en una reseña del acto y de los discursos, hay un resumen del que pronunció Martí. Véase pág. 331 del tomo 4.

6

EL CLUB NUEVO "GÜIRA DE MELENA"

El ladrón mete el puñal por la hendidja de las puertas a ver si salta la cerradura. Así, con la lengua mala, va el espía disimulado por donde cree que se puede quebrar el patriotismo. El miedo cubano, y la fruición del que tiene su hato o su pato y se caracolea en la vida, le ayudan la obra al espía español. En vano se les pondría delante la cartera llena de adhesiones de valía, y de todas las adhesiones necesarias: ¡el espía y el miedoso dicen que es todo bomba de jabón, y que la única verdad es lo que desea el pánico del uno ante los goces que va a perder, y lo que al bribón le manda decir el que le paga! en vano se les abriría el corazón, y lo verían lleno de firmas ilustres, y de presencias grandiosas, y de compromisos de gloria y de muerte: ¡ellos dirán, con consigna igual en New York y en el Cayo y en México y en Cuba, que ya los fondos se van a acabar, que no es cierto que los héroes estén de acuerdo con el pensamiento prudente, que en Cuba nadie quiere la guerra! Con todo lo cual se ha de hacer como con las sabandijas, que es sacarlas al sol. Y a todo lo cual da respuesta el club nuevo de Thomasville, que es todo de cubanos recién llegados de Cuba, y al día siguiente de su libertad, sin que convite alguno los atraiga o los azuze, se juntan en un ferviente club patriótico, con un buen español dentro, como en símbolo de la república futura, y le llaman al club: *Güira de Melena*.

Patria, 19 de agosto de 1893

PUBLICACIONES

1. "LA IGUALDAD"
2. "LA FRATERNIDAD"
3. "LA REVISTA DE FLORIDA"
4. "PATRIA"
5. NUESTROS PERIÓDICOS
6. "EL RADICAL"
7. NUESTRO "YARA"
8. "LA VERDAD"

“LA IGUALDAD”

“La Igualdad” es el título de un periódico democrático nuevo, que ha comenzado a publicarse en la Habana, para la defensa de las libertades y “los intereses permanentes” de la sociedad cubana y “en pro de los ideales de justicia, cultura, engrandecimiento y libertad de la raza negra de la Isla de Cuba”.

Anuncia “La Igualdad” que viene a mantener las ideas de Juan Gualberto Gómez, fijadas en aquel prospecto de La Fraternidad, firme y generoso, que hace trece años leyó la Habana entera con admiración. De aquel hijo de humildes, de aquel mozo recién llegado del frívolo París, de aquel alumno favorito de los liceos y la alta prensa, arrancaba en formas maduras una doctrina que en hombre de años tan pocos sólo pudo nacer de la previsión y benignidad que distinguen al genio.

No venía a levantar cólera, sino a impedir que se levantaran, con el remedio seguro de la justicia; no venía a hacer armas contra la libertad, del accidente infortunado del color, sino a poner el color con la libertad, aun por encima de los desdenes más pueriles e imprudentes; no venía a exigir derechos especiales e imprudentes; no venía a exigir derechos especiales para los cubanos de color, sino a convidar a que se pensase sobre la inconveniencia de que los cubanos de un color tuviesen derechos especiales sobre los de otro. Esto viene a defender *La Igualdad*. Sea bienvenida.

El primer número trae, con un boceto jugoso, el retrato del maestro de los cubanos de color en la Habana, del padre de los héroes del valor y el pensamiento de la raza negra en Cuba, del periodista y educador y poeta “dulce y bondadoso, que enseñaba con el corazón a ser dignos y honrados”, de Antonio Medina y Céspedes, el amigo de José de la Luz y de Anselmo Suárez, redactor asiduo de *El Faro Industrial* famoso, y miembro honorario del Liceo Artístico y Literario de la Habana.

2

“LA FRATERNIDAD”

Lo que nace del fuego patriótico perdura. La Logia que los cubanos fundaron hace cuarenta años está hoy más floreciente que nunca. Como muestra de gratitud—virtud primordial de las almas buenas—los hermanos de hoy convidaron a sus compatriotas para una velada fúnebre en honor de los hermanos de ayer. Y puede La Fraternidad enorgullecerse del resultado. La concurrencia era numerosa y escogida; la música suave de Fuentes y de Arrighi, el cuarteto sentido, el coro tierno de las niñas, el “Stabat Mater” cantado por Jovino, y el dúo conmovedor de la señora G. Arrighi y señorita M. Alfani, llenaron de armonía el salón artísticamente decorado, y penetraron con sus notas tristes y melancólicas las almas congregadas para rendir un tributo de cariño a los que forman parte de esa logia mayor y perfecta, la logia celestial. Y la oratoria estuvo dichosa en los labios del señor Manuel Andrade, del sentencioso Francisco Lahens; el discurso de Benjamín Giberga fue tan elocuente como correcto, su palabra tenía la inspiración doble, de su corazón amante de lo bueno, y de la representación que en sí llevaba, de la logia *Estrella de Cuba*, que ofrendó a sus compañeros, como símbolo de fraternidad, una corona de siemprevivas. Y Francisco V. Morales oró sobre *La Masonería es la Antorcha de la Verdad*, con reposado brío: es orador Morales de frase galana y bien cortada, y tiene en la tribuna elegancia envidiable en la postura y en el gesto. No inmerecidas eran las felicitaciones que recibió al concluirse los servicios el Comité de Recepción; bien orgullosos podrán estar de sus esfuerzos. Recompensados habían sido la actividad y entusiasmo del incansable maestro de ceremonias, Remigio López.

Patria, 21 de mayo de 1892

3

“LA REVISTA DE FLORIDA”

Con Tampa nació, y con altos vuelos, un periódico que los cubanos veíamos con placer, porque por él se medía el espíritu de empresa. y el corazón valiente y aspirante, de sus redactores, de nuestros compatriotas. Aflige, el demérito de un cubano. Fortalece, y devuelve la salud, el gusto

de ver un mérito cubano. En Cayo Hueso crió su elocuencia singular y su espíritu público el cubano Ramón Rivero, y de la Habana vino a ayudarlo, con hermosa y ejemplar amistad, José García Ramírez. Ellos, en “La Revista de Florida”, cordial y espaciosa, conquistaron para Tampa naciente el respeto y simpatía sin los cuales ni las ciudades se levantan, ni los capitales prosperan. Un palacio está ahí, donde nadie lo ve; un periódico, es el palacio en viaje, a donde todo el mundo lo vea. Un periódico sin generosidad, es un azote. Un periódico generoso, es una columna. Y así era “La Revista de Florida”. En ancho corazón cubano, el ancho corazón humano, es lo que de ella llamaba la atención. Por Tampa peleaba, por su crecimiento y su crédito, como por un hogar. Por Cuba, aun más que por Tampa. No era sólo su tarea levantar la ciudad, y hacer que en ella triunfara la justicia, errando del lado de ésta cuando había que errar, en la pelea inevitable de los intereses y pasiones: la tarea era levantar la ciudad cubana, justa y limpia y laboriosa y culta y bella, en el país mismo, más agresivo a veces que caritativo, donde se nos niega la capacidad de esas virtudes. Dos méritos especiales tenía “La Revista de Florida”: uno era su nobleza notable, que le hacía acoger y alabar toda obra útil aun cuando viniese de adversarios suyos, o persona que no fuese de sus simpatías; y otro, el don de propaganda, de esparcir, de comunicarse, de meterse por el mundo.

La “Revista” cesó. Y hoy reaparece. En el silencio, ha crecido; que es lícito callar, cuando del silencio se sale más útil y mejor. Lo que importa es ascender, véannoslo o no; y ayudar a ascender. “La Revista” viene con ocho páginas, “a representar los intereses generales de la localidad”, “a prestar a nuestra comunidad servicios verdaderos”, “a ser un nuevo heraldo de la causa del pueblo y de los buenos principios que informan la marcha del progreso indefinido, sin el cual no hay felicidad posible”.—Y la tipografía, como de manos del cubano J. M. Izaguirre, será hermosa. Se ha de cuidar de la hermosura, como de la libertad, porque las verdades mismas andan más de prisa por los caminos bien atendidos; y el oro enfangado, o labrado burdamente, no es como aquel donde recorta águilas y palomas el orificio. Todo ha de ser elegante, la cuna del niño y la mesa de trabajar, el traje que se viste y el periódico que se lee: acomete mejor, un ejército bien vestido; un rifle bello da deseos de ensayar la bala en los árboles venenosos; contra el veneno nada más han de ir las balas.

Y como sabemos que nada bajo ni pequeño encontrará jamás asilo en el periódico resucitado; como sabemos que anima a sus redactores

un puro y vehemente amor a su pueblo, y a la equidad que lo ha de hacer feliz, sin que este amor sea deslucido por la ira, o el fanatismo, o el miedo de arrostrar a su hora la impopularidad, por cuyas culpas suelen perder las causas justas el apoyo y respeto que ganan con el derecho sereno y la autoridad de la moderación; como en hora sublime, de purificación y juramento, hemos oído de los padres de "La Revista" aquellos acentos de las entrañas por donde se exhalan y engrandecen los hombres; como es "La Revista" prueba viva de la capacidad de empresa y mejora, de los tamaños nacionales y humanos, de la superior e indómita aspiración del alma criolla, saludamos, seguros de que no fallará jamás en su obligación de representarla, al periódico donde defienden y honran a su patria en el extranjero, juntos como hermanos, un cubano de Cayo Hueso y un cubano de la Habana: a "La Revista de Florida".

Patria, 28 de mayo de 1892

4

"PATRIA"

Patria se ve en muchas penas. Le sobra alma, y le falta espacio. Le sobra asunto, y todo él es urgente. Tiene asunto para un número al día y publica uno por semana. Tiene que enseñar por Cuba el alma con que vivimos, y mostrarle cuanto en prudencia sea mostrable de lo que hacemos. Tiene que dar cuenta a sus lectores de afuera de lo que entre ellos pasa, para que sepan continuamente los unos de los otros, y se amen como se deben amar. Tiene que poner en formas miles el alma sensata y generosa con que preparamos la nueva época de la revolución. Y quiere honrar a los buenos, contar sus vidas, propagar el modo de pelear con éxito por la libertad, preparar la victoria de la libertad equitativa sobre los meros medios que se han de emplear para su triunfo, levantar un pueblo. *Patria* prepara empresas mayores, porque para todo basta el patriotismo que la anima, y el que la lee y sustenta. Mientras tanto, anuncia aquí que,—sean cualesquiera los trabajos que en ella se acumulen,—cada número llevará, como en serie gloriosa, el estudio de uno de nuestros grandes caracteres. Quien se quede sin un número, se quedará sin un hermano. El rico que cumplió con su deber, y hubo muchos ricos que lo cumplieron, será honrado en *Patria*. Y el pobre que cumplió con su deber: y hubo muchos pobres que lo cumplieron. Hermanar es

nuestro oficio. No hay más que dos clases entre los hombres: la de los buenos, y la de los malos. Enoja, oír hablar de clases. Reconocer que existen es contribuir a ellas. Negarse a reconocerlo, es ayudar a destruirlas.—Un número próximo de *Patria*, en su libro de "Caracteres", traerá la historia de un hombre, a la vez manso y soberbio, que no creyó en clases.

Patria, 11 de junio de 1892

5

NUESTROS PERIÓDICOS

Está llena de libros cubanos, y de periódicos cubanos, nuestra mesa. Quieren, visiblemente, a nuestra mesa los cubanos. Y nadie los querrá más, ni con mayor humildad, ni con más ternura.

Pero no podemos saludar de pasada el noble número primero de *La Revista de Florida*, donde brillan el alma levantada y el puro patriotismo: no podemos saludar de pasada el bravo artículo en que con viril entereza, pone su poder del lado del Partido Revolucionario Cubano.

No es aquí, a vuela pluma, como hemos de celebrar la aspiración meritoria, y positivo valer, de *La Nueva Era*, que empieza a publicar en la Habana un cubano en cuya utilidad final tenemos, por conocerlo desde sus arranques, grandes esperanzas: el estilista cuidadoso e independiente, Martín Morúa Delgado.

No son, por cierto, palabras presurosas las que debieran agradecer a *La Gaceta del Pueblo*, la briosa revista del puertorriqueño Antonio Vélez Alvarado, el artículo en que, con lo mejor de su estilo, y con el calor de su sano corazón, cuenta a los lectores de América los propósitos continentales y el influjo creciente del Partido en que, con la grandeza propia sola de las horas decisivas, se juntan para rematar la obra de nuestra América cubanos y puertorriqueños.

Ni así, a última hora, deberíamos aplaudirle a *El Yara* dos hermosos editoriales, dos editoriales de estadista: aquél en que cuenta la entrevista donde un revolucionario de Cuba le dice que la guerra será imposible mientras no se haga una guerra de pensamiento y de conjunto, y aquél en que, al comentar las escenas del linchamiento frustrado de Camero, clama, con magnífico dolor, por la seguridad del suelo nativo, del único suelo donde estaremos a salvo del extranjero hostil y codicioso.

Patria, 11 de junio de 1892

6

“EL RADICAL”

De la Isla llegó hace poco, con renombre de caballeroso escritor, de pluma elegante e indignada, el buen cubano Pablo Rousseau; y hoy ya enriquece la prensa revolucionaria con un periódico elegante y vivo, donde el reposo campea junto a la energía y tienen las ideas patrias defensor de altos vuelos, defensor que viene llagado de la política infecunda que, por su acuerdo con los años de espera, ha entretenido vanamente el alma cubana. A las ideas de esencia dedica *El Radical* artículos jugosos, y se ve la mano periodista en el cuidado y variedad del material ameno. Si alguna minimez sobre personas cayó en alguna columna, ya la habrá sacado de allí, para que no vuelva a caer, el escritor generoso y sesudo: ¡lo que importa es fundar un pueblo libre, sin enojarse con las zarzas del camino! Y la gran tarea, con las Bases del Partido Revolucionario al frente, del partido de preparación y acción piadosa, tiene pocos caballeros del brío, modestia y talento de Pablo Rousseau, que viene de Cuba, y de la política infecunda.

Patria, 28 de enero de 1893

7

NUESTRO “YARA”

Es hermoso ver luchar a un hombre honrado; verlo padecer, puesto que del espectáculo de su dolor, se sacan fuerzas para oponerse a la maldad; verlo alzarse triunfante, con la cara al sol, de todas las cruces del camino; verlo defender sin paga, y a costa de su sangre, y de la medicina de sus hijos, y del zapato de sus nietos, una idea que sólo vencerá cuando su defensor, a la caída del monte, vea ya los resplandores bienvenidos de la tumba. Enciende en fuerza y amor el espectáculo de estos hombres invencibles. José Dolores Poyo es así: su diario, cuando todo estaba cayéndose en Key West, y las casas desiertas eran como los árboles, sombríos y mudos, de los cementerios, y se mudaba o trastornaba todo, cesó de publicarse, mientras viajaba por los pueblos nuevos de la Florida el decoroso peregrino. Pero ya ha vuelto a su arrenal constante, y del vapor salió a la imprenta vieja y amada, a abrir las puertas a toda la luz. Él, en la mesa estrecha, vuelve a escribir sus castigos y desdenes,

sus prudencias y tristezas, su lengua precisa y real: él, si se le enferma el compañero, del editorial al anuncio hará el periódico, sin que se cansen los años juveniles, porque de él puede decirse lo que el cronista Juan de Castellanos dijo de los conquistadores de Colombia, de aquellos ciento sesenta y seis que jamás hubieran entrado en América sino por las divisiones entre el zipa y el zaque:

*No comian guisados con canela,
ni confites, ni dulces canelones:
su más cierto dormir era la vela,
las duras armas eran sus colchones.*

Él, si el prensista falla, porque la idea de honor no deje de salir a su hora, porque la sentencia diaria no deje de caer sobre el crimen diario, porque el tesón desinteresado no deje un solo día de afean su conducta a la indiferencia desvergonzada o calumniosa, él—con sus manos de escritor singular—hará de prensista. A veces, en verdad, parece que brota luz de los hombres.

Óiganse ahora las nobles palabras con que, en dos de sus primeros artículos, reanuda el diario cubano sus tareas:⁶

Patria, 15 de septiembre de 1894

8

“LA VERDAD”

Es el periódico nuevo de Nueva York, el periódico cubano, que quiere “la república con todos y para todos”, y viene lleno del alma elocuente y poderosa del fundador de escuelas de pobres de Matanzas, del que ya era maestro de virtudes cuando aún no lo podía ser de letras, del creador de “La Liga” de New York, toda amor y raíz,—de Rafael Serra. De los soberbios y poderosos de Cuba dice *La Verdad* en su viril prospecto que habrán de ir al fin, a la pelea por toda la libertad, “con la corriente turbia en apariencia por la velocidad de la carrera”, que es frase robusta y sagaz; y así pudiera decirse de *La Verdad* misma, de fuerza tan apretada y concisa, que se queda en los ojos algún tiempo

⁶ A continuación se reproduce un trabajo titulado: *Ordenen; obedecemos.*

después de haberla leído, como sucede con todo lo que alza ante los hombres, desganados de tanto interés y ficción, una obra de sinceridad y de afecto.

Una coma u otra que falte al prospecto no basta a deslucir su enérgico lenguaje, en que restalla el látigo encendido de los apóstoles, ni el orden de sus ideas, previsoras y francas, ni las sentencias en que, como a mano de cantero, se cuaja allí a cada paso el pensamiento varón. Tiene en los hombres nuevos la idea viva una crudeza ingenua y hermosa que viene a ser, en la defensa fuerte de la verdad humana, como en poesía la crudeza épica, y sale del alma natural y ardiente como la nuez de oro de las entrañas del monte. Cuál verá la arruga, o el grano de tierra; cuál verá el oro. Lo que importa es clavar el pensamiento puro, con mano que no tiemble, sobre las frentes viles. Lo que importa es confundir y mudar, con el espectáculo de su pecado, a los malditos del Dante, a los que pasan por el mundo indiferentes a las manchas y dolores del hombre. Lo que importa es traer del corazón del mundo, de lo que sufre y de lo que ama, la realidad y el ímpetu, que levantan y dominan, como el peñón que viene ardiente, quebrando y chispeando, de las profundidades de la tierra. De *La Verdad*, éste es el modo de hablar: "A la ignorancia se puede atraer con la generosidad y la dulzura; pero al talento enfermo de pasión ensoberbecido y encastillado en las iniquidades de sus vicios, no se atrae sino por los influjos de la fuerza". De *La Verdad* éste es el juicio político: "Mientras estemos bajo el yugo español, se burlarán de nuestras promesas generosas. Las estimarán de cobardía. Cuando tengamos poder, cuando Cuba sea libre, cuando sea de los cubanos, entonces tendrá mérito la bondad nuestra para con los españoles. Por ahora, es tratar de engañar y engañarse". De *La Verdad* esta es la profecía: "Con la corriente desbordada y purificadora que ya viene, tendrán que ir o perecer, los que pretenden desdeñar la voluntad y empuje de un pueblo. Tendrán que ir a la picota de la tiranía, o a las filas del pueblo que decide redimir a la patria".

Viene *La Verdad* a combatir "a cuanto se oponga a la unión de los buenos y útiles cubanos, a defender la igualdad completa de derechos y consideraciones entre todos los habitantes de Cuba, y al éxito feliz de una guerra de deber y de justicia, dispuesta a levantar con el poder de las fuerzas unidas, y con la eficacia de una positiva redención, las columnas de la república cubana". De la unión de los cubanos "para seguir dominados por España", dice, "maldita sea esa unión". De 1.501,400 habitantes de Cuba, cubanos y españoles, luego de restar

"10,000 extranjeros, 44,000 asiáticos y 4,000 africanos, ya sin vida, inofensivos", no ve que pueda nacer cuestión social, ni más cuestión que "entre todo lo que sea cubano", de una parte, y de otra "la concentración de fuerza contra todo lo que sea cubano". No ve de parte de "la clase de color, que sólo ha dado ejemplo vivo de amor, de patriotismo y de virtud", en un pueblo como Cuba, en "no obstante los errores insufribles de la esclavitud, siempre hubo muchos blancos generosos, cubanos y españoles, y muchos dueños de esclavos consecuentes", causa con que de ningún modo se pueda afirmar "la exagerada heterogeneidad de la población del país, capaz de hacer imposibles la armonía, la libertad y el orden". La pasión de la justicia, y la de la cordura, son, en suma, tan bellas y notables en *La Verdad* como la ausencia del odio. Hasta falta por completo aquel puntillo alarmadizo, propio de las almas nacidas en dolor, por donde la justicia se ofusca, y se rebaja la dignidad, nunca más alta ni firme que cuando se la lleva sonriendo por el mundo, sin poner atención, ni aun para buscarle los crespos seguros, a la ignorancia osada o al desdén ridículo. Brazos de hermano se ha de tender a los hombres activos y sinceros, que son la única crítica eficaz y la única honrosa en las sociedades que padecen de escasez de verdad y de energía. *Patria* saluda, con orgullo de cubano, al periódico nuevo, seguro de que en él la majestad de la razón, aun cuando haya de tundir y esclarecer, no honrará con la disputa innecesaria el crimen y desvergüenza que saien siempre al camino de las obras virtuosas.

Patria, 17 de noviembre de 1894

MISCELÁNEA

1. EL BAILE DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA
HISPANO-AMERICANA
2. MÁS DE LAS CASAS NUEVAS
3. EL DOMINGO PARA LA PATRIA;
LOS TABAQUEROS DE LA CASA DE O'HALLORAN
4. LA ALARMA DE AUTONOMÍA
5. ¡TODO ES POSIBLE!
6. LOS CUBANOS DE ATLANTA
7. EN EL CAYO QUERIDO
8. EN NEW YORK

EL BAILE DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA HISPANO-AMERICANA

Un cubano laborioso, que ha visto pena y conoce la verdad de la vida, palpó en la metrópoli vasta y fría las necesidades de sus hermanos, fue espectador piadoso de sus infortunios, resolvió aliviar tanta miseria, tanto dolor. No se entretuvo en teorías, ni en forjar planes que no pensaba poner en práctica, sino que de taller en taller, de casa en casa, propagó con entusiasmo, convenció a los escépticos, ya pobres, ya ricos, y anotando en su cartera un nombre hoy, y diez mañana, puso en comunión cordial a todos los hombres generosos, sean cuales fuesen sus condiciones sociales; así nació el 15 de febrero de 1892 la Sociedad de Beneficencia Hispano-americana de New York, del empuje y perseverancia de un hijo de Cuba, obra caritativa, generosa y llena de vida como su autor infatigable, Vicente Díaz Comas.

Dos semanas después la Sociedad comenzaba sus labores eligiendo Presidente al doctor Ramón L. Miranda, espíritu constante, cuya divisa es: "la fe y la esperanza"; al doctor Buenaventura H. Portuondo, amigo de cuanto es noble, Vicepresidente; a Antonio C. González, siempre caritativo, siempre allanando dificultades, y a Modesto Tirado, joven de mérito leal, Vocales. En las manos de Manuel Barranco, intachable y austero, se puso el tesoro que crece cada día con el óbolo del acomodado y del menesteroso; a Gonzalo de Quesada se le designó para que llevase la historia límpida de una agrupación humana donde no asomaron las pasiones rastreras su cabeza repugnante, donde no se intriga para los puestos con el fin de encumbrar personalidad alguna, donde solamente se piensa en hacer el bien.

Y mucho ha sido lo que ha hecho en los nueve meses pasados. Si a un argentino le ha faltado pan, la Beneficencia le ha dado que comer; si un mejicano ha pedido albergue para no verse forzado a vagar por

las calles durante el día y a sufrir cuando, en la noche, rendido, descansaba en el parque público, el castigo del insolente policía, la Sociedad le ha proporcionado un techo bajo el cual pudiera dormir; si un puertorriqueño se consumía en este clima hostil, se le ha enviado a su tierra de Borinquen para que el sol patrio le dé nuevamente la vida; si un cubano paralítico ha necesitado asistencia, medicinas, alimentos, cariños, todo se le ha dado por medio de la Comisión de Informes y Socorros: a la cabecera del enfermo sin familia, sin conocidos siquiera, no han faltado los cubanos idóneos y cariñosos, los doctores Jacinto J. Luis, Gregorio J. de Quesada y el hijo de Costa Rica, Emilio Echeverría.

Todo eso se ha hecho, pero falta algo más por hacer. Los alemanes, los franceses, los italianos, las emigraciones todas tienen su hospital, su dispensario, al menos. Y la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana intenta fundar una casa de salud para que no se diga que ni siquiera hacemos el esfuerzo. Por eso se pensó en el baile, se puso enseguida por obra el pensamiento, se nombró la Comisión, se empezó a trabajar.

¡Qué cuadro más halagüeño era ver a aquellos hombres, reunidos para un fin tan alto!

Desde el primer instante en que Emilio Agramonte se sentó en la presidencia de la Comisión, había ya la seguridad del éxito; como un general que explica su plan de campaña, anotaba en el papel, sacaba del bolsillo un cálculo, gesticulaba, guiñando un ojo con intención picaresca mientras que con el índice enérgico apunta a las cifras como si estuviera dando en el piano el tono a un violinista, o a veces echando su cuerpo macizo hacia atrás en la silla que tiembla, irguiendo la voluminosa cabeza, chispeándole los ojos, los brazos alzados, truena con clara voz, convenciendo al más incrédulo. En la primera sesión él fue el único que habló, y al terminar no hubo uno en contra de su proyecto; se resolvió dar el baile, se ordenaban los billetes de entrada, y ni un solo preparativo quedó desatendido. El plan presentado por el jefe estaba aceptado, ahora faltaba ver el resultado. ¿Sería una quimera de la fantasía del músico privilegiado, aquel triunfo que con tal certidumbre auguraba?

Al otro día más de uno sonrió con malevolencia ¡ésta es la humanidad! esperando el fracaso. Pero a medida que pasa el tiempo el trabajo crece, el éxito va siendo visible, los hombros descreídos ya no se encogen tanto y la sonrisa se va tornando en admiración.

Los domingos a las tres se reunía la junta en casa del Presidente. Llega Emilio Agramonte, saluda, toma su asiento, tranquilo, y espera

a sus compañeros: al fin se abre la sesión. Benjamín Guerra, brioso, fuerte, decidido, con el rostro perennemente placentero, lee el acta de la sesión anterior; y entonces Agramonte empieza a recibir los partes de campaña de sus compañeros: el Tesorero Antonio C. González, se pone en pie, como temeroso de que por lo exiguo de su estatura no se le vea toda la alteza de la obra, da cuenta de lo que hay en caja, y al concluir, en medio de los vivas, toma asiento, con las gafas de oro en una mano, y la lista pedigüeña en la otra. Todos están ansiosos por dar sus informes: el venezolano Angel S. Arias, que ama a Cuba como si hubiera nacido en ella y en quien las canas prematuras no significan tibieza de corazón, sino jovialidad, y benevolencia, con voz reposada cuenta de sus esfuerzos y extiende su cheque por el doble de los billetes que ofreció colocar; Gustavo Govín, estudiante aún, viril, callado, que no hace mucho llegó a la mayor edad, pone la firma al suyo: Guerra saca un papel rosado, toma la pluma de oro, y pasa el cheque blandamente al ávido tesorero. Y cada vez que uno hace entrega, Agramonte despierta del letargo en que parece sumido, sus manos vigorosas aplauden, y su ¡bravo! se oye sobre todos los demás. Es el turno del doctor Miranda: los quevedos apenas se equilibran en la punta de la nariz griega, los ojos, debajo de las leves cejas, pierden ciertas melancolía que algunas veces los invade, y parecen saltar de contento, viendo como aumenta el caudal de los pobres: no puede permanecer sentado, se pone en pie, la larga levita, parece cobrar vida; de los labios amorosos sale el elogio a un miembro de la Comisión, ausente, al mejicano Santiago Smithers, que en su físico hercúleo lleva toda un alma de paloma, que tiene corazón tan ancho como el pecho donde lo guarda para ejercer la caridad. El doctor Miranda, acariciando sus patillas, dice modestamente, entre aplausos y felicitaciones lo que por su parte ha obtenido. Y se oye el timbre que anuncia la llegada de tres miembros de la junta, que no han sido puntuales por traer más al tesoro. Son Rafael Govín, abogado joven, que trabaja con tesón, y pone su fortuna al servicio de las obras buenas; el activo Benjamín Giberga, el poeta, arrebujado en su sobretodo, con la barba salpicada de nieve y la cara gozosa encendida por el frío; y el doctor Portuondo, que abandona a sus enfermos, y que tarde y todo, viene a cumplir con el deber que no rehúsa a pesar de que le será muy penoso atenderlo de lleno esta vez: se va al Oeste, a buscar premio íntimo a su vida enérgica y caballeresca. Con sus cheques vienen

los tres, y con el suyo, un cheque de victoria, se levanta, justamente satisfecho de su obra difícil, de su obra social delicadísima, Emilio Agramonte.

Gonzalo de Quesada no ha levantado en tanto la cabeza: está en sus cuentas, que son muchas: sabe del Norte, y hace milagros en inglés: él la prensa, él la persona útil, él la idea rápida y practicable: lo que ha querido es que el baile produzca miles, que por el baile sepan los de la otra habla de nosotros, que la parte de hoy sea conveniente al todo de mañana, que se nos conozca y nos respete: su cheque es grande. Pero no fue ese sin duda su gusto mayor, sino el instante en que, coronando la obra todos con el justo agradecimiento, acordó la comisión dejar especial memoria, firmada por toda ella, de los trabajos modestos y triunfales de la compañera de Gonzalo: de Angelina Miranda y Govín. En su casa estaba la Comisión, y no sabía ella que se la llamaba para decirle, mientras su padre le apretaba la mano ruborosa, mientras bajaba los ojos el novio feliz, con qué ternura, y entusiasta admiración, le estimaban los comisionados la tarea infatigable que había sacado a puerto: ella, con su alma pura, se puso entera en la tarea; ella, que no tiene penas propias, padece como hermana por las de los demás; ella, obrera caritativa, trabajó sin descanso, en esta sorda ciudad grande, y le llegó al corazón, y la hizo oír. Benjamín Guerra, que sabe hablar, y no habla nunca en vano, le decía el cariño de sus amigos, la confesión de los comisionados, vencidos por ella en actividad, el agradecimiento de los pobres. Ella, como una flor de pensamiento, oía silenciosa... ¡Falta tanto por hacer!

¡Ah, baile hermoso! Las diez eran de la noche terrible, noche de frío extranjero que hace amar más la libertad, y ya las primeras parejas alababan, antes que se encendiese toda la luz, el soberbio salón,—que fue el que debió ser, por cuanto conviene que el que nos pudiera tener en menos, o sacarnos el hombro, nos vea en todo a nivel suyo. ¿Qué importa la tempestad; la nevada cruel; las calles incomunicadas; la distancia que hiela las mejores voluntades, la flor criolla que se va abriendo en la nieve, las vidas que ya, en el destierro bárbaro, sólo penden de un hilo? Es la patria en la nieve, y todo el mundo va a la patria. Son las diez; y van llegando los coches, los coches de la riqueza, los coches del ahorro, los coches del esfuerzo: ¡hoy, por los pobres! ¡mañana,—por la pobre!... Son las diez, y alababan el salón soberbio las primeras parejas.

De los bailes más lujosos es la escena en New York nuestro salón, el salón del "Lenox Lyceum"; pero ¿cuándo estuvo como ahora, con nuestras banderas? Del alto y noble techo cuelgan, hasta la fimbria de la bóveda, los tres colores de la libertad: alrededor, pendiendo de la bóveda, riquísimos damascos; de trecho en trecho, como lazadas, las banderas del Norte; nuestros escudos, de lazo a lazo, los escudos de las tierras libres; de los palcos caen, resplandecientes, símbolos de caridad y de república, en sedas carmesíes, en seda azul, en seda púrpura, en seda roja. De todas partes, del techo, de las columnas, de los antepechos, salen ramos, y medallones, y diademas de luz. La orquesta de Bernstein, que llena el escenario, rompe ya en los acordes de la overtura, de detrás de los pabellones americanos, los pabellones de nuestra América juntos en grupo bello alrededor de los colores de la madre Venezuela; y por guirnaldas de hoja y flor, frescos en el invierno, prendidos a las columnas. Sobre ellos, en letras de luz, el nombre en inglés de la Sociedad: "Spanish American Benevolent Society".

Y ¿qué hubiera admirado más, qué admiraban más, los que, ya a la hora plena, llegaban al Liceo?: ¿el ir y venir de las escaleras henchidas y alegres, con tanto escarpín de raso y tanto hombre útil y cordial? ¿o los palcos suntuosos que se iban llenando de nuestra gente caritativa, y de amigos del Norte, amigos de fuerza y peso en la ciudad? ¿o a la sala feliz y parlera, donde cuanto hay de bueno y bello entre nosotros se disponía, en amor o amistad, a la grandiosa marcha? Nuestros nombres estaban allí, y nuestras esperanzas; mucho de la América buena, y españoles buenos. Y bien quisiéramos ser sobrios; pero ¿cómo podemos olvidar aquel coro de palcos que veía, y las canas regocijadas que se agolpaban a la puerta, y la música triunfal, y la marcha azul, blanca, roja, la marcha amarilla, rosada, violeta, la marcha de encaje blanco, valencienas y chantilly? Rebosaba de color y gentío la sala espaciosísima: las damas de Washington, y de lo mejor de New York, aplaudían desde los palcos; cuchicheaban, colgando de los antepechos, los abanicos de pluma: hasta que en los lanceros ceremoniosos, se dispersó, revoloteando entre los fracs, la espuma amarilla, rosada, violeta, la espuma blanca, roja y azul.

Eran los palcos la casa de la noche, no reservados y egoístas, como en otras fiestas, sino todos visita y cariño. Al vuelo hemos de verlos: allí hay Kings y Blaines y Hughes y Hawleys, y Wuppermans y Springers: allí departe con la noble familia colombiana, la familia de Samper, la señora Luciana Govín de Miranda, modelo de distinción y bondad: An-

gelina de Quesada, blanca y rosa, va del brazo de la discreta hermosura y el señorío del corazón, de Ubaldina Barranco de Guerra, en purísimo azul, y al hombro un broche de capullos: toda es encajes la señora de Hamilton, la dama amable a quien saluda toda Venezuela: México está en el palco, de seda blanca y tul rosa, de María y Otilia Ybarra, de Otilia Ybarra de Smithers: allí en el palco del amigo constante, del venezolano de Cuba, Angel Arias, resplandecía Centro América en la gracia suntuosa de la señora Leonor de Mayorga, en verde y blonda rica, sueño y compañera del poeta Román Mayorga Rivas.

Corte era, con muy graciosas damas, con las señoritas Lawrence y Acosta, en trajes aéreos de leves matices, el palco de una cubana ejemplar, de la señora Inés de Angarica, cuyo amarillo brocado realzaba la blonda negra de largo abolengo. Madre parecía de todos, con su severo traje negro y sus cabellos blancos, Isabel Aróstegui de Quesada, junto a su Caridad, toda ternura y energía, a su Emilia de Arteaga, hermana amorosa de sus bravos hijos, a la arrogante esposa de su Gregorio, en seda blanca y modestas violetas, a María Rebollar, toda de blanco, como su corazón. De la beldad cubana no había mejor ejemplo que la señora de Ernesto Zaldo, la ingeniosa Carlota Ponce de León, y era como una joya en su elegante azul Pilar Bolet de Ponce de León: gala era el palco, con las esposas lindas de los hijos del celebrado venezolano, de Nicanor Bolet Peraza. Cuba entera entraba y salía en el palco de Emilio Agramonte: allí Esperanza Villalón, la airosa recién casada, allí la señorita Ribas, ahijada encantadora de aquella a quien todos ven con profunda amistad, la hermana de Bernabé, la señora Juana Varona de Quesada. Rebose amigos el palco popular del abogado Antonio González, y de su hospitalaria esposa, acompañada de la joven hija, en traje de blanco perla. Nadie pasaba sin un saludo cariñoso ante nuestras cubanas de adopción, tan fieles a nuestras tierras como bellas, las señoritas Pratchatt.

¿Pero quién puede pintar con justicia aquel entrar y salir, los corredores animados, y la sala bulliciosa? En un instante de receso era de ver la sala: solicitaban los tracs atentos el favor de un vals: los lápices agradecidos lo registraban de prisa en la elegante tarjeta; ya era un grupo, de todos los países, de lila, las señoritas Samper, de verde nilo Florence Weber y Leonor Molina, de seda del imperio la señorita Francisca Molina, de blanco María Godoy y Yara Fuentes, las hermanas Carbonell y Elena Peña, y la señorita Levine; como un jazmín Lulu Ros; de amarillo y violeta Carmen Mantilla: de naranja y jacinto Isabel Sor-

zano, conmovida en su baile primero, como Ana Merchán, de amarillo suave envuelta en flores, como la pudorosa Ana Castillo. Un grupo es todo rosado: la señora de Castro, las de Moreno y Monjui, Rosa Fowler, María Chaves, la señorita Coursine. Lleva encajes finos la señora Leopoldina Mora de Chaves y la de Córdova, con su airosa Matilde en crema y verde: de negro y rojo vestía la señora de Marino Peña. Y ¡qué lindos trajes en aquel otro grupo! Verde nilo y terciopelo esmeralda, y de mucho realce y nobleza, era el de la señora Margarita de Garmendia: un poético Recamier de fino color lila lucía la señora Blanca de Baralt; la señorita Peoli y Alfonso ostentaba rica blonda blanca; de negro y pasamanería, la señora de Mantilla y la de Weber, y Mariana Palma; de rosa y granate la señora de La Guardia: Adelaida Baralt, lindo traje claro de puntas y cintas; de amarillo y blondas la señora de Carrillo, y de grupo en grupo, felicitando y saludando, las hermanas Pratchatt, prendidas de rosas, el traje celeste de Ubaldina Guerra, la seda blanca y las rosas sencillas de Angelina de Quesada.

¡Cuánto nombre querido, para el que ya no queda espacio! ¡Cuánto traje seductor, no por el lujo pesado y censurable, sino por la modestia y el buen gusto! “¡Cuánta mujer hermosa!” decía un New York al salir. “¡Con qué elegancia, amigo mío, con qué elegancia se visten las hispanoamericanas!” decía con su peinado Pompadour, una Washington que volvía, envuelta en martas, a su coche. Y al acabar el baile, pareció a todos que empezaba.

¿A qué pintar el discreto bullicio del vasto comedor, a la hora en que la excelente cena de Terhune interrumpió el baile, que no había de terminar sino a las cuatro de una noche de tanto frío afuera, de tanto cariño adentro? ¿A qué decir, de hombres, quiénes estaban allí, si los diarios de New York dicen a una que allí estuvo todo lo que hay de hispanoamericano en New York? ¿A qué celebrar nosotros, en la casa propia, lo que harto celebran en crónica de privilegio el *Herald* y el *Tribune*, el *World* y el *Sun* de New York? Memorable ha sido, y ocasión de afecto y caridad, el baile de la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana; memorable por el noble adorno, la afamada música, los ricos detalles, la grande y significativa concurrencia. Pero todo esto, por lo que a los cubanos toca, hubiera sido acaso exhibición inoportuna e impropia alegría, si con ella no se hubiase asegurado una institución que en la cama del enfermo y en el umbral del pobre continuará uniendo,

ante esta otra América, los pueblos que la naturaleza y la historia han unido en la nuestra; porque la fiesta hermosa nos probó una vez más que vivimos con una sola alma los pueblos todos que, emancipados o tardíos, han de seguir juntos, en el continente y en el universo, su obra de libertad y humanidad; y porque, entendiendo los tiempos y obediéndolos, el baile de la Sociedad Hispanoamericana ha sido conducido de manera que los americanos de habla inglesa y los de habla española quedan después de él conociéndose mejor, y con más amistad y más respeto.

Patria, 14 de enero de 1893

2

MÁS DE LAS CASAS NUEVAS

En pueblos nuevos todo depende del arranque. El hombre es masa hirviente, y toma en los pueblos nuevos la nobleza o vicios del molde en que cae. El molde ha de ser firme y de virtud, para que el pueblo sea bueno. La vergüenza se ha de poner de moda: y fuera de moda la desvergüenza. Ha de ser limpia la casa, y la conducta. Se es cubano, y es Cuba cada un hijo suyo; y en todo lo que se hace va el honor de Cuba. Se ha visto, por esa idea de madre, convertirse en héroe al mastuerzo y en gloria al ladrón. ¡Sálgase de los hombres el que no lo sea! Fortuna verdadera para Thomasville, y para Cuba, es que vayan allí hombres como Carlos Baliño, que sabe conciliar la libertad ardiente con la elevación que la acredita y asegura, que padece, angustiado, de toda pena de hombre; como Mateo Leal, hostil a injusticias, y a quien no le ame a su patria; como Serafín Bello, cubano de singular mérito, todo suyo y genuino, que prefiere a los provechos de la vida, muy caros a veces, el gusto de defender a los que sufren, y de censurarlos y amarlos como a hijos.

Y Gainesville ya tiene buena colonia. López y Vila tienen fábrica allí; y Castillo trabaja ya con treinta; y Castellanos: "Que no nos dejan ir le digo. La población es linda y alta; y como de ocho mil habitantes. Crean al cubano inteligente e industrial, y es palpable el respeto que le merecemos por este esfuerzo nuevo que estamos haciendo por nuestra libertad: ¡librenos Dios de que esta gente del Sur, fiel todavía después de una generación a la causa que los arruinó, a una causa sin esperanzas

de resurrección cercana, nos viesen infieles, nosotros los cubanos, a una causa viva y posible, que no se puede desertar sin deshonor! Este es país de caballeros; y el que no lo sea, y por caballero entiendo al hombre generoso y honrado, encontrará poco que hacer en este país. Le quitan la silla, de seguro, para que no encuentre donde sentarse. Es muy linda esta población, y muy alta, y las lluvias no se quedan en ella, porque tiene corriente natural".

Patria, 10 de abril de 1893

3

EL DOMINGO PARA LA PATRIA

LOS TABAQUEROS DE LA CASA DE O'HALLORAN

No. *Patria* no. Algún bribón estará redondeando el frac para ir de lacayo, allá en las fiestas de Cuba, las fiestas en que, so capa de centenario de Colón, se buscan polvos y perendengues para que luzca como nueva la peluca podrida del gobierno español en Cuba y Puerto Rico. Y a los fracs, por supuesto, les saldrán, a la hora del baile, las manchas de la sangre de Céspedes y de Agramonte. Uno la llevará en el brazo. Otro en la solapa, como una flor. A otro le dará el reflejo en la mejilla como la marca de una bofetada. *Patria* prefiere a esa ocupación la de celebrar a los cubanos que después de trabajar toda la semana para sus casas, trabajaron, como muchas otras veces, su día de descanso, su domingo, para el tesoro con que han de conseguir su honra de hombres y la de sus hermanos. Algún danzón, recién salido de quien sabe dónde, puede fisgar entre un coñac y otro, del codo de su teniente, a esos "tabaqueros" del Cayo: *Patria* prefiere, desde el corazón, enviar su saludo a los tabaqueros de la casa de O'Halloran.

Patria, 10 de abril de 1893

4

LA ALARMA DE AUTONOMÍA

O porque fracasaron ellos en esta tentativa o la otra de guerra en Cuba, en el tiempo de nuestras niñeces; o porque no quieren contribuir al sacrificio común de que se aprovecharán después, y se dan aires de

censores de los demás y de gente que no cree, para no tener que cumplir con su parte de obligación; o porque andan en negocios con Cuba, y la guerra nueva les vendría a trastornar el negocio; o porque el Gobierno español en Cuba paga bien los servicios indirectos, y no hay espía tan útil como el que descorazona al enemigo,—ello es que cada anuncio de autonomía en Cuba, como el de la reforma infeliz de las elecciones, halla su eco por la emigración en esta esquina oscura o aquella mesa de café, y no bien sale la noticia de la mar, cuando ya da algún agorero por extinta la revolución, y afirma que en Cuba “pasó ya la ola”, y le corta la mortaja al Partido Revolucionario,—que crece, que desdeña, que junta, que sabe, que calla. Lo que importa no es denunciar por las calles las expediciones ni poner en riesgo valiosas cabezas, por cerrar la boca a un avieso que dice que “en Cuba no hay nada”, o a uno que ignora de buena fe, y cree que nada es, porque él no lo sabe: ¡lo que importa es hacer, y no que se diga que hagamos! Y de este silencio prudente saca ventaja uno u otro tibio, o negociante, o desconocedor, o polizonte, para decir, entre la gente de poco saber, que “ahora sí que con este Consejo que es casi la autonomía, se viene la revolución abajo”.

Pues no ha pasado una semana, y ya se sabe lo que es la novedad del Consejo. Ya ha dicho el cable que “se ha dado a la idea en Cuba un alcance que nunca ha tenido”; que de lo que se ha tratado únicamente es de “asimilar a Cuba, reduciendo seis diputaciones, a las demás provincias de España, que sólo tienen una”; que el ministro de Madrid “se ha inspirado para el plan del Consejo en las ideas de *La Unión Constitucional*”, el periódico español que ha echado a volar estos días la campana de sangre a la noticia de la muerte probable del Casino; que esta novedad del Consejo no es más que lo que se puede ver en Puerto Rico, adonde fue esta reforma hace veinticuatro años, y por el polvo y agonía de Puerto Rico hoy puede verse lo que Cuba, en veinticuatro años por venir ganaría con la reforma.—¡A un lado, a un lado de veras los que intenten, con ridículas esperanzas, o con fingido conocimiento de lo que sucede en Cuba, extirpar en los demás la fe del patriotismo, para no verse obligados a cumplir con sus obligaciones! Los tibios a un lado, —y los polizontes. ¡Es mucha la policía! Se entra por las venas: se la bebe en el vaso de agua: se aparece en traje de viajero desinteresado, que viene “a buscar trabajo”, o “a ver a la familia”: se sienta a la mesa, con nombre de amigo; se acuesta en nuestra almohada.

¡Ah! y una nueva más: que el ministro Maura nunca propondría la reforma del Consejo “sin oír a los diputados de Cuba”. Lo cual es de-

clarar que estará, como es natural, en las cosas de Cuba a la opinión del país, y como ésta le va al gobierno madrileño por la diputación, de gran mayoría española, resultará que la reforma, cualquiera que ella fuese, sería—y debe ser— conforme al consejo de la mayoría. Y todo es el disfraz y el engaño de siempre; pero el gobierno gana así, mientras la esperanza dura, unos cuantos meses de ventaja; y hay tiempo y ocasión para regar por entre los emigrados unos cuantos agentes, a que debiliten, en una que otra choquezuela, el alma creciente e invencible de la revolución.

Patria, 16 de abril de 1893

5

¡TODO ES POSIBLE!

Como quien lee un sueño, o letras de sangre en la espuma, o frase escrita en la arena con grillos de presidiario, se lee en un periódico de la Habana, que ha empezado a publicarse allí *El Constitucional*, semanario “cuya redacción en masa la forman personas nacidas en este baluarte de las glorias de la noble España en América”. Hoy, en el país que de sí propio se levanta y ordena para su entrada, por la guerra inevitable y corta, en la paz y el trabajo; hoy, en las ciudades ruinosas que se van quedando sin casas y sin hijos; hoy, cuando el gobierno sale por las calles pidiendo de comedia a las puertas cerradas un poco de fanfarria para la monarquía que viene a Chicago, a que se vea por el contraste la miseria de sus colonias monárquicas con la república de maestros de escuela, reverendos y labradores; hoy, que se pone América en la sangre el espíritu cordial y útil del mundo, y sus últimos hijos esclavos se reúnen, con la constancia que todo lo vence, para ayudar a libertar del gobierno incapaz de España a Cuba y Puerto Rico,—sale a defender a España en Cuba “una redacción nacida en este baluarte de las glorias de España en América”.

Aquí peta un cuento. Allá por 1870, en una hora de libertad, que dio el gobierno de la Habana a un chiquitín que iba a España de preso político, se entró el niño por la librería de Abraido, y, no sin que le temblaran las manos de vergüenza, leyó, asombrado de la ceguera humana, una revista de muy buen papel, papel grueso y de viso como el terciopelo, en que la juventud de las escuelas del barrio Latino declaraba, en gran

prosa y poesía, que Francia joven, y Francia entera, no podían vivir sino bajo el favor y misericordia del manto imperial de las abejas, del manto glorioso y providente de Napoleón; que el imperio era la vida, y la república un cafetín de barrio, y que los republicanos no eran jóvenes de verdad, sino de ajeno y mugre; y que ellos, los siervos humildes del emperador, eran los únicos jóvenes. Quemaba la revista como un veneno, y daba tristeza de vivir. Los jóvenes, por lo menos, deben ser honrados.—Zarpó el vapor que llevaba a España preso al chiquitín, y al anclar en Cádiz, lo primero que dijeron los del bote de la Sanidad fue que Napoleón se había rendido en Sedán, que el imperio había muerto, y que gobernaba la república.

Patria, 16 de abril de 1893

6

LOS CUBANOS DE ATLANTA

Son diez, y están juntos. Les lastiman a Cuba, y lo sienten todos. El que tiene más, es allí amigo del que tiene menos. A la hora del trabajo, quien llama a su puerta oye el canto lastimero de una voz de rara pureza, el son triste y lento, interrumpido con silencios largos, como cuando la sangre cesa en el corazón: es el canto de un niño que acaba de venir de Cuba, “porque en la Habana no se puede vivir”, “y yo soy bachiller y mi padre quiere que aprenda a tabaquero: allá hay mucho abuso”. En club permanente viven aquellas almas. *Patria* está en todas las mesas: “cada uno recibe una”. “En esta casa no pisa el que no sea cubano completo”. Muy ocupados estaban todos, escribiendo la respuesta a un peninsular que dándose de cubano, dijo en el periódico que Cuba es un país de dicha, con tanta libertad como la mejor república, y una buena ley de sufragio para cabezas de a cinco pesos, y un mundo de benevolencias y hospitales, y menos contribuciones que en los Estados Unidos.

Atlanta es bella. En pleno pecho de la ciudad, de osadía moderna, da la estación de hierro del ferrocarril. Por mármoles de un blanco gris con grandes rasgos negros, se entra a los negocios animados, negocios de hipotecas, de tierras, de venta de casas. Un hotel es de ladrillo crema y otro, más alto aún, de ladrillo rojo. Decatur es la calle rica, re-

pleta de comercios, cruzada de carros eléctricos, calzada de grandes edificios. De mansiones ricas, cercadas de jardines, y recién salidas de la mejor arquitectura, es la Avenida de Peachtree. No hay un grano de polvo ni una rotura en toda la ciudad. El carro vuelve al pie de la estatua de Grady “el orador, patriota y periodista”, que no creyó que el modo mejor de robustecer al Sur era tenerlo en pobreza gruñona, sino hombrarlo en poder y riqueza con el Norte:—e hizo a Atlanta.—Pero, para un cubano, en Atlanta lo más bello es la lealtad y unión de aquel puñado de cubanos.

Patria, 8 de mayo de 1893

7

EN EL CAYO QUERIDO

Cuando sufre lo nuestro,—aunque haya por otras razones causa segura y creciente de entusiasmo y de fe,—el primer pensamiento ha de ser para los que sufren. Por dondequiera que hay cubanos, todo se liga, crece todo, avanza todo: cada día es un paso más. Y si no lo fuera, nos henchiría de vigor nuevo, y de aquella piedad de que está hecho el verdadero patriotismo, la tristeza callada y punzante de nuestros hermanos de Key West.

No es la pérdida del trabajo lo que ellos lamentan: ¡son hombres, y otros lo son también, y entre ellos y otros, se abrirá al trabajo de sus propios hijos el país donde sólo tienen seguro el pan los amos, y los augústulos y celestinos, y los que de la defensa de las libertades nominales sacan pretexto para convivir con la corrupción real, y los de espalda dura que a todo se acomodan, con tal que no les falte el vicio en la alcoba y la abundancia en la mesa! ¡La compasión sólo, o la vergüenza de la humillación de los propios, quita de la mano el látigo que castigue tanta culpa, o el fuego que la quemé!

No es la pérdida de sus esperanzas de independencia lo que lamentan los cubanos de Key West: ¡hoy la necesitan más, hoy sienten en su propia cabeza la soledad y agonía de su pueblo todo, hoy, con más ternura y espontaneidad que nunca, con más apego y generosidad que nunca, darán todo el calor de sus almas leales a los que han jurado vivir

para ellos, o morir por ellos, o morir de vergüenza y dolor, si no hubiera otro mejor modo de morir!

Lo que los cubanos de Key West lamentan es el horror,—saludable, y acaso necesario en sus consecuencias políticas para nuestro país,—de ver como ebria y ensangrentada, y con el uniforme de todas las brutalidades y tiranías, a la nación donde pusieron sus hijos y sus cadáveres de raíces, a la que amaron con fe y con pasión. La nuestra es gente generosa, y vive de admirar y de querer. Salva una poca ralea, caída de la colonia como el pus de una llaga, o un puñado de gente imitativa, que por miedo al déspota copia sus vicios y costumbres, o por falta de vida propia copia el lenguaje aladrado y pasiones sáficas de la vida ajena, Cuba es pueblo que ama y cree, y goza en amar y crear.—Hoy los cubanos de Key West ven regida por el terror la tierra que secundaron; ven amenazado en un pueblo libre su derecho de pensar—¡oh cosa increíble!—en obtener, con su libertad propia, la de un pueblo aún esclavo en América; ven la rebelión feliz de un grupo de cómplices confesos de la tiranía extranjera contra la justicia aparente de la que pasa por ser la primera república del mundo. Llega uno, y escribe que halló a Key West como si la hubiese arrasado un temporal: otro dice “aquí todos están como si tuvieran muerto en casa”: otro dice: “yo me tengo por verdadero norteamericano, pero al ver la impotencia de los Estados Unidos en este asunto, al ver como se trata a los compatriotas de usted, confieso que desearía que cada cubano que hay en los Estados Unidos se echase un arma al hombro y marchara a conquistar su país”. Si así siente el extraño, ¿qué no sentiremos nosotros?

Pero no importa, hermanos. ¡Ya han llegado tarde! Lo que está hecho, hecho está: ¡y no nos lo pueden deshacer! Y en el Cayo mismo ¿para qué ha servido esta persecución, sino para hacer a los cubanos más nobles y mejores? Si antes uno, ahora diez: ¿verdad, hermanos? Y los cubanos de todas partes de la tierra, más ligados y fuertes cada día, más cariñosos y unidos por esta increíble injuria, adelantamos, serenos, a la conquista de la libertad.

Los ojos no están secos, no, cuando pensamos en el Cayo querido: pero la sangre, con brío mayor, salta en las venas:—¡y por todas partes es más apretado el abrazo!

Patria, 16 de febrero de 1894

EN NEW YORK

El Delegado del Partido Revolucionario, después de su viaje rápido y fructífero por las emigraciones, está de vuelta en New York, junto con su compañero de viaje, Francisco Gómez. Como por entre almas han andando los viajeros en este mes y medio de ausencia por lejanos y diversos países: y en Panamá y en Jamaica y en Costa Rica los han abrazado los extraños, si extraños son unos para otros los pueblos de América, con la misma efusión, con la misma ternura, y aun pudiera decirse con la misma esperanza que la fervorosa emigración de la Florida. ¡Ah! verdaderamente, la revolución de Cuba, corona y garantía de la de nuestra América, hallará a su hora abiertos grandes surcos. No se perderá por la tierra. No caerá en la mar. La amaré un continente. La saluda ya el hosanna conmovido de los hombres.

Pero no merecería el saludo de los hermanos de otras tierras la revolución, ni merecería su ayuda, si los cubanos no se mostrasen dignos de ser ayudados. ¿Qué hombre honrado aspirará a que los extraños le compren, y le den hecha, la libertad que, siendo para él, no compra él? ¿Qué hombre honrado osará ir a vivir como ciudadano libre en una tierra a cuya libertad no contribuyó? El gozo mayor del Delegado en su viaje no habrá sido, de seguro, ver tan nobles y amigos a los países que nos ven sangrar, y entienden toda la importancia americana de nuestra independencia. El ver a los cubanos enamorados del sacrificio, y a las cubanas avergonzando a los hombres con su actividad y su firmeza, el ver la mente cubana hecha ya a la prudencia, a la energía callada, al esfuerzo silencioso, a la abnegación sin alarde, habrá sido, sin duda, la causa de regocijo principal para el hombre con cuya existencia útil se demuestra la verdad de su incesante predicación:—los edificios son tanto más seguros cuanto más profundos son sus cimientos.

Con todo su deber cumplido viene el Delegado otra vez al Norte. ¡Felices los que podemos decirle, a él y a su discreto compañero de viaje:—Nosotros también hemos cumplido con nuestro deber!

Patria, 7 de julio de 1894

CUBA

*LETRAS, EDUCACION,
PINTURA Y MUSICA*

LETRAS

ALFREDO TORROELLA ⁷

⁷ Discurso leído en la velada del 28 de febrero de 1879, celebrada en el Liceo de Guanabacoa, para honrar la memoria del poeta Alfredo Torroella.

No quiere hoy la palabra ardorosa, en flores de dolor que arrebatara el viento, tributar pasajero homenaje al muerto bien amado de la patria. Aunque, si la patria lo ama, no está muerto.

Quieren sus buenos amigos que mi mano trémula, caliente aún con el fuego que secó en vida su mano generosa, sea la que revele aquel espíritu férvido y preclaro, con que puso más lauros en la frente ceñuda de la patria, cargada ya de lauros enlutados.

No fue sólo en vida Alfredo Torroella,—y a su nombre gime el amor, sin su buen hijo, sin su buen bardo,—aquel niño fogoso de atléticas espaldas, de abundantes cabellos, de ojos fúlgidos; aquel tribuno ardiente de todas las justicias; aquel adolescente de ancho pecho, como para que en él cupieran holgadamente todos los dolores. Que es ley de los buenos ir doblando los hombros al peso de los males que redimen. ¡Los redimidos, allá en lo venidero, llevarán a su vez sobre los hombros a los redentores!

Hijo de un hombre honrado, excelsa concreción de todo elogio, no hubo en su vida acción alguna—y las hay ignoradas admirables—en que no diese honra cumplida al buen anciano. No tuvo nunca para su hijo aquel amante padre esas rudezas de la voz, esos desvíos fingidos, esos atrevimientos de la mano, esos alardes de la fuerza que vician, merman y afean el generoso amor paterno. Puso a su hijo respeto, no con el ceño airado, ni con la innoble fusta levantada—que mal puede luego alzarse a hombre el que se educa como a siervo mísero;—no con la áspera riña, ni la amenaza dura, sino con ese blando consejo, plática amiga, suave regalo, tierno reproche, que deja sin arrepentimiento tardío el ánimo del padre, y llena de amoroso rubor la frente del hijo afligido por la culpa.

Amigos fraternales son los padres, no implacables censores. Fusta recogerá quien siembra fusta: besos recogerá quien siembra besos:—que

hoy en esta expansión creciente de todos los amores en que, a despecho de viejos dientes y ruines mordeduras, se aprietan unos a otros en abrazos purísimos los hombres,—ley es única del éxito la blandura,—la única ley de la autoridad es el amor.

Y así, con este germen, ¡qué gran hijo ha logrado el noble anciano! Proveíale el solícito padre de ese caudal pequeño de los niños, siempre enamorados de las bellezas que cautivan en la infancia, de la lámina de brillantes colores, de los juguetes de acción y de relieve, de los elegantes libros extranjeros—que propios, ¡aún no los tenemos!,—de todas esas pueriles sencilleces que excitan los deseos de aquellos días felices, en hora triste abandonados. No es el menor sacrificio que a la vida se hace el sacrificio de la infancia:—¡ay! ¡entrar a vivir con un ramo de flores marchitas en la mano!—Amplia era la provisión, y cada mañana repetida; y aquel hermoso niño, en su camino para el colegio—que amó siempre—como nuestras mañanas son tan bellas, y todo en ellas palpita de esperanzas y de amor, contagiábase de aquella hora de bodas,—sentía, lleno de bien, afán de hacerlo,— y no hubo entonces ruda mano negra, seca mano blanca, ni humilde falda mísera que no apretase agradecida la limosna del niño compasivo.

¿Qué amaba él?—Los héroes de la historia. Su padre la contaba; que nunca deben los padres abandonar a otros el molde a que acomodan el alma de sus hijos; y con Catón el rudo, con la víctima noble de Sphialtes, con la brava Lucrecia, con el tremendo Bruto, encendíase aquella faz radiosa, y a menudo lloraba lamentando cómo era ya pasado el tiempo de los héroes.—¡Cuánto anheló para sí el manto de Régulo, la palabra de Hortensio, la toga de los Gracos!—¡Oh! ¡si fueran los padres en el hogar, ya que no copia, ejemplo al menos de respeto a los buenos, los justos y los bravos!... ¡Generación de bravos sucediera a esta generación anémica y raquítica!

Lleno del suave aroma de nuestras mañanas; con besos paternas coronada la frente; en el amor de los viejos héroes templada aquella intrépida alma presurosa, sintió, con los primeros albos de la razón, las primeras solicitudes de la gloria. ¡Cuántas veces se inclinó al oído de su madre para decirle, con la santa timidez de todas las primicias, infantiles versos! ¡Cuántas, con épicos alientos, tradujo a incultas y sonoras rimas las hermosas lecciones de los griegos!

Fáciles le eran desde niño todas las formas activas de la grandeza y la belleza. Sentía noble encanto en enseñar lo que sabía. ¿Había brave en la comedia casera? Él era el bravo. ¿Era menester un drama de

pasiones? Acordábase de su padre el niño poeta, y allá en el alma hallaba elevación para el coturno. ¿Querían sus jóvenes amigos reír y holgar? Allí, con gran concurrencia de vecinos, al aire, como en los grandes tiempos muertos, celebrábase con regocijo la nueva obrilla cómica de Alfredo. A veces, entre frenéticos vítores, de que en muy rara ocasión habló el poeta, el pueblo de los pobres proclamó hijo suyo al niño humilde de los sueños, de las limosnas y las lágrimas.—¡Que es doble manera de hacer el bien, dar pan al cuerpo y darlo al alma!

De fijo fueron aquellos paseos, aquellas comedias olvidadas, aquellos entusiastas espectáculos, origen de ese tono espléndidamente humanitario que llena de color y de grandeza las obras de Torroella. Tal vez aquel espíritu ardoroso, que ponía en la caridad tanto vigor como en el verso, juró en silencio, frente a las amargas miserias de los menesterosos, ser, con el enérgico sostén de sus derechos, redentor de su vida miserable.—De allí, sin duda, en aquella confusión de altos alientos en humildes hombres; de aquella verdad triste, fuente única y exclusiva, como toda verdad, de la poesía, nació luego, con la predicación fogosa de un poeta, en otro tiempo amado, ese santo fervor con que defiende en un drama ruidoso, en discursos felices y entusiastas, en versos que no negó nunca a los pobres, el derecho del triste y del caído.—¡Corona de ceniza para los poetas cortesanos!—¡Corona de himnos para la frente del honrado poeta de los pobres!...

Dio al fin, en 1864, a la pública luz, que había alumbrado ya su vida triunfadora de escolar, un volumen de versos. La crítica generosa, única fructífera, lo fue sin tasa para el privilegiado adolescente.—Leyeron sus versos las mujeres... ¡feliz destino de los versos!... leyéronlos los hombres. Mirto tuvieron las damas, y ramas de laurel todos, para el cantor generoso de los desgraciados de Manila, héroe feliz de aquella noble noche en que, con dar limosna a los necesitados, se dio Cuba un poeta. ¡Milagroso premio que alcanza siempre el obrar bien!

Cristianos amores, honrados deseos, perpetua ansia de gloria inspiraban aquellas canciones juveniles. Era aquél un buen poeta y un poeta bueno. Rebelde esclavo de la grave forma, rompíala a menudo, y decía en un giro prosaico el comienzo de una idea valiente que completaba con un hermoso giro. Cuando fruncía el ceño, veíase aun bajo el ceño la sonrisa. Parecía fuerte águila que llevaba en el seno una paloma. Así ha cruzado por la vida; tórtola que ha gemido desde la cumbre de los altos montes.

Vino luego en noche tormentosa ancha plaza para el rayo y para el trueno. ¡Cómo, al pisar la escena, pensaría en Roma y Grecia!... ¡Allí estaba, radiante y soberbio, el hijo de los héroes! Contra él estrellábase la cólera, como las olas que hierven contra el mástil que las encorva y las dirige. Cruzábase de brazos, porque dentro del ancho pecho desbordábase el ancho corazón. Sobre las olas íbase sereno; domábalas, acalíbalas, vencíalas. Se hizo la obra buena. Y cuando allá en la alcoba reclinó en la almohada la cabeza, una pálida sombra, de sollozos y lágrimas vestida, dijo al bravo poeta: “¡Poeta honrado, contigo me desposo, tú eres mío!”

Vinieron luego para la Habana noches venturosas. ¿Cuándo no lo son las literarias?... La cultura reemplazó a la cólera; al patio airado, salón elegantísimo; a la noche del vasto coliseo, las noches de la feliz Guanabacoa; a las increpaciones de la pasión, murmullos siempre gratos de blandas y dulcísimas pasiones. Y allá, en la casa de Nicolás Azcárate, uno, y no el menos ilustre, de nuestros buenos, trocése el domador de olas en rimador de amores. ¡En cuántos labios delicados resbalan ahora las gallardas y felices estrofas del poeta! Pareció una de aquellas amantes serenatas, lluvia fresca y copiosa de rocío. ¡Vertió el poeta sobre aquellas cabezas elegantes, desatados de lazos de rosas, frescos haces de mayos y de abriles!...

No cabe aquella vida en este corto espacio; sea, pues, a grandes rasgos terminada. Pero no terminada, comenzada de nuevo. Vinieron con los días sombríos, las fugas de las tórtolas. Y a su nido natural fuese el poeta: a Mérida. De la morada de todas las cóleras debía ir a descansar a la morada de todas las sonrisas. ¡En la tierra querida cuajábase de nubes nuestro cielo; sumergíase todo en negra sombra; los árboles heridos caían gimiendo; los rebaños, a tientas por los valles, maltratábanse en busca de ancho campo; y todo se moría, como si estuviese pasando por encima de la pobre tierra muda, un inmenso ángel negro!

Y al llegar a la playa feliz, volvió los ojos el bardo: ¡ay!... ¡que llorando vuelven a saber lo que son lágrimas mis ojos! ¡Y juzgó su alma muerta, y la vio desde lejos, errante sollozando en una palma rota por el rayo!...

Mérida es tierra de ojos negros y jazmines blancos: echa al mar playas de palmas como para recibir mejor a sus hermanos... ¡cuán generosa tierra la que nos muestra al llegar árboles patrios!

Con Alfredo Torroella llegó a la buena Mérida un hombre vigoroso. Creció en el mar, a solas con el destierro, el bardo joven. Aquellos

campos vastos y elegantes, aquel hogar caliente, aquel lenguaje nuevo, aquella vida largo tiempo soñada, aquella atmósfera tanto tiempo apetecida, dieron súbito temple al peregrino:—y, empuñando el bordón del caminante, como acero flamígero moviólo a los ojos de los vehementes meridianos. Cantó a sus poetas y a sus palmas—poetas de las selvas.

A cuánto noble y grande halló: ¡nada más bello que poder amar a aquel a quien se tiene algo que agradecer!... Y fuese cargado de laureles, fatigando al mar con poderosos pensamientos, a la noble México.

¡Sea con respeto y vivísimo amor oído tu nombre, tierra amiga! —¡Sepulcro de Heredia! ¡Inspiración de Zenea! ¡Tumba de Betancourt! ¡Abrigo fraternal y generoso, prepara tus montañas, viste el valle de fiesta, da la lira a los bardos, borda el río de flores, ciñe de lirios la cresta del torrente, calienta bien los hielos de tus cumbres!... ¡Te ama Cuba!... ¡Y entre pueblos hermanos, todas las flores deben abrirse el día del abrazo primero del amor!... ¡Tu rica Veracruz nos dio sustento, labores San Andrés, aplausos México! ¡Tu pan no nos fue amargo, tu mirada no nos causó ofensa! ¡Bajo tu manto me amparé del frío!... ¡Gracias, México noble, en nombre de los ancianos que en ti duermen, en nombre de los jóvenes que en ti nacieron, en nombre del pan que nos diste, y con el amor de un pueblo te es pagado!

Allí, con la energía de las grandes fuerzas, surgió Alfredo. Surgió al borde de una tumba, la del buen actor Morales, por él honrado en quintillas que hicieron fiesta en México. Se abrazó a Juárez, y lloró el coloso. Abrazó al poeta Justo Sierra, y el teatro entero saludó con aplausos conmovedores el abrazo. Las escuelas, los asilos, las nacionales fiestas tenían en él poeta natural. ¡El cantó el valor glorioso, la derrota heroica, los árboles cargados de recuerdos, el amor que consuela, la energía que salva, la indignación soberbia que redime!... ¡Bendita aquella lira que descansaba siempre en el umbral de la puerta de los pobres!

Amó antes la muerte: ¿qué mano noble no se ha alzado algunas veces a la sien para arrancarle airada su secreto? Pero allí encontró hogar para el talento, hogar para el corazón. Amó puramente, que es redimirse de terribles sueños. Y, cargado de deber, amó la vida. En demanda de lo infinito suspiramos: ¡bien haya la familia, acá en la tierra hogar de lo infinito! Honrábalo su esposa, y él la honraba. Amar no es más que el modo de crecer. Tuvo hijos y bendijo su fortuna. ¿De qué mal no nos cura un pequeñuelo que cabe en nuestras manos?

Orador, arrastró; poeta, sedujo; autor dramático, oyó de los mexicanos aplausos ferventísimos. Ora tonante y fiero, ora amoroso y manso; no mermada la generosidad, enamorado de dos patrias, fuerte con un nobilísimo cariño, con el estudio asiduo acendrado su enérgico talento, era para México, no el humilde acogido, sino el hijo fervientemente amado.

Asombro fue más tarde con su honradez pasmosa en los feraces pueblos de la batalladora frontera mexicana. Cantor de sus días faustos, maestro de sus hijos, guardador de sus haberes, alma de sus fiestas. Llamaba a sí a los niños; siempre con él se vio a los buenos. El porvenir incierto, la diaria carga de la triste vida, el clima hostil, el peso de los sueños, fueron lentamente hiriendo al autor del no olvidado drama *Amor y Pobreza*, del elegante *Laurel y Oro*, del chispeante *Careta sobre Careta*, del culto proverbio *El Istmo de Suez*; al que escribió romances con rima delicada, odas con lírico arrebatado, serenatas perfumadas de amor, elegías fuentes de lágrimas...

¡Allá creció, junto al Ajusco viejo, bajo el palacio indio, a la agitada margen del Río Bravo! Poeta ilustre se hizo aquel poeta simpático, galano el incorrecto, admirable el honrado, bendecido el bueno. ¡Gran aire quieren las naturalezas grandes! Necesitaba el Continente vasto, aquel poeta digno de cantarlo.

¿Cómo hablar de su muerte si cerré sus ojos?... Calle yo ahora: ¡también tienen pudor las lágrimas!...

¿Dónde está ahora la palabra de fuego, el corazón inmenso, el generoso aliento, la ya famosa lira del poeta?... ¿dónde el bardo de los pobres, de los esclavos, de los mártires?... En vano se le busca en otra parte: "está en el alma de los mártires, de los esclavos, de los pobres". —¡Amado será el que ama; besos recogerá quien siembra besos...!

¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga...! ¡Seno colosal donde todos los sublimes misterios se elaboran; miedo de los débiles; placer de los valerosos; satisfacción de mis deseos; paso oscuro a los restantes lances de la vida; madre inmensa, a cuyas plantas nos tendemos a cobrar fuerzas nuevas para la vía desconocida donde el cielo es más ancho, vasto el límite, polvo los pies innobles, verdad, al fin, las alas; simpático misterio, quebrantador de hierros poderosos; nuncio de libertad... te hemos robado un hijo...! ¡Digno era de ti, pero nos hace falta...! Calientanos su fuego, animanos sus cantos, suavízanos su amor, fuerzas nos da su indómita energía. Búscalo si lo quieres, en el hogar de los

desnudos, junto al lecho de los enfermos, en el corazón de los honrados, en la grave memoria de los hombres, en las pálidas almas de las vírgenes. ¡Pero si tanto has de arrancarnos para llevarlo a tu hondo seno, ¡ay! nunca vengas, que las vírgenes y los honrados nos hacen mucha falta!

¡Muerte, muerte generosa, muerte amiga! ¡ay! ¡nunca vengas!

1. A JOSÉ JOAQUÍN PALMA
2. EL LIBRO DE UN CUBANO

A JOSÉ JOAQUÍN PALMA⁸**Palma amigo:**

Te devuelvo tu libro de versos: ¡no te lo quisiera devolver! Gustan los pobres peregrinos de oír cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor del árbol lejano, canción del propio mal, ruido del patrio río. ¡Bien hayan siempre los versos, hijos del recuerdo, creadores de la esperanza! ¡Bien hayan siempre los poetas, que en medio a tanta humana realidad anuncian y prometen la venidera realidad divina! Lejos nos lleva el duelo de la patria: apenas si, de tanto sufrir, nos queda ya en el pecho fuego para calentar a nuestra mujer y nuestros hijos. Pero puesto que la poesía ungió tus labios con las mieles del verso, canta, amigo mío, el mar tormentoso, semejante al alma; el relámpago, semejante a la justicia de los hombres; el rayo que quebranta nuestras palmas; los bravos pechos que llenan con su sangre nuestros arroyos. Cuando te hieran, ¡canta! Cuando te desconozcan, ¡canta! Canta cuando te llamen errante y vagabundo, que este vagar no es pereza, sino desdén. Canta siempre, y cuando mueras, para seguir probablemente lejos de aquí cantando, deja tu lira a tu hijo, y di como Sócrates a sus discípulos en la tragedia de Giacometti: “¡Suona, e l’anima canta!”

Tú naciste para eso. El rocío brilla; el azahar perfuma; el espíritu asciende; canta el bardo. Trabaja enhorabuena; pero cuando dejes la pluma, toma la lira. ¿No ves qué concierto de simpatías levantan unos cuantos versos tuyos? ¿Qué cortejo de amigos te sigue? ¿Cuántos ojos de mujer te miran? ¡Miradas de mujer, premio gratisimo! Es que lleva el poeta en su alma excelsa la esencia del alma universal.

⁸ Esta carta de Martí se publicó como introducción al libro *Poesías de José Joaquín Palma*, editado en Tegucigalpa (Honduras), 1882.

Tú eres poeta en Cuba, y lo hubieras sido en todas partes. Mudan con los tiempos las cosas pequeñas: las grandezas son unas y constantes. Tal fue el hombre viejo, tal el nuevo. Ni lágrimas más amargas que las que llora Homero, ni sacrificio más noble que el de Leandro. Safo dio el salto de Léucades: porque lo den desde el Sena, ¿es menos heroico el salto de las modernas numerosas Safos?

Tú, Palma, hubieras sido aeda en Grecia, scaldier en Escocia, trovador en España, rimador de amores en Italia. ¡Rimador de amores! Tú eres de los que leen en las estrellas, de los que ven volar las mariposas, de los que espían amores en las flores, de los que bordan sueños en las nubes. Se viene acá a la tierra unas cuantas veces cada día, y el resto ¡oh, amigo! se anda allá arriba en compañía de lo que vaga. ¡Rimador de amores! a ti, poeta tierno, no conviene el estruendo de la guerra, ni el fragor dantesco de los ayes, las balas y los miembros. Tú tienes más del azul de Rafael que del negro de Goya. Tu mundo son las olas del mar: azules, rumorosas, claras, vastas. Tus mujeres son náyades suaves, tus hombres, remembranzas de otros tiempos.

Tú llevas levita, y no la entiendes. Tú necesitas la banda del cruzado. Vives de fe; mueres de amor.

Si estuviéramos en los dichosos tiempos mitológicos—¡en aquellos en que se creía! tú creerías de buena voluntad que dentro del pecho llevabas una alondra. Nosotros, los que te oímos, sabemos que la llevas en los labios.

Hay versos que se hacen en el cerebro:—éstos se quiebran sobre el alma: la hieren, pero no la penetran. Hay otros que se hacen en el corazón. De él salen y a él van. Sólo lo que del alma brota en guerra, en elocuencia, en poesía, llega al alma. Hay poetas discutidos. Tú eres un poeta indiscutible. Cabrá mayor corrección en una estrofa, no más gracia y blandura; parecerán una palabra o giro osados; pero como el espíritu anima las facciones, la poesía, espíritu tuyo, anima tus versos.

Tus versos parecen hechos a la sombra del cinamomo de la Biblia. El genio poético es como las golondrinas: posa donde hay calor. Cierras el Evangelio de San Mateo, y ora envuelto en el fantástico albornoz, ora ceñida la invencible cota, cantas trovas dulcísimas, como aquellas que debió oír en los jardines de la Alhambra Lindaraja. Tienes en tus versos el encaje de las espadas de teza de nuestros abuelos; los vivos y coloreados arabescos, menudas flores de piedras, sutil blonda de mármol de la

Aljafería y de los alcázares. Eres perezoso como un árabe, bueno como un cristiano, galante como un batallador de la Edad Media.

Tú no conoces el río de hiel en que empapaba su estilo Juvenal; no te visita el Genio de la Tormenta; no turba tus sueños la sombría visión apocalíptica, coronada de relámpagos, segadora de malvados, sembradora de truenos. Los romanos te dieron su elegía; los mártires, su unción; los árabes su décima y su guzla.

Comprimida en la forma, habrá un momento en que la dureza del lenguaje no exprese bien la delicadeza de tu espíritu. Aquí un consonante, allí un pie largo: la fragua no está templada siempre a igual calor. Pero estas cosas, que te las diga un crítico. Yo soy tu amigo. Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Este es el modo mío de censurar.

Y luego, tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano. Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; y como no hay aire allí para las águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Heidelberg, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada y muerta Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. Como nos vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. Así, cubanos, henos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la pérdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojar en las cimas de Manfredo;

abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; des-
deñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas
por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro,
vale tanto, ¡oh, amigo mío! tanto como apostatar. Apostasías en Literatura,
que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales
luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser
copia de historia y pueblos extraños.

Nobles son, pues, tus musas: patria, verdad, amores. ¿Quién no te
ha dicho que tus versos susurran, ruedan, gimen, rumorean? No hay
en ti fingidos vuelos, imágenes altisonantes, que mientras más luchan
por alzarse de la tierra, más arrastran por ellas sus alas de plomo. No
hay en ti las estériles prepotencias de lenguaje, exuberante vegetación
vacía de fruto, matizada apenas por solitaria y, entre las hojas, apagada
flor. En un jardín, tus versos serían violetas. En un bosque, madre selvas.
No son renglones que se suceden: son ondas de flores.

Tú eres honrado, crees en la vida futura: tienes en tu casa un coro de
ángeles; vuelas cada verano para llevarles su provisión de cada invierno.
Tú naciste con la ira a la espalda, el amor en el corazón, y los versos
en los labios. ¿A qué decirte más? Deja que otros te lo digan mejor.

En tanto, está contento, porque has sabido ser en estos días de con-
flictos internos, de vacilaciones apóstatas, de graves sacrificios, y tre-
mendas penas, poeta del hogar, poeta de la amistad, poeta de la patria.

Tu amigo

JOSÉ MARTÍ

Guatemala, 1878

2

EL LIBRO DE UN CUBANO

Ya ha salvado los mares la noticia del libro monumental que se
prepara a presentar al público el naturalista cubano don Felipe Poey.
No hay periódico de Europa que no alabe afectuosamente al sabio ictió-
logo. Por los Estados Unidos corre ahora, con igual celebración, un
extracto de esta obra mayor de análisis y paciencia, que ha requerido
para llevarse a cabo todo el vigor de clasificación de un severo filósofo,
y toda la bondad que atesora el alma de un sabio.

A una se maravillan todos los periódicos, de la riqueza del Mar
Antillano que rivaliza con la de la tierra de las Antillas, del número
sorprendente de averiguaciones propias, y especies descubiertas por el
observador cubano.

Cuando descanse al fin de sus convulsiones—necesarias todas, pero
de término seguro—la América que habla castellano—¡qué semillero de
maravillas no va a salir a la luz del sol! Nuestras tierras son tan fecundas
en oradores y en poetas, como en sabios. Ya va siendo notabilísimo
en los poetas y oradores de nuestra raza el afán de hacerse hombres de
ciencia. ¡Y hacen bien! Heredia debe estar templado de Caldas.

La América, Nueva York, marzo de 1883.

CUENTOS DE HOY Y DE MAÑANA

DE RAFAEL DE CASTRO PALOMINO

1. PRÓLOGO DE MARTÍ
2. ARTÍCULO SOBRE LA OBRA

PRÓLOGO DE MARTÍ

Estos son tiempos de ira y extravío, en que se ve bambolear en el aire como un inmenso edificio que se cuaja y anda buscando asiento, y a las muchedumbres que de antaño gozan y mandan en la tierra, ya alzando insensatas los puños cerrados, como si con sus nudillos roídos de odio pudieran detener el gran palacio humano que descende, ya ayudando—como ingenieros que buscan en el fondo del río encaje a la mole que sustenta la torre de un puente—a ajustar entre las añejas construcciones ésta nueva que toca a la tierra, incontrastable y confusa, envuelta aún entre sombras de noche y bruma de alba, iluminada a veces—cual suele iluminar la ira el cerebro—por ráfagas inquietas, como hilo de espadas suelto al viento, de luz insana y roja. Las reformas, como el hombre mismo, tienen entrañas de justicia, y veleidades de fiera. Lo justo, a veces, por el modo de defenderlo, parece injusto; y en lo social y político acontece, como en las querellas de gente de mar y de suburbio, que el puñal de ancha hoja con que dirimen sus contiendas de honra, da a éstas semejanza de delito.

De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo lo es uno: y de tan tremendo modo que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia. La mente humana, artística y aristocrática de suyo, rechaza a la larga y sin gran demora, a poco que se la cultive, cuanta reforma contiene elementos brutales e injustos. La educación suaviza más que la prosperidad: no esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a éstos los secretos de sus pasiones,

los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos al tiempo y naturaleza tradicional de los dolores que sufren; la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontrastable de la paciencia inteligente.

Por educación se ha venido entendiendo la misma instrucción, y por propagación de la cultura la imperfecta y nana enseñanza de modos de leer y de escribir. Un concepto más completo de la educación pondría acaso rieles a esta máquina encendida y humeante que ya viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios e injustos de millones de hombres. Y sería entonces mensajera de vida aquella que ¡guárdenos Dios! se viene encima, a son de tambor de odio, con todos los arreos salvajes de la guerra.

Definir es salvar. Poner al hombre a solas consigo mismo; dejarle en el oído, con solicitud de mensajero celeste, sus propios pensamientos; recorrer ante sus ojos con mano piadosa las cruces melancólicas, los lagos de sangre, el tenebroso descanso, el retardamiento de liberación, con que castiga la razón universal a los impacientes que quieren violentar su firme y progresivo desarrollo; encorvarse sobre la silla en que medita, con su pan negro y su cazuela de barro entre las manos, cercado de su mujer afeada y dormida y de sus hijos entecos y vestidos de misericordia, a explicarle que la tierra fermenta como el mosto en la cuba y la harina en la artesa—que la verdad, una vez despierta, no vuelve a dormirse—que el espíritu, más vasto que el mar, ni se seca ni se evapora, ni cesa de querer, ni cesa en lo que quiere, y puesto a la conquista de un derecho, mina como la ola salada del mar mina las rocas, esos derechos de convención fortalecidos por los siglos, y acorazados por pechos que el amor al lujo y el desentendimiento criminal de los dolores ajenos petrifica; explicarle que, sin que su trabajo rudo le dé acaso ocasión ni tiempo de entenderlo, o su soledad de verlo, o su ira de reconocerlo, está en pie y lleva estandarte de victoria el ejército que ha de redimir en años breves de su melancólica suerte a aquellos hijuelos abandonados que crecen de él como de vid cansada pálidos racimos; mostrarle, como quien muestra alba formidable, llena toda de banderas de batalla y espíritus alegres, la cohorte de hombres generosos, ungidos con el óleo blanco de las santas guerras, levantados a una, con ese ardiente ímpetu humano que parece divino, al logro justo de una vida espiritual, feliz y sensata que acelere en la obra del Universo la muerte de la fiera y el triunfo del ala; descubrirle ¡oh qué razón de orgullo y prenda de esperanza!

a esos fervientes trabajadores del amor, a cuyo empuje poderoso, como aquel perro del Fauto en las cercanías de la colina de la fiesta, bambolean, escarban la tierra y desaparecen en giros diabólicos los encarceladores del alma, y gozadores ociosos de inmerecida riqueza; enseñarles ¡oh qué espectáculo soberbio, digno de Dantes y Tassos nuevos! esos analizadores del cuerpo social, descubridores de leyes universales, señaladores de remedios eficaces y ciertos—aunque al principio de efecto invisible, reveladores de la naturaleza complicada de los pueblos, verdades que surgen de la marcha simultánea de sus elementos diversos, y necesidad de ajustar a ellas—para que no mueran, como feto sacado del seno materno—las reformas más urgentes; revelar, en suma, la ley ineludible, la razón triunfante, el porvenir seguro, la esterilidad de la precipitación, la reacción que acarrea la rebelión inculca, el triunfo definitivo de la calma activa,—es ser caballero de los hombres, obrero del mundo futuro, cantor de alba, y sacerdote de la Iglesia nueva.

Soldado de ese ejército, y oficiador en esa Iglesia, es el autor de este libro: libro sano, libro generoso, libro útil. Si no fuera generoso, no sería útil. Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor:—¡de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres! ¡Ya se oyen los sonidos de las liras, con que celebrarán las cercanías del cielo los habitantes de esa formidable Arcadia!

Ni odios, ni intereses, ni preocupaciones, ofuscan el juicio del sensato y modesto autor de los *Cuentos de hoy y mañana*, libro que divulga en forma amena las razones en pro y en contra de las varias soluciones sociales. Con noble pena ha visto el autor de este libro, la frente arrugada, los puños siempre cerrados, el modo rudo y colérico de los trabajadores, y sus hijitos con los pies desnudos, y las tabernas donde ahogan su encono, y los tugurios donde respiran aire infecto. Con claro juicio ha penetrado en las causas complicadas y añejas, de día en día debilitadas, mas no súbitamente volcables, que sin culpa de los ricos ni amparo suficiente de los pobres, han traído a existir juntos palacios de Quinta Avenida, recamados de oro, y casas de vecindad apretadas y fétidas, a cuyas puertas tenebrosas tiene perpetuamente colgado su manto húmedo la peste. Con avidez generosa ha leído lo que en esta tierra, en cosas de reforma, sabe Nordhof; de Suiza, feliz por sabia, Bunsehli; de Alemania, que reformará la Economía Pública como reformó la Iglesia, Stein; de Inglaterra, que afirmará el triunfo de los reformadores, como afirmó el de los luteranos, Holvoake. Con fidelidad estricta narra la

extraña vida y vaga fe de los comunistas varios norteamericanos, ya de los Amanistas cuasi celibatarios, que parecen venidos como hijos de padre, de aquellos Essenes que vivieron indiferentes e inútiles, muchos siglos ha, a la orilla del Mar Muerto; ya de los cultos y sinceros amigos del bondadoso Ripley, comunistas elegantes y atildados, que traen a la memoria a los "Hermanos de la Vida Común" que a Groot seguían quinientos años hace por las tierras gloriosas de Neerlandia; ya los Perfeccionistas abominables de Oneida, que son aquellos mismos antiguos Carpócratas cristianos, que habían logrado sofocar en sus almas esa excelente y nobilísima dote, suma de dignidad y prenda de aristocracia de alma: los celos:—¡partir la mujer, cuando nos parece que de haber sido mirada, ya queda manchada la mujer que amamos!—Y con singular lucidez, afortunado y nuevo medio, fácil y vivo diálogo, precisión a menudo sorprendente, exposición llana, fiel y tersa, y grato y notable conjunto explica a los trabajadores—porque no hay hombre hoy que no lo sea, a no ser un vil, y leer es trabajar—las raíces de sus males; la inconveniencia de deslucir con la ira la justicia; la necesidad de conocer los elementos de un problema para poder resolverlo; las flaquezas de los nobles sistemas ideológicos discurridos para ver de equilibrar y asentar sobre bases menos inseguras, crueles y desproporcionadas la vida humana; las tentativas varias que con nombre y apariencia de cosa novísima, sacan de las cenizas de edades pasadas reformadores más vehementes que afortunados; los métodos vagos y confusos, como nubes de aurora, ya cercana al día, con que almas evangélicas, movidas del ansia heroica de la redención, procuran resolver de antemano, con prisa saludable que anuncia y espolea, problemas de demasiada monta para que los precipite voluntad alguna aislada. ¡Ay, que las leyes históricas no las tuercen, ni el espectáculo del apostolado, ni las querellas desgarradoras del martirio, ni los febriles ímpetus del genio! ¡Otro manda, y nosotros andamos! ¡Ay, que cuando una fruta se corrompe, hay que dejarla corromper de un todo, para que con sus acres residuos abone la tierra, y salga de ella fruta sana y nueva! ¡Ay, que los pueblos son masas enormes, que de sí propios se mueven, brillan como relámpagos, despréndense como avalancha, desátanse e incendian como el rayo, y cuando dejan caer su alma a sus pies, mientras que arteros envenenadores les llevan a los labios copas henchidas de mieles letárgicas, y joyeros complacientes les llenan el cuerpo femenino de joyas, y descuidadas mozas los coronan de flores, y laxan con besos, ¡pesan ay! los pueblos, como rocas, o como cadáveres!

Los problemas, así, sólo de sí propios se resuelven. Maduran, como las frutas; y no vale apresurar su madurez con artificios. Los problemas que engendran cambios, sobre todo, no se resuelven sino en momentos críticos y extremos, en que accidentes, acaso inesperados y fútiles, ponen en brusco relieve los daños que hacen necesaria la transformación; exacerbaban y precipitan, a grado de resolución, las cóleras y racionios paciente y dolorosamente acumulados, y despiertan de súbito al héroe, dormido siempre en el fondo del hombre.

Como cuerpos que ruedan por un plano inclinado, así las ideas justas, por sobre todo obstáculo y valla, llegan a logro. Será dado precipitar o estorbar su llegada; impedirla, jamás.—Una idea justa que aparece, vence. Los hombres mismos que la sacan de su cerebro, donde la fecundaron con sus dolores, y la alimentan luego que la traen a luz, no pueden apagar sus llamas que vuelan como alas, y abrazan a quien quiere detenerlas. ¿Quién, quién no ha meditado,—que del nombre de hombre quiera ser digno, y no arrastre su vida, como su piel un cerdo,—quién no ha meditado en los visibles y afligentes dolores de los hombres; en las desigualdades injustas de su condición, no fundadas en desigualdades análogas de sus aptitudes; en el contraste ilícito, que quema los ojos, de esas existencias de quirites romanos, empapadas de jugos de flores, y en senos de lúbricas famosas y tentadoras sagas adormecidas, y esas otras bestiales existencias, torcidas de manera que las cabezas de los hombres son en ellas meras cabezas de martillo? ¿Quién, de mozo fresco e ingenuo, viendo a ociosos mancebos o a cortejadores viles de doncellas ricas, no ha imaginado manera de anular la herencia, que estimula a la holganza, al egoísmo y al vicio; y la dote, que lleva como de la mano la desventura de la mujer y el rebajamiento del hombre? ¿Quién, con nobles empeños, no ha aderezado a sus solas cuadros de distribución de los productos, de modo que el dueño holgado toque a un poco menos, y el apurado obrero a un poco más? ¿Quién no ha sentido, una vez al menos en la vida, el beso del apóstol en la frente, y en la mano la espada de batalla? ¿Quién no se ha levantado impetuoso, y retrocedido con desmayo, de ver cuánta barrera cierra el paso a los que sin más caudal que una estrella en la frente y un himno en los labios, quieren lanzarse a encender el amor y a pregonar la redención por toda la tierra? ¿Quién no ha reconstruido en su cerebro la "Utopía" de Moro, y la "Oceana" de Harrington?

Pero a poco que se mira, y se entiende que la construcción artificial y violenta de los pueblos ha creado una justicia relativa ante la cual

podría parecer, y ser, inaplicable de súbito la justicia absoluta: a poco que se ve en los naufragos y en los famélicos, cómo acelera la muerte antes que mantiene la vida la misma suma de alimento que al hombre sano acomoda y fortalece: a poco que se ve que las convenciones seculares han creado derechos vitales que de un solo tajo no pueden cercenarse, sino que han de abrirse en ellos las heridas con tal método que no se infiera la una hasta que no esté curada un tanto la otra: a poco que se abarca la necesidad de ir deshaciendo, para que no se derrumbe con gran daño y estrépito, por disgregación progresiva lo que por progresiva agregación se ha ido formando,—toman pies aquellas ideas aéreas; refrenan el vuelo, con que de un solo golpe de ala quisieran burlar el implacable, inacortable espacio: y sin poner un punto los ojos fuera del conmovedor espectáculo que les arranca lágrimas, ni ahogar la santa indignación que el irritante desequilibrio social levanta, ni tomar su razón histórica a razón perdurable y legítima, echan humildemente por vías lentas y humanas lo que camino del desierto fuera, a seguir en soledad estéril y augusta por las abandonadas vías apostólicas:—que quien quiere triunfar en la tierra, ¡ay! no ha de vivir cerca del cielo. —La victoria está hecha de cesiones.

Y este libro populariza el modo humano con que han de irse resolviendo estos problemas meramente humanos,—otros no: otros se resuelven de otro modo, porque no son de incidencias mudables, sino de esencia, entrañas y eje. Lo que enseña este libro no lo enseña magistrando, y de empinada manera, sino conversando, y en llano lenguaje. Pone de bulto, con personificaciones exageradas y amenas que permiten al autor la concentración rápida y feliz de una secta en un tipo valiente, los dolores reales, las quejas violentas, los reproches injustos, las reclamaciones excesivas, los remedios groseros, las declamaciones comunes, las aspiraciones generosas y rudimentarias, la concepción vulgar de los sistemas sociales. Pónelos de bulto, sin ostentación, reserva, pasiones ni miedos, como de quien ama más que teme, y quiere consolar más que enlazar, y busca más el ajeno bien que el propio, y no se siente atado en lo que dice por ansiosas candidaturas a puestos públicos o a fama. Estima que cuanto es, tiene razón de ser; y apenas cese de tenerla, cesará de ser. Tiene el don raro de descubrir analogías esenciales en las contradicciones aparentes, y fía en el pacífico acercamiento y definitivo consorcio de los intereses que hoy discuten y sólo a observadores ligeros pueden parecer hostiles: si no se han confundido ya, es porque no se ha dado aún con la fórmula. Con tacto desusado, y con sereno juicio, ni a los ricos adula

ni a los pobres increpa: ni a aquéllos oculta la urgencia de acatar el derecho del hombre a una vida remunerada y noble, ni a éstos esconde cuanto tendría de adementada y sangrienta la tentativa de imponer a una masa rica y fuerte, soluciones confusas o anti-humanas, contra las que se encrespa a veces, como corcel de jaique bravo que siente sobre el lomo a ruín zagal, cuanto de personal, volador y soberano encierra el admirable espíritu del hombre. ¡Antes serán los árboles dosel de la tierra y el cielo pavimento de los hombres, que renunciará el espíritu humano a sus placeres de creación, abarcamiento de los espíritus ajenos, pesquisa de lo desconocido, y ejercicio permanente y altivo de sí propio! Si la tierra llegara a ser una comunidad inmensa, no habría árbol más cuajado de frutas, que de rebeldes gloriosos el patíbulo...

Lo excesivo, no será: pero lo justo, será. Ni lo excesivo asombra al pensador juicioso, que siempre, por ley física de impulso que en ley espiritual tiene su análoga, mientras de más atrás toma vuelo el saltador, más lejos salta. La reacción se extrema siempre en el mismo grado en que se extrema la acción que la provoca: a acción justa, reacción nula; a acción medianamente justa, reacción lenta y blanda; a acción extremadamente injusta, reacción febril y exagerada. Luego, en la prueba práctica, la reacción baja de más en más, al nivel de la acción justa. La revolución quiere alas; los gobiernos pies. ¡No haya empacho ni miedo en bendecir a esos espíritus rebosantes de amor y luminosos, creadores impacientes de sistemas de redención precelestes y oscuros, cuya mayor grandeza deba acaso medirse por su mayor extravagancia! ¡Pues esos son los verdaderos poetas nuevos, y no otros, rimadores enanos de literarias y femeniles novelorías! ¡Pues éstos son el San Juan y el cordero del orbe que avanza, los hombres melancólicos y absortos que preceden siempre, dando voces simpáticas y extrañas, a todos los magníficos sacudimientos en que el alma humana, como estrella que cae rota del cielo en un combate de astros, enciende sobre el universo una época nueva!

La solución, pues, viene de suyo. Cual sea, bueno es discutirla: predecirla, es vano. La que deba ser será. Darle forma prehecha, sería deformarla. Como cada pensamiento trae su molde, cada condición humana trae su expresión propia. Lo que importa no es acelerar la solución que viene: lo que importa es no retardarla.

La reforma social no tiene más que un enemigo, formidable por cierto. “Apresurémonos, decía Lowe a los ingleses, apresurémonos a en-

señar a leer a los bárbaros que serán mañana nuestros dueños”.—“Apresurémonos,—dice hermosamente el autor de este libro, que con él aliviará heridas, esparcirá verdades y calmará espíritus,—apresurémonos a limpiar de obstáculos el camino de esos hermanos nuestros coléricos, que pudieran llegar a ser, por exceso y falso concepto de justicia, nuestros dueños ciegos, y sus mayores enemigos”.

Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana. El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen. Los hombres fuertes que se sienten torpes, se abrazan a las rodillas de los hombres inteligentes, como Hércules montuoso a las rodillas mórbidas de Omphala. La inteligencia da bondad, justicia y hermosura: como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a las palomas. Del puñal hace espada, de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía. En el problema moderno, el triunfo rudo de los hombres que tienen de su lado la mayor parte de la justicia, sería a poco la reacción prolongada de los hombres inteligentes que todavía tienen buena parte de la justicia de su lado. Al resplandor del derecho, el abuso ceja, como ruin galancete ante el enojo de una dama pura. Mas si el derecho se echa encima manto de ira, los mismos que el derecho reconocen, se alzarán contra él tristemente, como padre que ata a su hijo loco.

Quien intenta triunfar, no inspire miedo; que nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado. Y quien intenta gobernar, hágase digno del gobierno, porque si, ya en él, se le van las riendas de la mano, o de no saber qué hacer con ellas, enloquece, y las sacude como látigos sobre las espaldas de los gobernados, de fijo que se las arrebatan, y muy justamente, y se queda sin ellas por siglos enteros. ¡Oh! sépase y dígase: una masa menor de hombres inteligentes que se resisten a reconocer una mejora justa, no podrá contrastar a una masa mayor de hombres inteligentes que traen la forma incruenta de la reforma necesaria:—una masa menor de hombres laxos por el goce, no podrá resistir, a una masa mayor de hombres enérgicos, templados en la privación y en la amargura. La victoria no está sólo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla: no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente.

Y este libro que enseña todo esto, es más que un buen libro:—es una buena acción. Los libros que definen, calman. En toda palabra, ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable, cuando no se pone al servicio del honor y del amor.

2

“CUENTOS DE HOY Y DE MAÑANA”

POR RAFAEL DE CASTRO PALOMINO

El mundo está en tránsito violento, de un estado social a otro. En este cambio, los elementos de los pueblos se desquician y confunden; las ideas se oscurecen; se mezclan la justicia y la venganza; se exageran la acción y la reacción; hasta que luego, por la soberana potencia de la razón, que a todas las demás domina, y brota, como la aurora de la noche, de todas las tempestades de las almas, acrisólense los confundidos elementos, disípanse las nubes del combate, y van asentándose en sus cauces las fuerzas originales del estado nuevo: ahora estamos, en cosas sociales, en medio del combate. Los hombres inferiores ven con ira la prosperidad de los hombres adinerados, y éstos ven con desdén los dolores reales y agudos de los hombres pobres.

No se detienen aquéllos a ver que los hombres ricos en estas tierras de América—que en otras partes tienen otras razones y formas, y tendrán otras soluciones los problemas—no se detienen a ver que los hombres ricos de ahora son los pobres de ayer; que el hombre no es culpable de nacer con las condiciones de inteligencia que lo elevan en lucha leal, heroica y respetable, sobre los demás hombres; que del resultado combinado del genio, don natural, y la constancia, virtud que recomienda más al que la posee que el genio, no puede responder como de un delito el que ha utilizado las fuerzas que le puso en la mente y en la voluntad la Naturaleza; no se detienen a ver que cualesquiera que sean las tentativas sistemáticas de vida, goces y provechos comunes a que se acuda como prueba de remedio al mal, jamás acabará por resignarse el hombre a nulificar la mente que le puebla de altivos huéspedes el cráneo, ni a ahogar las pasiones autocráticas e individuales que le hierven en el pecho, ni a confundir con la obra confusa ajena, aquella que ve como trozo de su entraña y ala arrancada de sus espaldas, y victoria suya, su idea propia. Cuando la masa de que están hechos todos los hombres se confunda en una masa común, entonces podrán reducirse a una existencia nivelada y equopartícipe los varios, rebeldes, brillantes, personales espíritus de los hombres.

Contra la liga de los elementos perezosos y fastuosos antiguos que luchan por asegurar a castas estériles el goce de la vida en cantidad

mayor que la que toca a los elementos laboriosos, sufrientes y productores, justo es que se batalle; y todos los espíritus generosos de la tierra, desde siglos atrás, y hoy más que en ningún siglo, están batallando.

Pero los pobres sin éxito en la vida, que enseñan el puño a los pobres que tuvieron éxito; los trabajadores sin fortuna que se encienden en ira contra los trabajadores con fortuna, e incluso los que quieren negar a la naturaleza humana el legítimo uso de las facultades que vienen con ella.

Pues, ¿querrán que nazca el hombre con inteligencia, con don de observación, con don de invención, con anhelo de sacar afuera lo que trae en sí, y que no los use? ¡Fuera como pedir que, siendo el Sol hecho de luz, no alumbrase el Sol!

Y queda entonces el problema, visto de este lado, reducido a esta fórmula: ira de los que tienen inteligencia escasa contra los que tienen abundante inteligencia.

Pero a esto vienen la piedad social y el interés social: a reformar la misma naturaleza, que tanto puede el hombre; a poner brazos largos a los que los traen cortos; a igualar las probabilidades de esfuerzo de los hombres escasamente dotados; a suplir el genio con la educación.

Y como no hay nada más temible que los apetitos y las cóleras de los ignorantes; como en ejército de fieras de los bosques quedan trocadas, cuando pierden el miedo que las enfrena, las grandes masas adoloridas, ineducadas, envidiosas y deseadoras de las grandes ciudades, es consejo de higiene nacional, y elemental precaución pública, sobre ser dulcísima obra que consuela y engrandece al que la hace y suaviza y eleva al que la recibe, promover y por todas las vías auxiliar una verdadera, útil, aplicable educación pública. Todo hombre es una fiera dormida. Es necesario poner riendas a la fiera. Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo.

En lo que va dicho, con no haberse hablado palabra del libro del señor Rafael de Castro Palomino, va hecho su mejor elogio, porque esas cosas que al volar de estas plumas ligeras que usamos para escribir periódicos hemos ido diciendo en lengua y forma corrientes para los que gustan de estudiar y observar los problemas sociales—éstas que nos parecen, y por eso las decimos, verdades conciliadoras y aclaradoras, en que las clases ineducadas e impacientes harían bien en fijarse—, las dice el libro del señor Palomino en forma popular y amena, con vivo diálogo, con claridad mayor, y a veces singular, con cordial espíritu; y de modo que, a la par que los letrados hallen juicio y meollo en lo que dice,

aquellos no letrados, que sufren de no leer y no saber, vean con tal llaneza y sencillez y la fuerza que de ellas viene, expuestos sus dolores y discutidos sus problemas, que después de leer el libro sientan, con todas las ventajas de la reflexión, la muy preciada que viene de conocer su situación verdadera, y calcular la real eficacia de los varios y violentos medios con que se les predica que pudieran mudarla.

De su obra, que lleva por título el de estas líneas, *Cuentos de hoy y de mañana*, no ha publicado más que la primera entrega. El libro ha salido de las conocidas prensas del editor que hace ahora ese Diccionario Técnico Inglés Español excelente, N. Ponce de León.

De estos dos cuentos publicados, el uno se llama *Un hombre por amor de Dios*, y en él demuestra un senador americano, que se llama el caballero sabiduría, que no habrá intelecto humano aislado, por enérgico y fecundo que sea, que tuerza la marcha lenta y progresiva de los naturales elementos de la vida, que van perfeccionándose y transformándose con la mayor elevación, por la educación y la libertad del hombre; que los derechos justos pedidos inteligentemente tendrán sin necesidad de violencia, que vencer; que el único modo eficaz de mejorar los males sociales presentes, por medios naturales y efectivos, es el perfeccionamiento de la educación, y la defensa ardiente de los derechos ennoblecedores y vitales que van envueltos en el nombre general de libertad.

En el segundo cuento, que titula el autor *Del caos no saldrá la luz*, narra el señor Palomino, con oportuno artificio y de muy clara manera, cómo vivió y por qué murió un cierto ensayo de sociedad comunista; pone en planta y acción, para que la cura de los que lean sea más viva y directa, los elementos actuales y razones confesadas del partido comunista, y cuenta, como por vía de literatura y consejo de ejemplo, por qué razón nacieron y por cuál perecieron las sociedades comunistas instaladas en los Estados Unidos, y por cuáles, y con qué fines, y de qué manera subsisten las que aún no han desaparecido.

Vale aquí repetir lo que dice al concluir el prólogo de este benemérito libro:

“Este libro, que enseña todo esto, es más que un buen libro: es una buena acción”.

La América, Nueva York, octubre de 1883

1. *ESTUDIOS CRÍTICOS*, POR RAFAEL M. MERCHAN
2. *EL POETA ANÓNIMO DE POLONIA*.—ENRIQUE JOSÉ VARONA
3. *EL 27 DE NOVIEMBRE*.—FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
4. *SEIS CONFERENCIAS*, POR ENRIQUE JOSÉ VARONA

“ESTUDIOS CRÍTICOS”

POR RAFAEL M. MERCHAN

Pocos libros castellanos hemos leído últimamente que puedan compararse, por sustanciosos y amenos, con la discreta colección de *Estudios Críticos* que publicó el año pasado, en Bogotá, el cubano Rafael M. Merchán, y hasta ahora no había prestado a *El Economista* una mano amiga; como si fuera bien que los rayos del Sol se guardaran para lo crudo del invierno.

Están allí tratados interesantísimos asuntos, y todos con moderación y maestría. Ensalza a Miguel A. Caro como crítico, y lo hace con gracia de caballero esgrimidor, que presentara a su contendiente el arma por el puño. A los versistas pobres los castiga, como la Venus de Díaz a su Cupido fugitivo, con un ramo de rosas. Con admirable sensatez descubre lo flojo de la trama de la soberbia *Leyenda de los Siglos*. Saben a academia nueva las *Estalacmitas del lenguaje*, donde acopia donosamente sanas doctrinas filológicas, con ocasión de haber leído el precioso libro de Rufino J. Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. En su estudio sobre el tierno Zenea demuestra ingenio sutil y erudición literaria que raya en sabiduría, como en todo lo que dice, que es cuanto hay que decir, sobre *La Lira Helénica*; *El Dorado*, de Liborio Zerda, y *Cuba Primitiva* de Bachiller y Morales le dan caso para compilar cuanto de veras se sabe sobre América, y para deplorar que fue segada en flor aquella raza esbelta y primorosa, criada sencillamente a los pechos amables de la Naturaleza.

Es todo de oro, y nutrido de ciencia difícil, el estudio en que expurga y asolea la prosa aventajada, y a veces sublime, de *Los Siete Tratados* de Montalvo. Se ve que tuvo loable miedo de parecer excesivo en la alabanza de su tierra propia; pero ¡con qué filial lealtad ha seguido desde Colombia hospitalaria, en *La Habana intelectual vista desde los Andes*.

a aquella pobre tierra de Cuba, que clama en el desierto, como una palma destocada por el rayo!

El estilo sereno, suave y vivo fluye sin amontonamiento ni desmayos, y los párrafos, tersos y jugosos, acaban comúnmente en una idea aguda y feliz que los completa como una joya a una sortija. Nunca aparece allí un asunto tratado fuera de su natural medida; ni el brillo viene de esas imaginaciones de abalorio que traen tan sobrecargada y pomposa a nuestra literatura, sino del juicioso consorcio del pensamiento y el lenguaje, que compiten en claridad, fuerza y pureza. Hay gracia griega y calor vital en esa prosa limpia y rica. Tiene el estilo del cubano Merchán el esplendor y la solidez de la salud. El no es, no, de aquellos de quienes con desdén justo habla Barbier:

De tous ces baladins qui dansent sur la phrase.

Pero todo eso es forma, que es lo menos. Lo más loable de este libro es su nobleza. Este escritor no anda, como otros, persiguiendo como un Kobold maligno la cocina ajena, para morir, como los Kobolds, con su propio cuchillo en el costado. Merchán no parece ser de los que no concilian el sueño hasta que no han descubierto en Aquiles el talón apetecido, sino de los que, con la satisfacción propia del buen médico como artista padece de lo feo y como caballero lo excusa y lo cura. Pues, ¿criticar qué es, sino ejercer el criterio? Y todo se junta dichosamente en él para darle puesto de honra entre los juzgadores: la serenidad del ánimo, la viveza de la convicción honrada, la aristocracia intelectual que viene de pensar y de padecer, y esa superior y elevada indulgencia que se logra sólo cuando se reúnen en una misma persona un corazón generoso y una cultura envidiable.

La Estrella de Panamá, 9 de junio de 1887

2

“EL POETA ANÓNIMO DE POLONIA”

ENRIQUE J. VARONA

Pocas páginas son, todas de oro. Se cuenta en ellas con palabras cargadas de sentido la vida de aquel Krasinski, hijo de un polaco débil, que amó demasiado a su patria para aconsejarle una guerra inútil, como Slowacki de versos flamígeros, o para sentarse a la mesa del déspota, como el resplandeciente Mickiewicz. Se cuenta la eterna doblez de la

tiranía, y la necedad de los esclavos crédulos: “*fidus servus, perpetuus asinus*”, como escribía, al fin de una vida de lealtad estéril, Viglius a Hopper. Se cuentan aquellos gemidos desgarradores del polaco que, sin más fuerzas que las femeniles de la lengua, ve a su madre, como a la cola de los potros, partirse en pedazos: aquellos símbolos, revueltos y seductores como las vorágines, de “Iridien”, “La Comedia” y “La Aurora”: aquellas vislumbres de joya, ruido de espuma, y lujo boreal de su poesía.

Habla el cubano Varona una admirable lengua, no como otras acicalada y lechuguina, sino de aquella robustez que nace de la lozanía y salud del pensamiento. Vuela su prosa, cuando la levanta la indignación, con la tajante y serena ala del águila: globos bruñidos parecen sus párrafos: la continua nobleza de la idea la da a su lenguaje: y es su realce mayor la santa angustia con que, compuesta en la mente la imagen cabal del mundo libre y armonioso, ve a su pueblo, cual Krasinski al suyo, padecer bajo un régimen que lo injuria, como un ente maldito y deforme. ¡Las llamas son la lengua natural en desdicha semejante! Su belleza y su fuego tienen los párrafos de Varona en este estudio artístico y ferviente.

El Economista Americano, Nueva York, agosto de 1887

3

“EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1871”

FERMIN V. DOMINGUEZ

Hace once años la plebe española de la Habana, instigada por un desvergonzado funcionario que obtuvo luego en España altos honores, cometió, con aprobación y ayuda del Gobierno, uno de esos crímenes fríos que de vez en cuando espantan al mundo. Ocho adolescentes, ocho estudiantes de medicina, acusados de haber puesto mano profanadora en el cadáver intacto de un ídolo de la turba, fueron después de dos días de orgía sanguinaria fusilados contra un muro, y sin nombre ni cruz, “cuatro hacia el Sur y cuatro hacia el Norte”, tendidos en una fosa vergonzante. Treinta y dos compañeros suyos, sentenciados a presidio, lle-

varon grillos, rompieron piedras en las calles, y recibieron castigo público, a donde iba como a fiesta, vestido con el uniforme que manchaba, en carruaje y de jira, con vitos y mancebas, el populacho victorioso.

Pero once años después, cuando el hijo de aquel cuyo cadáver se creyó profanado iba a sacarlo de su nicho para llevarlo a España, un joven, bello por su heroicidad, digno en aquel instante de que cayese el sol de lleno sobre él, se adelantó sobre el séquito mortuario, y sin temor al gobierno de hierro ni a la ira de las turbas, sin atender a más voz que aquella de adentro que manda obrar como se debe, pidió al justo español, a Fernando Castañón, que declarase cómo el ataúd estaba intacto, y los ocho niños murieron inocentes. El vengador era Fermín Valdés Domínguez, uno de los presidiarios, y autor del libro donde se narra, sin afean con la venganza la indignación ni el patriotismo con el interés, el paseo de los estudiantes por el cementerio, la malignidad que quiso sacar culpa de él, el asedio de la cárcel por la milicia de la Habana trocada en jauría hambrienta, el infame consejo de oficiales del ejército que contra la única voz honrada del defensor Capdevila condenó a muerte a ocho y los eligió por rifa, la vergüenza del Palacio de Gobierno, rendido a la plebe feroz;—y la vindicación de los ocho asesinados, por el hijo mismo de aquel por quien murieron; el hallazgo de sus huesos, que con sus mismas manos, trabajando día y noche, sacó Valdés Domínguez de la tumba; la entereza decorosa con que ha allegado el pueblo cubano la suma que consagra al triste monumento.

El libro está escrito a sollozos, mas sin ira. No está repuesta aún del horror ¿ni cómo pudiera reponerse? la mano que lo describe. A cada paso, como quien lleva en los ojos lo que no ha de olvidar jamás, interrumpe la trágica narración para invocar con patéticos arranques, en el desorden del dolor verdadero, la perezosa justicia del mundo. Se lee el libro cerrando el puño, dudando de lo impreso, poniendo en pie el alma. Pero la caridad templada en los espíritus nobles la repugnancia que sólo en los villanos de naturaleza deja de inspirar el crimen; y la medida de sus mismos arrebatos, el calor con que agradece todo acto o palabra española de justicia, y la feliz ausencia del atavío vulgar del odio, ponen "El 27 de Noviembre de 1871", escrito en la Habana, entre aquellas obras escasas donde, por sobre la forma inquieta con la justa pasión, se descubre legítima grandeza.

El Economista Americano, Nueva York, agosto de 1887

4

"SEIS CONFERENCIAS"

POR ENRIQUE JOSE VARONA

Rara vez tienen las colecciones de estudios sueltos, donde el filósofo hace hoy lo que con el diálogo hicieron antes Platón, Diderot y Shaftsbury, el interés, elevación y unidad que el cubano Varona ha sabido dar a sus seis conferencias, forma propia de la energía intelectual en un país donde ésta es tan decidida y robusta como áspero el régimen que la coarta, y donde los hombres superiores, que la isla produce en abundancia notable, luchan por acomodar su fuerza inútil a un pueblo tan imperfecto y heterogéneo como amado. Al relámpago de la indignación, o a la llamarada de la vergüenza, no puede la mano impaciente escribir con el acopio y regalo del libro. De la hoja que pasa, del poeta que muere y de la fiesta fugaz toma ocasión el escritor honrado para hablar con la majestad del arte a la patria que ya ostenta la de la desventura, para sacar de los fórnices a las conciencias. Y Varona ha hecho esto con tal belleza, erudición y sensatez, que sus seis conferencias vienen a ser tipo cabal de los difíciles trabajos de esta especie, cuyo mérito no está en revestir con lenguaje aparatoso un tema violento o desproporcionado, ni en recoger materiales ajenos, sino en agrupar los elementos del asunto, de modo que, enriquecido con sus consecuencias y relaciones, tienda con cada palabra u omisión al fin certero y noble, que es el secreto del vigor y la garantía del éxito.

Sólo por los asuntos, felices todos, pudieran preferirse a la conferencia sobre Mlle. Scudery, tan donosa como el estudio de sus graves ideas sobre la mujer lo permiten, o a aquella donde entre *L'Amour* de Michelet y el *Diálogo* de Platón escoge el amor de hoy, profundo y sensato, o a la que encomia el arte libre como urna de los siglos y cemento de los hombres, los otros tres majestuosos discursos en que con estrofas, más que con períodos, celebra a Víctor Hugo como poeta satírico, o pone de relieve, con perspicacia singular las semejanzas poco visibles del idealista Emerson y su pueblo mercader, o labra con oro de ley la corona que merece el sublime Cervantes.

La mujer no es para Varona ese gozo de diván o astro de retrete que no han sacado aún de su servidumbre oriental la idolatría católica ni

la falsa cultura; sino la dulce amiga del corazón y de la mente, a quien no sea extraño cuanto hace la vida llevadera, por útil, al esposo de hoy, que ya no halla su mayor placer en aquella miel de Himeto que aconseja Ovidio, ni en los arrebatos de la activa eruca. El arte no es venal adorno de reyes y pontífices, por donde apenas asoma la cabeza eterna el genio, sino divina acumulación del alma humana, donde los hombres de todas las edades se reconocen y confortan. Víctor Hugo, aquel a quien llama "luz de su siglo" el inglés Swinburne, no es juzgado en el libro de Varona, donde para él se despoja a Juvenal del cetro de la sátira, con la ciega pasión de Saint-Victor, que bien pudo inspirar al hijo de un pueblo opreso el libro fulminante de *Los Castigos*, sino con el juicio sereno de Bourget y Schoerer, y aquel respeto con que los dos Goncourt ya lo divisan en el porvenir, surgiendo de los siglos cual de su morada natural, con sus tajos de sombra, bastiones cubiertos de verdor y torres de lianas y enredaderas, como los castillos alemanes. Emerson aparece menos radioso acaso de como por sus versos de esfinge rescatada se revela; pero allí está con sus ojos azules y porte imperial, con su paso de cumbres y filosofía de estrella, con el acuerdo imponente de su espíritu puro—testigo de lo universo—y la maravilla espiritual y armónica de la naturaleza, donde diez años antes que Darwin vio al gusano, en su brega por llegar a hombre, "ascendiendo por todas las espiras de la forma". Y Cervantes... ¡Ah! Cervantes no es como aquel Lope de Vega prodigioso y vil de las cartas inverecundas al de Sessa, ni vocero de glorias de su rey Felipe, que no fue cual lo forjan Núñez de Arce y Moüy, sino como Gachard y Motley y nuestro Güell lo pintan: Cervantes es el que *La Verdad sobre el Quijote* de Benjumea dice. y en el Alonso de Quijano mismo, con bondad de santo que tenía a Panza por cilicio, se demuestra: Cervantes es, en el estudio intachable del escritor de Cuba, aquel temprano amigo del hombre que vivió en tiempos aciagos para la libertad y el decoro, y con la dulce tristeza del genio prefirió la vida entre los humildes al adelanto cortesano, y es a la vez deleite de las letras y uno de los caracteres más bellos de la historia.

Suele la erudición, si es más que el talento, deslucirlo en vez de realzarlo; o se despega de él si es mera ciencia de prólogo, mal habida a última hora, cuando llaman al circo los clarines dorados, y no de oro, de la fama; pero lo mucho que sabe Varona no le estorba, porque lo sabe bien, y se ve en todo el libro aquella paz mental que sólo viene del saber seguro, y da a lo escrito autoridad y hechizo. Ni es tampoco en Varona la imaginación, más embarazosa que apetecible para las tareas críticas,

de aquella especie que va engarzando, con terquedad de tábano, alusiones que pudieran desmontarse del discurso, como las piedras de una joya; sino aquel otro modo del imaginar, tal vez superior, que percibe las leyes supremas, y con el auxilio posterior de la ciencia las afirma y impulsa; pues ¿cuándo el decorador fue más apreciado que el arquitecto? Y de ese conocimiento, desapasionado como todo saber real, y de la gloria que inunda la mente subida por el saber a aquella cúspide serena donde se ve lo uno de todo, viene a este cubano admirable la condición esencial para los trabajos de examen fecundo y juicios definitivos, que es la de conocer la razón de cuanto es, puesto que es, y la mera apariencia de lo contradictorio, y la unidad cierta, venturosa y lumínea de lo que, por vanidad de los sofistas o por requerimiento de estado, resulta opuesto o insensato en la Naturaleza.

Y el lenguaje, al que es el pensamiento lo que la salud a la tez, llega por esas dotes en este escritor a una lozanía y limpieza que recuerdan la soberana beldad de las mujeres, épicas y sencillas, de la tierra del Camagüey, donde nació Varona. De la fijeza del conocimiento le viene la seguridad del estilo, de su certidumbre del valor de cada detalle la flexibilidad y la majestad de la que indudablemente tiene en sí, acrecentada con su noción bella y sólida de la del mundo. Cada conferencia ostenta un caudal de voces propio, escogidas sin esfuerzo de entre la flor del vocabulario conveniente al asunto; y la misma lengua, que en ciertos párrafos del estudio sobre la Scudery va de chupa de seda y sombrero de paja, como los caballeros enamorados de las pastorales de Boucher, estalla en algunos períodos del estudio sobre Víctor Hugo como imagen de mármol que el sacerdote deshace contra el pavimento, al ver el templo invadido por la turba maldita de los profanadores. La excelencia de su estilo es aquella difícil que proviene, no de supercherías brillantes o genialidades espasmódicas, sino del perpetuo fulgor del pensamiento, tal como el vino celeste de que habla el falso Profeta, que era de piedras ricas derretidas. Y no es que deje de usar palabras que parecen nuevas a los que no las conocen, por lo cual dicen éstos al punto que están mal usadas, sino que las engasta con tal propiedad en la frase, y con conocimiento tal de su valor, que lo que en otro pareciera adorno de relumbrón, en él parece pasamanería de lo más fino. Sólo flaquea el estilo cuando alguna nota local o paso de ocasión lo sacan, siempre por pocos momentos, de su natural altura.

Pero este libro a pesar de las condiciones de mérito constante que por sus seis discursos se confirman, no se hubiera librado acaso de cierto

desmayo común a las colecciones de trabajos de temas diversos, si en todo él no resplandeciese, sin pecar una vez sola contra la moderación artística, aquel purísimo amor al país, mayor en la desgracia, que es la expresión más bella y vehemente del amor al hombre. Fundar, más que agitar, quiere Varona, como cumple, aun en las épocas más turbulentas, a aquellos a quienes el desinterés aconseja el único modo útil de amar a la patria, en Cuba—como en todas partes—menesterosa de espíritus creadores: ¡infundir, como el aire, la decisión de vivir puro en todos los corazones! Más que estremecer sin sentido, ¡ortificar, sembrar, unir como una red de almas la tierra!

Y lo que, con superior unidad, liga esos diversos estudios aún más que el amor a la patria, con ser tan ferviente, es aquel paternal y doloroso cariño, don peculiar de las almas ilustres, por la humanidad débil o infeliz, que sólo en la hora suprema de amargura vuelve los ojos, para lapidar después, a los que acaso no viven sino porque en sí llevan, premieseles o no, el mandato de servirla. En todo es Cuba desdichada, menos en el esplendor de su naturaleza, la bondad de sus mujeres y el mérito de sus hijos.

El Economista Americano, Nueva York, enero de 1888

1. *MI TIC EL EMPLEADO*.—NOVELA DE RAMÓN MEZA
2. EL PRÓLOGO DE PONCE DE LEÓN A SU *HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA*

"MI TÍO EL EMPLEADO"

NOVELA DE RAMON MEZA

Esta es la historia del poblano don Vicente Cuevas, que llegó a Cuba en un bergantín, de España, sin más seso, ciencia ni bienes que una carta en que el señor marqués de Casa Vetusta lo recomendaba a un empleado ladrón, y con las mañas de éste y las suyas, amparadas desde Madrid por los que participaban de sus frutos, paró el don Cuevas de las calzas floreadas y las mandíbulas robustas en "el señor conde Coveo," a quien despidieron con estrépito de trombones y lujo de estandartes y banderines los "buenos patriotas de la Habana", cuando se retiraba de la insula, del brazo de la rica cubana Clotilde. Esta es la vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura.

Llega el Vicente—más un sobrino honrado en cuya boca pone Meza el libro—con los sesos tan pobres bajo su sombrerete "de copa como media bala de cañón", que lo primero que ve de la Habana es el tope de un muro, donde lo montaron de burlas la noche de Reyes "a esperar los magos"; y él da con el burócrata truhán que necesita del ignorante tamaño para que le manen oro, por artes bribonas, ciertos expedientes mohosos de cuyo estudio saca a un leal oficinista, a fin de que el Vicente, que ni leerlos sabe, le deje de dueño en la oficina de que el despojado era guardián; él finge "que escribe mucho y de prisa"; él es dado a títulos, y tan servil con su superior como tan tiránico con el escribiente, su sobrino; él para en la cárcel de que el otro lo saca, fugado, a la goleta que lo lleva a México; él vuelve a poco tiempo al destino del otro, que es puesto alto y pingüe, por lo que quienes escudan a aquél en virtud de la parte que perciben de los provechos del empleo, tienen empeño de poner a la cabeza de la mina, por sobre cárceles y robos pa-

sados, a uno "que se haya dejado la vergüenza en Cádiz"; a un pillo que, como Vicente, encubra que lo es, cacareando "que está "en un país de pillos"; buero, en verdad, puesto que los sienta a su mesa, y les da sus mujeres para que se paseen por sus calles, hecho ya un señorón de carretela, con su placa en el frac y caña de Indias, con su panza eminente y pechera de brillantes, con su calva lustrosa y cuello vacuno, aquel que, traficando en la deuda, cuyos secretos están bajo su guarda, y tomando para sí lo que se allega con pretextos patrióticos, vendiendo a sus propios soldados garbanzos manidos, llega a arrancar con una perorata condal, los aplausos del cínico banquete que preside, en el mismo teatro desde cuya cazuela, como si con el ambiente hubiera bebido desde el desembarcar, la certidumbre de que el alcornoque en su tierra era el dueño de ésta otra, juró, cerrando el puño, a los que se reían de él, que don Vicente Cucvas "¡había de ser algo!" Y lo fue todo, hasta esposo de Clotilde.

Todo esto se cuenta en el libro, que parece una mueca hecha con los labios ensangrentados. Cuéntase cómo se va en Cuba de Cuevas a Coveo; cómo se enriquecen, a robo limpio y cara de jalea, los empleados; cómo chupan, obstruyen y burlan al país, que pasa en la sombra discreta de la novela como una procesión de fantasmas lívidos y des-huesados; cómo echa vientre el conde, a la tibia luz de su casa voluptuosa de soltero, entre cocheros y portas celestinos; cómo sobre el ataúd caliente de la vana mujer que da la beldad de su hija a un necio título, engordan—mientras el mayordomo leal muere de pena—el secretario, el general, el contratista, el canónigo, el coronel, el escritor "patriota" que hoy atenta, vestido de negro y con bastón de carey, contra las vidas de aquellos a quienes ayer sirvió, ¡y tal vez le lleva y trae flores! Al lado del conde se mueven, esbozados de propósito con sencillez no exenta de firmeza, el portero adulón; el cochero procurador; el buscapié, servil; el secretario, presuntuoso; los oficinistas, famélicos; los ladrones titulados: la suegra, frívola; la hija, complaciente. Se ven los misterios de oficinas, el lujo grotesco del advenedizo, el sabio asedio de la casa rica, nuestras casas y parques, criados y costumbres, vanidades y barraganías, festejos y banquetes.

El comer es parte principal de *Mi tío el empleado*: come pan y sardinas en la fonda donde llega; come a Chartreuse tendido en su casa de soltero, donde luce, bajo un guardapolvo de cristal, un becerrillo de oro; come a chaleco abierto, en casa de su suegra difunta, rodeado de coroneles y canónigos; come con su secretario a trago mesa, cuando

preside en el teatro, lleno de luces que no se saben apagar, el festín patriótico: "¡daba gusto ver comer a aquellos dos hombres!"

No parece de veras, aun a los que todavía llevan el brazo manchado de cuando se rozaban con ellos por las calles, que esos entes cómicos sobre cuyas cabezas flota la tragedia, sean tan desnudos de mérito como los pinta, calcándolos del natural, este libro, que deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada. Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres. Y a no ser porque no pueden negarse los ojos a ver, ni la memoria a recordar, diríase, conforme se va leyendo el libro, que sólo en los dominios de la pesadilla pudieran llegar a esa preponderancia, ignorantes y pícaros tales. Hay algo de pantagruélico en aquellos banquetes, y de rabelésiano en la risa del libro, no tanto por voluntad de éste como por efecto del modelo monstruoso. El libro, sin ser más que retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era.

Este don de observar es en Meza tan característico, que ha de constituirle una originalidad poderosa en los libros donde ya salgan en sazón las cualidades que, por lo despacioso de ellas y lo joven de él, se muestran aquí, y deben mostrarse como en agraz; porque no es esa observación común que copia lo que ve, como la fotografía, sino otra impiacable y casi ceñuda, que realiza su poder con su justicia. Y parece que brega a brazo con su objeto hasta que lo deja por tierra sin la vida que le toma para su descripción; es como ciertos pintores, que no dibujan con lápices, sino con púas de acero. Achica de propósito sus personajes ruines con lo mínimo de sus detalles, como el que se entretiene en sacar flores, pompones y taños a un perro de lanas. No dice "¡ése es!", porque pudieran no creerle; sino hace que el personaje diga "¡yo soy!"

Y lo que sin duda contribuye a dar ese aire de parodia a la copia intencionada de lo natural, no es que quite de éste o le añada sin justa proporción, o le suponga; sino que al condensar en tipo enérgico las condiciones en que los de su casta se distinguen, aparecen de bulto y como magnificadas las picardías, que se ven menos cuando andan repartidas por la especie y mezcladas en el concierto usual de desvergüenzas y virtudes. Ni se le habría de censurar que tuviese por genio

propio el de la caricatura, que es modo eficaz de hacer visible el defecto por su exageración. El arte sienta a su mesa a Daumier y a Hogarth.

Y ¿en qué estilo está escrito todo eso? En un estilo intenso y laborioso, aunque entrabado por el ejemplo de las grandes novelas españolas, donde en salvo algo de Pereda y en casi todo lo de Palacio Valdés, no se procura aquella belleza superior que viene al lenguaje, de expresar directamente y sin asomos de literatura, la pasión, la esencia y el concepto, graduando acentos y escalonando cláusulas de modo que vayan siendo confirmación del sentido, y acabe la frase musical donde acaba la lógica; sino aquella otra perfección del remiendo parecida a las flores de paño que adornaban la chaqueta con que vino a Cuba don Vicente Cuevas, que encasaca y deforma con giros desproporcionados y violentos la fecunda beldad de la idea libre, y en vez de realzar su gracia con el donaire suelto de la túnica, la emperifolla, afeitada y endominga, como sesentona llena de moños y cintajos. En ese repulgo de la frase, así como en lo minucioso de la descripción y uso frecuente del sueño simbólico, se ve el influjo de los autores que están poniendo ahora en lengua académica, por métodos ingleses y franceses, las cosas de España. Pero los defectos mismos de nimiedad y cargazón que, en las descripciones sobre todo, pudieran censurarse en el lenguaje de *Mi tío el empleado*, no son defectos realmente, sino abundancia de condiciones, por donde se revela, con el exceso propio de la juventud, la pasión esencial del artista por la verdad y el color. Ya podará adjetivos, evitará asonancias, agrupará matices y cuidará pronombres. El estilo, más que en la forma, está en las condiciones personales que han de expresarse por ellas.

El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ése tiene estilo. El que cubra la vaina de papel o de cordones de oro, no hará por eso de mejor temple la hoja. El verso se improvisa, pero la prosa no; la prosa viene con los años. Ya Meza sobresale por su honrado y constante deseo de emplear la palabra propia, necesaria y gráfica; pero lo que anuncia en él al escritor no es esta caza del vocablo, aunque sin ella no hay belleza durable en la literatura, sino la determinación de subordinar el lenguaje al concepto, el don de ver en conjunto y expresar fielmente, la capacidad de componer un plan vasto, con sus caracteres, incidentes y colores, y la firmeza indispensable para conducirlos al fin propuesto, no enseñándose a cada paso a que le vean la imagen rica o la frase bien cortada, sino como olvidado de sí, y guiando la acción desde afuera.

Pero más notable que la facultad de componer, el mérito de desaparecer de su libro, y el reposo, intención y sobriedad con que todo él está concebido y ejecutado, es aquel como fiero pensamiento y grave melancolía que da a su chiste la fuerza de la sátira. Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada. En ese silbato chasquea un látigo. Ese conde que se lleva de Cuba a Clotilde tiene las espaldas listadas de negro, como los vestidos de los presidiarios. Ese es el chiste viril, el chiste útil, el único chiste que está hoy permitido en Cuba a los hombres honrados. Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados. La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Níobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epopeya.

El Avisador Cubano, Nueva York, 25 de abril de 1888

2

EL PRÓLOGO DE PONCE DE LEÓN A SU *HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA*

Por lo ingenuo, despierto y gallardo de su raza primitiva; por el entrar y salir de los conquistadores, que allí urdían sus rachas y reposaban de ellas; por la creación de su raza actual, fina y activa, y dispuesta a las faenas más complejas de la civilización; por la contienda dilatada entre sus habitantes, dignos de la libertad, y sus dueños, incapaces de comprenderla,—es la Isla de Cuba un país que convidaría a historiar sus lances y contrastes singularísimos, si no fuera tan difícil reunir aquella suma de datos vivos y escritos que por la fuerza de su amor patrio pudo al cabo allegar, en años preñados de angustia, el escritor cubano que ya favoreció al *Economista* meses pasados con el prólogo a su obra *Los Precursores de Colón*, y hoy vuelve a hacerle merced,

escogiéndolo para sacar a luz otro *Prólogo* suyo, viril y sustancioso como aquél, a su *Historia de Cuba*, *Historia* que ha de ser notable, puesto que es justo esperar que en la obra entera campeen la sobriedad de frase, concisión de pensamiento y ajuste entre ambos que dan visible mérito a éste.

JOSÉ MARTÍ

El Economista Americano, Nueva York, junio de 1888

HEREDIA*

* Véase también en la página 165 el discurso en honor del poeta, pronunciado por Martí en Hardman Hall, Nueva York, en 30 de noviembre de 1889.

No por ser compatriota nuestro un poeta lo hemos de poner por sobre todos los demás; ni lo hemos de deprimir, desagradecidos o envidiosos, por el pecado de nacer en nuestra patria. Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos. Ni se ha de adorar ídolos, ni de descabezar estatuas. Pero nuestro Heredia no tiene que temer del tiempo: su poesía perdura, grandiosa y eminente, entre los defectos que le puso su época y las imitaciones con que se adiestraba la mano, como aquellas pirámides antiguas que imperan en la divina soledad, irguiendo sobre el polvo del amasijo desmoronado sus piedras colosales. Y aún cuando se negase al poeta, puesto que el negar parece ser el placer más grato al hombre, las dotes maravillosas por que, después de una crítica austera, asegura su puesto en las cumbres humanas, ¿quién resiste al encanto de aquella vida atormentada y épica, donde supieron conciliarse la pasión y la virtud, anheloso de niño, héroe de adolescente, pronto a hacer del mar caballo, para ir “armado de hierro y venganza” a morir por la libertad en un féretro glorioso, llorado por las bellas, y muerto al fin de frío de alma, en brazos de amigos extranjeros, sedientos los labios, despedazado el corazón, bañado de lágrimas el rostro, tendiendo en vano los brazos a la patria? ¡Mucho han de perdonar los que en ella pueden vivir a los que saben morir sin ella!

Ya desde la niñez precocísima lo turbaba la ambición de igualarse con los poetas y los héroes: por cartilla tuvo a Homero; por gramática a Montesquieu, por maestro a su padre, por dama a la hermosura, y por sobre todo, el juicio; mas no aquel que consiste en ordenar las pasiones cautamente, y practicar la virtud en cuanto no estorbe a los goces de la vida, sino aquel otro que no lo parece, por serlo sumo, y es el de dar libre empleo a las fuerzas del alma—que con ser como son ya traen impuesto el deber de ejercitarse—y saber a la vez echarlas al viento como halcones, y enfrenarlas luego. No le pareció, al leer a Plutarco en latín, que cuando había en una tierra hecha para la felicidad esclavos azotados y amos impíos, estuviese aún completo el libro de las *Vidas*,

ni cumplido el plan del mundo, que comprende la belleza moral en la física, y no ve en ésta sino el anuncio imperativo de aquélla: así que, antes de llevarse la mano al bozo, se la llevó al cinto. Salvó su vida y calmó su ansiedad en el asilo que por pocos días le ofreció la inolvidable Emilia. Lloró de furor al ver el país de nieves donde ha de vivir, por no saber amar con mesura su país de luz. Lo llama México, que siempre tuvo corazones de oro, y brazos sin espinas, donde se ampara sin miedo al extranjero. Pero ni la amistad de Tornel, ni la compañía de Quintana Roo, ni el teatro de Garay, ni la belleza fugaz de María Pautret, ni el hogar agitado del destierro, ni la ambición literaria, que en el país ajeno se entibia y vuelve recelosa, ni el pasmo mismo de la naturaleza, pudieron dar más que consuelo momentáneo a aquella alma "abrasada de amor" que pedía en vano amante, y paseaba sombrío por el mundo, sin su esposa ideal y sin los héroes.

Aquel maestro de historia, aquel periodista sesudo, aquel político ardiente, aquel juez atildado, con una mano opinaba en los pleitos, y con la otra se echaba atrás las lágrimas. En el sol, en la noche, en la tormenta, en la lluvia nocturna, en el océano, en el aire libre, buscaba frenético, mas siempre dueño de sí, sus hermanos naturales. Disciplinaba el alma fogosa con los quehaceres nimios de la abogacía. Su poesía, marcial primero y reprimida después, acabó en desesperada. Más de una vez quiso saber cómo se salía pronto de la vida. Pide paz a los árboles, sueño a la fatiga, gloria al hombre, amor a la luna. Aborrece la tiranía, y adora la libertad. Arreglando tragedias, nutre en vez de apagar su fuego trágico. Borra con sus lágrimas la sangre que en la carrera loca sacó con la espuela al ijar de su caballo. ¿Quién le apaciguará el corazón? ¿Dónde se asilará la virtud? El exceso de vida le agobia; vive condenado a efectos estériles; jamás ¡infeliz! ser correspondido por la que ama. De noche, sobre un monte, descubierta la cabeza, alza la frente en la tempestad. ¡No se irá de la vida sin haber sembrado el laurel que quiere para su tumba! Aquietará su espíritu desolado con el frescor de la lluvia nocturna, pero donde se oiga, a los pies de una mujer, bramar el mar y rugir el trueno. Y murió, grande como era, de no poder ser grande.

Porque uno de los elementos principales de su genio fue el amor a la gloria, en que los hombres suelen hallar consuelos comparables al dolor de quien nada espera de ella: su poesía resplandece, desmaya o angustia, según vea las coronas sobre su cabeza o fuera de su mano: busca sin éxito, ya desalentado, poesía nueva por cauces más tranquilos: su lira

es de las batallas, del amor "tremendo", del horror "grato", "bello" y "augusto". Del país profanado en que le tocó nacer, y exaltó desde la infancia su alma siempre dispuesta a la pasión, buscó amparo en la grandeza de su tiempo, reciente aún de la última renovación de la humanidad, donde, como bordas de fuego de un mar torvo, cantaba Byron y peleaban Napoleón y Bolívar. Grecia y Roma, que le eran familiares por su cultura clásica, refloreaban en los pueblos europeos, desde el trágico que acababa de imitarlas en Italia al inglés que había de ir a morir en Misolonghi; en los mismos Estados Unidos, donde Washington acaba de vencer, Bryant canta a Tesalia, y Halleck celebra a Bozzaris. Pero ya tenía para entonces su poesía, a más del estro ígneo, la majestad que debió poner en ella la contemplación, entre helénica por lo armoniosa y asiática por el lujo, de la hermosura de los países americanos donde vivió en su niñez; de aquel monte del Avila y valles caraqueños, con el cielo que viene a dormir de noche sobre los techos de las casas; de aquellas cumbres y altiplanicies mexicanas, modelo de sublimidad, que hinchén el pecho de melancolía e imperio; de Santo Domingo, donde corre el fuego por las venas de los árboles, y son más las flores que las hojas; de Cuba, velada ¡ay! por tantas almas segadas en flor, donde tiene la naturaleza la gracia de la doncellez y la frescura del beso.

Pero nada pudo tanto en su genio como aquella ansia inextinguible de amor, que con los de la tierra crecía, por ir demostrando cada uno lo amargo de nacer con una sed que no se puede apagar en este mundo. No cesan las hermosuras en cuanto habla de amores. Hay todavía "Lesbias" y "Filenos"; pero ya dice "pañuelo" en verso, antes que de Vigny. Cuando se prepara a la guerra, cuando describe el sol, cuando contempla el Niágara, piensa en los tiranos, para decir otra vez que los odia, y en la mujer a quien ha de amar. Es lava viva, y agonía que da piedad. Del amor padece hasta retorcerse. El amor es "furioso". Lloró llanto de fuego. Aquella mujer es "divina y funesta". Una bailarina le arranca acentos pindáricos, una bailarina "que tiende los brazos delicados, mostrando los tesoros de su seno". No teme caer en alguna puerilidad amorosa, de que se alza en un vuelo a la belleza pura, ni mostrarse como está, mísero de amor, postrado, desdeñado: ¡cómo viviría él en un rincón "con ella y la virtud"! Y era siempre un amor caballeresco, aun en los mayores arrebatos. Para su verso era su corazón despedazado; pero salía a la vida sereno, domador de sí mismo. Acaso hoy, o por desmerecimiento de la mujer, o por mayor realidad y tristeza de nuestra vida, no nos sea posible amar así: la pasión es ahora

poca, o sale hueca al verso, o gusta de satisfacerse por los rincones. Tal fue su genio, contristado por la zozobra inevitable en quien tiene que vivir de los frutos de su espíritu en tierras extrañas.

Así amó él a la mujer, no como tentación que quita bríos para las obligaciones de la vida, sino como sazón y pináculo de la gloria, que es toda vanidad y dolor cuando no le da sangre y luz el beso. Así quiso a la libertad, patricia más que francesa. Así a los pueblos que combaten, y a los caudillos que postran a los déspotas. Así a los indios infelices, por quienes se le ve siempre traspasado de ternura, y de horror por los "hombres feroces" que contuvieron y desviaron la civilización del mundo, alzaron a su paso montones de cadáveres, para que se vieran bien sus cruces. Pero eso, otros lo pudieron amar como él. Lo que es suyo, lo herédico, es esa tonante condición de su espíritu que da como beldad imperial a cuanto en momentos felices toca con su mano, y difunde por sus magníficas estrofas un poder y esplendor semejantes a los de las obras más bellas de la Naturaleza. Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se pliega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía, ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire la orece, la argente la lluvia, y la consagre y despedace el rayo. Eso es lo herédico, y la imagen a la vez esmaltada y de relieve, y aquella frase imperiosa y fulgurante, y modo de disponer como una batalla la oda, por donde Heredia tiene un solo semejante en literatura, que es Bolívar. Olmedo, que cantó a Bolívar mejor que Heredia, no es el primer poeta americano. El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. El es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.

Ni todos sus asuntos fueron felices y propios de su genio; ni se igualó con Píndaro cuantas veces se lo propuso; ni es el mismo cuando imita, que no es tanto como parece, o cuando vacila, que es poco, o cuando trata temas llanos, que cuando en alas de la pasión deja ir el verso sin moldes ni recamos, ni más guía que el águila; ni cabe comparar con sus odas al Niágara, al Teocali de Cholula, al sol, al mar, o sus epístolas a

Emilia y Elpino y la estancia sexta de los Placeres de la Melancolía, los poemas que escribió más tarde pensando en Young y en Delille, y como émulo de Voltaire y Lucrecio más apasionado que dichoso; ni campea en las composiciones rimadas, sobre todo en las menores, con la soberanía de aquellos cantos en que celebra en verso suelto al influjo de las hermosas, el amor de la patria y las maravillas naturales. Suele ser verboso. Tiene versos rellenos de adjetivos. Cae en los defectos propios de aquellos tiempos en que al sentimiento se decía sensibilidad: hay en casi todas sus páginas versos débiles, desinenencias cercanas, asonantes seguidos, expresiones descuidadas, acentos mal dispuestos, diptongos ásperos, aliteraciones duras: ésa es la diferencia que hay entre un bosque y un jardín: en el jardín todo está pulido, podado, enarenado, como para morada de la flor y deleite del jardinero: ¿quién osa entrar en un bosque con el mandil y las podaderas?

El lenguaje de Heredia es otra de sus grandezas, a pesar de esos defectos que no han de excusársele, a no ser porque estaban consentidos en su tiempo, y aun se tenían por gala: porque a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana: y bien pudo Heredia evitar en su obra entera lo que evitó en aquellos pasajes donde despliega con todo su lujo su estrofa amplia, en que no cuelgan las imágenes como dijese, sino que van con el pensamiento, como en el diamante va la luz, y producen por su nobleza, variedad y rapidez la emoción homérica. Los cuadros se suceden. El verso triunfa. No van los versos encasacados, adonde los quiere llevar el poeta de gabinete, ni forjados a martillo, aunque sea de cíclope, sino que le nacen del alma con manto y corona. Es directo y limpio como la prosa aquel verso llameante, ágil y oratorio, que ya pinte, ya describa, ya fulmine, ya narre, ya evoque, se desata o enfrena al poder de una censura sabia y viva, que con más ímpetu y verdad que la de Quintana, remonta la poesía, como quien la echa al cielo de un bote, o la sujeta súbito, como auriga que dé un reclamo para la cuadriga. La estrofa se va tendiendo como la llanura, encrespando como el mar, combando como el cielo. Si desciende, es como una exhalación. Suele rielar como la luna; pero más a menudo se extingue como el sol poniente, entre carmines vívidos y negrura pavorosa.

Nunca falta, por supuesto, quien sin mirar en las raíces de cada persona poética, ni pensar que los que vienen de igual raíz han de enseñarlo en la hoja, tenga por imitación o idolatría el parecimiento de un

poeta con otro que le sea análogo por el carácter, las fuentes de la educación o la naturaleza del genio: como si el roble que nace en Pekín hubiera de venir del de Aranjuez, porque hay un robledal en Aranjuez. Así, por apariencias, llegan los observadores malignos o noveles a ver copia servil donde no hay más que fatal semejanza. Ni Heredia ni nadie se libra de su tiempo, que por mil modos sutiles influye en la mente, y dicta, sentado donde no se le puede ver ni resistir, los primeros sentimientos, la primera prosa. Tan ganosa de altos amigos está siempre el alma poética, y tan necesitada de la beldad, que apenas la ve asomar, se va tras ella, y revela por la dirección de los primeros pasos la hermosura a quien sigue, que suele ser menor que aquella que despierta. De esos impulsos viene vibrando el genio, como mar de ondas sonoras, de Homero a Whitman. Y por eso, y por algunas imitaciones confesas, muy por debajo de lo suyo original, ha podido decirse de ligero que Heredia fuese imitador de éste o aquél, y en especial de Byron, cuando lo cierto es que la pasión soberbia de éste no se avenía con la más noble de Heredia; ni en los asuntos que trataron en común hay la menor semejanza esencial; ni cabe en juicio sano tener en menos las maravillas de la *Tempestad* que las estrofas que Byron compuso "durante una tormenta"; ni en el *No me recuerdes*, que es muy bello, hay arranques que puedan compararse con el ansia amorosa del *Desamor*, y aun de *El Rizo de Pelo*; ni por los países en que vivió, y lo infeliz de su raza en aquel tiempo, podía Heredia, grande por lo sincero, tratar los asuntos complejos y de universal interés, vedados por el azar del nacimiento a quien viene al mundo donde sólo llega de lejos, perdido y confuso, el fragor de sus olas. Porque es el dolor de los cubanos, y de todos los hispano-americanos que aunque hereden por el estudio y aquilaten con su talento natural las esperanzas e ideas del universo, como es muy otro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar en las cosas que más les conmueven e interesan, y parecen ridículos e intrusos si, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad, que son los del día en aquellos pueblos donde no están en las primeras letras como nosotros, sino en toda su animación y fuerza. Es como ir coronado de rayos y calzado con borceguíes. Este es de veras un dolor mortal, y un motivo de tristeza infinita. A Heredia le sobraron alientos y le faltó mundo.

Esto no es juicio, sino unas cuantas líneas para acompañar un retrato. Pero si no hay espacio para analizar, por su poder y el de los ac-

cidentes que se lo estimularon o torcieron, el vigor primitivo, elementos nuevos y curiosos, y formas varias de aquel genio poético que puso en sus cantos, sin más superior que la creación, el movimiento y la luz de sus mayores maravillas, y descubrió en un pecho cubano el secreto perdido que en las primicias del mundo dio sublimidad a la epopeya, antes le faltaría calor al corazón que orgullo y agradecimiento para recordar que fue hijo de Cuba aquel de cuyos labios salieron algunos de los acentos más bellos que haya modulado la voz del hombre, aquel que murió joven, fuera de la patria que quiso redimir, del dolor de buscar en vano en el mundo el amor y la virtud.

El Economista Americano, Nueva York, julio de 1888

ANTONIO BACHILLER Y MORALES

- 1. ANTONIO BACHILLER Y MORALES**
- 2. CARTA A ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES**

No ha de afearse con lamentos falsos la cesación natural de una vida larga y feliz, empleada amorosamente en el servicio de la patria. La triste compañera mirará con desconsuelo, en días que ya para ella no tendrán sol, el sillón vacío en que Cuba agradecida ha puesto, donde descansaba la cabeza del anciano, una corona,—¡una de sus últimas coronas!

Pero estas tumbas son lugares de cita, y como jubileos de decoro, adonde los pueblos, que suelen aturdirse y desfallecer, acuden a renovar ante las virtudes, que brillan más hermosas en la muerte, la determinación y la fuerza de imitarlas. Y la lección tiene más eficacia cuando no es el muerto uno de aquellos hombres preparados por el fuego de la imaginación o la intensidad de la conciencia, al heroísmo que lleva en su singularidad y en sus desdichas como el decreto de no imitarlo; sino un carácter manso y acaso tímido, apegado a los goces y honores del mundo, y a la calma celeste de la sabiduría, que con su labor de toda la existencia, con su resolución en un momento heroico, con su serenidad en los años de desdicha, con su paz ejemplar y el crédito de su nombre, enseña a los cobardes que para ser cauto, y hombre de casa y felicidad, no se necesita dejar de ser honrado.—La inteligencia es don casual que la Naturaleza, soñolienta a veces, pone en el cráneo de un vil, como pone en un cuerpo de hetaira la hermosura: a muchos hombres se les puede dejar la espalda descubierta de un tirón, y enseñar el letrado que dice claro: ¡hetaira! El don propio, y medida del mérito, es el carácter, o sea el denuedo para obrar conforme a la virtud, que tiene como enemigos los consejos del mundo y los afectos más poderosos en el alma.

Americano apasionado, cronista ejemplar, filólogo experto, arqueólogo famoso, filósofo asiduo, abogado justo, maestro amable, literato diligente, era orgullo de Cuba Bachiller y Morales, y ornato de su raza. Pero más que por aquella laboriosidad pasmosa, clave y auxiliar de todas

sus demás virtudes; más que por aquellos anaqueles de saber que hacían de su mente capaz, una como biblioteca alejandrina; más que por aquel candor moral que en tiempos aciagos, y con la bota del amo en la frente, le tuvo entretenido, como en quehacer doméstico, en investigar las curiosidades más recónditas de su Cuba, de su América, y los modos más varios de serles útil; más que por aquella mezcla dichosa de ingenuidad y respeto en la defensa de sus juicios, y por la sencillez e ingenio con que trataba, como a amigos de su corazón, al principiante más terco y al niño más humilde; más que por aquella juventud perenne en que mantuvieron su inteligencia el afán de saber y la limpieza de su vida, —fue Bachiller notable porque cuando pudo abandonar a su país o seguirlo en la crisis a que le tenían mal preparado su carácter pacífico, su filosofía generosa, su complacencia en las dignidades, su desconfianza en la empresa, sus hábitos de rico, dejó su casa de mármol con sus fuentes y sus flores, y sus libros, y sin más caudal que su mujer, se vino a vivir con el honor, donde las miradas no saludan, y el sol no calienta a los viejos, y cae la nieve.

Nació cuando daba flor la horca de Tupac Amaru; cuando la tierra americana, harta de pena, echaba a los que se habían puesto a sus ubres como cómitres hambrientos; cuando Hidalgo, de un vuelo de la sotana, y Bolívar, de un rayo de los ojos, y San Martín, de un puñetazo en los Andes, sacudían, del Bravo al Quinto, el continente que despertó llamando a guerra con el terremoto, y cuajó el aire en lanzas, y a los potros de las llanuras les puso alas en los ijares. Nació cuando la misma España, cansada de servir de encubridora a un gitano, se hallaba en un bolsillo de la chaqueta el alma perdida en Sagunto. Nació cuando, al reclamo de la libertad que les es natural, los americanos saludaron la redención de España, la luz del año doce, con acentos que al mismo De Pradt parecían dignos, no de colonos de Puerto Rico y Veracruz, “sino de los hombres más instruidos y elocuentes de Europa”. Nació en los días de Humboldt, de padre marcial y de madre devota, el niño estudioso que ya a los pocos años, discutiendo en latín y llevándose cátedras y premios, confirmó lo que Humboldt decía de la precocidad y rara ilustración de la gente de la Habana, “superior a la de toda la América antes de que ésta volviese por su libertad, aunque diez años después ya muy atrás de los libres americanos”. Pero no Bachiller, que se cansó pronto de latines, por más que no les perdió nunca aquel miramiento de hijo, y aquella hidalga gratitud, que fueron bellezas continuas de su

carácter, a punto de hacerle preferir alguna vez que le tomasen por hijo tibio de la patria que adoraba, antes que por ingrato.

Estudió en el colegio de San Carlos, no cuando aún daba con la puerta en la frente a los que no venían de cristianos viejos “limpios de toda mala raza”, o trajeran sangre de negro, aunque muy escondida, o fuesen hijos de penitenciado de la inquisición, u hombre de empleo vil, hereje converso o artesano; sino cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco, y La Luz, arrebatava; cuando, hallando la sátira más útil a la libertad que el idilio, con ella y con sus discursos bregaba Hechavarría por sustituir en las aulas el derecho castizo a la Instituta, y el estudio de lo presente a la ciencia de momia, que anda ahora resucitando la tiranía en las Repúblicas americanas, so capa de literatura y academias; cuando los discípulos del alavés Justo Vélez, que en español enseñaba a los españoles su derecho y no en latín, andaban por plazas y cortinas disputando en favor de la novedad, con sus cuadernos bajo el brazo, con el fuego y orgullo con que se juntaban en los cerros de París los jóvenes abelardinos. Abajo, en el infierno, trabajaban los esclavos, cadena al pie y horror en el corazón, para el lujo y señorío de los que sobre ellos, como casta superior, vivían felices, en la inocencia pintoresca y odiosa del patriarcado; pero siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar su propia autoridad, antes que a perpetuarla. Era de rayos aquella elocuencia, de ariete aquella polémica, de ángeles aquella caridad. El aire era como griego, y los conventos como el foro antiguo, a donde entraban y salían resplandecientes de la palabra, los preopinantes fogosos, los doctores noveles, con su toga de raso, los escolares ansiosos de ver montar en su calesa amarilla de persianas verdes, a aquel obispo español, que llevamos en el corazón todos los cubanos, a Espada que nos quiso bien, en los tiempos que entre los españoles no era deshonra amar la libertad, ni mirar por sus hijos. A Vélez, el alavés, lo seguían por las calles, bebiéndole sus lecciones, los discípulos enamorados. A Ramírez, el castellano viejo, lo acompañó en su entierro la Habana entera, con muestras de congoja. A Espada, el vizcaíno, se lo arrebatavan a la puerta del canposanto los jóvenes cubanos, con tal empeño por probarle amor, que

en aquella lengua de oro que se llevó consigo los saludaba así nuestro tierno Luz: “¡Oh juventud divina! ¡Oh época de la vida más honrosa para la humanidad, porque te dejas regir del corazón, sin conocer la ponzoña del egoísmo! ¡Vosotros me conmovisteis y conmovisteis a todos los presentes, jóvenes compatriotas míos! ¡Vosotros volvisteis a hacer brotar la no agotada fuente de mis lágrimas, y vosotros me hicisteis gustar con noble orgullo que era habanero el corazón que en mí latía!”

De aquellos cubanos ardientes y españoles buenos, aprendió Bachiller sus leyes y sus cánones, y el afán, secundado por su naturaleza activa y generosa, de emplear lo que sabía en servicio de la patria y comunicarlo desinteresadamente. Firma “Tirso” o “Saeta” su prosa del *Diario de la Habana*, más nutrida que correcta, como era entonces de uso, y es “Alcino Barthelio” en “los versos que todo hombre escribe en ciertos años de la vida”. Ya escribe dramas y traduce comedias. Ya estudia pictógrafos, y busca por el Príncipe lo que queda de los pobres taínos,—unas cuantas vasijas rotas y los montones de huesos de los caneyes. Ya, por el saber probado en los exámenes y en las academias, tiene la mesa de caoba llena de pleitos, que despacha a pura ley, porque no hay rama o caso que no halle enseguida, con hojear un poco en la memoria. Pero ¿puede ser feliz quien sólo es útil a sí propio?: él disputará a plumas más hechas el premio de la Sociedad Económica sobre el tráfico libre del tabaco, y obtendrá el premio: él anhela enseñar, y es catedrático aplaudido de Prima de Cánones, que era ciencia en aquel tiempo, en que ya no vivía la Isla, como cuando Las Casas, viendo lucir en paz sus talentos hermosos, sino entre cadalsos y somatenes, con un bando al alba y un muerto a la puesta, traída y llevada a latigazos, como un perro sin dientes, por un capitán feroz, que lograba cerrar las puertas de las Cortes a los antillanos en quienes recelaba ver brillar la elocuencia superior de José Mejía, aquel formidable, aquel injusto Argüelles.

¡Pero han de volver, sin duda, los tiempos de Espada! ¿Qué importa que Tacón mande la Isla como señor de horca y cuchillo, echando perros a los hombres, y barcos a los generales que obedecen la ley nacional, la ley que él pisotea? ¿Qué importa que quieran hacer de la isla una mancebía, e imperen en ella, no ya Escobedos y Govantes, sino barbones de cuarta en puño, ahitos de onzas, que sientan payasos a su mesa, como los castellanos del tiempo de los feudos, y cuando quieren música, la tienen de alaridos de dolor, de los alaridos de los esclavos, que bailan con el son de la cuarta, y de las risas de sus mismos compañeros, al sol que no baja sobre el maestro de danza rayo en mano?

¡Esta sombra pasará! ¡Está aún tan cerca el día en que hombres como Saco y Varela, como Luz y Delmonte, como Carrillo y Osés, agradecían, con una alocución que parece de hijos, la “Academia Cubana de Literatura”, que mandaba fundar Cristina! Esos mismos generales, que reciben a los colonos con las manos en los bolsillos, para no darles la mano, y de pie, para no ofrecerles asiento, acatan de vez en cuando a un caballero negro, músico de oficio, que reclama con entereza la capitania ganada de real orden por un acto de valor; o persiguen, cuando les retoza la virtud, algún acto punible de sus mismos paisanos o atraen, con falsa miel, a los criollos ilustres que no pueden creer falto de buenas intenciones al que se vale, aunque a hurtadillas, de sus trabajos y consejos, y les entretiene la ira con encargos patrióticos y empleos amables.

Bachiller es ya alma de la Sociedad Económica, que de nadie tiene más trabajos, ni de aquel mismo pasmoso Noda, en sus Memorias injustamente olvidadas. Por su mismo denuedo se gana la amistad del general a quien se opone. Ya el general no quiere más asesor que él; pero “eso sí, que no se sepa”. Bachiller sirve al general, en lo que conviene a su patria, porque ni la distinción le desagrada, ni tiene miedo de que le falte en un trance apurado la honradez, ni cree que ha de perderse la ocasión de mejorar, con un átomo hoy y otro mañana, la suerte del país.

Ya es de todos sabido aquel afán de ciencia, y aquel modo sencillo de enseñarla. Ya vence al sabio más laborioso de Cuba, a Noda, en la polémica sobre la lengua de los isleños aborígenes, que de seguro no es maya, como Noda cree, sino más de Haití y de Cumaná, que de los imperios donde ya sabían de marinos y de negros. Ya de Dinamarca y de los Estados Unidos lo declaran socio de honor por sus estudios sobre América y sobre los Ericks y los Bjern y la hermosa Gudrich que la conocieron antes que españoles e italianos, como hoy saben cuantos leen, pero entonces andaba escondido en vejez y códigos, en que gastaba el erudito lo más de sus ganancias. Ya es juez hoy y mañana tesorero; vocal de todas las juntas, ponente de las comisiones difíciles, autor de libros agrícolas e históricos, maestro al fin de su ciencia querida, donde él ve juntas, con la armonía de Krause, la razón del hombre y la autoridad de Dios, su ciencia de “Derecho y Religión natural”, que enseñará como la entiende, pacífica y universal, en un texto copioso. Funda periódicos, donde el modo prudente de pedir el bien de Cuba, no quita un ápice a la fuerza del concepto. Persigue la trata de negros, en que los generales son cómplices de los barbones de cuarta en puño, y se

reparten las onzas de la venta a tanto por barba. Llega a creer, por admiración candorosa e impaciencia excusable, que su país de raza pelinegra, puesto por la desdicha en la boca abierta del lobo, hallará la libertad, sin la guerra terrible, en la boca del lobo pelirrubio. Trabaja, en cuanto parece renacer en España la justicia, con el general Serrano, que lleva a las Cortes las quejas sinceras de los criollos que trató con guante, trabaja con Asquerino en *La América*, con Félix Bona. Luz muere. y él cuenta a los españoles quién era Luz, ¡que todo lo era! Es ya persona de gran cuenta, representante tácito, por ambas partes reconocido, del país ante sus mandarines, director del Instituto, que le pone atado en las manos un plan de estudios necio,—cuando vuelven de Madrid abofeteados como en 1837, aquellos hombres ilustres que en el sigilo insolente de las sesiones de información, no brillaron tanto por su empeño generoso y sagacidad inútil en poner de acuerdo dos términos políticos que no admiten amalgama, ni pueden resolverse sino por exclusión, como por el brío con que abogaron, en las manos de sus enemigos, por los derechos públicos. Cuando vino por tierra toda razón de fe en la justicia española, anunciada como al llegar, con los mismos argumentos, y las palabras mismas, que habían de repetir veinte años después intrigantes interesados y diputaciones noveles; cuando a un pueblo que se disponía a morir por la libertad, se le declaraba, cuarta en puño, incapaz de ella, Bachiller, como todo el país, sintió el rostro encendido e impacientes las manos. “¡La guerra es bárbara, dijo, y no creo que será nuestra la victoria; pero entre mi país a quien le niegan lo justo, y el tirano que se lo niega, estoy con mi país!” Y se embarcó el maestro, con los apuntes para su próximo libro sobre tabaco, o sobre pozos, o sobre si Luis X tuvo hijo o no, o sobre el Centón, o sobre el Coctus, o sobre Madoc el irlandés, o sobre los críticos nuevos de Gioberti, porque de todo sabía con abundancia y firmeza: se embarcó sin volver los ojos a su instituto cubano, a su banco cubano, a su casa amplia, de los cubanos tan querida, a su biblioteca famosa, en aquellos vapores a donde los niños se entraban por las escotillas, sobornando a los marineros con el reloj, para irse a pelear. Los vapores traían la carga de hombres. ¡Oh, flor de la patria, no se puede recordarte sin llorar!

Y vivió en estos fríos, sin que la mudanza de fortuna le agriase la mansedumbre, con aquella sanidad ejemplar que le daba fuerza de mente, en su vida de prócer habanero, para acabar traduciendo versos pomposos de Lefranc de Pompignan el día que había empezado eotejando

el libro de Horn sobre orígenes de América, con la relación del pobre lego Ramón Pane, escrita por mandado de su señor el almirante; o rematar, en el desahogo del domingo, un estudio sobre los nombres del aje, o la región de los omaguas de casco de oro y peto de algodón, o un comentario sobre lo que dice Moke de la raza pacífica de las Antillas en su “Historia de los Pueblos Americanos”.

Nueva York mismo, harto ocupada para cortesías, le daba puesto de honor en sus academias; y no había asiento más bruñido que el del “caballero cubano”, en la biblioteca de Astor; porque de otra cosa no muestra vanidad, pero sí de que sepan cómo estuvo en la biblioteca “por última vez en tal día”.

Daban las tres, cuando el trineo del lechero madrugador sujeta en la nieve de la puerta las campanillas; y ya estaba a su mesa, sin que el frío le arredrara, componiendo su “Guía de Nueva York”, su carta al *Siglo XIX* de México. en que cuenta al correr de la mano las cosas yanquis, sus libros de texto para el excelente “Educador Popular”, su artículo del día para *El Mundo Nuevo*, su diario de la revolución, donde con aquella alma franca y sin malignidad ponía cuanto de heroico, contradictorio o feo veía a su alrededor en aquella época confusa. El autor de “Cuba Primitiva”, donde está “mitigando el entusiasmo”, cuanto se sabe sobre antigüedades antillanas, y como la flor de lo que se ha escrito sobre la América aborigen; el autor de los “Apuntes para las Letras Cubanas”, en que no hay nada que poner, salvo un poco de orden, porque ya en sus relatos, ya en sus biografías de hombres ilustres, de Arangos y Peñalveres, de Heredia y Varela, de los Castillos y la Luz, está, desde sus albores hasta la mitad de este siglo, cuanto recuerda de sus maestros e institutos Cuba reconocida; el autor de aquel libro aún inédito sobre los palenques donde se refugiaban, a vivir libres con sus hijos a la espalda, los bravos cimarrones; el autor que más materiales ha allegado acaso para la historia y poesía futuras de un pueblo ¡ay! que debe vivir, quiso dejar de su mano, para ejemplo de políticos y caudal de la leyenda, lo que con su juicio sereno percibía de pernicioso o útil en nuestros elementos, y con su alma poética admiraba en aquella mocedad que no le preguntaba al interés, sino a la honra, cuál era el mejor modo de vivir: ¡allí las procesiones de jóvenes armados, el ejercicio a la luz de los ojos y a la sombra de las banderas, las despedidas de la novia, la madre echada por tierra, abrazada a las rodillas de sus tres hijos, que no han vueito!: ¡allí los desastres increíbles, las esperanzas locas, las pasiones enanas!

Y luego de escribir bajaba a pie, revolviendo despacio las mesas de los librovejeros, por si hallaba un "tomo de Spencer que no valiera mucho", o de Darwin, que "de ningún modo le parece bien", o "un Cazelles que anda por ahí, y dice con mucha claridad todo eso de evolución y disolución simultáneas, y de lo homogéneo que se integra y lo heterogéneo que se desvía, que veo claro como la luz, mi joven amigo, porque yo siempre he creído que en todo se va por grados, en las cosas de los pueblos como en las del alma". Un día compraba un "Millevoeye" de Ladweat, con su lámina de Millevoeye, sentado libro en mano en lo sombrío de una roca, para ver si en esta edición tenía cierto verso el adjetivo feliz que le puso Heredia. Otra vez llegaba dichoso al término del viaje, que era la librería de su yerno Ponce de León, porque en un mismo estante había encontrado la edición de Lardy de Derecho Internacional de Blüntschli, y la Fascinación de Gu^l, donde se cuentan, con mitos semejantes a los de los indios de Haití, el nacimiento y población de los cielos escandinavos. ¡Qué no daba él por una lámina de un dujo, con su espalda de piedra taraceada de oro, o por un cigarrillo de los toltecas de las siete ciudades; o por un apunte nuevo sobre las metamorfosis del haitiano Guaganiona, que le interesaban más que las de Ovidio; o por un areito del famoso Bohequio, que debió cantar la muerte fiel de la bella esposa Guanáhata; o por una buena pintura del muro de Mitla, todo de grecas del más fino dibujo, que él copiaba con líneas minuciosas, como las que Catherwood le puso a Stephens! Luego se iba, alegre por el cariño que todos le mostraban, a tomar nota en lo de Astor, "porque no tenía ejemplar suyo", de las biografías que escribió para los "Apuntes", donde no pone su persona por encima de la que describe, ni busca en lo oficial y aparente el carácter, sino en lo íntimo y pintoresco, ya Espada dando voces para que le muden de prisa "aquel altar churrigueresco" por otro "¡sencillo, sencillo!" de oro y caoba; ya el valiente Ramírez, que desahoga la pena de su honradez atacada, en las cartas a Arango; ya Luz, a quien recuerda con mano amorosa, no por esta pompa o aquella, de las pocas que tuvo su vida, sino en las reuniones de "nuestro Sócrates": "¿dónde está el habanero que se atreva a sustituir al fundador del Salvador en esas improvisaciones bellas, desordenadas por su familiaridad, nutridas de fe y esperanza, radiantes de caridad y amor al bien?". En la biografía de Arango acaso fue donde dejó ver una defensa disimulada, y algo como de la propia persona: "Arango, dice, no podía ser nunca un revoltoso: hombre de orden y con los hábitos de la magistratura, hubiera sido un contra-

sentido: más, una ingratitud indigna para quien joven aún habrá merecido las más notables consideraciones del gobierno local y del supremo".

En esas biografías es donde, con la fuerza del asunto, se muestra más elegante y agraciado aquel estilo suyo, deslucido por su hábito de emitir sin condensar, que no le venía por cierto de falta de poder para mirar de arriba, en sus ramas y relaciones, las ideas madres, sino por aquel bello desinterés con que escribía, más cuidadoso de la noticia útil que a otro sirviera como a él, que de la fama que pudiera venirle por la galanura en expresarla. El no tiene el afán del color, ni le persigue la vocal vecina, ni brega con el pensamiento hasta que lo ha puesto en caja durable: su adjetivo no pinta, ni su verbo es preciso, ni muestra en parte alguna de su obra, a no ser en su discurso inaugural de la cátedra de Derecho y Religión, aquel afán, más generoso acaso que el descuido, de servir al lector la idea tersa y resplandeciente, en plato de oro. Pero ese mismo estilo, que con puntuarlo mejor dejaría obras de permanente belleza en literatura, abunda, a poco que se le mire, en frases de sentido sumo, o súbita energía, o arranques de delicado sentimiento, o cierta leve vena de donaire que nunca lo abandona. En lo que no falla a menudo es en el arte de componer, de que sus biografías son nuestra excelente; porque sabe fundar el carácter de modo que éste se enseñe por sí antes que lo retoque y complete el biógrafo, y no se pone en lugar del que escribe, ni confunde épocas, ni pierde ocasión de embellecer el relato, donde viene a cuento, con descripciones propias y amenas, que resultan tan vivas, después de medio siglo, como acabadas de hacer. Ni se crea que porque un Higginson pudiera decir de él, como de Spencer, que tiene "la debilidad de la omnisciencia", era este saber pasmoso suyo cosa aprendida hoy para olvidarla luego, sino ciencia maciza, aunque de más extensión que altura: porque si escribe de botánica, los botánicos se lo celebran; si de agricultura, los campesinos siembran por su libro; si de filosofía, discípulos eximios dicen de él que "recuerdan sus lecciones con placer inefable", y que "le deben cuanto saben de la filosofía moderna"; si de lenguas, prevé lo que años después confirman juntos los filósofos famosos; si de cosas americanas, no hay quien sepa de ellas que no le tenga por guía cuerdo y por fuente segura; si de historia escandinava, los suecos, cuando apenas le ha salido la barba, lo nombran académico de honor; y "sobre cuanto escribe—dice el conde de Pozos Dulces—derramaba Bachiller vivísima luz".

Pero era la moderación, y cierta mezcla del ímpetu del país y de la lengua togada, lo que da a su estilo el tono vivo que viene de expresar

lo que se siente. “La naturaleza nunca nos engaña”. “Amo la discusión racional, como aborrezco la disputa”. “Religión, sí; pero no permita el cielo que la hipocresía ocupe el lugar del convencimiento”. “Los ministros del Altísimo”, la “fe de sus mayores”, “los consuelos de la religión”, “los honores de la toga”. “Cumplid con los deberes sociales y respetad los derechos ajenos”. No le gustaba en las polémicas, ni aun en la defensa de sus mismas ideas “tanta alusión y amargura”, ni “un fuego excesivo”. Le indignaba “la miseria de las nulidades que no pueden soportar el mérito ajeno”. De Espada le admiraba esta frase: “Dios no quiere otra cosa sino que se observe constantemente el orden”.

Pero lo que enamoraba de él era aquel carácter jovial y sencillo, a que la muerte de sus hijos dio ya, al medio de la vida, la sazón de la tristeza, más no el ceño que en almas menos bellas pone la desgracia. Con saber tanto, jamás pedanteaba; ni se ponía como otros, donde le oyesen—así como sin querer— las novedades que acaba de entresacar de este o aquel libro, o componer, con cierto aire que parezca desorden, en la soledad de la alcoba literaria; ni era escritor femenil, celoso y turbulento, que va dejando caer por donde pasa piedras envueltas en papeles de colores, de modo que llamen la atención, sobre la fama del que con su valer le mueve a envidia; sino que fue, en la amistad como en la cátedra, hombre natural, que decía lo que pensaba con llaneza, sin esconder la sabiduría, que era mucha para escondida, ni ponerla a toda hora por delante; y gozaba como si le reconocieran el suyo, cuando hallaba un mérito nuevo que admirar. Y en las cosas del decoro, mucho más meritorias y difíciles que las de la palabra, no iba él, que sabía harto del mundo, censurando a los caídos y a los flojos; mas no era de los que lo creen todo permisible,—hasta la vileza, si se la puede esconder bien,—hasta el crimen de los crímenes, que es disfrazar la vileza de virtud,—con tal de adelantar en los bienes del mundo y preponderar sobre sus rivales. El amaba el bienestar, y supo procurárselo con las artes lícitas y concesiones prudentes de la vida; pero donde su fuero de hombre podía sufrir merma, o le querían sofocar la opinión libre, o le lastimaban en algo su corazón cubano, aquel jurista tímido tenía bravura de tribuno, y era como los de Flandes, que antes que abjurar de su pensamiento querían que se les pegase la lengua al paladar. El fue tipo ejemplar de aquellos próceres cubanos, que lo eran por su amor al derecho y su pasión por el bien del infeliz; a tan de adentro traían, como fósforo del hueso y glóbulo de la sangre, el cariño a la patria, que

era como sajarles en la carne viva, o poner manos en la madre de su corazón el atentar a aquella a quien, con fe de caballeros, habían jurado en pago de la vida, purísima ternura. Con ella se iban a la desdicha: por ella se sofocaban en el pecho el ardor generoso: por ella pedían a la naturaleza una mejilla más para ofrecérsela al tirano. Para ella viven, y con ella resplandecen. Con ella y con América.

El Avisador Hispano-americano, Nueva York, 24 de enero de 1889

2

New York, 17 de marzo, 1889

Sr. D. Enrique Hernández Miyares
Director de *La Habana Elegante*

Mi estimado señor:

No tiene la semana para mí día más grato que el lunes, cuando encuentro en mi mesa, entre los periódicos de Cuba, *La Habana Elegante*, a la que celebraría aquí por el arte de su composición y algo de ala y acero que brilla a menudo en sus versos y en su prosa, si no tuviera que pedirle el favor de la hospitalidad, para aludir a lo que de unas líneas mías sobre nuestro Bachiller, censura en el sesudo artículo “En la Antropológica”, *Un Colaborador Asiduo*.¹⁰

Y aun me atrevo a creer, viviendo tan lejos de Cuba, como vivo, que no me negará usted su acogida por intruso, puesto que a ningún enamorado se le puede culpar porque pretenda excusarse de la tacha con que lo presentan delante de su novia.

No por lo que se dice “En la Antropológica” que el señor Montoro me honró, señalando alguna opinión mía, en apoyo de la suya siempre valiosa, sobre los méritos de Bachiller como escritor, que no son de seguro cuantos hubieran podido ser, ni tan escasos que un crítico deba suprimir los que le adornaron, al censurar los que no tuvo.

Y veo que “Un Colaborador Asiduo”, a quien agradezco las palabras de estimación que sólo puedo deber a la benevolencia de la amistad, alude

¹⁰ Se refiere a un artículo de Manuel de la Cruz, a propósito de un discurso del señor Montoro en dicha científica sociedad, y que, con el pseudónimo de *Un Colaborador Asiduo*, vio la luz en *La Habana Elegante* el 3 de marzo de 1889. (Nota de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.)

a lo que se sirve llamar "mi juicio", que rechaza en redondo, sin decir cuál sea, por la culpa, que habría sido censurable, de alabar fuera de medida, sin discreción ni verdad, al que valió tanto que no podrán lastimarle la fama ni biógrafos turiferarios ni póstumas rencillas.

Pero yo no dije de Bachiller lo que el "Colaborador Asiduo", sin ocasión tal vez para ver por sí mis líneas, supone; ni opiné sin estudio y fundamento, en un caso de esta dignidad, ni puse en Bachiller méritos que no pueda hallarle quien lo lea, ni celebré el lenguaje, sino donde a pesar de sus defectos merece celebración, ni extréme la alabanza por más que para dicha mía se me vaya la mano con más gusto al encomio que al vituperio.

He aquí lo que dije:

"En esas biografías (de cubanos ilustres) es donde, con la fuerza del asunto, se muestra más elegante y agraciado aquel estilo suyo, deslucido por su hábito de emitir sin condensar, que no le venía por cierto de falta de poder para mirar de arriba, en sus ramas y relaciones, las ideas madres, sino por aquel bello desinterés con que escribía, más cuidadoso de la noticia útil que a otro sirviera como a él, que de la fama que pudiera venirle por la galanura en expresarla.

"El no tiene el afán del color, ni le persigue la vocal vecina: ni brega con el pensamiento hasta que lo ha puesto en caja durable, su adjetivo no pinta, ni su verbo es preciso, ni muestra en parte alguna de su obra, a no ser en su discurso inaugural de la cátedra de Derecho y Religión, aquel afán más generoso acaso que el descuido de servir al lector la idea tersa y resplandeciente en plato de oro.

"Pero ese mismo estilo, que con puntuarlo mejor dejaría obras de permanente belleza en literatura, abunda, a poco que se le mire, en frases de sentido sumo, o súbita energía, o arranques de delicado sentimiento, o cierta leve vena de donaire que nunca lo abandona. En lo que no falla a menudo es en el arte de componer, de que sus biografías son muestra excelente, porque sabe fundar el carácter de modo que éste se enseñe por sí antes que lo retoque y complete el biógrafo, y no se pone en lugar del que escribe, ni confunde épocas, ni pierde ocasión de embellecer el relato, donde viene a cuento, con descripciones propias y amenas, que resultan tan vivas, después de medio siglo, como acabadas de hacer. Pero es la moderación y cierta mezcla del ímpetu del país y de la lengua togada lo que da a su estilo el tono vivo que viene de expresar lo que se siente. "La Naturaleza nunca nos engaña". "Amo la discusión racional como aborrezco la disputa". "Religión, sí; pero no

permita el cielo que la hipocresía ocupe el lugar del convencimiento". "Los ministros del Altísimo", "la fe de sus mayores", "los consuelos de la religión", "los honores de la toga". "Cumplid con los deberes sociales, y respetad los derechos ajenos". No le gustaba en las polémicas, ni aun en la defensa de sus mismas ideas, "tanta alusión y amargura, ni un fuego excesivo". Le indignaba "la miseria de las nulidades que no pueden soportar el mérito ajeno". De Espada le admiraba esta frase: "Dios no quiere otra cosa sino que se observe constantemente el orden".

No es mi intención mantener mi juicio, que perdurará si vale, y caerá si fue injusto, sino dejarlo escrito como es, para que él me condene o me defienda. ¿Por qué no se ha de decir lo bueno de un autor, sobre todo después de haber enumerado sus faltas y descuidos? ¿Ni qué defensa tiene si es escritor honrado, el que halla la razón, tal vez loable, de un defecto, y señala el defecto y no lo que lo excusa? ¿O se ha de estudiar el estilo aparte del carácter, y no como producto de él? ¿O manda el arte de escribir negar a un escritor unas condiciones porque le falten otras? ¿O es mucho adjetivo para Bachiller llamarlo como lo llamé yo, al recapitular sus méritos "literato diligente"?

No en todas sus obras escribió Bachiller con el esmero de sus biografías y discursos; ni cultivó las dotes que como a pesar suyo resaltan en su estilo; ni puede presentársele como modelo de prosistas: pero sería injusto ocultar las sorpresas gratas del lector al recorrer aquellas páginas de los "Elogios", donde campean con su virtud ingenua nuestros próceres; y sus "Biografías", sentidas o indignadas. Siempre nos interesa, y a veces nos cautiva. Suele sorprendernos por su elegancia y precisión que las había luego de desdeñar por completo. Corre fácil el párrafo, con abundancia y número. Compara con oportunidad, alaba con fervor, increpa en períodos de aliento, donde se le ve el pensar noble, y aun algunas repeticiones y cortes de esos que dan al lenguaje animación y música. Tiene un modo natural y como involuntario de revelar la época y el carácter en un rasgo bien observado y dispuesto. No es el arte de ahora casi perfecto, e insaciable, sino una fácil sencillez donde el abandono no oscurece la gracia, ni lo imitado y retórico desluce lo indígena e individual. En esas mismas imitaciones, más ambiciosas a veces que felices, se le ve un mérito, y es el de su carácter modesto y leal, criado en la admiración de aquellos maestros de nuestro país que hablaban a la vez la lengua de la Enciclopedia y la de los clásicos latinos. Bachiller no es el primero ni el último de nuestros escritores. Ni hemos de removerle ahora con polémicas estériles las cenizas.

El que padece escribiendo, por dar fuerza a lo que pinta y transmitió al lector la emoción que lo posee, con la variedad de la música, el colorido del cuadro y la limpieza de la escultura; el que sujeta el arranque de la expresión, que busca por lógica el nivel de la impresión y es falsa cuando no se ajusta a ella o no la transmite en el grado y vigor en que la siente; el que con la naturaleza por modelo, aspira a poner en el lenguaje que la describe el monte y el gusano; con preferencia por el monte; a asir y clavar en el papel la mariposa que vuela, el águila que pasa; a levantar con palabras, de modo que se les vea, la palma majestuosa, con sus coloquios y rumores, y el volcán chispeante, con sus nieblas y su fuego; ése estima las dotes necesarias para el trabajo hermoso, dondequiera que las halle, aun cuando no sea con la abundancia que quisiera, como en el campo de batalla ve un soldado con ternura a otro que combate bien, sin volverle la espalda porque sale vencedor, ni maltratarlo porque cae vencido.

Ruego a usted, señor Director, que me perdone en gracia de lo raro del suceso, por el espacio que le robo; y dé en mi nombre gracias sinceras, por su alabanza y su censura, al elegante escritor que recata su mérito bajo la firma de "Un Colaborador Asiduo".

Queda sirviéndole su aftmo. paisano

JOSÉ MARTÍ

1. ANTONIO SELLÉN
2. JOSÉ JOAQUÍN PALMA

ANTONIO SELLÉN

La Juventud tributa hoy justo homenaje a la memoria del poeta cubano Antonio Sellén: bien merece que los jóvenes lo recuerden con amor aquel que nunca dejó de ser joven. Hijo de una tierra donde todavía no ha salido el sol, pasó la vida triste buscando con afán la poesía verdadera, y puso en poesía castellana cuanto hay de enérgico y hermoso en los poetas nuevos. Ennoblecó el destierro con un trabajo constante, templado por un carácter que no empañó nunca la malicia, y embelleció la pasión por la hermosura ideal, que lo tuvo siempre en un estado de íntimo deleite, más grato que los goces volubles del mundo. Era hombre de notable cultura y de juicio sagaz; pero el corazón se le inflamaba, aun en los últimos años, cuando veía volar un pájaro libre sobre su cabeza, o deshacerse una nube por el cielo azul. Sus quejas fueron como de alondra, que vuela alto. Su poesía fue como su vida, serena y ejemplar. Fue dos veces poeta bueno, porque fue buen poeta y buen hijo.

En Nueva York lo recuerdan sus muchos amigos con el afecto que inspiraba aquel enamorado de la poesía pura, que prefirió poner en su lengua nativa los modelos extranjeros a vestir con versos nimios y hojosos las pocas imaginaciones que dejan en pie la esclavitud y el destierro, más propios para maldecir que para cantar. Nunca se le veía sin un libro de versos curiosos en el bolsillo holgado de su gabán de poeta. Hoy era Kerner, mañana Baudelaire y mañana Petoeffi. No buscaba lo extravagante, sino lo genuino. En cuanto hallaba una de esas ideas perdidas entre las hojas, como las violetas, o resplandecientes como el puño de un sable magiar, la ponía en su verso español, seguro y macizo, y otras veces gallardo y ligero, cuando no arrogante, si había vileza que castigar, y armado de una bella cólera. En su poesía propia fue tierno y sentido, y notable por la pureza de sus deseos, el fervor de su caridad humana, y sus simpatías con todo lo ingenuo y poético del mundo.

Son inspiradas como una obra original, sus traducciones de *Parisina* y *El Prisionero*; en sus *Joyas del Norte* tanto es el mérito de la versión, que no se sabe a veces si el brillo es de la piedra sueca o danesa o de la montura castellana; en los *Ecós del Sena*, el verso es suelto, henchido y de buen número; la estrofa se le enciende y relampaguea cuando en *Conrado Wallenstein* fustiga a los tiranos. Pero lo más bello de él fue la amistad fiel que mantuvo toda la vida con su noble hermano Francisco, poeta de mérito nuevo y singular; su amor constante por la libertad y la belleza; y aquel respeto a la poesía que le hizo desterrar de ella la verba de abalorio y la pompa vana.

La Juventud, Nueva York, 1 de julio de 1889

2

JOSÉ JOAQUÍN PALMA¹¹

Con su hija América Ana de la mano, vestida de luto, acaba de llegar a New York, de paso para Guatemala, el poeta que ha sabido poner en sus versos toda la ternura de su corazón y el fuego inextinto de un patriotismo puro. No en Cuba sólo, sino en toda nuestra América, se leen sus serenatas, que suenan a guzla, y las décimas en que recuerda y predice nuestras glorias, y sus cantos valientes al progreso, y las estancias de fina y aérea composición, donde ha logrado aprisionar en palabras la música errante que vuela por lo invisible, y las nobles tristezas de un alma que va repitiendo el terceto del Dante, por "la escalera ajena", por lo negro del mundo. Pero para él es menos amarga la expatriación, y por él se han unido, al amor de su poesía, los pueblos que nacieron de las mismas entrañas dolorosas y han de vivir guardándose y robusteciéndose, sin soltarse jamás de las manos.

Palma ha hallado una patria segura en Centro América, donde se le estima en cuanto vale como hombre cordial y de superior consejo, porque en él es tanta la inspiración como el juicio, y sólo con el que tiene a su patria pudiera compararse el amor con que ve a la juventud de aquellas tierras, que en fiestas públicas han proclamado al bayamés errante su poeta favorito. ¿Qué hemos de decir a esos países generosos,

¹¹ Véase también en la página 93 la carta de Martí que se publicó como introducción al libro *Poesías* de José Joaquín Palma.

sino la palabra más bella de la lengua de los hombres? ¿Qué más que "gracias"?

Ni tienen aquellos pueblos amigo mejor. A los que más lo quieren les roba el tiempo Palma en estos días para ir al Colegio de Columbia, a Astor y a Cooper, a las bibliotecas privadas y las librerías, para ver qué puede aprender de útil para su querida biblioteca de Guatemala. Allá, rodeado de jóvenes, pasa los días interminables, los días angustiosos del destierro, el bardo bibliotecario, que por ser quien es, va dejando en los corazones el cariño para su biblioteca, y buscándole fuentes nuevas y amistades al salón de lectura, a donde acude de noche la juventud del país de los *quetzales*. Allá vuelve ahora, contento, porque ha hallado para su biblioteca más riquezas, riquezas modernas, porque de cosas de antes, de pergaminos e historias, nada tienen que envidiar a los de ninguna otra, los anaqueles de la Universidad de Guatemala.

Poco tiempo nos da Palma a sus amigos; pero esto no es tan de lamentar con quien se ha puesto entero en su poesía, y parece que tiende la mano desde sus estrofas, y se entra como huésped natural por todas las almas honradas. De su poesía encantadora, como de él, puede decirse lo que en sus versos de diamante tallado decía Helen Hunt Jackson: "Las aves deben saber; el que cante con juicio, cantará como las aves; el aire libre tiene alas generosas; los cantos hacen su camino".

La Juventud, Nueva York, 16 de agosto de 1889.

HEREDIA¹²

¹² Discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889. Véase también la página 133.

Señoras y señores:

Con orgullo y reverencia empiezo a hablar, desde este puesto que de buen grado hubiera cedido, por su dificultad excesiva, a quien, con más ambición que la mía y menos temor de su persona, hubiera querido tomarlo de mí, si no fuera por el mandato de la patria, que en este puesto nos manda estar hoy, y por el miedo de que el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad, se levante en su silla de gloria, junto al sol que él cantó frente a frente,—y me tache de ingrato. Muchas pompas y honores tiene el mundo, solicitados con feo afán y humillaciones increíbles por los hombres: yo no quiero para mí más honra, porque no la hay mayor, que la de haber sido juzgado digno de recoger en mis palabras mortales el himno de ternura y gratitud de estos corazones de mujer y pechos de hombre al divino cubano, y enviar con él el pensamiento, velado aún por la vergüenza pública, a la cumbre donde espera, en vano quizás, su genio inmarcesible, con el trueno en la diestra, el torrente a los pies, sacudida la capa de tempestad por los vientos primitivos de la creación, bañado aún de las lágrimas de Cuba el rostro.

Nadie esperará de mí, si me tiene por discreto, que por ganar fama de crítico sagaz y puntilloso, rebaje esta ocasión, que es de agradecimiento y tributo, al examen,—impropio de la fiesta y del estado de nuestro ánimo,—de los orígenes y factores de mera literatura, que de una ojeada ve por sí quien conozca los lances varios de la existencia de Heredia, y los tiempos revueltos y enciclopédicos, de jubileo y renovación del mundo, en que le tocó vivir. Ni he de usurpar yo, por lucir las pedagogías, el tiempo en que sus propias estrofas, como lanzas orladas de flores, han de venir aquí a inclinarse, corteses y apasionadas, ante la mujer cubana, fiel siempre al genio y a la desdicha, y echando de súbito iracundas las rosas por el suelo, a repetir ante los hombres, turbados en estos tiempos de virtud escasa e interés tentador, los versos, magníficos como bofetones, donde profetiza:

*Que si un pueblo su dura cadena
no se atreve a romper con sus manos,
puede el pueblo mudar de tiranos
pero nunca ser libre podrá.*

Yo no vengo aquí como juez, a ver cómo se juntaron en él la educación clásica y francesa, el fuego de su alma, y la época, accidentes y lugares de su vida; ni en qué le aceleraron el genio la enseñanza de su padre y la odisea de su niñez; ni qué es lo suyo, o lo de reflejo, en sus versos famosos; ni apuntar con dedo inclemente la hora en que, privada su alma de los empleos sumos, repitió en cantos menos felices sus ideas primeras, por hábito de producir, o necesidad de expresarse, o gratitud al pueblo que lo hospedaba, o por obligación política. Yo vengo aquí como hijo desesperado y amoroso, a recordar brevemente, sin más notas que las que le manda poner la gloria, la vida del que cantó, con majestad desconocida, a la mujer, al peligro y a las palmas.

Donde son más altas las palmas en Cuba nació Heredia: en la infatigable Santiago. Y dicen que desde la niñez, como si el espíritu de la raza extinta le susurrara sus quejas y le prestara su furor, como si el último oro del país saqueado le ardiese en las venas, como si a la luz del sol del trópico se le revelasen por merced sobrenatural las entrañas de la vida, brotaban de los labios del "niño estupendo" el anatema viril, la palabra sentenciosa, la oda resonante. El padre, con su mucho saber, y con la inspiración del cariño, ponía ante sus ojos ordenados y comentados los elementos del orbe, los móviles de la humanidad, y los sucesos de los pueblos. Con la toga de juez abrigaba de la fiebre del genio, a aquel hijo precoz. A Cicerón le enseñaba a amar, y amaba él más, por su naturaleza artística y armoniosa, que a Marat y a Fouquier Tinville. El peso de las cosas enseñaba el padre, y la necesidad de impelerlas con el desinterés, y fundarlas con la moderación. El latín que estudiaba con el maestro Correa no era el de Séneca difuso, ni el de Lucano verboso, ni el de Quintiliano, lleno de alamares y de lentejuelas, sino el de Horacio, de clara hermosura, más bello que los griegos, porque tiene su elegancia sin su crudeza, y es vino fresco tomado de la uva, con el perfume de las pocas rosas que crecen en la vida. De Lucrecio era por la mañana la lección de don José Francisco, y por la noche de Humboldt. El padre, y sus amigos de sobremesa, dejaban, estupefactos, caer el libro. ¿Quién era aquél, que lo traía todo en sí? Niño, ¿has sido rey, has sido Ossian, has sido Bruto? Era como si viese el niño batallas de estrellas, porque

le lucían en el rostro los resplandores. Había centelleo de tormenta y capacidad de cráter en aquel genio voraz. La palabra, esencial y rotunda, fluía, adivinando las leyes de la luz o comentando las peleas de Troya, de aquellos labios de nueve años. Preveía, con sus ojos de fuego, el martirio a que los hombres, denunciados por el esplendor de la virtud, someten al genio, que osa ver claro de noche. Sus versos eran la religión y el orgullo de la casa. La madre, para que no se los interrumpieran, acallaba los ruidos. El padre le apuntalaba las rimas pobres. Le abrían todas las puertas. Le ponían, para que viese bien al escribir, las mejores luces del salón. ¡Otros han tenido que componer sus primeros versos entre azotes y burlas, a la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice!...: los de Heredia acababan en los labios de su madre, y en los brazos de su padre y de sus amigos. La inmortalidad comenzó para él en aquella fuerza y seguridad de sí que, como lección constante de los padres duros, daba a Heredia el cariño de la casa.

Era su padre oidor, y persona de consejo y benevolencia, por lo que lo escogieron, a más de la razón de su nacimiento americano, para ir a poner paz en Venezuela, donde Monteverde, con el favor casual de la naturaleza, triunfaba de Miranda, harto sabio para guerra en que el acometimiento hace más falta, y gana más batallas, que la sabiduría; en Venezuela, donde acababa de enseñarse al mundo, desmelenado y en pie sobre las ruinas del templo de San Jacinto, el creador, Bolívar. Reventaba la cólera de América, y daba a luz, entre escombros encendidos, al que había de vengarla. De allá del sur venía, de cumbre en cumbre, el eco de los cascos del caballo libertador de San Martín. Los héroes se subían a los montes para divisar el porvenir, y escribir la profecía de los siglos al resplandor de la nieve inmaculada. La niñez, más que el amor filial, refrenaba al héroe infeliz, que lloraba a sus solas, en su desdicha de once años, porque no le llegaban los pies traidores al estribo del caballo de pelear. Y allí oyó contar de los muertos por la espalda, de los encarcelados que salían de la prisión recogidos los huesos, de los embajadores de barba blanca que había clavado el asturiano horrible a lanzazos contra la pared. Oyó decir de Bolívar, que se echó a llorar cuando entraba triunfante en Caracas, y vio que salían a recibirlo las caraqueñas vestidas de blanco, con coronas de flores. De un Páez oyó contar, que se quitaba los grillos de los pies, y con los grillos vapuleaba a sus centinelas. Oyó decir que habían traído a la ciudad en una urna, con las banderas desplegadas como en día de fiesta, el corazón del bravo Girardot. Oyó que Ricaurte, para que Boves no le tomara

el parque, sobre el parque se sentó, y voló con él. Venezuela, revuelta en su sangre, se retorció bajo la lanza de Boves... Vivió luego en México, y oyó contar de una cabeza de cura, que daba luz de noche. en la picota donde el español la había clavado. ¡Sol salió de aquella alma, sol devastador y magnífico, de aquel troquel de diamante!

Y volvió a Cuba. El pan le supo a villanía, la comodidad a robo, el lujo a sangre. Su padre llevaba bastón de carey, y él también, comprado con el producto de sus labores de juez, y de abogado nuevo en una sociedad vil. El que vive de la infamia, o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen, es cometerlo. La juventud convida a Heredia a los amores: la condición favorecida de su padre, y su fama de joven extraordinario, traen clientes a su bufete: en las casas ricas le oyen con asombro improvisar sobre cuarenta pies diversos, cuarenta estrofas: "¡Ese es Heredia!" dicen por las calles, y en las ventanas de las casas, cuando pasa él, las cabezas hermosas se juntan, y dicen bajo, como el más dulce de los premios: "¡Ese es Heredia!" Pero la gloria aumenta el infortunio de vivir, cuando se la ha de comprar al precio de la complicidad con la vileza: no hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí. Grato es pasear bajo los mangos, a la hora deliciosa del amanecer, cuando el mundo parece como que se crea, y que sale de la nada el sol, con su ejército de pájaros vocingleros, como en el primer día de la vida: ¿pero qué "mano de hierro" le oprime en los campos cubanos el pecho? ¿Y en el cielo, qué mano de sangre? En las ventanas dan besos, y aplausos en las casas ricas, y la abogacía mana oro; pero al salir del banquete triunfal, de los estrados elocuentes, de la cita feliz, ¿no chasquea el látigo, y pide clemencia a un cielo que no escucha la madre a quien quieren ahogarle con azotes los gritos con que llama al hijo de su amor? El vil no es el esclavo, ni el que lo ha sido, sino el que vio este crimen, y no jura, ante el tribunal certero que preside en las sombras, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas. ¿Y la América libre, y toda Europa coronándose con la libertad, y Grecia misma resucitando, y Cuba, tan bella como Grecia, tendida así entre hierros, mancha del mundo, presidio rodeado de agua, rémora de América? Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas, que gimen estériles, en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes, que no se juntan falda contra falda, y cierran el paso a los que persiguen a los héroes? En tierra peleará,

mientras haya un palmo de tierra, y cuando no lo haya, todavía peleará, de pie en la mar. Leónidas desde las Termópilas, desde Roma Catón, señalan el camino a los cubanos. "¡Vamos, Hernández!" De cadalso en cadalso, de Estrampes en Agüero, de Plácido en Benavides, erró la voz de Heredia, hasta que un día, de la tiniebla de la noche, entre cien brazos levantados al cielo, tronó en Yara. Ha desmayado luego, y aun hay quien cuente, donde no se anda al sol, que va a desaparecer. ¿Será tanta entre los cubanos la perversión y la desdicha, que ahoguen, con el peso de su pueblo muerto por sus propias manos, la voz de su Heredia?

Entonces fue cuando vino a New York, a recibir la puñalada del frío, que no sintió cuando se le entró por el costado, porque de la pereza moral de su patria hallaba consuelo, aunque jamás olvido, en aquellas ciudades ya pujantes, donde, si no la república universal que apetecía su alma generosa, imperaba la libertad en una comarca digna de ella. En la historia profunda sumergió el pensamiento: estudió maravillado los esqueletos colosales; aterido junto a su chimenea, meditaba en los tiempos, que brillan y se apagan; agigantó en la soledad su mente sublime; y cuando, como quien se halla a sí propio, vio despeñarse a sus pies, rotas en luz, las edades de agua, el Niágara portentoso le reveló, sumiso, su misterio, y el poeta adolescente de un pueblo desdeñado halló, de un vuelo, el sentido de la naturaleza que en siglos de contemplación no habían sabido entender con tanta majestad sus propios habitantes.

México es tierra de refugio, donde todo peregrino ha hallado hermano; de México era el prudente Osés, a quien escribía Heredia, con peso de senador, sus cartas épicas de joven; en casa mejicana se leyó, en una mesa que tenía por adorno un vaso azul lleno de jazmines, el poema galante sobre el "Mérito de las mujeres"; de México lo llama, a compartir el triunfo de la carta liberal, más laborioso que completo, el presidente Victoria, que no quería ver malograda aquella flor de volcán en la sepultura de las nieves. ¿Qué detendrá a Heredia junto al Niágara, donde su poesía, profética y sincera, no halló acentos con que evocar la libertad? México empieza la ascensión más cruenta y valerosa que, por entre ruinas de iglesia y con una raza inerte a la espalda, ha rematado pueblo alguno: sin guía y sin enseñanza, ni más tutor que el genio del país, iba México camino a las alturas, marcando con una batalla cada jalón ¡y cada jalón, más alto!: si de la sombra de la iglesia languidece el árbol todavía tierno de la libertad, una generación viene cantando, y a los pies del árbol sediento se vacía los pechos; a México va Heredia,

adonde pone a la lira castellana flores de roble el gran Quintana Roo. Y al ver de nuevo aquellas playas hospitalarias y belicosas, aquellos valles que parecen la mansión desierta de un olimpo que aguarda su rescate, aquellos montes que están, en la ausencia de sus dioses, como urnas volcadas, aquellas cúspides que el sol tiñe en su curso de plata casta, y violeta amorosa, y oro vivo, como si quisiera la creación mostrar sus favores y especial ternura por su predilecta naturaleza, creyó que era allí donde podía, no en el Norte egoísta, hallar en la libertad el mismo orden solemne de las llanuras, guardadas por la centinela de los volcanes; sube con pie de enamorado a la soledad donde pidieron en vano al cielo su favor contra Cortés los reyes muertos, a la hora en que se abren en la bóveda tenebrosa las "fuentes de luz"; y acata, antes que a los grandes de la tierra, a los montes que se levantan, como espectros que no logran infundirle pavor, en la claridad elocuente de la luna.

México lo agasaja como él sabe, le da el oro de sus corazones y de su café, sienta a juzgar en la silla togada al forastero que sabe de historia como de leyes y pone alma de Volney al épodo de Píndaro. Los magistrados lo son de veras, allí donde en el aire mismo andan juntos la claridad y el reposo: y a él lo proclaman magistrado natural, sin ponerle reparos por la juventud, y lo sientan a la mesa como hermano. La tribuna tiene allí próceres: y le ceden la voz los oradores del país, y lo acompañan con palmas. La poesía tiene allí pontífices: y andan todos buscándole el brazo. Las hermosuras, también allí, exhalan al paso del poeta, trémulas, su aroma. Batalla con los "yorkinos" liberales, para que no echen atrás los "escoceses" parricidas la república: escribe, canta, discute, publica, derrama su corazón en pago de la hospitalidad, pero no siente bajo sus pies aquella firmeza del suelo nativo, que es la única propiedad plena del hombre, y tesoro común que a todos los iguala y enriquece, por lo que, para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. Ni la fuerza de su suelo tiene, ni el orgullo de que en su patria impere la virtud, ni el honor puede ya esperar de que lloren sobre su sepultura de héroe, en el primer día de redención, las vírgenes y los fuertes, y sobre la tierra que lo cubra pongan una hoja de palma de su patria. ¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sonos reales; y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?

No lo sostiene la vanidad de su persona; porque con valer mucho, y por lo mismo que lo valía, no era de esos de mirra y opopánax, que se ponen el mérito propio de botón de pechera, donde se lo vea todo el mundo, y alquilan el aire a que los publique y la mar a que les cante la gloria, y creen que debe ser su almuerzo el cielo y su vino la eternidad; sino que fue genio de noble república, a quien sólo se le veía lo de rey cuando lo agitaba la indignación, o fulminaba el anatema contra los serviles del mundo, y los de su patria. Dos clases de hombres hay: los que andan de pie, cara al cielo, pidiendo que el consuelo de la modestia descienda sobre los que viven sacándose la carne, por pan más o pan menos, a dentelladas, y levantándose, por ir de sortija de brillante, sobre la sepultura de su honra: y otra clase de hombres, que van de hinojos, besando a los grandes de la tierra el manto. En su patria piensa cuando dedica su tragedia "Tiberio" a Fernando VII, con frases que escaldan: en su patria, cuando con sencillez imponente dibuja en escenas ejemplares la muerte de "Los Ultimos Romanos". ¡No era, no, en los romanos en quienes pensaba el poeta, vuelto ya de sus más caras esperanzas! Por su patria había querido él, y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran los brazos al único pueblo de la familia emancipada que besaba aún los pies del dueño enfurecido: "¡Vaya, decía, la América libre a rescatar la isla que la naturaleza le puso de pórtico y guarda!" Pifaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitantes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: "¡Yo soy libre, tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío porque lo quiero para mí, no puede ser libre!" Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir.

Ya estaba, de sí mismo, preparado a morir; porque cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora a quien la posee. En las ocupaciones usuales de la vida, acibaradas por el destierro, no hallaba su labor anhelada aquella alma frenética y caballeresca, que cuando vio falsa a su primer amiga, servil al hombre, acorralado el genio, impotente la virtud, y sin heroísmo el mundo, preguntó a sus sienas para qué latían, y aun quiso, en el extravío de la pureza, librarlas de su cárcel de huesos. De la caída de la

humanidad ideal que pasea resplandeciente, con la copa de la muerte en los labios, por las estrofas de su juventud, se levantó pálido y enfermo, sin fuerzas ya más que para el poema reflexivo o el drama artificioso, que sólo centellea cuando el recuerdo de la patria lo conmueve, o el horror al desorden de la tiranía, o el odio a las "intrigas infames". Al sol vivía él, y abominaba a los que andan, con el lomo de alquiler, afilando la lengua en la sombra, para asestarla contra los pechos puros. Si para vivir era preciso aceptar, con la sonrisa mansa, la complicidad con los lisonjeros, con los hipócritas, con los malignos, con los vanos, él no quería sonreír, ni vivir. ¿A qué vivir, si no se puede pasar por la tierra como el cometa por el cielo? Como la playa desnuda se siente él, como la playa de la mar. Su corazón tempestuoso, y tierno como el de una mujer, padece bajo el fanfarrón y el insolente como la flor bajo el casco del caballo. El tenía piedad de su caballo, a punto de llorar con él y pedirle perdón, porque en el arrebató de su carrera le ensangrentó los ijares; ¿y no tenían los hombres piedad de él? ¿Ni de qué sirve la virtud, si mientras más la ven, la mortifican más, y hay como una conjuración entre los hombres para quitarle el pan de la boca, y el suelo de debajo de los pies? Basta una vista aleve, de esas que vienen como las flechas de colores, con la punta untada de curare: basta una mirada torva, una carta seca, un saludo tibio, para oscurecerle el día. Nada menos necesita él que "la ternura universal". La casa, necesitada y monótona, irrita su pena, en vez de calmársela. En el dolor tiene él su gozo. ¡En su patria, ni pensar puede, porque su patria está allá, con el déspota en pie, restallando el látigo, y todos los cubanos arrodillados! De este pesar de la grandeza inútil, de la pasión desocupada y de la vida vil, moría, hilando trabajosamente sus últimos versos, el poeta que ya no hallaba en la tierra más consuelo que la lealtad de un amigo constante. ¡Pesaban mucho sobre el corazón del genio honrado las rodillas de todos los hombres que las doblan!

Hasta en las más acicaladas de sus poesías, que algo habían de tener de tocador en aquellos tiempos de Millevoeye y de Delille, se nota esa fogosidad y sencillez que contrastan tan bellamente con la pompa natural del verso, que es tanta que cuando cae la idea, por el asunto pobre o el tema falso, va engañado buen rato el lector, tronando e imperando, sin ver que ya está la estrofa hueca. El temple heroico de su alma daba al verso constante elevación, y la viveza de su sensibilidad le llevaba, con cortes e interrupciones felicísimas, de una impresión a otra. Desde los primeros años habló él aquel lenguaje a la vez exaltado y natural, que

es su mayor novedad poética. A Byron le imita el amor al caballo; pero ¿a quién le imita la oda al Niágara, y al Huracán, y al Teocali, y la carta a Emilia, y los versos a Elpino, y los del Convite? Con Safo sólo se le puede comparar, porque sólo ella tuvo su desorden y ardor. Deja de un giro incompletos, con dignidad y efecto grandes, los versos de esos dolores que no se deben profanar hablando de ellos. De una nota sentida saca más efecto que de la retórica ostentosa. No busca comparaciones en lo que no se ve, sino en los objetos de la naturaleza, que todos pueden sentir y ver como él; ni es su imaginación de aquella de abalorio, enojosa e inútil, que crea entes vanos e insignificantes, sino de esa otra durable y servicial, que consiste en poner de realce lo que pinta, con la comparación o alusión propias, y en exhibir, cautivas y vibrantes, las armonías de la naturaleza. En su prosa misma, resonante y libre, es continuo ese vuelo de alas anchas, y movimiento a la par rítmico y desenfrenado. Su prosa tiene galicismos frecuentes, como su época; y en su Hesíodo hay sus tantos del Alfredo, y muchos versos pudieran ser mejores de lo que son: lo mismo que en el águila, que vuela junto al sol, y tiene una que otra pluma fea. Para poner lunares están las peluquerías; pero ¿quién, cuando no esté de cátedra forzosa, empleará el tiempo en ir de garfio y pinza por la obra admirable, vibrante de angustia, cuando falta de veras el tiempo para la piedad y la admiración?

Nadie pinta mejor que él su tormento, en los versos graves e ingenuos que escribió "en su cumpleaños" cuando describe el

cruel estado

de un corazón ardiente sin amores

Por aquel modo suyo de amar a la mujer, se ve que a la naturaleza le faltó sangre que poner en las venas de aquel cubano, y puso lava. A la libertad y a la patria, las amó como amó a Lesbia y a Lola, a la "belleza del dolor" y a la andaluza María Pautret. Es un amor fino y honroso, que ofrece a sus novias en versos olímpicos la rosa tímida, la caña fresca, y se las lleva a pasear, vigilado por el respeto, por donde arrullan las tórtolas. Algo hay de nuestro campesino floreador en aquel amante desafortunado que dobla la rodilla y pone a los pies de su amada la canción de puño de oro. No ama para revolotear, sino para fijar su corazón, y consagrar su juventud ardiente. Se estremece a los dieciséis años, como todo un galán, cuando en el paseo con Lesbia le rozan la frente, movidos de aquel lado por un céfiro amigo, los rizos rubios. Se queja a la luna, que sabe mucho de estas cosas, porque no halla una mujer sensible. Ama

furioso. Expirará de amor. No puede con el tumulto de su corazón enamorado. Nadie lo vence en amar, nadie. Ennoblece con su magna poesía lo más pueril del amor, y lo más dulce: el darse y quitarse y volverse a dar las manos, el no tener qué decirse, el decírselo todo de repente. Sale del baile, como monarca coronado de estrellas, porque ha visto reinar a la que ama. El que baila con la que ama es indigno, insensible e indigno. A la que él ama, Cuba la aplaude, Catulo le manda el ceñidor de Venus, los dioses del Olimpo se la envidian. Tiembla al lado de Emilia, en los días románticos de su persecución en Cuba; pero puede más la hidalguía del mancebo que la soledad tentadora. Pasa, huyendo de sí junto a la pobre "rosa de nuestros campos", que se inclina deslumbrada ante el poeta, como la flor ante el sol. Sufre hasta marchitarse, y tiene a orgullo que le vean en la frente la palidez de los amores. El universo ¿quién no lo sabe? está entero en la que ama. No quiere ya a las hermosas, porque por la traición de una supo que el mundo es vil; pero no puede vivir sin las hermosas. ¿Cómo no habían de amar las mujeres con ternura a aquel que era cuanto al alma superior de la mujer aprisiona y seduce: delicado, intrépido, caballeroso, vehemente, fiel, y por todo eso, más que por la belleza, bello? ¿al que se ponía a sus pies de alfombra, sumiso e infeliz, y se erguía de pronto ante ellas como un soberano irritado? ¿Ni cuál es la fuerza de la vida, y su única raíz, sino el amor de la mujer?

De la fatiga de estas ternuras levantaba, con el poder que ellas dan, el pensamiento renovado a la naturaleza eminente, y el que envolvía en hojas de rosa la canción a Lola, ensilla una hora después su caballo volador, mira—descubierta la cabeza—al cielo turbulento, y a la luz de los rayos se arroja a escape en la sombra de la noche. O cuando el gaviero, cegado por los relámpagos, renuncia en los mástiles rotos a desafiar la tempestad. Heredia, de pie en la proa, impaciente en los talones la espuela invisible, dichosa y centelleante la mirada, ve tenderse la niebla por el cielo, y prepararse las olas al combate. O cuando la tarde convida al hombre a la meditación, trepa, a pie firme, el monte que va arrojando la noche con su lobreguez, y en la cumbre, mientras se encienden las estrellas, piensa en la marcha de los pueblos, y se consagra a la melancolía. Y cuando no había monte que subir, desde sí propio veía, como si lo tuviera a sus pies, nacer y acabarse el mundo, y sobre él tender su inmensidad el Océano enérgico y triunfante.

Un día, un amigo piadoso, un solo amigo, entró, con los brazos tendidos, en el cuarto de un alguacil habanero, y allí estaba, sentado en un

banco, esperando su turno, transparente ya la mano noble y pequeña, con la última luz en los ojos, el poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas. Temblando salió de allí, del brazo de su amigo; al recobrar la libertad en el mar, reanimado con el beso de su madre, volvió a hallar, para despedirse del universo, los acentos con que lo había asombrado en su primera juventud; y se extinguió en silencio nocturno, como lámpara macilenta, en el valle donde vigilan perennemente, doradas por el sol, las cumbres del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. Allí murió, y allí debía morir el que para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y de hermanos: por su padre con Santo Domingo, semillero de héroes, donde aún, en la caoba sangrienta, y en el cañaveral quejoso, y en las selvas invictas, está como vivo, manando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya; por su niñez con Venezuela, donde los montes plegados parecen, más que doblece de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad; y por su muerte, con México, templo inmenso edificado por la naturaleza para que en lo alto de sus peldaños de montañas se consumase, como antes en sus teocalis los sacrificios, la justicia final y terrible de la independencia de América.

Y si hasta en la desaparición de sus restos, que no se pueden hallar, simbolizase la desaparición posible y futura de su patria, entonces ¡oh Niágara inmortal! falta una estrofa, todavía útil, a tus soberbios versos. ¡Pídele ¡oh Niágara! al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma de colores que brotan de su seno, y el arco que le ciñe las sienes, son el cortejo propio, no mis palabras, del gran poeta en su tumba. Allí, frente a la maravilla vencida, es donde se ha de ir a saludar al genio vencedor. Allí, convidados a admirar la majestad del portento, y a meditar en su fragor, llegaron, no hace un mes, los enviados que mandan los pueblos de América a juntarse, en el invierno, para tratar del mundo americano; y al oír retumbar la catarata formidable, "¡Heredia!" dijo, poniéndose en pie, el hijo de Montevideo; "¡Heredia!" dijo, descubrién-

dose la cabeza, el de Nicaragua; "¡Heredia!", dijo, recordando su infancia gloriosa, el de Venezuela; "¡Heredia!"... decían, como indignos de sí y de él, los cubanos de aquella compañía; "¡Heredia!", dijo la América entera; y lo saludaron con sus cascos de piedra las estatuas de los emperadores mexicanos, con sus volcanes Centro América, con sus palmeros el Brasil, con el mar de sus pampas la Argentina, el prau-cano distante con sus lanzas. ¿Y nosotros, culpables, cómo lo saludaremos? ¡Danos, oh padre, virtud suficiente para que nos lloren las mujeres de nuestro tiempo, como te lloraron a ti las mujeres del tuyo; o haznos perecer en uno de los cataclismos que tu amabas, si no hemos de saber ser dignos de ti!

1. CARTA A MANUEL DE LA CRUZ
2. FRANCISCO SELLÉN
3. CARTA A GONZALO DE QUESADA¹³

¹³ Esta carta sirvió de prólogo al libro de Gonzalo de Quesada y Aróstegui *Mi primera Ofrenda*, publicado en Nueva York a principios de 1892.

CARTA A MANUEL DE LA CRUZ

New York, 3 de junio de 1890

Sr. Manuel de la Cruz

Amigo mío:

¿Cómo empezaré a decirle el cariño, la agitación, la reverencia, el júbilo, con que leí de una vez, por sobre todo lo que tenía entonces entre manos, sus "Episodios de la Revolución" de Cuba? No he tenido últimamente una hora de reposo, para decirle con qué orgullo he visto, como si fuera mía, esta obra de Vd., y en cuánto tengo su piedad patriótica y su arte literario; pero para releer los "Episodios" no me ha faltado tiempo, porque, sean cualesquiera mis quehaceres, no puedo tropezar con el libro sin tomarlo de la mesa con ternura, y leer de seguido páginas enteras. Por supuesto que he de escribir sobre él, por gusto mío, para que sepa el mundo de nuestros héroes, y de su historiador, más de lo que sabe. Es historia lo que Vd. ha escrito; y con pocos cortes, así para que perdurase y valiese, para que inspirase y fortaleciese, se debía escribir la historia. ¡Y la vergüenza, y la veneración, con que se va leyendo el libro! Ya nada nuevo podremos hacer los que vinimos después. Ellos se han llevado toda la gloria. En las notas que fui poniendo al margen, como guía para las líneas que he de escribir, hallo que he puesto en tres ocasiones poco más o menos esta misma frase: "Hay veces en que se desea besar el libro". Los caballos debió Vd. preparar; porque leer eso, para todo el que tenga sangre, es montar a caballo.

Yo no quiero más que acusarle recibo de este libro radiante y conmovedor. Harto sabe Vd. de qué hoguera le nació, y con qué cuidados lo fue rematando y bruñendo. ¿Qué le diría de nuevo, con decirle lo que todo el mundo ve: la viveza de la acción, la realidad de los escenarios, la armonía entre los sucesos y la lengua en que los pinta, la pasión

por nuestros héroes, que se ve en el esmero con que los describe y la capacidad rara de meter los brazos hasta el hombro en el color, sin apelmazarlo ni revolverlo, sino que de las escenas más revueltas y confusas sale Vd. triunfante y desembarazado, con el campo detrás, como en el "Zig-Zag" y "En la Crimea", lleno de golpes verdes, con chispazos de oro?

De los héroes, no he de hablarle. Se lee el libro temblando. Los del Apure, arremetiendo desnudos, con la lanza en la boca, contra la cañonera del río, no hicieron más que los de Santa Teresa. Páez en las Queseras, por lo que toca al arrojo, no le saca ventaja a Fidel Céspedes en el Hatibonico. Llame vil al que no llore por su Sebastián Amábile. Para mi hijo no quiero más gloria que la de Viamonde. ¿Quién puede pensar en su Agüero sin que se le salten las sienes? Se ve la caballería, la fuga, el amanecer épico, el descanso. La naturaleza va como coreando a los héroes. Vd. los fija en la mente, con su habilidad singular, por lo colorido e inolvidable del paisaje. Hay páginas que parecen planchas de aguafuerte, porque para Vd. es cera la palabra, y la pluma buril. Huele su prosa donde ha de haber olor; y donde debe, suena. ¿Que no sé yo el trabajo que le ha costado a Vd. la marcha de Gómez por la llanura de San Agustín? El que lo quiera leer de prisa no podrá, o lo tachará de obscuro, cuando en realidad no lo es, sino que el color es tan intenso y la factura tan cerrada, que ha de leerse sin perder palabra, por ser cada línea idea o matiz. Al principio parece que la mucha fuerza de color va a sofocar el incidente, o que el brío de la luz no va a dejar ver bien las figuras, o que del deseo de concretar y realzar puede venir alguna confusión; pero el que sabe de estas cosas ve pronto que no tiene que habérselas con un terminista, que se afana por dar con voces nuevas, sino con un artista en letras, que lucha hasta expresar la idea con su palabra propia. Desde que leí un cuento de Vd., sobre cierto capitán de partido, vi que entendía el carácter y adoraba el color, y que lo único que le sobraba era mérito. Otro le pelará un adjetivo o le disputará un verbo; yo, que sé lo que se suda en el taller, saludo con un fuerte apretón de manos al magnífico trabajador.

¿Me permite, en muestra de mi agradecimiento por haberse acordado de mí, y de mi alegría porque le ha salido a mi patria un buen libro, mandarles las primicias de mi traducción de Moore,¹⁴ en la parte que pueda conmover el corazón cubano, que es aquel de los cuatro poemas del "Lalla Rookh" donde pinta penas como las de Cuba, con el amor que

él tenía a su Irlanda? El poema va traducido en verso blanco, por voluntad del editor y no por la mía; no porque no ame yo el verso blanco, como que escribo en él, para desahogar la imaginación, todo lo que no cabría con igual fuerza y música en la rima violenta; sino porque a Moore no se le puede separar de su rima, y no es leal traducirlo sino como él escribió, alardeando del consonante rico, y embelleciendo a su modo, con colgaduras y esmaltes, los pensamientos. Pero Vd. hallará que hay versos que están como deben, puesto que restallan como latigazos: y me les perdonará sus faltas, por el afecto con que se los envío, y porque los escribí pensando en Cuba.

¿Le diré que tiene en mí a un amigo? Nada más tiene que decir, a quien tan bien conoce el valor de las palabras, quien le admira tanto el arte de las suyas como su paisano y servidor

JOSÉ MARTÍ

120, Front Street

2

FRANCISCO SELLEN

1. UN POETA.—"POESIAS" DE FRANCISCO SELLEN

Poesía no es, de seguro, lo que ocurre con el nombre, sino lo heroico y virgíneo de los sentimientos, puesto de modo que vaya sonando y lleve como alas, o lo florido y sutil del alma humana, y la de la tierra, y sus armonías y coloquios, o el concierto de mundos en que el hombre sublimado se anega y resplandece. No es poeta el que echa una hormiga a andar, con una pompa de jabón al lomo; ni el que sale de hongo y chaqué, a cantarle al balcón de la Edad Media, con el ramillete de flores de pergamino; ni el desesperado de papel, que porque se ve sin propósito, se lo niega a la naturaleza; ni el que pone en verso la política y la sociología; sino el que de su corazón, listado de sangre como jacinto, da luces y aromas; o batiendo en él, sin miedo al golpe, como en parche de pelear, llama a triunfo y a fe al mundo, y mueve a los hombres cielo arriba, por donde va de eco en eco, volando al redoble. Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flautas, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo pesimista, para que vea el mundo que se es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia.

¹⁴ Esta traducción nunca ha sido hallada.

De Francisco Sellén toda la América ha leído versos, porque él es artista infatigable, que no deja pasar "día sin línea", ni cree que haya gusto mayor que el de cumplir en silencio con el deber, fuera del cual no hay poesía cierta, y propagar el culto de la idea hermosa. Hijo de aquella tierra desangrada que purga en la desesperación una riqueza inicua; hijo de Cuba, a cuyos héroes novicios dio tiempo para errar la indiferencia de un continente sordo, ni pudo Sellén volver adonde es una reconvencción cada hoja de árbol, y el amo de cinto y espuelas, con Frinea en las rodillas, escancia en las copas criollas el veneno; ni pudo de su vida rota, de la vida que ofrendó a la patria en la hora triste, sacar la energía poética de quien mora en su suelo natural sin la pesadumbre del aire prestado, y la soledad que espanta a los corazones amorosos. Y como el único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado, no afeó el destierro con quejumbres pueriles, ni puso tienda de rimar, donde se rima a todo lo que viene, y hoy sale una oda a la caridad y mañana un estornelo al sinsonte, sino que, cegadas o interrumpidas las fuentes de la poesía propia, entretuvo el genio suspenso con la ajena.

Un día era Ibsen, y Blumenthal otro. Los griegos eran un mes, y otro los rusos. Estudiaba a Khaiyam, y a Horacio luego. Leía el original, perdido en lo alto del Himalaya o en las riberas del Anio, y lo seguía por las literaturas, de copia en copia. No era lector de los de a granel, que toma de la mesa lo que le trae el correo del día, y anda de petimetre poético, paseando de diario en diario los últimos patrones, ora lloroso, de dálmata y calzas, con la peluca rubia coronada de ruar-garitas y de nomeolvides, ora fatídico, de labios de cinabrio y ojos de kokol, negro el traje y enjuto, con un hueso al ojal, y el ajeno en la mano tembladora; sino que leía en grupos, ya viendo cada literatura de por sí, en lo que tiene de primaria, o tomó de las otras, ya estudiando la misma pasión en todas ellas, para notar los modos de decirla, y sus razones, ya comparando a los poetas de un temple, o de una época, a ver cómo caía la luz igual, en diferentes vasos; hasta que halló que con el pensamiento del hombre pasa como con los árboles, donde son pocas las raíces y muchas las hojas, y que el hombre es sencillo y uno, como se saca de sus literaturas, en que se ve a la vez lo romántico y lo real, sin más diferencia que las que pone en la imaginación, por los sujetos peculiares, el país y época de cada poesía. Vio caída la pompa y la sencillez perenne.

De lo vago y esencial, oyó mejor música que de lo diluido y acadé-

mico. El apólogo y el apóstrofe le parecieron más propios, en el arte de la imaginación, que la polémica y el discurso. En sí mismo llevaba como cierto crepúsculo, que es el de los que ya saben del mundo todo lo que tienen que saber, y andan con la luz venidera sobre el rostro. ¿A qué el sol, si no lo había en su patria?: ni era verdad el sol, cuando no lo había en su vida. Ya desde que escribió en la juventud su "Libro Intimo", sabía que por la tierra hay que pasar volando, porque de cada grano de polvo se levanta el enemigo, a echar abajo, a garfio y a saeta, cuanto nace con ala. En los astros silenciosos empezó a poner su amor, y estudió con afán las lenguas de aquellos pueblos de nieve perpetua, cuya poesía, blanca y azul, sube por el cielo en la noche elocuente con el manojito de flores ventaneras, y por la espalda los cabellos de oro. Ni de sus penas, había de cantar, porque es como quitarse el sexo, esta queja continua; ni había de servirle a su patria bombones, y cestos de fresas, cuando su patria, enhiesta entre los cadáveres, señala al mundo impasible, con la mano comida, el festín de los cuervos; ni la vida rutinaria, apuntalada, odiosa, en la ribera del Hudson hostil, le había, ni daría acaso, aquella flor de luz, breve e inmortal, en donde el poeta sazonado por el dolor, cuaja el alma propia. Ni el castellano de erisipela que se usa en los versos, inflado y de colorines, es la lengua precisa y radiante que debe hablar la poesía.

Así, en la busca de lo ideal y sincero, se dio tanto Sellén a lo alemán, donde está vertida la obra toda del hombre, que vivió años enteros, en las cosas de su arte, como olvidado de sí, y como si no fuese poeta él, sin más afán que el de poner ante los demás lo que le parecía hermoso, y tallar y esmerilar el verso, y probarlo a la luz del sol, hasta que le quedaba en los colores naturales;—lo que era faena recia, porque el alemán es rosado y azul, y el castellano amarillo y punzó, y los rayos de la luna se le iban y venían por entre los dedos, sin que hubiera siempre modo de aprisionarlos en el encaje. De Heine, el que vivió con el corazón atravesado, se prendó antes que de los demás,—porque todo el mundo sufre de la puñalada. Por lo tierno e intenso le cautivó Geibel, y lo tradujo con esmero de hermano. El invicto Goethe le movió menos que Uhland aéreo, y el leal Hartman, y Kerner desamparado y doloroso. En lo sutil de Von Arnim trabajaba un día, y otro con el ardiente Freitigrath, o con Bodestedt, hecho al cuarteto firme de los persas, o con Simniock, cuyas palabras eran cuños, o con Ruckert, que escribía con las raíces. Su gusto no era que lo viesan a él, sino a ellos. Consolar

quería él, y esparcir por el mundo castellano la belleza pura. Y tradujo tan de continuo que pudo parecer, a los que juzgan sin ahondar, traductor nato, que cargaba una urna vacía, e iba echando en ella cuanto hallaba al andar; sin verle el ejercicio de domar la lengua, ni la pasión por la poesía esencial y perdurable, ni la honradez de callar hasta que tuviera algo que decir. ¿Por qué no ha de celebrarse, sin miedo a parecer crítico contentadizo, al poeta fuerte que sale salvo de todas las literaturas, y canta con fe de novio el espíritu eterno de la naturaleza, en la estrofa labrada sobre su corazón?

“Poesías” se llama el libro; y tiene pocas, por ser como el diamante la poesía genuina, en que a veces la vida entera da un solo cristal. Lo primero que cautiva, es la modestia con que el poeta presenta sus frutos, como si fueran ensayos de estudiante y no obra de maestro, en que cada composición vive por sí, y todas juntas cantan, como coro de diversas voces, la paz final y corona angélica del mundo. En dos partes divide su libro el poeta, “Antes de la guerra”, y “Después de la guerra”, como un tronco que el rayo ha partido en dos, ni hay cubano que no vaya por el mundo así,—partido por el rayo. Desde la juventud se ve a Sellén dueño de sí, con su pecho por fuente, la tierra por agonía, y por pasión el descanso. Del primer vuelo lo echa atrás el pavor. Nunca esperó, y deseó apenas. Sus “Deseos” son imitados: lo suyo el no desear, que es en lo que se conoce la grandeza. “Humo y ceniza” la ilusión: tiembla de “lo que le falta por andar”: quiere “olvidar cuanto existe”: supone al cielo más quieto de lo que está, y lo envidia porque está tranquilo “mientras la tempestad ruge en su pecho”: pero “el que sufre, calle”: el que desfallezca, mire al hogar, al hijo en que continúa la vida, a la tarde solemne, ¡y vuelva la mano al arado! Lo amará todo el que lea su canto a *Las Mariposas*, que es como juego de iris, de una pena bella, que se queda en el alma. Todo tiene para él espíritu y pena, y por todo sufre, para todo se “abre su amor en el infinito”. El ver las flores, le da deseos de subir hecho centella al cielo, para beber del agua encendida y bajar sobre el mundo con las alas abiertas, “derramando a raudales, dicha, luz y libertad”. Jamás, jamás hablará de su dolor, para no prostituirlo, y porque de su dolor sólo ha de decir el hombre lo que aproveche y consuele al género humano; pero la muerte es lo que apetece él, “la eterna aurora”, “el lecho voluptuoso”. De gigantescos lirios, a la bajada de la noche, parece ascender, como bandada de vírgenes, la primera estrofa del “Himno a la muerte”. Sobre aromas, como una reina aérea, pasea la muerte por el mundo. Novia amable es la muerte, y no

bruja famélica. Ya se va a abrir el mundo, “como una inmensa flor”. La Virgen de la Piedad, con el Cristo en los brazos, es para él la muerte, que recibe en sus brazos al hombre. Y el ave de las Tempestades, en símbolo casi sublime, negro el plumaje y fatídico el canto, tajando el nubarrón y arrebujándose en la bruma, entona serena, al fulgor del rayo, el himno fúnebre de los que “murieron en el mar”.

Acá, enamorado de una imagen, peca por repetir en ella lo que dijo con la anterior, o deslucen un cuadro natural con una palabra metafórica, o remata la estrofa, con una rima de estampilla, o rebaja el verso con un epíteto fácil, o da al diptongo, con la autoridad engañosa de la prosodia, más valor del que en música y lógica debe. Pero el estilo aunque inseguro a veces en esta primera parte, va ya en ondas y masas de uno u otro color, que se mecen si canta “Ondas del Río”, o zumban, giran, y se paran jadeantes, como las parejas frenéticas y revueltas de “Un Baile en Cuba”.

¿Y la segunda parte escrita al poniente de la vida? Del remolino de los hombres; más libre en el aire azul por lo estrecho y prolongado de la prisión, surge “El Cóndor Cautivo” de monte en monte, rasgando a pico las nieblas, aleteando entre lavas y humos, poniéndose los rayos de corona, metiéndose entre los soles, a ver cuál es más si él o los del cielo. Suena un himno de victoria; pebeteros son las montañas; peldaños los astros; las estrofas, con la verdad al hombro, suben de nube en nube, como doncellas con sus ánforas; el poeta, magnífico, proclama en las alturas la fraternidad universal; la fe nueva descende, en la aurora épica, sobre el espíritu del mundo. Todo palpita y canta: de inefable ternura se llena el pecho humano, que es uno con el astro y con la flor: la beldad del dolor hermosea el rostro, y purga la tempestad o la naturaleza, como la llama del tronco que se consume, de la muerte, que depura y transforma, exhálase la vida, alegre y nueva: todo palpita y canta. Y el poeta esencial y absoluto, en la visión de la espiritualidad superior, padece suavemente, como la mirra del incensario, y se da al aire repleto de vida, a que lo lleve, en sus giros y vuelos, con las aromas que suben y las almas desembarazadas, adonde en el pináculo de la luz, como joyas que vuelven a la corona descompuesta, encajan en sus cuencas, centelleando los orbes.

El dolor delicado y continuo, por donde el hombre se conoce y ennoblecce, acendra y eleva el espíritu que se abraza a él como a la verdadera salvación y la cruz que ensangrentó los hombros viene a ser el

áncora con que el alma desperdiciada se clava al puerto eterno. Y como el fuego con el cuarzo, que por las grietas humeantes suda el oro hermoso, así el dolor, con su llama perenne, descubre, entre la escoria que cae, lo verdadero de la vida. El dobla la fagina de castigo, al soldado rebelde que quiere subir a las alturas sin haber cortado con sus manos el árbol del monte, y labrado en angustia los peldaños: él echa a tierra a latigazos, y lo vuelve a echar cada vez que se levanta, al perezoso que quiere entrar de copa y coche sin pagar portazgo, por la puerta que lleva de la desdicha del mundo a la perpetua dieha: él consuela a los que padecen sin miedo, y gozan en padecer, insinuando en el alma depurada la certidumbre de la serena eternidad, y el parentesco de todo lo creado. De un solemne sentido, grato como la música, empieza a henchirse el mundo, y de un puro perdón, que se derrama por el alma y la deleita. Cada pena trae su haz, con que se nutre la hoguera de la fe en lo espiritual y venturoso de la vida culminante del Universo, adonde todo asciende por la prueba, y de que es esta vida de ahora mero retazo y áspero preparativo. Un sentimiento como de familia, vago y feliz, y una claridad excelsa y tenue, suceden a la duda rudimentaria, el pueril descontento, o la satánica turbulencia: se va por entre voces, luces e himnos: como los lirios del campo se abre, a un sol invisible, el espíritu enajenado; y a los acordes, espontáneos y continuos, de la lira universal, ora graves y lentos, ora estridentes y retemblando de pavor, pasan, exhalando alma, los órdenes de mundos. Y en su marcha gloriosa, y en la función y armonías de sus elementos, el poeta sazonado por el dolor, vislumbra, para cuando se perfeccione la sabiduría, el canto triunfal de la última epopeya.

Cree Sellén en "Preexistencia", poesía famosa ya en castellano y en inglés, que en otra vida, que no sabe cuál fuese, ensayó esto: "la palabra es inútil para explicar lo que sólo se percibe con el alma": en "Panteísmo" saluda en el Universo al "glorioso ágape que no se ha interrumpido jamás, al vaso misterioso y eterno donde beben todos los seres de hoy, y los que han sido": en "Transformación", con alegría primaveral, entona "el himno poderoso que resuena desde el origen obscuro de los tiempos": en "Meditación", ido el espíritu, ve, al resplandor de los cometas fúnebres, rodar, gélida, "la tierra vacía": en "Aspiración", no osa afirmar, con el rigor del juicio, lo que le canta con sus voces firmes la naturaleza, pero pide a los astros, "atormentado por un anhelo inmortal, que lo lleven en su ronda bullente al palacio de lo infinito, al piélagos que vierte la inmensa catarata de diamantes".

Pero no es ya su afán aquella ansia, excusable en la juventud, de salvarse del padecimiento por la muerte, y de huir adonde no se sufra. El dolor inevitable florece en su vida, y llega a llamarlo "lo único eterno y verdadero", más luego ama su pena, porque se ve por ella hermano de todo lo vivo, y descubre la hermosa verdad, que es la de consolar a los demás, por ser más propio del hombre, aunque no lo parezca, el derramar consuelos que el recibirlos, como se ve cuando se recibe un bien, que no es tanto el goce como cuando se hace. Sellén padece, hasta caer sin sentirlo en penas de imitación, y despedirse del "sol de las ilusiones" en una "Tarde de Otoño", o entristecerse porque no ve el Mayo en sí, cuando en todo lo publica su "Mañana de Primavera"; pero su pena no es de adorno, como la de los dudadores de oficio, que no ven que en la creación todo afirma y persiste, y se van en cuanto la doncella sirve los vinos y pasteles; ni le copia a los franceses el pesimismo traducido del alemán; sino que en la dicha que le crece de su mismo dolor, como la aurora que sigue a la noche, y en la limpieza celeste que de la obediencia al deber y el conocimiento de lo natural le queda en el alma, tal como el aire puro que corre en las alturas, aprende sin violencia, con el testimonio unánime de cuanto existe, que lo eterno es apetecible y hermoso, y que a la pena se la ha de cortejar, en vez de huir, porque el que renuncia a sí, y se doma, entra desde esta vida en un goce de majestad y divino albedrío, por donde el espíritu, enlazado con el universo, pierde la noción y el apetito de la muerte.

No es la suya la eternidad sombría de Leconte de Lisle, ni los vivientes son para él, como para Leopardi, "imbéciles irreparables", ni proclama la muerte final y la inutilidad de vivir, como Luisa Ackermann; sino que de un impulso salta de sus penas a las cumbres universales, con la llama en el casco, como los guerreros de las fantasías. Plumas de ave del paraíso tienen sus estrofas, cuando canta el universo permanente y radioso. "En todo existe un alma". "La nota de una canción olvidada revela al alma su existencia anterior". "El mundo es una armonía, una llama que no se extingue". "La vida va del sol al átomo, y del hombre a la estrella". Es vida todo, y luz, y movimiento.

En sus poesías más personales, que son las menos, persiste ese concepto majestuoso de la creación, "cuyos árboles son como su alma"; clavada por la raíz y con el ramaje al cielo; y "la corriente del golfo", como los recuerdos de su niñez, que canta en versos caudalosos y graves, de modo que la imagen osada se justifica por el volumen y nobleza de las voces; si va a la "Orilla del Mar", que es para él "el principio de la

vida", no será como rapsoda desmelenado, a enderezarle odas de tambor, ni a lo pontífice académico, con el concurso delante, como en un teatro, para que se miren unos a otros, y digan que está bien, y que ha resucitado Pindaro, sino a anegarse en su silencio augusto, y a convidarle a que se despeñe sobre "las geheenas espantosas y las ergástulas infames".

Ama al buey lo mismo que Carducci, y lo celebra en un soneto que parece ventana del Japón, fino como la mejor ebanistería, por donde se ve, recortado en lo azul, el lomerío florido, con sus valles verdes, y allá, en un bosque ameno, la casa del labrador, como un grano de oro. Helios es para él "divino", y aspira en sus versos a la belleza griega, que seduce por la razón del conjunto y aborrece la línea extravagante; pero no es su helenismo de ese segundón que traspone a las lenguas de ahora los idilios de flauta y pezuña, y echa a andar a los sátiros de chistera y casaca, sino aquel sabio acuerdo de la idea y el lenguaje, por donde la idea no queda vestida de sobresaya de tres vuelos, con pasamanes y rebordes, sino imponente y lisa, como una buena estatua,—y aquel arte de expurgar del asunto todo lo que no lo ayude y realce, sin poner en cada detalle tanto color que se desfigure el dibujo por él, ni tampoco que salga el dibujo torcido o escaso. Porque lo eterno de los griegos no es lo que nos cuentan de Atis y Cibele, sino la ponderación y armonía por donde alcanzaban la plenitud de la hermosura. Ni entiende Sellén por helenismo lo que otros, que cincelan el mármol, y se olvidan de ponerle sangre, sino que en sus versos, bellos como el potro espumante y enarcado que cabecea de la mano del domador, corre fogoso e imprevisto, el romance que constituye y anima la poesía.

No es poeta de una nota, que unas veces la da en la guerra, y en la gaita otras veces y otras en el caramillo; sino que expresa la pasión, que es lo esencial de la poesía, como lo quiere el estado de su alma, ya manso y contemplativo, como el fuego ahogado en el rescoldo, ya ondeante como la lengua de la hoguera, o despeñado como ola de lava. Su amor no es cifra escrita sobre la arena, sino jeroglífico tallado en la pirámide: "la que lo ama es como un templo nuevo que recibe a su Dios"; cuando se besan, brota la centella, y el mundo se pone a loar. Si canta al amor pagano, es pagano él; y es india joven, cuando canta el areito de la india. Entre lo muy bueno del verso castellano, merece figurar la balada dramática de "Los Fugitivos", por la estrofa que se columpia en la mar, como la nave donde huyen, o tiembla, como la barba del padre que los persigue. Y en la del duelo de los hermanos la estrofa espan-

tada galopa y ojea; y con el caballo del jinete muerto se hunde tras el matador en la tumba. Si describe "La noche tropical", no se pone en ella a desarreglar el cuadro con su persona intrusa, como los poetas personales, sino que la persona se ve donde debe, que es en el arte de pintar la escena de modo que dé ruido, misterio y pavor, ya con los grupos de acentos, dispuestos vagamente o apiñados de súbito, ya con la semejanza de la frase y el lance u objeto que describe. Y si la que ama lo hace padecer, se vengará en "Injusticia", besándole la mano, o escribirá, con amor grandioso "Las dos olas": ¡a la par por el mundo, el hombre y la mujer! ¡de mano por el mundo, los dos que han sufrido! No es hombre para quejarse del peso, como amante de tocador, y andar sobre los demás, chupando almas y dejándolas en gollojo al borde del camino, sino para acompañarlas mano a mano, cantando en la pena la canción del valor: y si se le cansan de andar, echárselas al hombro. A su patria la adora, y ama al pobre delicadamente, por lo que no se pone a decirlo, de corbata blanca y plastrón, con un vaso de agua y azúcar sobre la mesa, como tantos que salen a dar limosna en verso, y a compadecer de oficio, como si el dar limosna en público no fuera siempre feo, en verso como de cualquier otro modo.

Al pobre, del "cielo mismo bajará a derramar sobre él ventura". A la patria, en la hora de pelear, le ofreció la vida. Y si canta a la patria, humearán como pira sus octavas *A la Memoria de los Héroe*s; llorarán, como madres dolientes, sus décimas *A Cuba*; esconderá, como en el *Canto de Espera*, la espada entre flores; vibrará, como el caracol, de colina en colina, el *Canto de Guerra*. Sus versos patrióticos relucen, bruñidos como fusiles. Pero no rebajará con la pompa verbosa la dignidad del más delicado de los sentimientos.

Así se enseña, con más que uno u otro reflejo de sus lecturas, este poeta salvado de la erudición, que brilla por sus poesías originales en época de tantas mezclas como la de ahora, donde los pueblos copian desmedidamente lo de otros, sin ceñirse a sacar del estudio del ajeno, aquel conocimiento de la identidad del hombre, por el que las naciones, aún rudimentarias, han de perfeccionarse y confundirse, sino bebiéndose por novelaría, o pobreza de invención, o dependencia intelectual, cuanta teoría, autóctona o traducida, sale al mercado ahíto.

En América se padece de esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España; ni tienen aún, por la población revuelta e ignorante que heredaron, un carácter nacional que pueda más por su novedad poética,

que las literaturas donde el genio impaciente de sus hijos se nutre y complace. Ya lo de Bécquer pasó como se deja de lado un retrato cuando se conoce al original precioso; y lo de Núñez de Arce va a pasar, porque la fe nueva alborea, y no ha de regir la duda trasnochada, porque traiga, por único mérito, el manto con menos relumbrones que el del romanticismo. Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos los poetas de imaginación, o toman como real, por el desconsuelo de su vida, los que viven con un alma estética, en pueblos podridos o aún no bien formados.

Para Sellén fue mayor el peligro, por haber andado desde joven de Petoefi en Gogol, y de Tirdusi en Hugo, y por tener su morada constante en los Estados Unidos, donde se dio en poesía el misterio de Poe, y la oda profética de Emerson, y el ritmo revolucionario de Walt Whitman. Por sobre todo, con su pena oculta, pasa inmaculado el poeta, y atento a la canción universal, proclama, con fe vaga y ardiente, imperio de la dicha, la fuerza de la virtud y la espiritualidad del mundo.

Y no es que otros no hayan hallado de Lucrecio acá, "el alma de las cosas", o que lo que vuelve a decir Sellén no se ha dicho antes. Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas. Confirmar es crear. Lo que hace crecer el mundo no es el descubrir cómo está hecho, sino el esfuerzo de cada uno para descubrirlo. ¡Pues no veamos un árbol porque es plagio, puesto que los hombres están viendo árboles desde que nacieron! Y cada hombre que nace ¿no es un plagio? El que saca de sí lo que otro sacó de sí antes que él, es tan original como el otro. Digase la verdad que se siente, con el mayor arte con que se pueda decirlo. La emoción en poesía es lo primero, como señal de la pasión que la mueve, y no ha de ser caldeada o de recuerdo, sino sacudimiento del instante, y brisa o terremoto de las entrañas. Lo que se deja para después es perdido en poesía, puesto que en lo poético no es el entendimiento lo principal, ni la memoria, sino cierto estado de espíritu confuso y tempestuoso, en que la mente funciona de mero auxiliar, poniendo y quitando, hasta que quepa en música, lo que viene de

fuera de ella. Por ahí peca alguna vez Sellén, que no peca mucho; como cuando dice "Adiós a la Juventud", en unos alejandrinos compuestos de penas viejas, o cuando de las memorias de lo pasado escribe "Calma", que no le salió tan feliz como otros versos suyos, porque en poesía, como en pintura, se ha de trabajar con el modelo; o cuando en el mismo "Mar", se nota, por el desmayo de ciertas líneas, que no fueron escritas sobre la roca, como debieron ser, con la mano húmeda de los chispazos. Pero por lo común Sellén, que es poeta honrado, espera la hora de rimar, sin violencia ni afán de que lo vean, y cesa en cuanto cesa la emoción. La poesía ha de tener la raíz en la tierra, y base de hecho real.

Se desvanecen los castillos de nubes. Sin emoción se puede ser escultor en verso, o pintor en verso; pero no poeta.

Mas lo que da a Sellén carácter propio y derecho a sentarse como los mejores, es la novedad de trabajar el verso como arte que es, y bregar con la emoción, sosteniéndola o podándola hasta que entra en la turquesa que le conviene. No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcaicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial, y silben o zumben, o se arremولين y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo o se aflojen y arrullen, o acaben, como la luz del sol, en el aire incendiado. Lo que se dice no lo ha de decir el pensamiento solo, sino el verso con él; y donde la palabra no sugiera, por su acento y extensión la idea que va en ella, ahí peca el verso. Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día, y un estado de amor quiere dáctilos, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos quieren yambos. Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas. En el lenguaje de la emoción, como en la oda griega, ha de oírse la ola en que estalla, y la que le responde y luego el eco. En el aparado no está el arte, ni en la hinchazón, sino en la conformidad del lenguaje y la ocasión descrita, y en que el verso salga entero del horno, como lo dio la emoción real, y no agujereado o sin los perfiles, para atiborrarlo después, en la tortura del gabinete, con adjetivos huecos, o remendarle las esquinas con estuco. Por no alterar la impresión primitiva, ha dejado Sellén, por acá o por allá, una línea prosaica, que pudo con su habilidad, colocar según él sabe, y dotar de alas, como ha de ser toda línea en poesía, que es arte aéreo, donde no

tiene puesto el mero raciocinio, ni sus giros trabados, ni sus voces. Aún prefiere la elegancia latina a la raíz criolla. Aún es "umbria" la selva, y tiene "sed de lo ignoto", y "esperanza" rima con "lontananza"; pero apenas en esta segunda parte hay versos catalécticos, ni hipermétricos. La línea va dócil por donde el poeta la lleva. El lenguaje, vivo y feliz, parece brisa y orea, si pinta, "El Amanecer", o es lento y vago, en la "Tarde de Otoño", o en el "Mediodía de Cuba", caliginoso y resplandeciente. "Los soles de zafiro brotaron como escuadrones de los abismos mudos"; "el gran dosel de pedrería sublime"; "quiere fundirse en la esfera brillante y adiamantada"; "a la rueda del tiempo le atará lazos de seda y de flores". Parece que se ve subir por el aire, como el aroma de un rosal sacudido suavemente cada vez que se leen las estrofas "A L..." donde enseña con el ejemplo cuanto va de la idea en el arreglo de las palabras, que en el arte de escribir es decisivo y sólo los ignorantes descuidan o motejan. Retozan los versos como el nenúfar, cuando travesea con ellos el aire del lago. Pasa el verso, hostigado y huyendo, cuando pasa el perro jíbaro. Cada cuadro lleva las voces del color que le está bien; porque hay voces tenues, que son como el rosado y el gris, y voces esplendorosas, y voces húmedas. Lo azul quiere unos acentos rápidos y vibrantes, y lo negro otros dilatados y oscuros. Con unas vocales se obtiene un tono, que quedaría con otras falso y sin vigor la idea; porque este arte de los tonos en poesía no es nada menos que el de decir lo que se quiere, de modo que alcance y perdure, o no decirlo. Así Sellén, maestro en su lengua, pondera los acentos, y los reduce o acumula, de modo que cada composición halague a la vez los ojos y el oído, y llegue a la imaginación por ambas vías. Desbocará el verso, o lo tremolará o lo plegará al asta. Y cuando quiera pintar en "Panteísmo" los aspectos múltiples de la naturaleza, en cada línea pondrá el nombre substancioso que conviene y el epíteto justo; y cada estrofa será un aspecto nuevo, apacible o terrible, y el encrespado después del llano; y todo lo calculará con sutileza de orquesta, a fin de que por lo variado corra lo uno, y los tonos distintos, ligados a una voz, rompan con fuerza de coro, en el cántico final, e impere en el poema, como en toda su poesía, la música simple y colosal del Universo.

Y si algo faltase, fuera del decoro, y viveza de su inspiración, para explicar la enérgica sencillez e íntimo encanto de esta poesía artística, sería la noble paz a que, por la escalera estrecha de la virtud, ha llegado, siempre venciendo, el poeta. Dicen los que lo conocen que no tiene en

su mesa de emigrado vientres de trucha que ofrecer a la gacetilla complaciente, ni túnica nueva en su guardarropía para los críticos de mala ropa. Dicen que por entre sus libros, puestos en hilera con esmero de novio, pasa todas las tardes, de vuelta de la labor, al cuarto donde padece, clavada a su enfermedad, la esposa que se mira en él, y no cree que su espíritu sea de hombre como es, sino el de las flores que él mismo le riega, antes de salir al trabajo, en su ventana. Dicen que de su corazón limpio y severo, manan hilos de sangre silenciosos, y que su vida ejemplar se ha consagrado a la benignidad y al sacrificio.

El Partido Liberal, México, 28 de septiembre de 1890.

II. FRANCISCO SELLEN, POETA CUBANO

La fresa anda escondida por donde no se la ve, y crece, fina y fragante, entre las hojas rastreras de la tierra oscura, hasta que, sazónada por el sol, viene a la mesa del festín en bandeja de oro. Así, de una vida límpida y silenciosa, surge el artifice de las *Poesías* que la admiración extranjera acuña en la lengua sobria donde encajan, como si le fueran naturales, los versos repujados y ceñidos del poeta de *Preexistencia* y *Panteísmo*, del cubano Francisco Sellén.

No es poeta a lo Succi, que vive de pura coca, esmaltándose los ojos con la locura de la medicina, y paseando por el mundo absorto sus fotografías. Ni novelero literario, que atisba la llegada del correo, como la casquivana con los trajes, para ver qué es lo que priva en otros países, si lo místico o lo pagano, y salir con la moda poética, hoy a lo descreído y mañana a lo creyente, con la melena de Rollinat o la manga ancha de Banville. Ni es de los que tienen el don del ritmo, sin fuego que echar en él, por lo que queda en verba su poesía, o recortada y pigmea, como las figuras que tallaba en un frijol un escultor guatemalteco.

Nació en Cuba, cerca del mar que cae sobre la roca, abrazándola y mordiéndola; oyó, en la noche azul, sollozar al esclavo, allá en el patio, al pie del plátano y de las flores, y repicar el martillo del carpintero en el tablado del patíbulo; se libró de la prisión, adonde lo llevó su fama de cubano fiel, de cantor de Lincoln, de amigo de los próceres de la independencia patria, para alistarse en el buque que salía para Cuba cargado de libertadores; encalló el barco, como la revolución. Ni desamó su ideal cuando cayó del cielo, con la estrella en la frente, envuelto en sangre; ni lo tomó de perchero donde colgar odas y silvas; sino que, en

el tiempo libre que la conciencia pura da al hombre más afanado, buscó en la poesía aquella beldad enérgica y serena de que su espíritu, desde las mocedades de su *Libro Intimo*, vivía enamorado. Aquel hijo ejemplar, monje de la virtud, que vivía entre sus libros y sus deberes; aquel prosista cuidadoso, clavado a la mesa del polígrafo, sin más descanso que escribir matemática después de geografía, o de política después de música; aquel traductor atareado a todas las lenguas corrientes, al italiano como al alemán, y a las latinas como a las escandinavas, leía, con orden y avaricia, en las noches largas del destierro, todo lo que han escrito de esencial y hermoso los hombres, y trasladaba al verso de su lengua cuanto por la verdad del sentimiento o la limpieza de la expresión le parecía más propio de la majestad poética que la pompa zancuda y púrpura de alquiler que deslucen la poesía moderna. Entonces publicó su traducción del *Intermezzo*, en que pecó de puro, humilde y leal; y sus *Ecos del Rhin*, donde está en verso correcto y elocuente lo mejor de los poetas contemporáneos de Alemania; y las versiones de poesía francesa que engalanan los *Ecos del Sena*, de su hermano Antonio. De Byron tradujo el *Giaour*, en versos arrebatados o sombríos. De su pasión por los griegos sacó, severa como una estatua, *La muerte de Demóstenes*. Con singular lucidez y fuerza dramática intensa, escribió su poema *Hatuey*. Primero bregó con la lengua rebelde, hecha a paradas y a misa mayor, que piafaba bajo aquella mano domadora, y no tenía aún la soltura del potro adiestrado; hasta que con el ejercicio acabó Sellén por trabajar el mármol como si fuera cera; y a fuerza de buscar en cada línea la música suma, y no poner en ella más voces que las que le añadiesen a la vez tono y sentido, halló al fin el verso honrado y flexible donde, en los años de la madurez, pone, bajo el título de *Poesías*, la fe en el dolor, en la identidad humana y en la armonía de los mundos, que el amante desinteresado de la belleza aprende, a la luz del pesar, vida continua y la venturosa solemnidad del Universo. No en vano saludan los artistas de la palabra, como obra mayor, su libro fino y sincero de las *Poesías*, donde la pena mínima de la persona no afea, importuna, el cuadro universal, sino que con el fuego oculto del dolor, ilumina y revela la hermosura del mundo. Por el decoro del sentimiento y el arte enérgico de la forma, hay en la lengua castellana pocos libros de versos tan recomendables y puros como las *Poesías*.

Y es que en ellas se pintó, sin querer, que es como las pinturas de sí propio salen buenas, el poeta modesto a cuya casa, llena de libros y flores, acude el joven que busca guía, el versificador en apuros, el biblió-

mano a caza, de curiosidades, el literato menesteroso de consejos. El poeta acompaña hasta la puerta al visitante, como si fuera él quien recibiese el favor: el poeta de frente limpia y vasta, con los ojos penosos y benévulos bajo el dosel elevado de las cejas, y la sonrisa, poco menos que luminosa, de quien ha hallado el estudio austero de sí mismo; que el sacrificio es un placer sublime y penetrante, y el desinterés, la ley del genio y de la vida.

La Ofrenda de Oro, Nueva York, diciembre de 1890.

3

CARTA A GONZALO DE QUESADA

Nueva York, 1892

Mi muy querido Gonzalo:

Por supuesto que debe Vd. publicar su *Primera Ofrenda*. En este mundo no hay nada de verdadero más que la nobleza y la hermosura. Créese virtud, créese arte. Vd. es bueno y es sobrio: ni tiene miedo a la verdad dolorosa ni rebusca pompas: admira a los bravos y ama a los humildes: es necesario encender los corazones: publique su libro

Y es lo primero que le da derecho a publicarlo, en cuanto a literatura, aquel vigor nativo, que no se depone sin riesgo ni se olvida impunemente, por donde su alma natural, criada en el ahogo de estas chimeneas, muestra en el fuego y la ternura la persistencia de la entidad local, que vive dentro de lo humano con sus métodos y fines propios y no se acomoda a los ajenos sino para estancarse y desaparecer. Lo del libertador San Martín es la verdad: "serás lo que debes ser; o si no, no serás nada". Contra la verdad, nada dura: ni contra la Naturaleza. El Canadá francés, ni inglés quiere ser, ni norteamericano: quiere ser francés. Los mexicanos de California, después de cincuenta años de vida con los Estados Unidos, no quieren ser de los Estados Unidos: quieren ser mexicanos. Vd., levantado desde la raíz en los colegios del Norte, donde lo preferían, y en sus sociedades, donde lo alababan, y con lo más puro de un pueblo, que es su juventud, conoce en sí lo imposible del acomodo, lo fútil y funesto del acomodo;—y es cubano.

Y ser cubano ahora no es tan ameno como cuando vivíamos, en driles y jipijapas, del crimen diario que a todos nos daba de comer; ni tan fácil como en aquellos años de la primera heroicidad, cuando no se le veían las espinas a la gloria, y pareció bastante el sacrificio de la muerte para la fundación de la república. Ser cubano ahora no es gualtrapear y ventanear, ni encintarse el pie y desvanecerse por no salir del ladrillo, alrededor de una cintura libidinosa. Ni es montar a caballo, sin más pericia que la ansiedad de lo sublime, y merodear, entre chispazos épicos, por una guerra en que el desacuerdo inevitable había de poder al fin más que la virtud. El cubano ahora ha de llevar la gloria por la rienda, ha de ajustar a la realidad conocida el entusiasmo, ha de reducir el sueño divino a lo posible, ha de preparar lo venidero con todo el bien y el mal de lo presente, ha de evitar la recaída en los errores que lo privaron de la libertad, ha de poner la Naturaleza sobre el libro. Ferviente ha de ser como un apóstol; y como un indio, sagaz. De todas las sangres estamos hechos, y hay que buscar al compuesto modos propios. Con una página de Macaulay no vamos a gobernar las escuadras de Guantánamo. Vd. es cubano de los nuevos, que estudia a la vez letras y hombres, para no caer en la incapacidad irremediable de los que, encorvados sobre la mesa de escribir, no ven bullir e imperar a sus puertas la Naturaleza. Vd. no espera el correo de Europa o de los Estados Unidos, para saber cómo manda pensar la última novedad, y aprender como verdades recién nacidas lo que el sabio real calla, de puro olvido. Vd. tiene alma trágica, que es lo que los cubanos han de tener por el tiempo que corre; pero ya apunta en Vd. la sensatez que la doma y dirige, y sin la cual la tragedia necesaria y útil se va por el desaliento y el desorden. No es posible vivir en la tragedia perpetua: ni sin ella.

A las raíces del libro de Vd. quiero ir; porque un libro es estopa y espuma si no arranca naturalmente del carácter. No me dé Vd. café rehervido. No me dé Vd. claveles de invernadero. No me le ponga Vd. a la camisa del guajiro cuello de Londres. No me sirva Vd. en cucurucho de Galdós o en un rizo de la señora Bazán, albaricoques de Francia. Lo que celebro en Vd. es el acuerdo entre el primer libro de su juventud y el estado de espíritu en que lo produce. La ingenuidad es lo que celebro en Vd., que no se pone a ver cómo calca la idea y el lenguaje a los autores de moda, sino que vierte en las páginas vírgenes sus primeras ternuras y rebeldías. La fuerza es lo que le celebro, por donde ha osado ser quien es, aunque me lo tachen de poco, o de desconocedor de estas revistas y aquellos folletines, que yo sé que Vd. conoce como el que

más, sólo que no se los pone de pensamiento ni de corazón, sino que aguarda las emociones naturales, y las revela en símbolo sencillo. La piedad ardiente celebro en Vd., y ese amor suyo por los caídos de la tierra, que en fin de cuentas son los únicos fuertes, y dan más goce con una mirada agradecida que el que dan, por las falsas alturas del mundo, el poder y la riqueza venenosa. La indignación le celebro, la indignación potente, de donde saca su fuego la oratoria, y el pensamiento su medicina. La realidad le he de celebrar, por donde, en la crisis de muda y batallas de tanteo de la época en que vive, prefiere ir preparando el juicio superior al equilibrio y fundamento que quedarán de ella; y en lo más encendido de su alma, en las cosas santas del país, ni se amilanó por los cuentos incompletos o interesados de la derrota conveniente, ni esperó paz y política de los que viven sin ellas, ni afeó su pasión de libertad con el desdén fanático del estudio de los elementos necesarios para constituir la, ni se arrulló con esperanzas infantiles. La adivinación he de celebrarle a Vd., por donde, con el testimonio innegable que lleva en sí mismo, entendió que la juventud nueva de Cuba no anda toda—como por acá o por allá anda—cosida a un tobillo de mala mujer, partiendo la baraja con los capitanes ladrones, remedando, viles, la lengua y los vicios de los asesinos de su patria. No, mi querido Gonzalo: Vd. es un hombre a quien puede uno apretar sobre su corazón.

Si de ahí viene a su libro la unidad que pudiera faltarle por los varios temas; si es el espíritu sincero y viril lo que se lo embellece y levanta, ¿a qué he de decirle que resulta beldad de ese ajuste del lenguaje a las emociones, de esa independencia de las literaturas cansadas de afuera, de esa honradez que le quita la pluma de la mano cuando la idea madre está en el papel, y sólo quedan las palabras hinchadas e inútiles? Prefiero verlo errar por la prisa a caer por el rebuscamiento: prefiero, al caballo que baila, el caballo que piafa: prefiero verle entrarse impaciente por el castellano, tronchando con el gusto de la vuelta una que otra flor, a verlo de mendigo de las literaturas extranjerías, fatigándose en vano por acomodar a un molde exótico el alma criolla: en los ríos que nacen se ve lo que en Vd.: que luego serán serenos y anchos, cuando lo hayan ya henchido los caudales de la vida; pero al nacer bajan del monte alborotados y bullentes, centelleando al fuego del día, y cargados de flores y de hojas.

Ya sé yo que el libro que Vd. quiere escribir está donde no se ve, y es libro de obras buenas, que son la excusa y la calma de la vida.

Conténtese, en estos años de preparación, con ayudar, como su libro ayuda, al respeto de la virtud, a la piedad de los hombres y a la unificación de nuestra América.

Lo quiere mucho, por su alma brava y piadosa,

JOSÉ MARTÍ

1. "ENSAYOS POLÍTICOS"
2. "GALERÍA DE COLÓN"

"ENSAYOS POLÍTICOS"

De las manos del puertorriqueño Modesto Tirado, hombre generoso y artista de la imprenta, ha salido, con la cubierta azul, el libro nuevo de Rafael Serra. Serra, como aquel maestro Rafael, de Puerto Rico, que fue llevado en hombros a la tumba por cuanto San Juan tiene de culto y bueno, funda escuelas para los hombres con el producto de sus ahorros; y descendiente de esclavos como es, ayuda sin ira y sin sosiego, a crear hombres libres. El objeto de su libro, él mismo lo dice: "No es el odio, ni el despecho, ni la presunción, el móvil que me impulsa a ofrecer este libro. Mostrar y combatir con hechos los errores de los que, sin tacto ni amor quieren guiar los destinos de Cuba, y dividen más los elementos que la previsión nos aconseja unir: probar las condiciones favorables en que se encuentra nuestro pueblo para conseguir y mantener su libertad, es el tema de esta obra".

En el libro no hay palabra que no resulte acción. Si dice bien de un cubano en sus primeras páginas, lo dice de modo que no ofenda a otro cubano. El artículo sobre *La Liga*, el discurso en la fiesta de *Los Independientes*, todos los discursos políticos de los "Ensayos" son como toma de posesión del derecho propio, y sentencia de la violación del derecho ajeno. En "La prisión de Juan Gualberto Gómez" raya, de pura fuerza de justicia, en el elogio clásico. No están a destajo, como pudiera parecer, los apéndices del libro. Uno es hecho de opiniones diversas sobre el cubano negro, opiniones del español Conte, del Acosta y Albear que cargó armas españolas con sus manos de Cuba, de Labra, cubano de la Península, de dos cubanos que trabajan en la revolución: y las cierran unos párrafos del catalán Pi y Margall, donde dice que la sana política tiene por objeto "derribar, y no levantar, vallas". Los otros son

la constitución de la República de Cuba, donde no se habla de blancos ni de negros; y el reglamento de "La Liga", el corazón de Serra, donde se sientan juntos negros y blancos.

De otros libros se alaba principalmente la frase torneada, y lo formal más que lo íntimo; pero en éste la forma saca una indudable belleza de la virilidad y ternura del pensamiento;—"Hay que sentir de veras amor por los que sufren de injusticia; y los que sufren de injusticia han de amar el deber de conquistar su decoro". "Las clases oprimidas, que lejos de pensar en el porqué de su infortunio se complacen en mantener su existencia entre los vicios, podrán luego tratar de redimirse por la violencia; pero serán por sus mismas flaquezas débiles y vencidas". "Debo usar de la palabra para advertir, aunque son siempre amargas las verdades, que si los cubanos en general, faltos de lógica, faltos de bondad y de viril acción, luchan por obtener una libertad a medias, una libertad exclusivista, una libertad "sin todos ni para todos", lucharemos y volveremos a luchar, moriremos luchando; pero no serán para provecho nuestro las ventajas geográficas de nuestra virgen tierra". "Del buen deseo de servir a la patria, equilibrando mediante la instrucción y la armonía los elementos que la pueblan, ha nacido "La Liga". "Hay que sentir de veras vocación, audacia, desinterés, seguridad de la propia pujanza, patriotismo, siempre el amor por los que más padecen, y más virilidad de la que algunos manifiestan, para educar, fortalecer y redimir a un pueblo". "Hemos venido aquí, de puro amor, a bendecir con frases de cariño".

El observador menudo notará aquí y allá, en estas páginas cordiales y profundas, faltas que una revisión ligera hubiese podido suprimir; pero el que vea adentro de las cosas hallará en los "Ensayos" aquella virtud de fondo, y consiguiente excelencia de expresión, que valen más que las gramáticas deleznable y meticulosas. Hallará un estilo eslabonado y creciente, en que por sobre la sintaxis aún difícil, lucen en marco robusto la viveza y pasión de las imágenes. Hallará el corte osado, la abundancia enérgica, el epíteto feliz. Hallará, sobre todo, un corazón de libertad que ha sabido salir puro, sin ceder ni odiar, de las afrentas de la esclavitud.

Patria, 16 de abril de 1892

"GALERÍA DE COLÓN"

LIBRO NUEVO DE NÉSTOR PONCE DE LEÓN,
NEW YORK, 1893

La patria está hecha del mérito de sus hijos, y es riqueza de ella cuanto bueno haga un hijo suyo, sobre todo si trabaja en lo que ya han trillado otros, y lo de él resulta más útil y completo que lo de sus predecesores. España tiene, en iconografía del Almirante, el "Informe sobre los retratos de Cristóbal Colón", muy sagaz y lleno, que la Academia de la Historia le imprimió a Valentín Carderera. Feullet des Conches publicó en francés, años hace, una crítica ordenada de las imágenes del descubridor. Ni en inglés, ni en lengua alguna, hay obra tan juiciosa e imparcial sobre los retratos colombinos, y monumentos y pinturas del descubrimiento, como la "Galería de Colón", nutrida de historia y chispeante de personalidad, que Néstor Ponce de León, en la medalla de la cubierta de su rico libro, dedica "A Colón, en el centenario del descubrimiento de América". La cubierta es de oro y carmín, y debajo del título, como adorno, tiene una estrella.

De Colón es difícil escribir, y de todo lo suyo, porque la antipatía e incuria de una parte han dejado perder lo que la gratitud excesiva, la vanidad nacional y la necesidad humana de lo maravilloso exageraban por la otra; así es que de cuantos retratos ha distribuido Ponce de León en los tres grupos de su libro,—los de originalidad probable, los de medallas, estatuas y cuadros conformes a las descripciones impresas del descubridor, y los imaginarios,—lo más que puede decirse en pro del mejor de ellos es que se acomoda a la pintura que hacen de Colón los tres libros fidedignos de su época, puesto que las mismas *Historie* de su hijo Fernando no son de creer, desde que se duda si él las escribió, y hay que estar a lo que de Colón dice, más que la *Historia General de los hechos de los castellanos*, de Francisco de Herrera, y la de Fray Bartolomé de las Casas, la *Corónica de las Indias*, de Oviedo, que lo vio en vida como fue, más alto que mediano, de miembros recios y vigorosos, de ojos brillantes y bien proporcionados al resto de la faz, muy rojo el pelo y de cara rojiza y pecosa; y amable cuando quería, e iracundo cuando la pasión lo levantaba. El libro entero de Ponce de León se

mueve sobre esta clave, sin tomar por cierto lo que halaga sus simpatías y por falso lo que las ataca, sino ciñéndose a la prueba estricta, grata o no, porque el autor es persona judicial, que peca acaso de entusiasta cuando ve en Colón “uno de los hombres más grandes que jamás existieron”, pero no está con los que tienen al Almirante por el pirata ladrón y falsificador cobarde que pinta Aaron Goodrich, ni por el “embajador de Dios y el Papa Pío IX”, a quien quiso canonizar Roselly de Lorgues.

Sobre Colón, y de oídas o lectura, pudieran muchos escribir, porque todo es, espumando las artesas de otros, o hilando lo que dicen los viejos, presentar en forma más o menos luciente lo sabido. Lo personal es lo que ha de celebrarse en los libros sobre Colón; y la autoridad de quien lo estudió en su estilo descompuesto y egoísta, y en el candor o pasión discernibles de sus contemporáneos; y el juicio humano y fresco sobre aquella vida terca y ambiciosa.

Un cubano de admirable mente, Manuel Sanguily, dibujó hace poco en la Habana con colores de historia verdadera al marino profético y batallador; otro habanero laureado, José Silverio Jorrín, perito mayor en letras y artes, “ha consagrado muchos años de su útil existencia a escribir una completísima vida del gran Almirante”; y ahora Ponce de León embellece y retoca la relación de sus imágenes con el desembarazo y agudeza que dan grato sabor a su prosa intencionada y limpia. Es como una conversación la *Galería*, entre gentes que saben de Colón cuanto hay que saber, y no habla de persona interesante sin anotarla, ni de museo o biblioteca sin un dato feliz, ni de un pintor sin un rasgo de su carácter y época. A Paolo Giovio, el arzobispo munífico y venal de Nocera, lo pinta de cuerpo entero, rico y bajo, adulando a reyes y empleando artistas, con ocasión del “retrato de Jovius”, cuyo original, conocido hoy sólo por el grabado del Almirante pensativo, es acaso el de Orchí, que está en manos de la familia del Arzobispo, muy raído y confuso, y que no puede estar lejos de lo verdadero, porque allí se ve el atrevimiento sin el desinterés, y el alma fosca y concentrada, y el ojo fijo, hondo y adoselado de quien ve lo que otros no ven, y la inteligencia ida por las nubes, y la boca amarga. Así, de pasada, con cierta controversia picante y cortés, y el gusto de reconocer el mérito, viene a ser el libro de Ponce de León como academia al aire libre, y guía de historia y de arte.

El grupo primero, de los retratos que tal vez tomaron los pintores del natural en vida del Almirante, es lo de más fuerza y cuidado de la obra, porque de ahí arrancan los juicios todos de ella, y por el estudio

de él se viene a saber que no hay prueba, directa o circunstancial, de la originalidad de ningún retrato de Colón, ni más que inducciones de que éste o aquél, el que llaman de Rincón, acaso, o el de Juan de la Cosa, sea retrato de vida. Del arzobispo Giovio, admirador fanático de Colón, piensa con juicio Ponce de León “que no es creíble que se contentase con una copia imaginaria de su gran compatriota, cuando había en España tanto pintor español e italiano”, y él tenía orgullo en sacar de originales los cuadros de contemporáneos de su famosa galería, sobre que Vasari dice en sus *Vidas* que Giovio tenía el retrato original entre sus cuadros de Como; pero la colección se repartió entre los herederos, y aquel Colón, a no ser el de Orchí, ha desaparecido. El de Yáñez, luego que le quitaron el bárbaro repello, parece ser de una mano que pintó a Lope, Calderón y Quevedo, que son glorias más jóvenes, aunque en el Yáñez se ve la frente comba e hinchada, los ojos de orbe, el labio seco y belfudo y la nariz rapaz por donde, con un poco más de soltura en el pincel, pudo acaso pintarse aquella alma pertinaz y codiciosa. El *Lotto* femenino, apuntando al mapa de Ruysch, de 1509, no pudo ser de la persona del Almirante, muerto en 1506. El noble grabado de Capriolo en los *Cento Capitani Illustri*, se asemeja tanto al *Jovius*, que puede haber nacido de él, y no se sabe de dónde nació. El caballero de todo traje del inglés Anthony More, con su gola y sus rufos, y el sortijón de los dos gallos que pelean, y un marco de fina alegoría con armas diferentes de las que Oviedo describe como de Colón, no tiene del nauta más que el poder de los ojos, y el señorío que bien pudo venirle de los días de orgullo en que le amó en Córdoba, Beatriz. Cogoletto, que se da por cuna de Colón, y su rival Cuccaro, poseen retratos antiguos, que son *Jovius* también, y copias pobres. Antonio del Rincón vivió en España, como retratista de la Corte, y pudo y debió retratar a Colón, sobre todo cuando el retrato que pasa por suyo y está de siglos atrás en la librería de los reyes, es el más vivo y lógico de todos, con el triunfo y bondad del rostro entero, “en los pocos meses en que el Almirante fue feliz”, y la frente en que de veras cabe un nuevo mundo, y el jubón sin cuello y airoso tabardo. El de Banhero, del lujoso *Codice Diplomatico Colombino*, es un Rincón sonriente. Del de Juan de la Cosa, el piloto de Colón, no hay prueba de que en la carta que “*Juan de la Cosa la hizo en el puerto de Santa María en el año 1500*”, quisiera el marino retratar a su Almirante en el santo Cristóbal que, donde queda en su mapa Centro América, lleva a costas al niño Jesús, con la mar a los tobillos, de un continente a otro; aunque no es de pensar, como dice

Ponce de León, que hombre tan ingenuo como el piloto dejara de aprovechar la significación cristiana del nombre de su patrón en la lengua nativa, para ponerle a la espalda el pretexto religioso del descubrimiento; y lo cierto es que si se le cercena la barba al San Cristóbal, quedan, casi como en el de Rincón, los ojos voraces y abrasantes, el labio que cuelga, y la fuerte nariz.

Llega a *Patria* el libro suntuoso en momentos en que va el periódico a la prensa, y ni de paso siquiera cabe hablar del grupo segundo de la *Galería*, donde descuellan el indignado Colón de Barabino, en el cuadro en que explica el paso de Asia a los doctores incrédulos, y el Colón encadenado de Wappers, ceñudo y robusto como Segismundo; ni del grupo tercero, de los retratos imaginarios, donde está el de la casa de Alba, con traje de Otelo, el pelucón rizado de De Bry; el bravo del aguafuerte de Flameng, la ruina de la Habana, que parece ser el hijo natural del Almirante; el barbudo capitán de Herrera, el armenio de Hull, de pluma a la mitra y la paloma al hombro y el hugonote de Jomard, el duque de Paramigiano, que abonó Prescott en su libro; el grabado de Philoponus donde, de turco o griego, va pisando anclas el "Almirante de navíos para las Indias", y el *Vieux Gastronom*, que creyó Rincón descubrir en una venduta orleanesa, y es un viejo avaro, de gorra y chaqueta, que "en su mano seca está pesando un huevo".

Museo copioso y causa de pensamiento sobre la variedad y grandeza de la vida, es la muy rica parte de la obra que en láminas excelentes, y con texto ameno e imparcial, enumera los monumentos principales de Colón en Europa, donde ninguno aventaja la novedad magnífica del de Barcelona, ni el de Génova, muy redondeado, ni el de Huelva escueto, ni el híbrido de Madrid; y los muchos y bellos que la munificencia del mexicano Escandón, el patriotismo creciente de Santo Domingo, el entusiasmo de Chile y Perú y el regalo de Eugenia Montijo a Colombia han traído a América. En los Estados Unidos no hay tributos a Colón, sea la mansa estatua de Filadelfia, o la burda de Washington, o el bello "Colón niño" de Boston, que compita con el airoso monumento, hijo del de Barcelona, en que sus paisanos de New York celebran al genovés "burlado primero, amenazado en el viaje, encadenado luego, tan generoso siempre como oprimido"... En Cuba, la más ensangrentada e infeliz de las tierras donde el italiano puso el pie, hay la estatua habanera, de buril francés y poco pensamiento, con la mano en el globo; el busto arrinconado que Espada dio al Templete; el Colón preso del español Valmijana, obra noble y dolorosa, que regaló a la Sociedad Económica

de Amigos del País, Gabriel Millet; el mármol de Cárdenas, descubriendo el mundo nuevo, que Piquer y Miranda trabajaron, y nació de la voluntad viril de la Avellaneda; y el Colón de Bayamo, de tierra del país. La ciudad de Colón aguarda la arrogante estatua del cubano Miguel Melero; y la Habana el fogoso monumento del español Susillo, con el león que de un zarpazo abre la mar, y el almirante hincado en la barca que corona la esfera, y al tope la cruz; y para "los supuestos restos de Colón", hoy guardados bajo la lápida donde pasa la efigie del nieto Cristóbal por la del nauta, labran en Madrid, con los cuatro heraldos que cargan el sarcófago de bronce, la obra de genio del catalán Mérida.

A los cuadros y grabados del descubrimiento da la *Galería* su última parte, muy pintoresca y cabal, donde va el orden monótono realizado por la viveza de la anécdota y el calor de la biografía: juntas allí la historia y la leyenda, vese a Colón vagando de niño por la playa, en el cuadro de Concano; o por Venecia y Lisboa pidiendo ayuda, en los lienzos de Tavarone y Pickersgill; o con su hijo al pie, que es de lo más bello de su vida, enseñando las sendas de la mar a los dominicos hospitalarios, en las pinturas de Wilkie y Masó y Cano e Izquierdo; o demandándole a Isabel, en la tela heroica de Brozik, apoyo para ensancharle la corona; o saliendo de Palos, vuelto al cielo, en la escena animada de Balaca; o ¡Tierra!, con Solimene y Calone y Vanderlyn y Puebla y tantos más. Muévase allí la historia entera, la fe del pobre indio, la Santa María hundida en la mar, la procesión de la vuelta en Barcelona, el Almirante preso, la audiencia nueva de la reina Isabel, la muerte "en el rincón de una posada". El cubano José Arburu, sobre el tema de un periódico madrileño, pintó con gloria la "Primera Misa en América", que, con palabras como colores, describe el poeta Julián del Casal: de rosa y lila el cielo, el océano brillante, el dosel del sacramento bajo la ceiba gigantesca, y Colón saludando con la espada al sacerdote de brocado y oro. Pero cuando Armando Menocal, libre el genio criollo, pintó, atrevido y feliz, al descubridor de América, buscó por estudio la ceñuda fortaleza del Morro, poblada aún de tanto muerto cubano, copió la mar airada que se rompe contra las breñas, y mostró a Colón, cargado de hierros, entrando en la barca a donde lo manda preso el español Bobadilla; la cabeza grandiosa se destaca, sobre el torvo gentío, en el horizonte azul: el cuadro chispea.

Con la *Galería de Colón*, libro único en la literatura americana, y más rico acaso en datos y láminas que las mejores publicaciones centenarias de Italia misma, ha enseñado Ponce de León, cuerdo y paciente,

cómo se puede realzar con el juicio fiel y vivo, el rasgo súbito y el color breve y dichoso un tema de erudición traído y llevado, que en manos más recias pudo parar en pesada disquisición o en polémica pueril. Ornato de librerías, depósito de consejos y hora amena es este acopio crítico de las imágenes del italiano tempestuoso e infeliz; y la bella impresión, de página ancha y lujosos dibujos, parece casa natural de la nobleza con que el libro fue compuesto y escrito.

Patria, 16 de abril de 1893

1. "PRELUDIOS"
2. VERSOS VERDADEROS
3. AUGUSTO DE ARMAS

“PRELUDIOS”

RAFAEL DE CASTRO PALOMINO

Editor: M. M. Hernández, New York, 1893

Es libro de acariciar, por la hermosura y artístico cuidado de la impresión, y por la delicadeza y sentimientos de los versos, el que Rafael de Castro Palomino acaba de publicar con el nombre de *Preludios*. Como sereno juez y alma compasiva se reveló Palomino en los *Cuentos de Hoy y de Mañana*, donde ve el grano de justicia, y la paja prendida, a las cuestiones sociales. Orador lo es de veras, cuando la patria divina lo apasiona, y halla siempre en los lances de prueba una novedad feliz o un dramático recuerdo. Por poeta de estudio y honor lo tienen justamente los que a su amigo Jacinto Luis, que es fiel lector, le han oído la silva *Al Invierno*, y la oda *A la Guerra*, difícil en estos tiempos reales, a aquel otro compañero a quien se le heló ya la voz, a Miguel Párraga. Pero sólo a los que no sepan de la vida, y de que el amor escaso es lo más cierto de ella, y la inmortalidad confusa cuya prueba está en su perenne pensamiento, extrañará que ya al blanquearle la edad, arranque el desterrado a “la lira de su alma” los pálidos *Preludios*.

Son breves las composiciones, como la verdad poética, que es como el rayo o la mariposa; pero el prologuista agudo, que ha sido Francisco Sellén, y sabe que lo que se dice ahora sobre “suspirillos germánicos” viene sólo de desconocimiento de la poesía natural, y de la antología griega, por no pedantear recordando más modelos sobrios, echa de lado con razón el pecado de copia que se pudiera suponer, por aparentes semejanzas, a las escenas fugaces de los *Preludios*, y adivina en ellas, como poeta bueno, el amor o dolor real de que han nacido. Un mérito peculiar tienen estos versos; y es que muchos de ellos se fijan en el lector,

tal como si los viese, por la sincera fusión del sentimiento conmovido, y el cuadro en que lo revela. Lo que importa en poesía es sentir, parécase o no a lo que haya sentido otro; y lo que se siente nuevamente, es nuevo.

De amores son los primeros versos del libro, bajo el rubro de *Ayer*; y bajo el de *Hoy* los últimos, todos de duda. Lo parecido a lo de otros no es mucho, ni lo mejor de la colección; sino el sepulcro que aparta otros labios de sus labios, y el cuadro de serena tristeza donde, con ella al lado, ve un lucero hermoso y otro a media luz, y el de ella siguió a todo brillo por el cielo, y se ocultó el otro en las nubes, que era el de él. Pero a donde llega a la poesía mayor, que es la que expresa sin adornos la verdad y pureza triunfantes de la vida, es en la pintura de aquel amor suyo que empezó con besos infantiles en los juegos, y fue lava después, y luego tumba; pero el amor no ha muerto, y la besa hoy, sin saber dónde está, por el candor que el alma anhela después de vivir, como la besaba cuando eran los dos niños.

Los versos de *Hoy*, nublados acaso por la sutil desdicha de la expatriación, que envenena y oculta la felicidad del mundo, brotan, con tintes de amor, del poeta sazonado que pone en lo eterno la pasión ensayada, con lágrima a veces, en los cariños livianos de la vida. Sus "cantos ligeros" flotan sobre el abismo de su corazón, como la espuma sobre el horror del mar. Las penas son plumas negras; y la esperanza, impalpable entre ellas, es una pluma blanca. Como los fuegos fatuos sobre las sepulturas hay en su vida luces tenues, "efluvios de ilusiones sepultadas" en el cementerio vasto de su alma. Su corazón, desnudo de fe, es como el esqueleto del bosque, en el invierno, por la tarde. Una anciana moribunda le dice que "no ve nada" de la vida. Es ave de paso en la existencia; pero ¿caerá postrado al fin contra "la barrera misteriosa", o "volará más allá"? Pregunta en vano a los sepulcros y los astros. El tiempo se lo ha llevado todo; y a solas con su lira tañe las notas tenues que resuenan vagas y tristes en la sombra. Todo se lo ha llevado el tiempo: ¿se habrá llevado también "la esperanza de la patria"?

Por su brevedad misma, pues, y su limpieza de adornos violentos, viene a descubrirse el mérito principal de estos versos amigos, que es la realidad de la impresión. A la vida se le van cayendo los velos poco a poco y cuando se conoce y rehúye lo de verboso e inútil que hay en ella, vuelve como una ingenuidad al corazón, que en los hombres sensibles y adoloridos se refleja, a la tarde de los años, en la sencillez de la poesía. Y en la misma literatura de América aparece a tiempo este

libro veraz, porque ya América comenzó a salir del noviciado de pompas y lentejuelas, gratas sólo a las civilizaciones nacientes, a la vez que rechaza, por no venir con su edad, los ornamentos recargados con que los pueblos viejos, como las cortesanas al caer, visten la poca beldad de la naturaleza, lo que es otro modo de barbarie. En América solían rimarse ideas, más que sentimientos, olvidando que la poesía y el arte todo está en la emoción inesperada y suprema por donde en una hora propicia culmina una especie de emociones semejantes. Y se pierde la perla de tanto envolverla en conchas.

Pero aún falta una beldad que elogiar en el libro de los *Preludios*, que es el libro mismo, impreso por el caraqueño Manuel María Hernández, con el esmero con que el orífice tornea su joya. El autor tiene un hermano, que es el impresor; y salen al mundo libros bellos como éste del poeta, de la amistad entre el autor, que da la piedra preciosa, y la impresión, que la calza en digna montura. Aquí el impresor fue poeta también, por la delicadeza con que regala la edición memorable a la hija de Rafael de Castro Palomino, y por el arte de la prensa, que tiró hoja a hoja, en páginas de fondo floreado y marco de oro leve, como las más ricas de los libros nuevos. Tal cuidado merecía en verdad un libro donde no hay una sola palabra del vicio y vanidad que afean la vida.

Patria, 22 de abril de 1893

2

VERSOS VERDADEROS

El día, un buen día de Filadelfia, ha sido hermoso de energía y verdad. Se han juntado almas, se ha añadido a lo que había, se ha abierto campo nuevo. Es hora de descanso, alrededor de la mesa hospitalaria de Marcos Morales. La madre norteamericana, tiene la piedad de Cuba, y su dolor; la hija mayor, como cuando la Biblia, bella como su corazón, sirve a la mesa. No: al viajero enfermo no le han de servir manos de alquiler. La casa ama cuanto ama el padre bueno, amigo de Cuba, amigo de cubanos. Se habla de los que se pueden elogiar: no se había de lo que merece censura. Se ha servido a la patria durante el día, y se es indulgente. La casa va a llenarse de gentes nuevas. Se conversa del respeto que en Filadelfia tienen a los cubanos; del talento criollo, que inventa y rebosa; de un baracoño que hace versos, y tabacos;

de la poesía falsa, de la poesía verdadera, de la poesía guajira. Y Marcos Morales, hombre hoy de casa de lujo, ganada a puño en la soledad yanqui, recuerda sus tiempos de mozo, allá en Barajagua, donde "le dieron el tiro de muerte al brigadier José González, tabaquero y maestro de azúcar". También Marcos, de muchacho, componía décimas, antes de saber leer, décimas de amoríos para los campesinos, de "conquistar" y de "reconquistar". Y cuenta de cuando llegó una vez con su padre a una vega, a comprar del mejor tabaco que había, del de Manicaragua; y vio a una muchacha, que se quedó dormida, debajo de un árbol, "uno de esos tipos preciosos de la naturaleza". Al verla, me inspiré; y ella al sentir los caballos, se despertó. Allí mismo, con mis catorce años salvajes, escribí esta décima al salir, esta increíble décima:

*En una fresca mañana
De un florido mes de abril,
Donde el céfiro sutil
Agita la palma indiana,
Una guajira lozana,
Más hermosa que una jagua,
Bajo una hermosa yamagua
Medio dormida la hallé,
Y al verla dije: "¡Esta sí es
La flor de Manicaragua!"*

De codos en la mesa, José González, de Bejucal, hombre tallado en un corazón, cuenta modesto, los méritos de otros; todos los demás cuentan los de él, su ardiente patriotismo, su hogar modelo, su ancianidad incólume, su oratoria castiza, de puro sincera, su corazón amigo. Adora la virtud, y la adivina. Ama a los pobres. Describe la vida en Cuba cuando su niñez, el pensamiento ahogado, el banquete misterioso, el juramento a que no ha faltado él, los versos rebeldes. Se acuerda aún de esta décima suya, puesto que se habla de décimas, improvisada en un banquete "por este pobre criollo que nunca fue a la escuela".

*¿Y tú no sabes mis penas
De qué derivan, Tomás?
Mira tu pueblo, y verás
Como gime entre cadenas,
Mira las conciencias llenas
De ignorancia, de inquietud,*

*Postrada la juventud
En el sopor del olvido,
El pudor casi extinguido,
Casi muerta la virtud.*

Pero esos versos no los debe decir, del bochorno, el que lleva en la memoria un soneto como éste; alusivo a una pintura, que escribió quien nadie sabe, y dice:

*Ese ramo de palma cimbradora,
Que un genio abarca en la siniestra mano,
Simboliza la patria del cubano,
Tierra infeliz que entre cadenas llora.*

*Mas también en la diestra vengadora
Tremola el pabellón americano,
Anunciando la ruina del tirano
Y los albores de la libre aurora.*

*En vano el opresor, llame en su abono,
Las nieblas del funesto oscurantismo,
Persiguiendo a los genios con encono.*

*La ilustración combate al despotismo,
Y ya los lanza del sangriento trono,
A los horrendos antros del abismo.*

"Pues ese soneto,—dijo González,—es de un niño de Bejucal, de un niño de quince años, de un cubano mulato, José María Martínez. Era "mochila" todavía el pobre aprendiz; "cogía tripa" en la tabaquería. ¿Cultura? ¡ninguna! Unas tías suyas, morenas, lo enseñaron a leer. Su amigo era Nicolás, esclavo de los Márquez. Un cubano de progreso llegó allí, un señor Lezcano, y tenía un álbum con las páginas orladas de emblemas tropicales, y versos buenos en todas ellas. Nicolás le servía de criado, y como dijo que José María hacía versos, Lezcano quiso que le escribiese una página donde había un genio, con las palmas en una mano, y la bandera americana en la otra. Y José María haló de la pluma, y escribió, a los quince años, ese soneto. Luego, rompía todo lo que escribía: era una angustia vérselo hacer: era como un nihilismo del corazón. Le tachó el censor unas décimas de indios que hizo para *El Ariguanabo* que publicaba un Valdés en San Antonio de los Baños, y desde entonces rompía cuanto escribía "porque el censor todo me lo mata: son los hijos de mi alma, y no los quiero ver falsificados".

José María Martínez, a los quince años, no era menos que genio. Lo mismo en poesía, que en pintura, que en música. El fue el autor de "El Capitán", un drama en tres actos, y aquel poeta natural tuvo que dar la obra a tres conocidos para que le pusieran la ortografía. Juan Clemente Zenea lo criticó, y le halló poder. Era triste verlo, porque siempre estaba triste. Pasaba por las calles de Bejucal como una sombra: por la calle Real, por donde iba pocas veces, por la plaza de la iglesia, por el rincón de la terrera, deshecho como su corazón. El cuerpo, cómodo, era como para hombre feliz; pero en la luz desolada de la frente se le veía el alma irremediable. Murió de la asfixia colonial, de la estrechez, de la pena.

Y ya que estamos en sonetos, aunque en Cuba, después de "La Balcante", de Luaces, no vale la pena de hacerlos, óigase éste, de otro bejucaleño, a quien todo el mundo quiere, allá en su botica, a quien pocos tienen por el poeta que es, como que hace estas cosas:

LA LOCOMOTORA

*Arrogante, temible, bramadora,
Dando al aire sus gritos de progreso,
Con el vapor en sus calderas preso
Se adelanta la audaz locomotora.*

*No es su marcha triunfal devastadora,
Que dondequiera que el fecundo peso
Gravita de su mole, deja impreso
El surco de la industria bullidora.*

*Así es la libertad: con firme paso
A reformar la humanidad camina
Cual sol que nunca llegará a su ocaso;*

*A su mirada la Opresión inclina
La sangrienta cerviz, mientras acaso
Los materiales de su tumba hacina.¹⁵*

La casa se llenaba ya, y el trabajo patrio volvía a empezar. Se comentaban las poesías, y el anhelo de libertad de todo lo que se escribe en Cuba; y las aspiraciones santas de otro tiempo, en rimas cojas, y las des-

¹⁵ Este soneto es de Francisco Campos y Marquetti, que fue farmacéutico de Bejucal y emigrado revolucionario en México durante la guerra de 1895. El soneto forma parte de un libro inédito de versos de este cubano.

vergüenzas madrileñas de hoy, con todos los acentos, y el alma del país, que estalla en todo lo que escribe el corazón popular. "Y eso es tan verdad —decía al levantarse Marcos Morales— que me van a oír esto que le dijo en un bautizo un veguero a su comadre. Antes de la guerra fue, el año 67. Le estaba entregando el niño, de vuelta de la iglesia, y le pidieron que "hiciera un verso". Lo pidieron de modo que hubo que hacer. Y apenas vaciló, y habló así Eligio Cruz:

*Es grande mi regocijo,
Es muy grande la alegría
Que siento, comadre mía,
Al ver ya cristiano a tu hijo.
Sólo una cosa te exijo:
Que le hagas ver que es hermano
De todo el que sea cubano,
Y yo quedo complacido.
¡Lo que siento es que ha nacido
Bajo este yugo tirano!*

Patria, 29 de abril de 1893

3

AUGUSTO DE ARMAS

Una noticia de veras triste viene de París. El artista que a los veinticuatro años de su vida tenía ya domadas dos lenguas, y con igual esmero y elegancia ponía su poesía, aún más literaria que real, en francés y en español, el que con sus "Rimas Bizantinas" cuyo título revela todo su color y exceso, ganó plaza de notable en la difícil literatura de París, el talento fino y descontentadizo que preparaba una edición suntuosa a su "Poema de un Cerebro", en versos franceses,—ha muerto en la soledad, lejos de los suyos. Diez días después de su muerte, preguntaron por él, y estaba la buhardilla vacía. Ni por su libro, que no llegó al Norte, lo conoce *Patria*, ni por lo que dicen de su existencia huraña los que lo trataron en París; sino por una carta, cincelada como una joya, donde escribió el pobre poeta el amor viril que para Cuba tenía su corazón.

Patria, 19 de agosto de 1893

1. JULIAN DEL CASAL

2. ENRIQUE NATTES

JULIÁN DEL CASAL

Aquel nombre tan bello que al pie de los versos tristes y joyantes parecía invención romántica más que realidad, no es ya el nombre de un vivo. Aquel fino espíritu, aquel cariño medroso y tierno, aquella ideal peregrinación, aquel melancólico amor a la hermosura ausente de su tierra nativa, porque las letras sólo pueden ser enlutadas o hetairas en un país sin libertad, ya no son hoy más que un puñado de versos, impresos en papel infeliz, como dicen que fue la vida del poeta.

De la beldad vivía prendida su alma; del cristal tallado y de la levedad japonesa; del color del ajeno y de las rosas del jardín; de mujeres de perla, con ornamentos de plata labrada; y él, como Cellini, ponía en un salero a Júpiter. Aborrecía lo falso y pomposo. Murió, de su cuerpo endeble, o del pesar de vivir, con la fantasía elegante y enamorada, en un pueblo servil y deforme. De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orifices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria. En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay aún poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa a veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia. El sello de la grandeza es ese triunfo. De Antonio Pérez es esta verdad: "Sólo los grandes estómagos digieren veneno".

Por toda nuestra América era Julián del Casal muy conocido y amado, y ya se oirán los elogios y las tristezas. Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como

una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa.—Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal. Y luego, había otra razón para que lo amasen; y fue que la poesía doliente y caprichosa que le vino de Francia con la rima excelsa, paró por ser en él la expresión natural del poco apego que artista tan delicado había de sentir por aquel país de sus entrañas, donde la conciencia oculta o confesa de la general humillación trae a todo el mundo como acorralado, o como con antifaz, sin gusto ni poder para la franqueza y las gracias del alma. La poesía vive de honra.

Murió el pobre poeta, y no lo llegamos a conocer. ¡Así vamos todos, en esa pobre tierra nuestra, partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, viviendo sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones de nuestro pueblo propio! Nos agriamos en vez de amarnos. Nos encelamos en vez de abrir vía juntos. Nos queremos como por entre las rejas de una prisión. ¡En verdad que es tiempo de acabar! Ya Julián del Casal acabó, joven y triste. Quedan sus versos. La América lo quiere, por fino y por sincero. Las mujeres lo lloran.

Patria, 31 de octubre de 1893

2

ENRIQUE NATTES

I. CARTA A NATTES

New York, diciembre 28 de 1891¹⁶

Sr. Enrique Nattes

Señor y amigo:

Muy de prisa, como estos tiempos tan ocupados me lo exigen, mas no sin la afectuosa atención que me merecen las obras de su ingenio, he

¹⁶ Martí se hallaba en Cayo Hueso en esta fecha. Hay, sin duda, equivocación en el lugar o en la fecha en que fue escrita la carta.

leído el volumen de sus bellísimas poesías, que con una sencillez que a mí me parece conmovedora y le gana toda mi voluntad, ha titulado *Vd. Flores Silvestres*.

Por qué desea que yo escriba unas líneas al frente de sus versos, no me lo explico bien, a no ser que le mueva a ello el saber que quiero mucho a la tierra mía, y como entre sus noblezas tiene Vd. la de haber conservado en estos fríos neoyorquinos el leal afecto a su patria, que en otros se entibia, ya tiene natural derecho a mí, y se van mis celebraciones, sin violencia, camino de sus poesías, en justa alabanza del joven entusiasta y sensible, que no se avergüenza de abrigar y expresar, en estos tiempos en que ni una ni otra cosa favorecen, sentimientos puros y delicados.

Suelo yo buscar en los versos que leo, más que la forma y melodía de que sin embargo vivo muy prendado, el espíritu del que los escribe, y como no halle en ellos espíritu propio, no me parece que haya música ni artificio poético que los rediman.

No diría yo la verdad si le escondiese que los versos de este tomo son muy fluidos y agradables; pero lo que más los avalora no es la soltura de los romances, que es visible, ni lo rico y sonoro de las medidas, en lo que Vd. indudablemente sobresa, aunque este mérito suelen pagarlo en Vd., como lo pagan en todo el mundo, la solidez y limpieza de la frase; ni la precisión con que encaja en sus estrofas el pensamiento, cuando éste viene, como en Vd. es usual, de un afecto dulce y verdaderamente conmovido; sino descubrirle, a través de ellos, apasionado, vehemente, modesto, instruido y honrado.

Su patria y su madre le inspiran poesías en que ha sido muy feliz; otras musas conmueven más, ¡pero ninguna inspira tanto! y, es tan tierna su manera de quererlas, que parece que de un mismo y entrañable modo quiere a la una y a la otra.

Observo también, y éste es un mérito útil y raro en esta época triste, que en Vd. el chiste es tan genuino como el sentimiento, con ser éste siempre hondo y delicado; y que ya en parodia de poesías afamadas, ya en sus *Cantares*, dice, o sugiere, que vale tanto como decir, cosas que sin remedio traen la risa a los labios.

De sus cantares tengo que decirle que son muy buenos, por haber tomado Vd. ese género con tino, resultando todos ingeniosos y tiernos.

Tan elegantes y correctas como aquéllos me parecen sus *Rimas*, que son muy suyas, *El Pino y el Clavel*, *Nostalgia*, *En la Choza*, y *Lejos de Cuba*, finamente entendidos; así como el romance *Dos Estaciones*, que

no pudo terminar de una manera más sentida, donde, como en los versos *Al lector, A mi madre, Un Ramo de flores, y A mi Amada ausente*, la poesía a nadie se esconde y es piedra de muy finas aguas.

Quien como Vd. sabe decir en líneas desembarazadas y musicales lo que le conmueve, ha de fiarse sin miedo alguno, que lo que hay en poesía que valga está en uno propio: lenguaje flexible, oído músico, corazón encendido, ingenio vivaz; ¿cómo no ha de tener Vd. vencidas, con tales dotes que me complazco en reconocer y publicar, las dificultades que ofrece, en estos tiempos en que la poesía anda en azoro, el dominio perfecto de la rima?

Es también muy de celebrar, que no rebusca Vd. asuntos pomposos en que ensayar sus abundantes facultades, sino que de intento los rehuye, y evita casi siempre esa copiosa verba que, como el jagüey los troncos a que se enlaza, se come la poesía.

Antes buscando en las amables letras una amiga en las horas de solaz, se ve que son para Vd. el alivio de un corazón henchido de sentimientos generosos.

Siga Vd. como hasta aquí y en la medida en que los vaya viviendo escribalos. Es su amigo agradecido

JOSÉ MARTÍ

II. LOS VERSOS DE NATTES

Patria ha recibido de Enrique Nattes, hijo fiel de Guanabacoa, su lindo tomo de "Flores Silvestres"; y no merece la mala paga del olvido, poeta que con tan tierna sencillez lamenta su ausencia de Cuba, y por la de su madre padece de manera que el verso en que habla de ella suele ser como raíz que le sale sangrando de las entrañas. El libro de Nattes es pequeño, lo cual, siendo de versos, es en su favor, por ser poca la poesía del mundo, y breve, por su misma superior naturaleza, el estado poético. Alegatos en verso, o resúmenes históricos, o zambumbia erótica, hecha de la melaza de todas las literaturas, no es poesía; sino la flor de nuestro dolor, la chispa de la cólera pública, y el choque vívido del alma vibrante y la beldad de la naturaleza.

Nattes sabe de pena, como se ve cuando dice que él "va viviendo" sus versos: y lo que envidia no es la fea riqueza, criada a odio y tortura, ni el poder humano, amasado con sustos y villanías, sino "dos astros que

palpitan juntos en el éter", "dos olas que se buscan y alcanzan en la mar", "dos aves que se hablan sus cuitas en la misma rama". Le causa tristeza suave la calma nocturna del mundo. El pino no ha de despreciar al clavel. Si hay tres palabras que escribir en un abanico, escribe: "¡Te quiero tanto!" Ya no tiene más palmas que las que crecen, desafiando la nieve, en la verdad de su hogar. Todavía hay Lisbes y Cupidos en sus versos, y adónicos, muy bien hechos por cierto, y refranes que vienen dando vueltas desde la antología griega, y "rica miel", y "pálida luna" y "Laura bella": pero cuando recuerda a su madre y a Cuba, el verso es puro y digno, sin calces aparatosos ni palabras de pompón: y se estima al sincero poeta.

Patria, 21 de noviembre de 1893

**PRÓLOGO AL LIBRO *LOS POETAS DE LA
GUERRA,* PUBLICADO POR "PATRIA"**

¹⁷ Este libro, con prólogo de Martí y notas biográficas escritas por Serafín Sánchez, Fernando Figueredo, Gonzalo de Quesada y otros, lo publicó *Patria*, Nueva York, 1893.

¿Y quedará perdida una sola memoria de aquellos tiempos ilustres, una palabra sola de aquellos días en que habló el espíritu puro y encendido, un puñado siquiera de aquellos restos que quisiéramos revivir con el calor de nuestras propias entrañas? De la tierra, y de lo más escondido y hondo de ella, lo recogeremos todo, y lo pondremos donde se le conozca y reverencie; porque es sagrado, sea cosa o persona, cuanto recuerda a un país, y a la caediza y venal naturaleza humana, la época en que los hombres, desprendidos de sí, daban su vida por la ventura y el honor ajenos. La indignación misma ante la envidia y codicia que malean, hipócritas o descaradas, las virtudes más finas, trae en sí como cierta piedad, y un deseo ciego y dominante de perdón y olvido; porque sobre todo cuanto cubrió derrama su belleza la luz de aquellos tiempos consoladores y muchas veces sobrenaturales. Una noche de poca luz, después del día útil, en el rincón de un portal viejo de las cercanías de New York, recordaba un general cubano, rodeado de ávidos oyentes, los versos de la guerra. Los árboles afuera, árboles fuertes y nervudos, recortaban el cielo, y parecían caricia a los muertos, al bajarse una rama rumorosa, o revés, al erguirse de súbito, o hilera de guardianes gigantes, con el fusil a la funerala, al borde de nuestra gran tumba. El robusto recitador, sentado como estaba, decía como de lejos, o como de arriba, o como si estuviese en pie. Las mujeres, calladas de pronto, acercaron sus sillas, y oían fluir los versos. El respeto llenaba aquella sombra. “¿Por qué, dijo uno, no publicaremos todo eso, antes de que se pierda; antes de que caigan tal vez los hombres que lo recuerdan todavía?” Y en la prisa de trabajos mayores, como quien se descubre un instante la cabeza en la humildad del alma, y conversa en la tiniebla con los suyos antes de seguir el camino arduo, se publican los versos que Serafín Sánchez, el recitador de aquella noche, aprendió de los labios de los poetas, en los días en que los hombres firmaban las redondillas con su sangre.

De copia en copia han venido guardándose, o en la memoria agradecida, los versos de la guerra. Ni luz tiene el sol, ni hermosura la naturaleza, ni sabor la vida mientras corren riesgo constante de degradación los hombres que nacieron en la misma tierra en que nacimos; ni el desahogo y regalo de la pluma parecen, con justicia, digna ocupación, cuando la sangre toda de las venas arde por derramarse, de abono y semilla, en la tierra donde los hombres no pueden vivir en paz con su honor, ni emplear en su bien y en el del mundo la riqueza oprimida de su pensamiento. En los descansos de esta fatiga creciente, que sólo ha de cesar cuando la patria sea feliz o la vida se extinga,—porque no hay gozo privado que emancipe al hombre, criatura y compuesto de su pueblo, de su deber público; en los instantes de bochorno, raros por fortuna, en que se ve caer una honra de su antigua cumbre, a sentarse a un pan vil, o en los de santo recogimiento, cuando el ánimo decidido, como para ponerlo en lo futuro, busca en la memoria el honor pasado,—los cubanos leales, a la sombra de un viejo o de un valiente, se juntan a recordar las hazañas, y la gloria, y los versos. Tiene la guerra su poesía famosa, ya porque expresaba, en la forma ingenua y primeriza del mártir novel, los puros sentimientos que sacrificó alegre al de la patria, ya porque a filo de chiste le descabezaban al contrario una insolencia, ya porque dicen hechos tales de sacrificio y ardor que ponen como una majestad involuntaria e inviolable sobre los que en aquel aire respiraron, y contra el testimonio de sus venas pugnarían luego en vano por negarse el honor de haber sido en él héroes o testigos. Periódicos hubo allí como *El Mambí*, *El Cubano Libre*, *La Estrella Solitaria* y *La Estrella de Jagua*, de Hurtado, donde en el tipo mínimo de aquellas cajas andariegas, vio la luz mucha poesía generosa e histórica: ociosos hubo allí amables, y certámenes en ellos, y hasta un libro manuscrito llegó a componerse, de lo mejor que se recitaba en una casa amiga: valiente tuvo la revolución que no bien salvado en la ceja protectora, de la sorpresa de la sabana donde perdió los espejuelos, narraba, envuelto aún en el humo, su cómica agonía: los combates y la amistad y el amor fueron puestos en rima o romance, inferiores siempre, por lo segundón y mestizo de la literatura en que se criaron, a las virtudes con que en ellos se copiaban insensiblemente los poetas. Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal a veces pero sólo pedantes y bribones se lo echarán en cara: porque morían bien. Las rimas eran allí hombres: dos que caían juntos, eran sublime dístico: el acento, cauto o arrebatado, estaba en los cascos de la caballería. Y si hubiera

dos notas salientes entre tantos versos de molde ajeno e inseguro, en que el espíritu nuevo y viril de los cubanos pedía en vano formas a una poética insignificante e hinchada, serían ellas la púdica ternura de los afectos del hogar, encendidos, como las estrellas en la noche, en el silencioso campamento, y el chiste certero y abundante, como sonrisa de desdén, que florecía allí continua en medio de la muerte. La poesía de la guerra fue amar y reír. Y acaso lo más correcto y característico de ella es lo que, por la viveza de sus sales, ha de correr siempre en frasco cerrado. En los labios de todos, entre otros menos conocidos, están los nombres de los poetas: Miguel Jerónimo Gutiérrez y Antonio Hurtado del Valle, y José Joaquín Palma y Luis Victoriano Betancourt, y Antenor Lescano y Francisco la Rúa, y Ramón Roa. Hay versos que hacen llorar, y otros que mandan montar a caballo.

La rima, que entretiene el dolor, fue en los largos descansos de la guerra tarea de enfermos y de heridos, o piedad con que el poeta animaba a ejército hambriento y desnudo, o crónica en que se iba viendo, en días de poca imprenta, los deseos y juicios de la revolución e historia de sus sucesos principales, o forma sencilla, e inadecuada casi siempre, de sentimientos y escenas heroicas. Catorce años van pasados, que han sido años de veras, desde que por sorpresa o desmayo comenzó la tregua en Cuba, y no se reúne una casa de entonces o un poco de nuestro honor antiguo, sin recordar una anécdota gloriosa y picante del tiempo fuerte y bueno, o a un bravo chistoso, o un cuadro conmovedor, o el zancudo soneto y suelta décima en que aquellos poetas naturales los conmemoraban. Habla Tomás Estrada Palma, autor a la vez del decreto de muerte a los cubanos traidores y de la fina trova a la modestia y piedad de las hermanas de Fernando Figueredo; y recuerda, como entre nube de pólvora, la procesión patriótica, poco después de la toma de Bayamo, en que salió de Libertad la hija de *Perucho*, e iba el pueblo cantando tras ella el himno que en el arrebatado del triunfo, había compuesto el padre. De las Villas sabe mucho Néstor Carbonell, y él cuenta el porte noble de Miguel Jerónimo y su verso doloroso, y la melancolía y enfermedad del pulcro y tierno Hurtado, y de José Botella, que a consonantes puros, y con otros recursos ingeniosos, logró curar a los oficiales en barbecho de la manía de probar unos en otros el acero que por enfermos o desocupados no podían blandir en la pelea: en un bohío estaban como diecisiete valientes, con una sed que daba náuseas, y les hacía ver enemigos o serlo entre sí, cuando un ojo baqueano divisó por allá arriba uno que parecía panal suculento, y resultó luego de derribado, cuajo de cera,

sin más que un dedo de miel, que cupo en suerte al compasivo Coll, en premio del mejor soneto entre los que se disputaron el panal. Si no hay moños alrededor, nunca falta quien recite las décimas aquellas de Luis Victoriano a don Julián de Mena; o tanta cosa suya, de franco giro y epíteto desenvuelto; o la décima de Antenor a Villergas, en que el chispeante camagüeyano, autor más tarde en México de versos reales y sentidos, le volcó sobre la cabeza al demagogo alquilón la caricatura con que en *El Moro Muza* se quiso burlar de los fundadores de un pueblo. O se está en familia, entre Barrancos y Guerras, contando cómo se vivía, en terror y orgullo, por los primeros años de la revolución, y pinta Benjamín Guerra, que ya a los doce años era caballero de la libertad en nuestros montes, el modo con que volvió al rancho libre el abuelo de la casa:—tenía el viejo a Nuevitas por cárcel, y para que le viese la humillación el pueblo entero, le hacían subir todos los días la loma del gobernador a la pobre barba blanca; pero José de Armas fue, cuando la visita de arreglos, y dieron al abuelo permiso de volver a su familia: a caballo, loco, venía el niño a saber novedades, cuando divisó al anciano, torció jáquima y voló a decir al rancho la felicidad: de la puerta del rancho salía a poco la familia entera, con los hijos alrededor de la abuelita, y el sol sobre el grupo, y en las manos de la abuela la bandera cubana: el viejo, al verla, se quitó el sombrero, se mesó la barba blanca, y rompió en una décima, mala y sublime, que empezaba así:

*Esa bandera adorada
que llena mi corazón
de placer, satisfacción,
al verla en tu mano amada...*

Y si se habla con Fernando Figueredo, es de no alzar la mano del papel, porque pinta como si se le viese a toda aquella compañía de gloria, y no hay canción que él no sepa, ni memori tierna o picante, ni quien le gane a contar con intención y cariño, ni quien saque más risas cuando narra el ataque al poblado de Yara, en que para conocerse en la oscuridad los cubanos entraron desnudos de cintura arriba, y tener camisa era cosa infeliz; pero no fue tan bien como pudo en aquella ocasión a los cubanos, por lo que los españoles los burlaban en unas estrofas bizcas, cantadas a coro en la retreta, y a las que Fernando contestó con dichosa parodia, que los voluntarios mismos de Yara cantaban después:

*Sin camisas, triunfantes, entraron,
ante el mundo mostrando, orgullosos,
que aunque pobres son libres, dichosos,
siervos no de un tirano opresor.*

Pero lo mejor de Fernando es cuando cuenta cuán mal le pareció a aquel gigante ingenuo, al leal y genioso Modesto Díaz, que Tomás Estrada tuviese de secretarios a Francisco La Rúa y a Ramón Roa:—“Ven acá, hombre: ¿cómo han consentido que Tomás haga eso?”—“Pero, don Modesto, ¿si son dos magníficos patriotas!”—“Mira, hombre, qué patriotas ni qué magníficos: pues a mí me han dicho que son dos sinvergüenzas”.—“Don Modesto, ¿si no hay quien les ponga punto a esos dos mozos! ¿qué malqueriente le dijo esa maldad?”—“Hombre, mira: a mí no me dijeron que eran sirvergüenzas: a mí me dijeron no más que eran poetas”.

Pero en la casa de toda una mujer, de Loreto Castillo de Duque de Estrada, fue donde tuvo la poesía de la guerra más largo y abrigado asiento. La casa estaba en San José de Guaicanamar, que los testigos dichosos de nuestra grandeza pintan como potrero extenso y feraz, donde residía de uso el Gobierno, o había siempre correo que pudiera dar con él. Otros ranchos eran de horquetas de caballete, con tres luengas yaguas por montura, que arrastraban en tierra, y adentro la hamaca: algún rancho fue recio y forrado, como el de Francisco Sánchez, a quien se le sujetó la tisis tenaz en la salud de la guerra: la casa de Loreto era, como las más de las cercanías, con la pared de lo que hubiese, y de yaguas las puertas, y el techo de ella también, o de guano o manaca. Por sillas sólo había la hamaca de preferencia o bancos de cuje, o troncos de árbol; pero la limpieza campesina hacía a todo el mundo llevarse la mano al yarey. Y allí se juntaban las mejores visitas. Duque de Estrada era silencioso, y Loreto vehemente y resuelta, baja de cuerpo, y de ojos relampagueadores cuando la sacaba del asiento la indignación, o contaba un lance apurado de su propia vida, como el de la bandera de las camagüeyanas para Enrique Reeve, bordada a ojos públicos, que ella plegó con mucho esmero bajo el cáliz, a que la bendijese con él el arzobispo de Santiago: o decía sus angustias cuando salió del Príncipe a la guerra, toda colgada en lo interior de medicinas, paquetes y jarros, y al entrar en la casa de las afueras, de donde pensaba irse de escondite, halló de visita tendida a un capitán que cortejaba en la familia, y era de ver

la falda aquella, que no podía moverse sin música y denuncia: o hablaba de la infelicidad de Cuba y de la muerte cruenta de sus hijos, y los guerreros oían a la mujer con la cabeza baja. Herminia, la hija, era de todos amiga discreta e inocente, y siempre fue como quien sabía que sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre. Allí iban todas las edades, y el ejército y el gobierno, y el Camagüey y los habaneros con el Oriente y las Villas: Estrada Palma, a toda hora cortés, visitaba con el Presidente, que era Spotorno entonces, y hombre de tanta urbanidad como ímpetu: Eduardo Machado ponía en todo su gracia serena, y aquel simpático mérito suyo, que no se complacía en deslucir el ajeno: allí el más puro, La Rúa; el más constante, Juan Miguel Ferrer; el más intencionado, Luis Victoriano Betancourt; el más caballeresco, Fernando Figueredo; el más decididor, Marcos García; el más original, Ramón Roa. Allí, entre versos propios y extraños, corrían las horas honrosas. Herminia recitaba, de poetas de Cuba, o alguna romántica melancolía traída en la memoria de los mejicanos o los caraqueños: recordaba Machado a "El Hijo del Damují", con la doliente voz de su cuerpo menudo, y su mano altiva y rota: quién recitaba un soneto de Céspedes o las décimas guerreras de antes de la revolución, o el himno de Holguín, que compuso Pedro Martínez Freire, o un feliz estribillo, que todo Oriente cantó, de José Joaquín Palma, o los demás versos de él, que son, en lo serenos y lúcidos, como las clavellinas del Cauto. En recitar era siempre el primero Marcos García, por su voz obediente y briosa, y el sentido que daba a *El Beso*, de Milanés, o al *Nocturno*, de Zenea, o a lo mejor de la poesía de España. Fernando Figueredo, con su hidalgo reposo, decía, del corazón más que de los labios, las décimas que escribió a su madre cuando el combate de Báguanos, o versos de ternura y lealtad a una flor de la guerra. Por la virtud del poeta parecían más bellas las estrofas propias que llevaba La Rúa, y él fue quien con su letra franca y cuidadosa escribió el único tomo de *La Lira Mambi*, perdido acaso, donde está lo mejor que entonces se compuso o dijo en la casa de Loreto. Luis Victoriano, guardando para lid mayor el corazón alto y estoico, era rima continua, quebradiza y risueña, y ponía en musa la gaceta toda de la República, y la de Guaicanamar. Y Roa, en los romances felicísimos, siempre iba allí con uno nuevo, bien de burla amigable a los transidos amigos de Herminia, bien de agorero regocijado, pintando su entrada triunfal en el Camagüey, con más lauros que ropa, y a las bellezas todas de su amistad rodeándolo solícitas, y a él entre tantas tentaciones impasible, porque, como decía el último verso: "el buey

suelto bien se lame".—O era triste la reunión a veces, porque alguno de los que estuvieron antes en ella no volvería ya jamás a recitar versos.

Convite y nada más es este libro, a todos los que saben de versos de la guerra, para que, siquiera sea sin orden ni holgura, salven, por la piedad de hermanos o de hijos, todo lo que pensaron en nuestros días de nación los que tuvieron fuego y desinterés para fundarla. Lágrimas cuajadas son algunas estrofas de aquellas, o bofetones, o mortal despedida, y puede hallarse más de una vez, entre el follaje y relleno de la jerga poética española, el rasgo franco y preciso del verdadero genio. Pero la poesía de la guerra no se ha de buscar en lo que en ella se escribió: la poesía escrita es grado inferior de la virtud que la promueve; y cuando se escribe con la espada en la historia, no hay tiempo, ni voluntad, para escribir con la pluma en el papel. El hombre es superior a la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos, y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas, para doblar ante ellas la rodilla, y perdonar en su nombre a los que los olvidan, o no tienen valor para imitarlos.

- 1. LIBRO NUEVO DE JOSÉ MIGUEL MACÍAS**
- 2. CIRILO VILLAVERDE**

LIBRO NUEVO DE JOSÉ MIGUEL MACÍAS

Con alegría verdadera, y agradecimiento al caballeroso editor, ve *Patria* en el número de estreno de "Los Domingos del *Diario Comercial*" de Veracruz, las primeras páginas del libro nuevo del filólogo cubano José Miguel Macías. Llámase el libro *Erratas de la Fe de Erratas de Don Antonio Valbuena*; y ya luce desde el prólogo su erudición de raíz su estilo inquieto y familiar, y su crítica franca y generosa, el autor triunfante del *Diccionario Cubano de las Raíces Griegas y Latínas*, que es a derechas todo lo que queda del latín viable, y del *Tratado de Desinencias*, que es obra de ahorro y expresión, donde se fija y acentúa el valor de nuestras palabras. De oquedad y follaje padece el castellano, y no hay como la etimología para ponerlo donde están, por su precisión y utilidad, el inglés y el francés. Tal como anda, el castellano es lengua fofa y tímida; y cuando se le quiere hacer pensar, sale áspero y confuso, y como odre resquebrajada por la fuerza del vino. José Miguel Macías es de los que le conocen a la lengua los manantiales; y del mucho saber, y suponer que todos saben tanto como él, suele parecer lo suyo intrincado en lo que es transparente, y difuso de pura energía, porque es su ciencia terca y rapante, que no deja el asunto hasta que está en el mero hueso, y con él desnudo golpea en las puertas del enemigo acorralado, —a reserva de darle a comer su propio corazón, y ponerle cubierto de honor en su mesa, como hace con el picafaltas de Valbuena, que es de los que le tiene mal a un monte que críe en una hendidja un verso cojo; y tachará a la nube azul porque lleva, en una gota de agua, una diéresis en vez de una coma. Por "sus estupendos disparates" cae encima a Valbuena el Vicerrector del Colegio de Veracruz; pero de buen grado le reconoce, por aquí o por allá, "gran pericia, modo magistral y envidiable criterio". Y a vueltas con los traviosos localismos veracruzanos que de lejos ponen cierta oscuridad en los análisis del filólogo, da Macías sobre Miguel de Escalada como el que sabe sobre quien sabe menos, y

pone de ligero y segundón, en res etimológica, al alevoso y colérico autor de los *Ripios Ultramarinos*.

Era en Veracruz, hará como un mes, y en una noche que *Patria* no puede olvidar. Los españoles habían sido corteses, y los cubanos admirables. Se había hablado poco y hecho cuanto se tenía que hacer, porque sólo la gente nula y ruin pierde el tiempo en lengua, y entre los hombres reales las cosas quedan hechas a las pocas palabras. A las siete llegó un viajero ansioso, y ya a la madrugada, lleno de orgullo el corazón cubano, iba a leer como descanso del alma contenta, los libros del patriarca de la casa, de José Miguel Macías. El cuarto era vasto, lleno de imágenes piadosas, y junto a la cama señorial estaba el velador lleno de libros.—“¿Y va usted a leer esas vejeces? Si me va a leer, venga a oírme algo nuevo”.—Y aquel anciano de ojos vivaces y paso juvenil, aquel septuagenario que con corazón de mozo había preparado en un día activo al viajero una noche de obra útil y júbilo profundo, aquel maestro cargado con la faena de tres generaciones, y la labor de aquella noche elocuente y asidua, avivó la luz, en el noble comedor de aquella casa de trabajo y honradez, donde la esposa ha sido leal y los hijos amantes y laboriosos, y hasta que salió el sol leyó sus *Erratas de la Fe de Erratas* el batallador Macías. Como pelea de veras fue aquella lectura: él desgrana su análisis, que se ve entonces claro y felicísimo, y lo comenta con la voz, y le clava el resumen al enemigo en el testuz, y remata el argumento con la pasión de la verdad. En su etimología no entran ladrones. La fantasía suele entrar, pero como ayuda y chiste, y porque toda ciencia empieza en la imaginación, y no hay sabio sin el arte de imaginar, que es el de adivinar y componer, y la verdadera y única poesía. La lámpara se debilitaba; pero no la voz del laureado anciano, cuando defendía de una nimiedad del Valbuena a caballero literario tan pulcro y cuidadoso como José Roa Bárcena, que es por cierto amigo de España y academias, a quien el de Lavapiés tiene en menos porque emplea la ancianidad honrada de tenedor de libros; y a poeta tan elegante, y de tan universal sentido de belleza, como Manuel Gutiérrez Nájera. En verdad que se sentían junto a aquel anciano trabajador cariños de hijo. ¡Cuba así, como sus naturales, vive oscura, o a medio vivir, cuando sólo necesita de la libertad para poner en la labor y la luz el mérito errante de sus hijos! Pero Macías, al menos, vive, erguido y amado, en un pueblo de hermanos.

Otra belleza tiene este libro de Macías que no es para callada; y es que se lo edita José Pérez Pascual, español de nacimiento, y tan amigo

de la justicia, que no entiende que el haber nacido en Cuba excuse al hombre de la obligación de amarla. Pérez Pascual le ve a Macías el corazón sin saña, le oye el discurso revolucionario, jamás le oye palabra baja y vil contra el español de nacimiento. Y le abre su casa, y con sus más nobles tipos le imprime en “Los Domingos del *Diario Comercial*” su libro nuevo,—como nosotros abriremos mañana nuestra patria libre a los españoles de buena voluntad, nuestros padres y nuestros hermanos. El odio canijo ladra, y no obra. Sólo el amor construye. Hiere, y saca sangre a los hombres, para amasar con ella los cimientos de su felicidad. Será justa la América hermosa.

Patria, 8 de septiembre de 1894

2

CIRILO VILLAVERDE

De su vida larga y tenaz de patriota entero y escritor útil ha entrado en la muerte, que para él ha de ser el premio merecido, el anciano que dio a Cuba su sangre, nunca arrepentida, y una inolvidable novela. Otros hablen de aquellas pulidas obras suyas, de idea siempre limpia y viril, donde lucía el castellano como un río nuestro sosegado y puro, con centelleos de luz tranquila de entre el ramaje de los árboles, y la mansa corriente recargada de flores frescas y de frutas gustosas. Otros digan cómo aprovechó para bien de su país el don de imaginar, o compuso sus novelas sociales en lengua literaria, antes de que de retazos de Rinconete o de copias de Francia e Inglaterra diesen con el arte nuevo los narradores españoles. Ni cuando el amable Delmonte saludaba en él, con aquel cultivo del mérito por donde es la crítica más útil que por la agria censura, “al primer novelista de los cubanos”; ni cuando en el silencio del destierro, con aquella rara mente que tiene de la miopía la menudez sin la ceguera, compuso, al correr de sus recuerdos de criollo indignado, los últimos capítulos de su triste y deleitosa “Cecilia”; ni cuando a la sombra de los nobles lienzos de Canos o Murillos que le quedaron de la antigua fortuna, leía, con orgullo de criollo fiel, los elogios vehementes de América, o alguno de España, de ignorancia infeliz; ni cuando en las oscuras mañanas de invierno iba puntual, muy hundido ya el cuerpo, a su servidumbre de trabajador, allá en la mesa penosa de *El Espejo*,—se vio a Cirilo Villaverde tan meritorio y fogoso y digno de verdadera

admiración, como una noche de New York, de mortal frío, en que, recién vencida, en un ensayo descompuesto, la idea de la independencia de su patria, con sus manos de setenta años recibía afanoso, en la puerta de un triste salón, a los hombres enteros, capaces de lealtad en la desdicha, que a su voz iban a buscar manera de reanudar la lucha inmortal que en los yerros inevitables y útiles aprende lo que ha de contar, o de des- contar, para poner al fin, sobre la colonia que ciega a los hombres y los pudre, la república que los desata y los levanta. ¡Y qué manso contraste, el de la blandura de sus gestos con el azote y rebeldía de su palabra! “¿A qué perder tiempo? ¿A qué creer que el lobo le ponga mesa a la oveja, y se salga del festín, y se quede con hambre a la puerta, mientras la oveja adentro triunfa y se regala? ¿A qué tener atado uno de los países nuevos del mundo a una nación caída, hambrienta e inútil? ¿A qué confundir la necesidad histórica y humana de la independencia de Cuba, que es ley que sólo admite la demora de la madurez, y no se puede desviar, con la infelicidad, respetable siempre, de una de las tentativas hechas para acelerarla? ¡Pues a otra tentativa, mejor hecha! ¡Seguir hasta llegar!” Y el anciano hablaba a los jóvenes, rodeado de ancianos. Tenía derecho a hablar, porque en la hora de la prueba, cuando el empuje de Narciso López, no había mostrado miedo de morir.

“Castellano, hijo”,—decía una vez a un amigo de *Patria*, en la casa vetusta de la calle de San Ignacio, aquel tierno amigo, y maestro de la lengua, que se llamó Anselmo Suárez y Romero,—“castellano no lo escribo en Cuba yo, ni los que dicen que no lo escribo bien; si quieres castellano hermoso, lee a Cirilo Villaverde”; y de junto al manuscrito de las “Semblanzas”, que es tesoro que ya no debiera andar oculto, y el cuaderno donde en lucida letra inglesa le habían copiado el capítulo de Francisco que hizo llorar a José de la Luz, sacó Anselmo, y apretó con las dos manos, el primer volumen de “Cecilia Valdés”, el que se publicó por 1838. En el Norte vivía Villaverde; pero donde había letras en Cuba, o quien hablase de ellas; su nombre era como una leyenda, y el cariño con que lo quiso y guió Del Monte. En el Norte vivía él, con el consuelo de amar y venerar, y ver de cerca la noble pasión, a la cubana que en el indómito corazón lleva toda la fiereza y esperanza de Cuba, y en los ojos todo el fuego, y el mérito todo de la tierra en la abundancia y gracia de su magnífica palabra: a su compañera célebre, Emilia Casanova. Cuba, que no olvida a quienes la aman, lo recibía, en sus visitas de salud, con orgullo y agasajo; y él venía como muerto, si hablaba, cual no queriendo hablar, de la conformidad vergonzosa con nuestro estéril deshonor,—y como reno-

vado, al recordar a este hombre o aquel, y la generación que sube, y la ira sorda. Ha muerto tranquilo, al pie del estante de las obras puras que escribió, con su compañera cariñosa al pie, que jamás le desamó la patria que él amaba, y con el inefable gozo de no hallar en su conciencia, a la hora de la claridad, el remordimiento de haber ayudado, con la mentira de la palabra ni el delito del acto, a perpetuar en su país el régimen inextinguible que lo degrada y ahoga.

Patria, 30 de octubre de 1894

EDUCACION

1. CARTAS INÉDITAS DE JOSÉ DE LA LUZ¹⁸
2. RAFAEL MARÍA DE MENDIVE
3. LOS LUNES DE “LA LIGA”
4. JULIO ROSAS

¹⁸ Véase también el artículo *José de la Luz*. en la página 271.

CARTAS INÉDITAS DE JOSÉ DE LA LUZ

Los cubanos veneran y los americanos todos conocen de fama al hombre santo que, domando dolores profundos del alma y el cuerpo, domando la palabra, que pedía por su excelsitud aplausos y auditorio, domando con la fruición del sacrificio todo amor a sí y a las pompas vanas de la vida, nada quiso ser para serlo todo, pues fue maestro y convirtió en una sola generación un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres. Pudo ser abogado, con respetuosa y rica clientela, y su patria fue su única cliente. Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad, cuando era indispensable defenderla. Pudo escribir en obras—para su patria al menos—inmortales, lo que, ayudando la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en la naturaleza, sobre la música de lo creado y el sentido del mundo, y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar. Supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres.

El noble anciano que poco antes de morir puso en manos de *El Economista* las cartas que hoy publica, no las dio como cosa común, sino como quien, al irse de la vida, lega a quien sabrá guardarlo su mejor tesoro. “He vivido mucho”, decía; “de tanto esperar en vano la justicia en el mundo y la libertad para mi patria, se me ha espantado el entendimiento; pero en ningún país traté jamás a un hombre tan sabio y tan bueno. Se me deshacía a veces en lágrimas el corazón cuando lo oía hablar. Perdonar: ¡yo no sé, después de Jesús, quien haya sabido perdonar mejor! Saber: ¡oh, era un gran saber cristiano, que no se contentaba con repetir el último libro que leía, ni rechazar lo que no se avenía con su criterio, sino estudiaba más lo más hostil, y hallaba de

una ojeada la verdad de todo! Cuando lo afligía la fealdad de la vida, se consolaba embelleciendo las almas, para que fuese patente la beldad universal. Yo era un pobre, yo era muy pobre y muy infeliz ante él, y me trató siempre como a un hermano y como a un monarca. Amo la vida porque me fue permitido conocerlo”.

Dicen así las cartas:¹⁹

El Economista Americano, Nueva York, marzo de 1888

2

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

Sr. Enrique Trujillo

Mi generoso amigo:

Y ¿cómo quiere que en algunas líneas diga todo lo bueno y nuevo que pudiera yo decir de aquel enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino sobre verdades de su corazón o sobre penas de la patria? De su vida de hombre yo no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe cómo peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas; cómo dio en España el ejemplo, más necesario hoy que nunca, de adquirir fama en Madrid sin sacrificar la fe patriótica; cómo empleó su riqueza, más de una vez, en hermostrar a su alrededor la vida, de modo que cuanto le rodeaba fuese obra de arte, y hallaran a toda hora cubierto en su mesa los cubanos fieles y los españoles generosos; cómo juntó, con el cariño que emanaba de su persona, a cuantos, desagradecidos o sinceros para con él, amaban como él la patria, y como él escribían de ella. De la *Revista de la Habana* nada le diré aquí; ni de su traducción de las *Melodías* de Tomás Moore; ni de su cariño de hijo para José de la Luz, y de hermano para Ramón Zambrana; ni de la tierna amistad que le profesaron, aun cuando las contrariedades le tenían el carácter un tanto deslucido, los hombres, jóvenes o canosos, que llevaban a Cuba en el corazón, y la veían, fiera y elegante, en aquella alma fina de poeta. ¿No recuerdo yo aquellas noches de la calle del Prado, cuando el colegio que llamó San Pablo él porque la Luz había

llamado al suyo el Salvador?: José de Armas y Céspedes, huyendo de la policía española, estaba escondido en el cuarto mismo de Rafael Mendive; en el patio, al pie de los plátanos, recitábamos los muchachos el soneto del “Señor Mendive” a Lersundi; en la sala, siempre vestido de dril blanco, oía él, como si conversasen en voz baja, la comedia que le fue a recitar Tomás Mendoza; o le mudaba a Francisco Sellén el verso de la elegía a Miguel Angel, donde el censor borró “De Bolívar y Washington la gloria”, y él puso, sin que el censor cayese en cuenta, “De Harmodio y Aristógiton la gloria”; o dictaba, a propósito de uno u otro Sedano, unas sextillas sobre “los panc’s’as” que restallaban como latigazos; o defendía de los hispanóforos, y de los literatos de enaguas, la gloria cubana que le querían quitar a la Avellaneda; o con el ingeniero Roberto Escobar y el abogado Valdés Fauli y el hacendado Cristóbal Madan y el estudiante Eugenio Entenza, seguía, de codos en el piano, la marcha de Céspedes en el mapa de Cuba; o me daba a empeñar su reloj, para prestarle seis onzas a un poeta necesitado. Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo di, llorando.

O de un poco antes pudiera yo hablarle, cuando lo acababan de hacer director del colegio, y él estaba de novio en sus segundas nupcias, con una casa que era toda de ángeles. Los ángeles se sentaban de noche con nosotros, bordando y cuchicheando, a oír la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar, Rafael Mendive; o nos oían de detrás de las persianas, cuando las expulsaban por traviesas, lo que,—ante el tribunal de Valdés Fauli, y Domingo Arosarena, y Julio Ibarra, y el conde de Pozos Dulces, y Luis Victoriano Betancourt,—teníamos que decir sobre “el funesto Alcibiades” o “el magnánimo Artajerjes” o “los sublimes Gracos”. Era maravilloso,—y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla,—aquel poder de entendimiento con que, de una ojeada, sorprendía Mendive lo real de un carácter; o cómo, sin saber de ciencias mucho, se sentaba a hablarnos de fuerzas en la clase de física, cuando no venía el pobre Manuel Sellén,—y nos embelcaba. De tarde, antes de que llegasen sus amigos, dictaba a un tierno amanuense las escenas de su drama inédito *La Nube Negra*, o capítulos de su novela de la sociedad habanera, donde están, como flagelados con rosas, pero de modo que se les ve pestañear y urdir, los héroes de la tocina y del chisme y del falso dandismo.

¿Se lo pintaré preso, en un calabozo del castillo del Príncipe, servido por su Micaela fiel, y sus hijos, y sus discípulos; o en Santander, donde

¹⁹ A continuación siguen las cartas de José de la Luz a José Podbielski.

los españoles lo recibieron con palmas y banquetes?; ¿o en New York, a donde vino escapado de España, para correr la suerte de los cubanos, y celebrar en su verso alado y caluroso al héroe que caía en el campo de pelea y al español bueno que no había querido alzarse contra la tierra que le dio el pan, y a quien dio hijos?; ¿o en Nassau, vestido de blanco como en Cuba, malhumorado y silencioso, hasta que, a la voz de Víctor Hugo, se alzó, fusta en mano, contra *Los Dormidos*?; ¿o en Cuba, después de la tregua, cuando respondía a un discípulo ansioso: “¿Y crees tú que si, por diez años a lo menos, hubiese alguna esperanza, estaría yo aquí?” ¿A qué volver a decir lo que saben todos, ni pensar en que los diez años han pasado? Prefiero recordarlo, a solas, en los largos paseos del colgadizo, cuando, callada la casa, de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; o cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba.

Su

JOSÉ MARTÍ

El Porvenir, Nueva York, 1 de julio de 1891

3

LOS LUNES DE “LA LIGA”

“La Liga”.—Las clases.—Las reuniones familiares de los lunes

“La Liga” de New York es una casa de educación y de cariño, aunque quien dice educar, ya dice querer. En “La Liga” se reúnen, después de la fatiga del trabajo, los que saben que sólo hay dicha verdadera en la amistad y en la cultura; los que en sí sienten o ven por sí que el ser de un color o de otro no merma en el hombre la aspiración sublime; los que no creen que ganar el pan en un oficio, da al hombre menos derechos y obligaciones que los de quienes lo ganan en cualquiera otro; los que han oído la voz interior que manda tener encendida la luz natural, y el pecho, como un nido, caliente para el hombre; los hijos de las dos islas que, en el sigilo de la creación, maduran el carácter nuevo por cuya justicia y práctica firme, se ha de asegurar la patria. Conquistarla será menos que mantenerla; y junto con el arma que la ha de rescatar hay que llevar a ella el espíritu de república, y el habitual manejo de las

prácticas libres, que por sobre todos sus gérmenes de discordia ha de salvarla. Y si alguna nota especial en las cosas de nuestro país tuviese “La Liga”, sería la de verse allí sin suspicacia, y sin disputarse la fama o el pan de la mesa, los que vienen del país oprimido y los que fuera de él les abren los brazos; sería la de reunirse allí, borradas con el anhelo del saber las huellas todas del cansancio del día, los que de los libros no quieren conocer la mera letra pedantesca, sino sacarles el espíritu con los fuegos y choques de la conversación, o enseñar a los que saben menos, o aprender más de lo que se sabe; sería la de juntarse allí, sin lisonja de unos ni humillación de otros, sino con las miradas a nivel, los hijos de los que fueron injustos y los de los que padecieron de la injusticia.

De codos en aquella mesa, se hila el amor y se acrisola el libro. Se pone a un lado la verba, y se cría un modo sobrio de decir, en que la misma música, útil a la verdad, no viene como en la literatura emprestada, del uso fanfarrón de palabras sin raíz, ni de la escala sonora de voces retumbantes; sino de la buena composición del pensamiento, y el hábito inflexible de poner en su punto la voz única y propia. A leer y escribir aprenden unos en una mesa, y otros, estudiándose y corrigiéndose los ensayos, bracean en lo más hondo del corazón humano, y buscan, para la luz del juicio y el bien del país, lo oculto y verdadero que apenas se entrevé en las páginas de la historia. No es una casa de creyentes de profesión, ni de rebeldes por oficio, sino donde se va con la modestia, y de donde se sale con la verdad; donde los hombres, en vez de darse de dentelladas por los puestos, se los quitan de encima, para poder aprender más libremente, o toman de propósito el puesto más difícil; donde los ahorros del día, ni al juego van, que es gusto propio de la gente incapaz y egoísta, ni al prurito excesivo de andar de petimetre, hecho todo una rosa y un charol, ni a esos muchos quehaceres de la frivolidad que son más cansados y más costosos que los de los afectos y el entendimiento; sino a mantener encendido el hogar de la aspiración, a tener un rincón grato y honrado donde las mentes se pongan a calentar en torno al fuego, y no las manos inútiles, a comprar los días de la recepción vinos y dulces para las amantes compañeras.

De los lunes del mes, “La Liga” emplea uno en recibir a las familias de sus miembros, y aquellos hombres buenos, de más alegría y salud que los que viven con virtud menor, atienden con finura ejemplar a sus deberes de caballeros servidores.

Allí Rafael Serra, que en todas partes preside, y Juan Bonilla, alto en todo, y su hermano Gerónimo, que tiene señor el juicio; allí Manuel González, que nació con privilegio de corazón y de mente; allí Miguel González, con su verso floreado, su brava juventud y sus cariños de oro; allí Arturo Beneche, el entusiasta baracoño que ve con sus ojos y desama a la gente incierta y vanidosa. Allí, dignos de toda fiesta, Pedro Calderín, que guía y vive de veras, porque la vida no se lo parece sin la elegancia y el mejoramiento continuo por donde el hombre elabora su dicha y contribuye a la de los demás; y Justo Castillo, que era hace poco persona de más años que letras, y ahora, por la obra de "La Liga", conmueve con lo que escribe; y Enrique Sandoval, que del buen padre Germán saca la virtud del trabajo, y la de emplear en el cultivo de los hombres el ahorro y los ocios de él. Allí, siempre entusiasta, Francisco Padrón y Ruperto Bravo, Magín Courduneau y Martín Cárdenas y Joaquín Gorozabe.

En otros días, que ya se describirán en *Patria*, "La Liga" es escuela de letras necesarias, ínfimas y sumas, y no sólo de amena sociedad como los lunes. Uno enseña aritmética viva, y descompone los números para que se les vean los goznes, que es mejor modo que el de meras reglas. Otro, con la mano que estuvo en la gran gloria, guía al hombre hecho que viene a pedir letra. Otro, en conversación ambulante, y manteniendo lo uno con lo demás, trata de los primeros conocimientos, y pica al principiante la curiosidad mayor. Otro se sienta a la mesa de preguntas, llena de escritos sin firma, y va hablando sobre cada cual de ellos, responde al tema, nota los méritos del escritor, endereza las faltas, predica la sinceridad de la forma, que enaltece el carácter tanto como lo vicia, sin sentir, la forma insincera. Otro es gramático de obras, que pone y descompone ante los ojos el artificio del lenguaje, de modo que como quiera que caiga la frase quede en pie, y a las palabras les busca la historia y el parentesco, que es la escuela mejor para quien anhela pensar bien. Detrás del maestro, abierta a todos, está la librería, en su cstante de color de luz.

Los Lunes, la escuela es de artes sociales, y se reúne "La Liga" para oír buena música, leer poesías del alma, y mover la conversación. Los corazones no deben estar así, enconados en la pequeñez del mundo, sin más sombra a que acogerse que la de la propia nariz. La vida rebaja, y hay que alzarla. Para todas las penas, la amistad es remedio seguro. Con un amigo, el mundo lo es. En el comadreo, vive bien la comadreja: el hombre entero vive fuera de él. Y "La Liga", en su segundo lunes,

fue eso: la noche de las familias, con la novia que recita, y el novio que luce el discurso nuevo, y la hija que canta.

El programa no entumece la fiesta agradable, sino que se pone en pie la voluntad, y una niña quita el miedo, otra dice un romance, otra brilla al defenderse, otra parodia a un orador conocido. Este último lunes, con la sencillez de quien conversa, se fue urdiendo una velada feliz. Como un pájaro a quien le apuntan las alas, dijo su cuento en rimas una hija a quien el padre enseña a leer en el nombre de los héroes: la hija de Federico Sánchez.

Una criatura tocó, como música natural en el destierro, la melodía quejosa e inmortal del mujik, que mira, de codos en su servidumbre, la larga estepa negra. "La Bayamesa" de labios de Mariana Calderín, mostró cómo son hermanos, del frío ruso al sol tropical, todos los pueblos tristes.

Fornaris fue el poeta de la noche, porque Benech se lo trajo todo en la memoria, con la pasión de quien ve en él, por sobre fas y sobre nefas, el pintor criollo y filial de la naturaleza de Cuba. Con voz erguida a veces, y muy sentida otras, dijo "Las bellezas de Cuba" la compañera de Benech: América Fernández dio cantos y versos: Serra leyó, con la enseñanza en el modo de leer: González, tímido como todos los fuertes, recitó de aquella manera que da al intérprete derecho de autor en la obra: Bonilla leyó unos párrafos de esos suyos, donde la admiración de los buenos modelos llega ya, por el vigor del que los ama, al poder de igualarlos: Manuel Barranco, cuya alma de maestro no conoce tibieza, dio de su corazón en prosa ardiente, y calzó la plática útil con robustas décimas: José Martí habló del bien más enérgico de la vida, de los buenos amigos. Y entre helados, y dulces criollos, hablando de patria y hogar y poesía, pasaron ligeras las horas.

Patria, 25 de marzo de 1892

4

JULIO ROSAS

Los que vienen de Cuba nos hablan de un maestro solitario que, en las orillas de su Ariguanabo, no siente que vive sino cuando recuerda o espera. El, Julio Rosas, es de aquellos criollos de mérito indígena, que sacan del corazón nuevo y adolorido de su tierra la fe creadora que

se debilitaría acaso en la contemplación y estudio asiduos de las tierras extrañas, a que, en las horas de desmayo, acude el mismo genio impaciente. ¡Saldrá el sol; y el paseo brillante de la guerra nueva descuajará esos mantos de nieve que, en la hora inactiva, no son más que la vestidura de una noble desesperación! Julio Rosas no halla libro ajeno que valga lo que el mandato de una selva nuestra, lo que el consejo de un palmar. Pasca, solo, entre las palmas. Él fue quien, cuando su pueblo se vistió de gala para celebrar la memoria de Heredia, saludó con elocuencia genuina al gran poeta, y al gran orador que pone a la vez en sus discursos la mente judicial y la estrofa arrebatada del desdichado santiaguero, a Manuel Sanguily. De la cartera de un amigo indiscreto, que trae de Cuba mucho trabajo inédito de Rosas, hemos elegido, con fe profunda en la virtud y con pasión por nuestras glorias, el boceto biográfico del cubano que levanta, en medio de las ruinas, la indómita cabeza; que nutre el fuego de su oratoria, con avaricia infatigable, en la sabiduría verdadera del mundo; que tiene hogar abierto en todo hogar cubano,—de Manuel Sanguily.

Patria, 11 de junio de 1892

EL COLEGIO DE TOMÁS ESTRADA PALMA EN CENTRAL VALLEY

Rodeado de montes, por sobre cuyas mansas curvas o súbita eminencia corre el cielo, está, a las puertas de Nueva York, un valle feliz, cultivado a mano por cuáqueros prósperos e hijos de alemanes, donde un cubano edificador levanta a puño, lo mismo que a hijos, a los discípulos que le vienen de los pueblos de América, a prepararse para el estudio de las profesiones útiles. Aquel hombre a quien aman tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra, y fortalece para la verdad de la vida, el espíritu de sus educandos; aquel vigía que a todas horas sabe donde esta y lo que hace cada alumno suyo, y les mata los vicios, con la mano suave o enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de soberbia y desorden que suelen afean la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo, y el placer constante de él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que sólo tiene la memoria como abanico del entendimiento, y no pone a aquélla, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras, y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada tema toda su lección humana; aquel republicano caballeroso y austero que pone en los niños de América las virtudes fundamentales del Norte, las virtudes del trabajo personal y del método, sin sofocar en el educando el amor reverente por el país de su nacimiento, el único país donde podrá vivir feliz, y a donde no podría aplicar con éxito los virtudes si le hubiese perdido a la tierra nativa el conocimiento y el amor; aquel guía, a la vez amoroso y enérgico que con esfuerzo paternal, en el ejemplo y beneficio del valle sano y majestuoso, convierte prontamente al niño mimado de la ciudad o al niño desatendido de la aldea, al cubano regalón o al afrancesado bonaerense, al mexicano rebelde o al tranquilo hondureño, en un mozo que habla el inglés puro, diverso de la jerga vil que se aprende en muchos colegios pomposos de uniforme, que piensa por sí, y ama la lectura, y descansa de ella en juegos viriles, que compone sus

ideas correctamente en castellano, en inglés y en francés, y estudia álgebra, y sabe medir los campos y sembrarlos; aquel cubano de años ágiles y orden ejemplar, puntilloso y constante, que gobernó ayer una república y hoy gobierna su colegio afamado con todas las enseñanzas y las prácticas necesarias para el bienestar independiente del hombre trabajador en la dignidad republicana,—es el patriota que a la voz de su pueblo dejó el señorío de su hacienda y el calor de una madre adorada, por la batalla y el peligro de la revolución; es el presidente prisionero que rehúsa entrar en sus bienes porque los amos de su país le exigen que compre lo suyo con el dolor de pasar bajo la bandera de la capitulación; es el criollo fundador que hace pocos años salió de un castillo de España, al gairete del destierro, sin más riqueza que la salud de su mente y el poder de su corazón, y hoy compra, para su familia feliz y la familia de sus educandos, un noble edificio, con lago y con bosque, que en el corazón del monte yanqui ostenta un nombre cubano: es Tomás Estrada Palma.

El peligro de educar a los niños fuera de su patria es casi tan grande como la necesidad, en los pueblos incompletos o infelices, de educarlos donde adquieran los conocimientos necesarios para ensanchar su país naciente, o donde no se les envenene el carácter con la rutina de la enseñanza y la moral turbia en que caen, por la desgana y ocio de la servidumbre, los pueblos que padecen en esclavitud. Es grande el peligro de educar a los niños afuera, porque sólo es de padres, la continua ternura con que ha de irse regando la flor juvenil, y aquella constante mezcla de la autoridad y el cariño, que no son eficaces, por la misma justicia y arrogancia de nuestra naturaleza, sino cuando ambas vienen de la misma persona. Es grande el peligro, porque no se ha de criar naranjos para plantarlos en Noruega, ni manzanos para que den frutos en el Ecuador, sino que al árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo, para que a la vuelta a su rincón pueda echar raíces. La naturaleza del hombre es por todo el universo idéntica, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del Mediodía, como el de corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales del hombre del Norte. Hábitos podrán faltarle, porque el español no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle; y nuestra fatiga por ir cambiando de sangre, con el heroísmo indómito y progreso visible del más infeliz de nuestros pueblos, sólo podrá echársenos en cara por el extranjero desconsiderado

e ignorante, o por el hermano apóstata. Y no es en todos los casos que nos falten hábitos, porque en los personales vamos ya mucho más adelante que en los políticos, y no hemos menester lección alguna en cuanto a honradez, actividad e inteligencia en el empleo de nuestras personas; sino que los hábitos prolongados crían en los hombres, y en los pueblos, tal modificación en la expresión y funciones de la naturaleza que, sin mudarla en lo esencial, llegan a hacer imposibles al hombre de una región, con cierto concepto de la vida y ciertas prácticas, la dicha del contento y el éxito del trabajo en otra región de prácticas y concepto de vida diferentes. El mismo lenguaje extraño, que equivocadamente se mira sólo como una nueva riqueza, es un obstáculo al desarrollo natural del niño, porque el lenguaje es el producto, y forma en voces, del pueblo que lentamente lo agrega y acuña; y con él van entrando en el espíritu flexible del alumno las ideas y costumbres del pueblo que lo creó. Un país muy poblado y frío, donde la agria necesidad aguza y encona la competencia entre los hombres, crea en éstos costumbres de egoísmo necesario que no se avienen con la franqueza y desinterés propios e indispensables en las tierras abundantes, donde la población escasa permite aún el acercamiento y grata obligación de la vida de familia. El fin de la educación no es hacer al hombre nulo, por el desdén o el acomodo imposible al país en que ha de vivir; sino prepararlo para vivir bueno y útil en él. El fin de la educación no es hacer al hombre desdichado, por el empleo difícil y confuso de su alma extranjera en el país en que vive, y de que vive, sino hacerlo feliz, sin quitarle, como su desemejanza del país le quitaría, las condiciones de igualdad en la lucha diaria con los que conservan el alma del país. Es espectáculo lamentable el del hombre errante e inútil que no llega jamás a asimilarse el espíritu y métodos del país extranjero en grado suficiente para competir en él con los naturales que lo miran siempre como extraño, pero que se ha asimilado ya bastante de ellos para hacerle imposible o ingrata la vida en un país del que se reconoce diferente, o en el que todo le ofende la naturaleza inflada y superior. Son hombres sin brújula, partidos por mitad, nulos para los demás y para sí, que no benefician al país en que han de vivir y que no saben beneficiarse de él. Son, en el comercio arduo de la vida, comerciantes quebrados.

Y este peligro de la educación de afuera, sobre todo en la edad tierna, es mayor para el niño de nuestros pueblos en los Estados Unidos, por haber éstos creado, sin esencia alguna preferible a la de nuestros países, un carácter nacional inquieto y afanoso, consagrado con exceso

inevitable al adelanto y seguridad de la persona, y necesitado del estímulo violento de los sentidos y de la fortuna para equilibrar la tensión y vehemencia constantes de la vida. Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia, y de sus hábitos religiosos y políticos. La diferencia entre los pueblos fomenta la oposición y el desdén. La superioridad del número y del tamaño, en consecuencia de los antecedentes y de las oportunidades, cría en los pueblos prósperos el desprecio de las naciones que batallan en pelea desigual con elementos menores o diversos. La educación del hijo de estos pueblos menores en un pueblo de carácter opuesto y de riqueza superior, pudiera llevar al educando a una oposición fatal al país nativo donde ha de servirse de su educación,—o a la peor y más vergonzosa de las desdichas humanas, al desdén de su pueblo,—si al nutrirlo con las prácticas y conocimientos ignorados o mal desenvueltos en el país de su cuna, no se le enseñaran con atención continua, en lo que se relacionan con él y mantienen al educando en el amor y respeto del país a donde ha de vivir. El agua que se beba, que no sea envenenada. ¿A qué adquirir una lengua, si ha de perturbar la mente y quitarle la raíz al corazón? ¿Aprender inglés, para volver como un pedante a su pueblo, y como un extraño a su casa, o como enemigo de su pueblo y su casa? Y eso es el colegio de Estrada Palma: una casa de familia donde bajo el cuidado de un padre se adquieren los conocimientos y prácticas útiles del Norte sin perder nuestras virtudes, carácter y naturaleza. Eso es el Colegio de Estrada Palma: la continuación de la patria y el hogar en la educación extranjera. Allí no cambian el corazón por el inglés, y entran en la vida nueva del Norte por las virtudes que lo mantienen, y no, como en tantos otros colegios, por los vicios que lo corroen; allí completan su cultura nativa con nuestra lengua y nuestra historia, a la vez que aprenden lo bueno y aplicable de la cultura del Norte; allí se preparan, con el beneficio de una educación paternal, y de una enseñanza de pensamiento, a estudiar las carreras especiales en los colegios adonde el educando, hecho ya a la libertad trabajadora y decorosa, no cae en la tentación de la libertad descuidada y excesiva; allí es tal vez el noble rincón de monte adonde únicamente pueden nuestros padres mandar en salvo a sus hijos. Y ésta es la verdad, y ha de decirse.

El veintiocho de junio cerró su curso el Colegio de Estrada Palma, y en sus exámenes, de rara verdad y sencillez, mostraban aquellos cubanos,

aquellos hondureños, aquellos mexicanos, aquellos bonaerenses, aquellos yanquis la firmeza, libertad y cordura de los educandos a quienes un maestro desinteresado cría para hombres. El examen público no es prueba derecha del saber del alumno, a quien se adiestra con arte para estas respuestas o aquéllas, y a quienes se ha de adiestrar, porque es ardua la improvisación, en exámenes como en todo, y puede pecar por el rubor el alumno de más genio y poder. Pero el sistema no puede disimularse, y por el examen se ve si el maestro es de ronzal y porrillo, que lleva del narigón a las pobres criaturas, o si es padre de hombres, que goza en sacar vuelo a las alas del alma.

Desde por la mañanita, que salió nublada, como nace la libertad, era un encanto la sala del colegio, donde no hay prefecto pedante ni portero pícaro, sino un aire de gozo, como tierna familia. El maestro de álgebra, que ordeña su Ayrshire y posee honrosísimos diplomas, oreaba su traje de lujo. La maestra de dibujar, que tiene la casa del colegio llena de sus obras, y es lingüista eximia, ponía en orden los dibujos de puentes y caminos, de frutas y de flores. La maestra de las criaturas ensayaba, con el coro que tenía de *zeta* un alemán y de *a* a un hondureño, el himno infantil. Los hijos del colegio volvían de la montaña, con brazadas de flores. Los graduados leales de otros años, venidos para la fiesta de la agricultura de Cornell, del comercio de Peekskill, de la medicina y la ingeniería y la minería de la Universidad de Columbia, ponían la flor en vasos, colgaban de banderas las paredes. Y la madre de todos, la que con mansedumbre de paloma vela, adorada, por la salud y la dicha de aquel vasto hogar, la hondureña que ha ligado su vida purísima a la del maestro, ponía al pecho de sus hijos los tres colores de la libertad.

A la hora del examen, el señorío todo del pueblo aplaudía aquellos ejercicios desusados, aquella lectura sentida, por donde se ve el libre criterio del alumno; aquella escritura sin flores, como conviene en tiempos ocupados a un carácter leal; aquella geografía emparentada con todos los conocimientos en que los nombres de lugares sirven de ocasión para explicar, con su geología y su biografía y su historia, la vida del mundo; aquella historia de causas y resultados, más que de hechos mudos; aquella gramática movable, en que las palabras se quitan y ponen, como tablero de ajedrez, y quedan armadas, como un esqueleto; aquella aritmética viva y efectiva, como los coroneles de antaño, y el álgebra y geometría y agrimensura, que divierten en el análisis de la pizarra, como una novela; aquel inglés y el francés aquel, no de meras palabras, sino de construcción y entendimiento, de modo que el alumno habla lo ajeno

como si le fuese nativo; y aquel espíritu de orden, reposo y libertad que hacía de los sencillos ejercicios una verdadera fiesta humana. ¿Y la firmeza y rapidez de aquellos resultados? ¿Los Quirós, salidos de Honduras hace unos tres años, no se saben todo lo preparatorio en inglés, y en francés y en castellano, y han conservado en la tierra ajena su amor patrio y su alma pura? ¿Campillo, de Buenos Aires, que llegó hace ocho meses, no habla inglés, y se educa ya en él? Irabien, recién llegado de Mérida, lució en la lengua extraña. Los hijos de José Pujol, el industrial habanero, corrían mapas y problemas, como casa suya, en el idioma que ignoraban ayer. Un hijo del generoso Manuel Barranco, gentil como un paje de la corte de amor, arrancó con sus nueve años aplausos nutridos, en su animada geografía. Otro Barranco, tímido ayer de puro bueno, manejaba sus números como bien criados títeres. Los dos hijos de Estrada, ya con el alma de milicia, en el análisis de la lengua, en la pintura de un país, en la recitación de una oda, mostraron, pequeños como son, aquel brío por donde el hombre entusiasta y disciplinado rige el mundo, Y cuando el coro cantó la despedida, la despedida en inglés, como los ejercicios todos de la escuela, era para visto por los pensadores generosos, bajo aquel dosel de banderas libres, el grupo donde cantaban la virtud y la gloria, americanos del Norte y de México, yucatecos y centroamericanos, hondureños libres y cubanos que lo aprenden a ser. Se levantó, en nombre del pueblo, el reverendo del lugar, y en nombre del pueblo saludó al colegio que lo honra, y al hombre virtuoso que educa a sus discípulos como a hijos, que “emprende la educación de sus hijos para que sean hombres buenos, útiles y libres”, a Tomás Estrada Palma.

Patria, 2 de julio de 1892

1. NOCHE HERMOSA DE “LA LIGA”
2. EUSEBIO GUITERAS
3. JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

NOCHE HERMOSA DE "LA LIGA"

"La Liga" de Nueva York, la casa de cariño y enseñanza donde se junta, al calor de la estufa pagada por los pobres, un grupo tenaz de hombres verdaderos, tuvo reunión hermosa el jueves. Vuelve a sus clases, y se le llenó el salón. Las mujeres fueron: ancianas recién llegadas de Cuba, y patriarcas de los pueblos de Oriente, y mozos en cuya frente altiva chispea la libertad. El trabajo de los talleres se acaba a las seis, y acá en New York se vive muy lejos del lugar de trabajar; pero a las ocho ya estaban en la casa de cariño aquellas almas disciplinadas. "La Liga",—¿no se sabe por cuántos tienen corazón?—es el hogar de ideas que desde hace años pagan, del sacrificio de sus difíciles salarios, unos cuantos obreros cubanos, obreros de color: de esos obreros nuestros, que, aunque parezca burla a algún inútil, tienen abierto en su mesa de trabajar, de ganarse el pan fiero e independiente, la *Educación* de Spencer o el *Bonaparte*, de Iung, o la *Vida* de Plutarco: y el que no tenga miedo a las escaleras oscuras, que se ponga la camisa al codo, y vaya a verlo. Salón más cortés no hay que el de "La liga", ni de gente más sincera y elegante.

La casa, de veras, se entra por el corazón. Hasta la placa de la puerta, en la calle pobre que da al arco de Washington (72 Third Street), hasta la placa, que dice "Reason", hace como un templo de aquel amigable rincón. Se entra, y parece que se deja el mundo atrás: el mundo malo. La amistad, la cultura, la sinceridad ¿no son los únicos gustos de la vida, y fuerzas de ella? Lo demás es pesadilla, pompa de jabón y náusea. Un rincón de corazones es la gloria del mundo, el santuario y taller de la libertad, la sonrisa de la vida. La gente ínfima, o vendada, se compara y se mide, y se reparte por corrales, conforme a los grados de riqueza, que es cosa que de una quiebra para en humo, o a los de abolengo, sin ver que las honras mundanas vienen más comúnmente de la villanía que

de la virtud, o a los del color, que dio a Confucio en China, a Falucho en Buenos Aires, y a Juárez en México. Se acorrjala la gente ínfima, y saca la cabeza por sobre la tranquera, como los caballos infelices que no saben luego qué hacerse a la hora de la tempestad, y vuelan solos y desalados, o se despedazan unos contra otros. Dan pena, los soberbios. El mundo no se detuvo jamás. En buena hora que se vaya en orden, como se debe ir—en el orden sano y bullicioso, y siempre juvenil, de la libertad: pero en la marcha del mundo, atrás se queda el que se mete por corrales: o el mundo lo arrastra, en su destino de marchar: hay que salir al camino, y beber agua de bejuco, y calzarse con sandalias: ¡es buena, la naturaleza!—Y ése es el encanto de “La Liga”, que es buena y natural. El piano a la izquierda: sillas nuevas, y de color de luz, al fondo: de cacerera, un estante de libros: por las paredes, retratos de agradecimiento, de amigos de “La Liga”: ¡muy encendida en la tierra extranjera, la estufa pagada por los pobres! Ni polvo ni maldad hay nunca en la casa, toda llena de cuadros y de abnegación: de su semana penosa, de la semana en que suele escasear lo de la casa misma, esos hombres buenos apartan fielmente el alquiler del hogar de almas.

Y en las clases mismas, como en lo hablado y escrito por los hijos de la casa, se ve la fuerza y realidad de aquella gente generosa. Están a lo útil y no a lo ornamental: a los resultados, y no a las pedagogías: a preguntar con el alma, y a responderse de ella. En cuanto hay quien aprenda, hay maestros sobrados. Júntense alumnos, y ya tienen maestros. Allí, año sobre año, ha ido un comerciante enfermizo a enseñar gramática viva, y una como anatomía de la lengua, en las noches más crudas del invierno. Allí ha enseñado inglés, ya a altas horas de la noche, un médico de mucha bondad y ocupación. Allí iba un amigo de la casa, a decir lo que quisieran saber de él, y le ponían en la airosa mesa, las preguntas anónimas sobre la composición de los pueblos, o la física, o la historia, o los odios humanos, o las tinieblas del alma: y el amigo leía en alta voz los escritos, cuya forma iba al paso enderezando y poniendo, para que se viera la idea lúcida en la expresión sencilla y fuerte; y luego, al vuelo del pensamiento, con la idea céntrica de la bondad e identidad del mundo, contestaba a las preguntas, muy hondas y sutiles a veces, concordando aparentes diferencias, y basando la opinión en la prueba ordenada y visible de los detalles. Uno desea saber del Senado, y su necesidad en las repúblicas; otro, que está leyendo a Marco Aurelio, no lo tiene por bastante, e inquiere sobre el ansia de religión del alma humana: otro pide la razón de los arbustos pelados y rojos en el

desierto de Atacama: otro padece, de amor o de amistad, y propone, so capa de duda común, la pena de su alma: otros llevan, para mera corrección, los ensayos que, por consejos del amigo, escriben sobre las lecturas que los interesan o conmueven. Y de aquel ejercicio va creando la casa un modo de decir, confuso aún por la masa súbita de las ideas noveles, y la busca tenaz de su sustancia y razón, pero conciso y pujante, y bañado en un tierno amor a los hombres y a la naturaleza.

El jueves fue así la noche hermosa, con las preguntas sobre la mesa, y el himno en el piano, y las mujeres que del quehacer cruento de la casa, a menudo estrecha y oscura, van a oír ideas, palabras cordiales, versos: o a decirlos, con graciosa modestia y pasión antillana. Pero hubo visitas, antes de empezar la clase, y fue lo primero agradecerlas: era un venezolano, manco ilustre, que no perdió la mano arrancando a los hombres la libertad, como tanto soldado vil, sino peleando por asegurársela: era el general Julio Sarría, héroe afamado y romántico, que momentos después, al dar las gracias al saludo de “La Liga”, alzó trémula, y con conmovedora elocuencia, la voz que no ha temblado muchas veces en el campo de pelear ni en los consejos de su patria: y la otra visita, de Venezuela también, era Andrés Alfonso, valiente como su isla de la Margarita, pie de Bolívar en una de sus pruebas infelices, y tierra de mujeres que daban a la guerra de la patria todas sus perlas. Andrés Alfonso mostró de nuevo el alma generosa que le vitoreó incansable el pueblo del diez de Octubre: también dio él gracias, como hijo de Cuba, como hermano de “La Liga”. Porque hay hombres que no están hechos para hermanos: y otros que lo están.— Luego fue una clase como las de antes: en fila, ante el amigo, estaban las preguntas y composiciones: él las fue viendo, con la luz que da el cariño, y dio las respuestas de la verdad de la vida y la de su corazón: de estas composiciones publica *Patria* tres, tomadas de sobre la mesa del jueves, de estas composiciones de obreros cubanos, alguno de ellos de extrema juventud, por las que se ha ido mostrando el rápido curso, con muy altas miras y capacidad, de la mente fácil y armónica de aquellos hombres ejemplares. El entusiasmo y dignidad de la noche encendieron en un bravo corazón baracoano la palabra que habla pocas veces, la que viene perfecta y altiva de la nobleza iluminada del alma, y con el arte y fuerza de ella habló en arranque viril Severiano Urgellez, hombre del tiempo nuevo: “Hace poco oí decir a un esforzado joven blanco de Cuba que la juventud de hoy emularía la del 68: ¡la juventud negra del 93 no dejará sola en la pelea de la patria a la juventud blanca!” Y Francisco Marín, por obe-

diencia al mandato del cariño, "César a quien no se puede desobedecer", habló, con unción verdadera, de "la casa donde sólo está el asiento negado a la enemistad, la entrega y el odio": y luego dijo versos suyos, de pena misteriosa, con los chispazos de su poesía marcial: luego fue el piano de América Fernández, maestra en él, y de Juan Bonilla, que ante los corazones, mudos de amistad y esperanza, tocó el himno de Bayamo.

Patria, 4 de noviembre de 1893

2

EUSEBIO GUITERAS

En su casa de patriarca humilde, al pie de la iglesia adonde iba a buscar de continuo, con la fe de la imaginación, el consuelo y reposo que escasean en la vida, ha muerto, lejos de su patria, el matancero amado, el maestro Eusebio Guiteras. En sus libros hemos aprendido los cubanos a leer: la misma página serena de ellos, y su letra esparcida, era como una muestra de su alma ordenada y límpida: sus versos sencillos, de nuestros pájaros y de nuestras flores, y sus cuentos sanos, de la casa y la niñez criollas, fueron, para mucho hijo de Cuba, la primera literatura y fantasía. En Cuba tenía él perpetuamente el pensamiento, siempre triste; y había algo de amoroso en sus modales, un tanto altivos en la mansedumbre, cuando recordaba los tiempos prósperos del colegio de la Empresa, donde él ayudó a criar tan buena juventud, o se evocaba a los Suzartes y Peolis y Mendives, que fueron tan amigos suyos, o decía él de la amistad piadosa de Raimundo Cabrera y de Gabriel Millet, que con la visita y los regalos criollos pusieron en su vejez un rayo de sol, o con la mano apagada iba volviendo las hojas de aquel álbum de autógrafos que guarda escondidas páginas de Plácido y de Milanés, y cartas y firmas de lo más honrado y fundador de Cuba. ¡Ah! ¡qué culpa tan grande es la de no amar, y mimar, a nuestros ancianos!

Patria fue a ver a Eusebio Guiteras, hace pocos meses. Y era él aún, el maestro de la leyenda, con algo de esclavo en el arrogante cuerpo, las canas de la barba y el cabello realzando el rostro hermoso, el traje austero y fino, y por corbata la cinta de seda negra, y de calzado los zapatos bajos. Un Cristo en la pared desnuda era en el cuarto lo que más

se veía, y la Virgen de Guido. En la mesa, de caoba bruñida, todo estaba como para empezar a trabajar, sin papel holgante ni libro vagabundo, y a la derecha de la cartera esperaba una vieja crónica de México la mano penosa del fiel traductor; trabajaba, en silencio, hasta los últimos días de su vida. En la severa sala, junto a su cuarto de escribir, los dos grabados, y muy buenos, de la chimenea, eran de Quintana el uno y el otro de Las Casas. Pero lo que como su joya enseñó él, y con las manos trémulas levantó hasta la luz, para que se le viera mejor, fue una paleta en que estaba pintado un paisaje de Cuba: un paisaje que le envió de regalo Raimundo Cabrera. ¡Oh, qué bien hace el que consuela a los ancianos!

Ya ha caído, como una ánfora de plata en que se extingue el perfume. Se durmió, con las dos manos al pecho. Una familia ilustre, de hombres capaces y buenos, de mujeres fieles y cultas, llora en la casa vacía. Ya no irá por las mañanas Eusebio Guiteras, como dicen que iba, a ver a la luz del sol el paisaje cubano. Ya, al alzar la cortina, blanca siempre, no verá las enredaderas de su portal, ni las hojas de otoño, ni la nieve. Su pueblo le debió luz y virtud, y lo tiene en el corazón, donde no se sientan los cansados ni los hombres de odio, donde se sientan los padres. ¡Feliz quien, antes que se cerrasen aquellos nobles ojos, pudo ver brillar en ellos una vez más la luz de Cuba, y reanimó, con el agradecimiento de la patria, el corazón desterrado del anciano!

Patria, 28 de diciembre de 1893

3

JOSÉ DE LA LUZ

El, el padre; él, el silencioso fundador; él, que a solas ardía y centelleaba, y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos; él, que antepuso la obra real a la ostentosa,—y a la gloria de su persona, culpable para hombre que se ve mayor empleo,—prefirió ponerse calladamente, sin que le sospechasen el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria; él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad; él, que se resignó,—para que Cuba fuese,—a parecerle, en su tiempo y

después, menos de lo que era; él, que decía al manso Juan Peoli, poniéndole en el hombro la mano flaca y trémula, y en el corazón los ojos profundos, que no podía “sentarse a hacer libros, que son cosa fácil, porque la inquietud intranquiliza y devora, y falta el tiempo para lo más difícil, que es hacer hombres”; él, que de la piedad que regó en vida, ha creado desde su sepulcro, entre los hijos más puros de Cuba, una religión natural y bella, que en sus formas se acomoda a la razón nueva del hombre, y en el bálsamo de su espíritu a la llaga y soberbia de la sociedad cubana; él, el padre,—es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con que verlo, y negado a veces por sus propios hijos.

¿Qué es ver la luz, y celebrarla de lejos, si se la huye de cerca? ¿Qué es saludar la luz, mientras sus rayos tibios adornan flojamente la desidiosa naturaleza, y ponérsele de cancel, en cuanto sale del caos, quemando y sanando, con el brío del sol? ¿Qué es pensar sin obrar, decir sin hacer, desear sin querer? ¿Qué es ver caer la torre deshecha sobre el pueblo amado, y tener al pueblo por la espalda, como la celestina a la novicia dolorosa, para que le caiga mejor la torre encima? ¿Qué es aborrecer al tirano, y vivir a su sombra y a su mesa? ¿Qué es predicar, en voz alta o baja, la revolución, y no componer el país desgobernado para la revolución que se predica? ¿Qué es gloria verdadera y útil, sino abnegarse, y con la obra silente y continua tener la hoguera henchida de leños, para la hora de la combustión, y el cauce abierto, para cuando la llama se desborde, y el cielo vasto y alto, para que quepa bien la claridad?

Lo más del hombre, y lo mejor, suele ser, como en José de la Luz, lo que en él sólo ven a derechas quienes como él padezcan y anhelen; porque hoy, como en Grecia, “se necesita ser fuego para comprender el fuego”:—o los que oyen aterrados su paso en la sombra. De él fue lo más la idea profética e íntima, que no veía acomodo entre su pueblo sofocado y crecedero—cercado de la novedad humana, y la nación victimaria, lejana e incapaz, que entrará descompuesta y sin rumbo a su ajuste violento e incompleto con el mundo nuevo—y consagró la vida entera, escondiéndose de los mismos en que ponía su corazón, a crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran a tiempo la patria interrumpida de la nación que la ahoga y corrompe, y le bebe el alma y le clava los vuelos. Los pueblos, injustos en la cólera o el apetito, y crédulos en sus horas de deseo, son infalibles a la larga. Ellos leen lo que no se escribe, y oyen lo que no se habla. Ellos levantan, como el sabueso, al enemigo, aunque use lengua túrgida y sedosa, y descubren la pasión de

virtud que se suele ocultar, para servir mejor, en el sacrificio desconocido o en el silencio prudente. Ellos, en los países de desdén y discordia, quieren, con apego de hijo, a los hombres de justicia y amor,—a los que no emplean en herir a sus hermanos dispuestos a morir por su patria la energía que reservan para perpetuar en ella el poder de sus tiranos. Y así ama, con apego de hijo, la patria cubana a José de la Luz.

Lo que es para los enemigos de Cuba y del libre empleo del alma cubana en la tierra que pueblan insolentes los aventureros que la odian, véase en el párrafo de un discurso de Francisco Santos Guzmán en Cienfuegos.—Y lo que es para los cubanos que le oyeron de cerca la palabra creadora, véase en otro párrafo que publica “Alt Wander” en *La Verdad* de la Habana.²⁰

Patria, 17 de noviembre de 1894

²⁰ A continuación siguen el párrafo del discurso de Francisco Santos Guzmán, y el de “Alt Wander” en *La Verdad*.

PINTURA

- 1. EL BUEN AYALA**
- 2. JUAN J. PEOLI**
- 3. JOAQUÍN TEJADA**

EL BUEN AYALA

Tampa, Tampa cubana, estuvo muy bella allá por noviembre del año pasado. La ciudad era un solo corazón. Dar era el ansia de todo el mundo: darse. Los rivales se vitoreaban, y los enemigos se miraban sin ira. Se asombraban los hombres de ver con afecto, de ver con ternura, a los mismos a quienes ayer veían con desdén o desagrado. Se alzaban almas; y escuelas. Se unían las opiniones, con ocasión de una visita útil, en el amor purificante de la patria. Tiembla la carne todavía de recordar aquella virtud cubana.

En aquellos días, los hombres de edad eran los más juveniles. ¿Y Pedro Gómez, el soldado de los diez años, que ha puesto en su casa el pino más alto, para clavar en las nubes la bandera, a que se la vea y acate en toda la ciudad; que escribe en su jerga campestre cartas que son verdaderos planes de batalla, y pudieran enderezar a todo un estado mayor; que se aparecía por todas partes, callado, detrás del viajero, con sus ojos entre paternales y burlones, su barba blanca en halo, las manos de la pelea cerradas a su gabán, como demandándole la cuenta de lo que se había de hacer con todo aquel entusiasmo, con aquella espuma bullente, con la patria sentada en la tortura, vestida de torero, con las sortijas de la carnicera en los dedos, y en los labios el cigarrillo envenenado? ¿Y Triana, senador del trabajo, con su corazón sonriente, y una honradez que le da aire de niño, y la autoridad de su alma afable entre sus compañeros que lo respetan, y su levita cruzada, su sombrero alto, su bastón de mandar, sus espejuelos de oro? ¿Y Espinosa, el artesano patriarcal, que vio destierros, que paseó preso por España. que de sus tijeras y sus reglas se levanta a leer, con la poca luz que le queda del día, la oratoria y el romance, y a recordar ante un coro de hijos “aquel artículo grande”, “aquella sí que era inteligencia”? ¿Y Ayala, el escenógrafo Ayala, escondiéndose de pura modestia, perdido, allá en el Li-

ceo, entre sus bastidores y sus telones, con el alma cándida luciéndole en los ojos, a fuego sereno, y la dicha visible de poner en el lienzo, con los colores de su mano, su Cuba que adora, bella y sencilla como la ve él en su corazón, y sus mártires y sus héroes? ¡El dibujo véalo el necio!: aquel amor de padre es lo que hay que ver; y aquella fidelidad a la patria adolorida, y aquella pasión sincera. Allí estaba Ayala, arrodillado, envolviendo en la bandera la patria de su corazón, encendiendo la mirada de sus hijos ilustres, ciñendo coronas a sus muertos. Y se levantaba a saludar, mudo de gozo, como un niño cuando recibe un premio.

Bueno, pues: Ayala prefiere su labor humilde, y sus canas libres, libres al fin por unos cuantos años antes de morir, a aquella vida de hábitos vejatorios, de complicidades inevitables, de trabajo asustado e inseguro, de compañía vil y odiosa que se vive ahora en Cuba. La mucha edad no puede mover las manos tan de prisa como la juventud. Tampa se dispuso a dar en honor de Ayala una función de beneficio. Y Ayala, con meses de tiempo, pintó una obra de empeño, un telón magno: allí todos sus sueños y esperanzas, allí el color de la naturaleza en que vivía, y la vislumbre de esa otra, más bella o fea según nuestra virtud en este mundo, en que después todos hemos de vivir: allí palomas, y flores, y coronas, el corazón entero de su limpia vejez, para su noche heroica, para el beneficio del "viejo", ¡para su beneficio! Y llegaron de Cuba dos desconocidos, dos hombres que asombran y se van, dos músicos que honran al país, Albertini y Cervantes: y Ayala, que no tenía más que dar, se fue a su Liceo, callado y medroso, miró aquel telón suyo, que había de estrenarse en su noche de gloria, el telón en que por meses, en su sencilla soledad, había ido vaciando el alma buena: y dio a sus dos paisanos su telón de beneficio.

Patria, 21 de mayo de 1892

2

JUAN J. PEOLI

Sin dolor, como el justo que fue,—“tranquilamente, sin sufrimiento ninguno”, como dice con orgullo y ternura su hija,—ha muerto, lejos de la más virtuosa de las compañeras, lejos del más puro de los hogares, el hombre sin mancha y sincero artista que se llamó en vida Juan J.

Peoli. Le tenía la cabeza al morir el hijo a quien en medio de la riqueza crió para el trabajo, su hijo Juan. Murió en el campo, silencioso y solemne, que prefería él a la ciudad fea y vana. Murió en Cuba, la tierra que amó él tanto, la tierra que le premió el mérito, y le dio mujer noble, hijos buenos, ilustres amigos. Murió como las tardes del Hudson, que se sentaba él a ver caer, desde el banco rústico de su manzano solariego, en las colinas de tiniebla y oro por donde baja majestuoso el río.

De New York fue hijo por el casual nacimiento, de Venezuela por la familia, de Cuba por su corazón y por su fama. Era alumno en la Habana de la Academia de San Alejandro, y un retrato atrevido de sí propio le dio el primer premio, y la pensión del Municipio en Roma. Allí Minard, de fino color y soñador pincel, lo tuvo “de discípulo favorito”, y le celebró el dibujo correcto, las carnes suaves y luminosas, y la quietud y hondura de la atmósfera en que envolvía sus creaciones. Perdida la fe religiosa, y menospreciando la luz ambiente por la exuberancia que allí la hace común, el arte italiano, anheloso de idealidad, vestía aún los esbozos confusos de su fantasía nueva con el color artificial y opaco de los templos. La pintura, como la época, era transitoria. La novedad, no condensada todavía en lo real, se desordenaba en lo fantástico e imaginativo. Los románticos han pecado sólo por su caballeroso exceso de fidelidad a aquella época de renovación sublime. Como en todo, la aspiración satisfecha, la libertad del arte, les pareció inferior a la aspiración por satisfacer. Y ahí está todo el arte de Peoli: leal en el dibujo, sabio en los matices, huraño y melancólico en el color, indefinido en las creaciones, y aun etéreo. Frente al modelo vivo, a un buen modelo cargado de idea, al pulcro Domingo Delmonte, al incisivo Saco, a la infanta enamorada de un estudiante habanero, al héroe de Carabobo descansando en la gloria de su vejez, su pincel, bien bosqueje o acabe, corre fácil y justo, anacarando un tanto, pero fiel a la línea expresiva, y a la característica del alma. Sorprende la luz del ojo, el amor de la boca entreabierta, la corbata deshecha del amigo moribundo, el pliegue rebelde de la capa romántica. Bastarían al renombre de Peoli los retratos de sus protectores cubanos; los de la familia real de España, que pudo él tratar sin deshonor, porque la trató en días de libertad; los de los cubanos notables de la mitad del siglo, que lo celebraron y mimaron; el de José Antonio Páez, el más pujante y original acaso de los héroes de la independencia de América. Y en los retratos todos se nota una finura singular, y como ciencia plena, que venía al artista del conocimiento de todas las artes secundarias de la representación, de la

litografía y el grabado, de la fotografía y el aguafuerte. La facultad de sorprender en el sujeto la cualidad típica le dio, por su extremo natural, la de exagerar en la caricatura, siempre templada por su alma bondadosa, el defecto dominante o especialidad del amigo caricaturado. La sociedad entera de la Habana, en aquel tiempo en que supo aspirar y querer, la de los prohombres abnegados y la juventud ardiente, está toda, en hábil retrato o sátira inofensiva, en los cartones inéditos de Peoli. De su mano cariñosa son los retratos de cubanos ilustres que adornaron las revistas de su tiempo, y él fue quien ilustró, con composición que por el candor conmueve y por la naturalidad encanta, el "Negro Guardiero", del generoso Anselmo Suárez, el buen taita Alejandro del ingenio de Mendive. La suave litografía tiene toda la triste mansedumbre, y aun la cruda sencillez, de aquella desgarradora ancianidad. Galones y charreteras no hay en los retratos de Peoli, a no ser los ganados, como en Páez, peleando por dar a la libertad el mundo nuevo de América. De los que iluminaban las sendas nuevas desde la tribuna, de los que peleaban en el periódico y en el verso, de los que pagaban de su bolsa las batallas de la libertad naciente, de los que murieron luego con la hoga del cadalso, o a campo abierto con la mano sobre la herida, son,—no de bribones enriquecidos ni de canijos literarios,—los retratos que por cariño y admiración pintó Juan Peoli. En España su amigo fue Prim; sus amigos de Cuba fueron los Gener y los Guiteras, padres de Matanzas; Delmonte, el más real y útil de los cubanos de su tiempo; Saco, que no creía en parches andaluces ni postizos rubios para las cosas del país; y José de la Luz, que le dijo así una vez:—"Yo no hago libros, hijo, porque nos hace falta el tiempo ahora para hacer hombres". La buena juventud criolla era su círculo natural: la elegancia de Mendive, la piedad de Zambrana, la sabiduría de Valle, el ingenio de Poey, la hidalguía de Palma, la pasión de Güell y Renté, la ternura de Anselmo Suárez y Romero. Pero Peoli tuvo hijos, y no quiso que creciesen donde la vida acaba en el martirio o se corrompe en la hipocresía. A la opulencia habanera, y la vanagloria de una sociedad espantada y servil, prefirió él, con aplauso de la ejemplar criatura que le ayudó y embelleció la vida, de Antonia Alfonso y Madan, la humildad del ciudadano extranjero en una tierra libre. Para siempre mudó su casa a New York. No fue de esos cobardes, pegados a la comodidad indecorosa, que a todo se rebajan, con tal de que no les falte el cuchicheo adulador, y el mármol de debajo de los pies; raza villana, y a menudo soberbia; raza mediocre e indecisa, que osa desear con la inteligencia lo que no sabe realizar con el carácter; raza de siervos y de cómplices!

De recuerdos y hogar vivió hasta su muerte, amando a los propios y a las artes, y distinguiéndose entre los extraños, el artista que, leal a la libertad y a la juventud, abandonó por mezquino el pincel cuando Garibaldi citaba a pelea contra el mundo viejo, y peleó con Garibaldi. Su estudio era su vida, y su teatro, y su palacio. Por presentes, se daba el plantar de árboles su casa campesina, o el ver ponerse la tempestad y deshacerse sobre la cumbre de impasibles montes. Otro goce tenía, y era el de acumular, en las reproducciones originales, cuanto ha dado el arte de gracia y poder. Su caballete tuvo siempre un lienzo, ya un león flaco, rodeado de cadáveres, solo en la sombra; ya la Dama del Lago, envuelta en vagos velos, como luz en bruma espesa; ya las artes mayores, con símbolos nuevos, en aire rojizo la una, otra en rosas y tules, todas propias y vivas; ya sus seis cuadros de amor, desde la desnudez inmaculada hasta la hermosura desierta; ya la enorme ciudad, a la luz azul del cometa misterioso, lleno el aire, sobre los hombres dormidos, de visiones de seno tentador y alevosa cabellera. Con su blusa de terciopelo, retocando y cambiando, buscando a media luz el tono propio para sus criaturas espirituales, vivía Peoli feliz entre sus bocetos de los maestros, la maravilla de sus grabados y aguafuertes, sus bronces de Roma y barrojos de Tanagra. Dejaba a veces entrar el pleno sol, a que se vieran bien los cuadros de naturaleza, que pintó siempre al aire libre. El era miembro de Academias y socio de honor del Museo Metropolitano de New York, y dueño, muy visitado por los envidiosos, de la mejor colección de blanco y negro y acuarelas históricas que ande acaso en manos privadas: porque conocía él al dedillo la cuna y vicisitudes de cada hoja notable, y siempre la pagó a precio mayor. Pero el silencio del taller era su gusto, y el estudio sincero de aquel color ideal que entrevén, sin lograr nunca asirlo, los que por la verdad y pureza de su vida, y por mirar con ojos limpios e intensos en lo natural, llegan en este mundo mismo, como los físicos creadores, a los linderos de la claridad impenetrable. Otros ven sólo el pincel caído, cuando lo que ha de verse es el esfuerzo. En los cuadros fantásticos de Peoli, tan puro en el retrato, y escrupuloso en el paisaje, hay sombras oleosas, como de tiniebla puesta a hervir, y rojos cenicientos, de lava que se apaga, y luces que vienen a ser en el color lo que en la idea la visión de Swedenborg, que vio ya el alma etérea y abrasarse los cuerpos amorosos, y boquear, como mina encendida, la iniquidad humana. Y es que el hombre, dichoso por la virtud, cree lo que ve, y ve en sí y fuera un mundo claro y mejor. La Naturaleza, sin los velos ni abalorios que le pone la pasión de la vida, re-

cobra las tintas creadoras; imperan en ese arte innovador la sombra matriz, el fuego genésico y la perla del alba; la mano del hombre, impotente para representar un estado superior a él, traduce con gloriosa torpeza la vaga aurora que calma e inunda su espíritu purificado; no sabe de esta inefable realidad el hombre egoísta o inmodesto.

Y esto no se dice aquí en vano, sino porque es la enseñanza útil, y la belleza mayor, de la vida de Juan J. Peoli. El arte, con haberle dado días de gloria, y ser su empleo principal, fue lo menos de él. Amó la beldad ardientemente; la respetó, y le enojaba que no la respetasen; reconocía en sí, y en todo, una realidad visible, de fácil copia, y otra espiritual, a que con callada pasión buscó color y símbolo: la fuerza, para él, residía en la gracia, y vio en el universo, aun a pleno sol, como un color nocturno; su pincel, jamás mercenario, desdeñó la fama fácil del retrato, en que sobresalía, y de sus magistrales escenas de la Naturaleza, para fijar en las luces aéreas el alma solemne que se alza de la vida, y cuajar en cuerpos leves y ondulantes la beldad creatriz que flota sobre el mundo. Dibujó bien: copió felizmente, y alguna vez con majestad, el paisaje grandioso y el carácter humano: enseñó el arte reposado y fino que escoge de lo natural, como realidad superior, la belleza típica, y peca sólo acaso por dar formas terrenas a lo que por esencia o ascenso está fuera de ellas, y envolver las cosas de la tierra, la humanidad marcial y robusta, en los efluvios del universo adivinado. Pero de su arte mismo fue lo más bello el carácter manso y puro con que, por el amor y fuerza de él, y por la luz y dicha de su alma, pasó en salvo Peoli por las tentaciones de este mundo. Lo conoció y ahondó, puso de lado toda la impedimenta de él, con que el vulgo humano, en que entra mucho de lo que no quiere pasar por vulgo, se deshonra y aflige; y cultivó en la vida lo que tiene de sustancia y ventura, que es el decoro propio, en el trabajo continuo y la amistad sincera el alivio del dolor del hombre, el rincón de la casa, y la ciencia y fe que vienen del conocimiento y amor de la creación. El hombre, que lleva lo permanente en sí, ha de cultivar lo permanente; o se degrada, y vuelve atrás, en lo que no lo cultive. A lo transitorio se esclavizan y venden los que no saben descubrir en sí lo superior y perdurable: los que en la lealtad de los afectos íntimos, en el empleo libre y laborioso de sus fuerzas, en la persistencia y triunfo de las obras de belleza y virtud, y en el deleite de penetrar la composición y juego de la Naturaleza lo descubren, éstos, como Peoli, con una santa de la mano, darán en caridades ocultas lo que tienen, criarán en la riqueza humilde a sus hijos, poblarán su hogar de la compañía segura y

ennoblecedora de las maravillas del arte humano, y a la sombra del árbol plantado con sus manos propias verán serenos al río de los siglos correr por entre las colinas de oro y sombra, y desvanecerse por la mar la claridad del sol.

Patria, 22 de julio de 1893

3

JOAQUÍN TEJADA

EL PINTOR CUBANO Y SU CUADRO
"LA LISTA DE LA LOTERIA"

Pocas dichas hay como la de hallar mérito superior en un hombre que ha nacido en nuestra tierra, porque el placer de amar el mérito es más vivo cuando nos viene de quien padece de nuestra propia humillación, y con su valer nos la levanta y redime. Es como si de súbito creciese la fuerza de nuestro derecho, y más cuando no es el valer segundón o imitado, de los que andan sumisos tras lo ajeno,—o subiéndose por cuanta altura hallan al paso, para que se les oiga la voz rastrera,—o cepillando cualquier faldón luciente; sino poder honrado, que con eficaz realidad y entrañas de hombre, compone obras pensadas y sentidas de belleza. El mundo es patético, y el artista mejor no es quien lo cuelga y recama, de modo que sólo se le vea el raso y el oro, y pinta amable el pecado oneroso, y mueve a fe inmoral en el lujo y la dicha, sino quien usa el don de componer, con la palabra, o los colores, de modo que se vea la pena del mundo, y quede el hombre movido a su remedio. Mientras haya un antro, no hay derecho al sol.—Joaquín Tejada, el pintor nuevo de Cuba, si va a Barcelona, no pinta ocios o tentaciones, que son sutil lisonja al vicio, pródigo con quien lo cosquillea y excusa, sino la gente triste de la ciudad, de blusa o capa ruin, o de pañuelo y cesta, que en el azar de un sorteo busca alivio a su vida áspera y ansiosa: de Cuba pinta a un negro, roto y avinado, o a otro de Africa, cano y nudoso, y de ojos como iracundos y proféticos: y si copia un paisaje criollo, de la naturaleza abandonada es, con la luz rica perdida en el jardín deshecho, y la casa desierta y miserable. En New York está ahora de paso Joaquín Tejada, y quien las ve no olvida, por lo menos, sus tres telas mayores. Uno es el cuadro, de beldad desolada, de las Bocas del Toro; otro, el negro, de pecho abierto, rostro apretado y sombrero de yarey;

otro, es la obra mayor: "La Lista de la Lotería". En él está, humanitario y robusto, el pintor nuevo de Cuba. Y desde hoy se puede ya decir: su nombre será gloria.

Por el aire fresco y libre, por el color ameno y natural, por la soltura y propósito de los detalles, con ser todos de mérito saliente, es menos notable el vasto cuadro que por la piedad y sentido de las figuras, en que el artista adivino pone la historia toda, agitada o sumisa, y el carácter típico de cada variedad social, y por la gracia y levedad de la obra entera, y la elegancia con que, sobre una esquina cubierta de elocuentes carteles, agrupa los personajes vulgares. El grupo curioso ve los billetes en la lista de la pared. El mozo de cordel, con las cuerdas por los muslos, nervudos y caídos del trabajo, y el chaleco alón, y la baretina por la espalda, tiene el dedo rígido sobre su número feliz; a la modista se le ve la lozanía por las ropas dóciles, y la salud del cabello, enroscado a la nuca; el estudiante es lampiño y de cepa catalana, que desea y arriba; el empleado pálido empina el triste hongo; a la cadera del blusón tiene la mano el aprendiz irreverente; conversan las arrugas hondas del viejo de la blusa azul; cuelga el cesante, de capa y chistera; al mocetón de espaldas, se le adivina la mano viril, que rebusca por el bolsillo el billete; la bondad del trabajo rebosa, y el alma madraza de la española pobre, en la cuarentona de pañuelo y cesta que oye al vejete parlanchín; un porfiado valenciano, de alpargata y montera, se lleva indiferente, a la otra parte del cuadro, su carro de lechero. En los carteles de la pared, a medio desgarrar, como para que no recarguen el cuadro que completan, está la vida entera barcelonesa: la junta electoral, la cita del orfeón, la asamblea de obreros, la denuncia de los crímenes sociales; la calle silenciosa dobla, en vuelta ligera, por el fondo. —Y dice el lienzo todo que el trabajo da salud, que la mujer es hermosa y consuela, que la humanidad codicia y hierve.

Por el dibujo pudo errar el primer cuadro de quien, como Tejada, sabía poco de colores hace aún tres años, y no sólo es todo él fino y juicioso en "La Lista de la Lotería", sino que tiene el mérito sumo, que es el de enseñar, por la sagaz percepción del laboreo de las almas en la carne, la vida interior, burda o graciosa, del personaje a quien el suelto contorno deja pleno carácter y movimiento. En la tentación del color pudo caer, que es siempre excesivo, en letras y pintura, durante la juventud; pero él tiene ya la suave tristeza del hombre pensador, que ve a la vida sus velos y nubes, y a la ciudad ese vaho turbio que atenúa el escándalo de los matices vivos. En lo que debió pecar Tejada, por su

sinceridad misma, fue en el abandono que los artistas incompletos confunden con el vigor y el albedrío, y goza hoy de fama grande y perecedera, que pudo tentar por el aplauso unánime, y por ser la forma de expresión de los pintores de la realidad, a quien viene al arte con el respeto y amor de ella, y el don de ver la belleza en los desdichados y en los mansos; pero el pintor nuevo de Cuba mostró su mérito sobresaliente en la difícil moderación con que realizó por el trabajo acabado sus figuras intencionadas y verdaderas, y dio a una obra urbana y de asunto común el interés triunfante de la gracia. Sacar de sí el mensaje natural es la obra del artista, y ver con sus propios ojos, que es fuerza a que aun los hombres de sumo valer suelen llegar tarde en la vida, por lo falso y ajeno de la educación artificial con que los vendan, y a que Joaquín Tejada ha llegado temprano. Y de otro peligro se salvó Tejada ya, y es el de la inmodestia, compañera segura del mérito inferior, que en él no aparece, porque es como quien peca con vivir, y tiene a la vez la fe creadora y la saludable duda de cuanto hace. Amese, puesto que ama al hombre, al artista nuevo de Cuba, al que padece de la pena humana, y no tiene pinceles para los vanos y culpables de la tierra, sino para los adoloridos y creadores.

Patria, 8 de diciembre de 1894

MUSICA²¹

²¹ En su carta testamento literario, Martí sugería la conveniencia de agrupar ciertos trabajos en el tomo *Letras, Educación y Pintura*. Con el título de *Música* se reúnen aquí escritos sobre músicos cubanos, pues parece éste su lugar adecuado.

WHITE²²

1-3. WHITE

4. EL SEGUNDO CONCIERTO DE WHITE²³

5-6.—WHITE.—CONCIERTO DEL CONSERVATORIO.—*CIACONNA*
DE BACH.—QUINTETO DE MOZART.—NO SE VA WHITE
HOY.—CONCIERTO PROXIMO

²² Estos tres artículos sobre White aparecieron en la *Revista Universal* de México. En el mismo periódico, en los días 21 de mayo y 4 de junio de 1875, Martí mencionó también a White en sus *Boletines* firmados con el seudónimo *Orestes*.

²³ Estos trabajos fueron hallados por el doctor Francisco de Paula Coronado, cuando era director de la Biblioteca Nacional, en los álbumes de recortes del violinista White, que por disposición testamentaria de éste, se encuentran en dicha biblioteca.

WHITE

1

Volvemos a llamar la atención sobre el concierto de hoy.

White no es ya desconocido para el público: algunas semanas hace tradujimos su biografía del francés, y le dimos lugar preferentemente en nuestras columnas: "El Federalista" acaba de traducirla ahora: por ella se ve bien que es una eminencia artística lo que va a presentarse esta noche en el Nacional al público de México.

Entre las piezas que anuncia, la pieza de concierto "Styriennes" y el "Carnaval de Venecia" del mismo White, le dan campo vasto para lucir su portentosa ejecución.

El sentimiento de arte no puede estar muerto en nuestro público, ni es además posible que el artista afamado que ha visto llenos a su presencia los primeros salones de Europa, lleve una impresión de tibieza de la tierra mexicana.

Esperamos que esta noche sea una verdadera fiesta para el Teatro Nacional.

Revista Universal, 23 de mayo de 1875

2

Hay una lengua espléndida, que vibra en las cuerdas de la melodía y se habla con los movimientos del corazón: es como una promesa de ventura, como una vislumbre de certeza, como prenda de claridad y plenitud. El color tiene límites: la palabra, labios: la música, cielo. Lo verdadero es lo que no termina: y la música está perpetuamente palpitando en el espacio.

Hay una lengua común, muy suavemente simpática, que deja en los oídos dulzuras que van a ensanchar y a ennoblecer el corazón: la música se oye, la alegría se enciende, los ojos se enamoran: no hay pecho que no crezca y se dilate: no hay sentimiento en el espíritu que no murmure delicias y amor.

La música es la más bella forma de lo bello:—arrullar, adormecer, exaltar, gemir, llorar: el alma que se pliega a un arco: el oído que se subyuga, se extasia, se encadena: este pobre ser; gérmen dormido, de súbito sacudido y despertado: esta revelación de lo más puro entre las lobregeces de la vida: esta garantía de lo eterno prometida al espíritu ansioso en el nombre augusto de lo bello:—tanto es esa lengua arrobadora, madre de bellezas, seno de ternuras, vaga como los sueños de las almas, gratísima y suave como un murmullo de libertad y redención.

La música es el hombre escapado de sí mismo: es el ansia de lo ilimitado surgido de lo limitado y de lo estrecho: es la armonía necesaria, anuncio de la armonía constante y venidera.

Aquí la música se siente: hay otro mundo en que la música se habla.

Todo átomo se suspende: toda atención se embarga y se conmueve: así se oye en las mujeres el murmullo de un te amo, en las playas los besos de las ondas, en mi espíritu las promesas ruborosas que embellecen el día perpetuo de sus desposorios con la eternidad.

Lo que se piensa es mezquino: lo que se revela es sumo y armónico: se rompe la voluntad en el cerebro: sonríe y se adormece en los espacios inefables de la música.

¡Oh! patria de mi alma: en ti las palmas besan a las brisas, y el aire sabe la manera de conmovirse y de llorar: cuentan las cañas amores a las orillas mansas de los ríos: aman las vírgenes cubanas trémulas de castísima pasión;—¡oh, patria de mi vida! yo sé cómo palpita la armonía en tus campos de oro de maíz; yo sé cómo murmura en tus naranjos el crepúsculo bullicioso y sonriente: yo sé cómo se extiende sobre tus ceibas la tarde meditabunda y quejumbrosa;—¡oh, patria de mi amor!, ¡tú eres bendita al través del alejamiento y la amargura; tú me mandas amores y promesas en el alma de uno de tus hijos: tú me mandas un canto de esperanza en una inspirada criatura, engendrada entre tus suspiros y tus lágrimas, calentada al fuego de mi Sol!

¡Patria, alma mía! ¡roa la infamia el instante en que todo mi triste corazón no esté adorando en ti!

¡Oh! Crónica: no cabe crítica de los poetas, ni crónica de lo que conmueve nuestro ser.

White no toca,—subyuga: las notas resbalan en sus cuerdas, se quejan, se deslizan, lloran: suenan una tras otra como sonarían perlas cayendo.

Ora es un suspiro prolongado que convida a cerrar los ojos para oír, —ora es un gemido fiero que despierta el oído aletargado: en el “Carnaval de Venecia”, las notas ya no gimen ni resbalan,—salpican, saltan, brotan: allí encadenan voluntad y admiración.

No hay un ruido bronco: no hay una nota aguda ni desapacible: allí están armónicamente entendidos, atrevidamente opuestos todos los secretos del sonido; todo lo débil de lo tenue, y todo lo solemne de lo enérgico; murmurios de notas suaves, que arrancan bravos unánimes al auditorio suspenso y dominado.

Aquel violín se queja, se entusiasma, regaña. llora: ¡con qué lamentos gime! ¡con qué dolor tan hondo se desespera y estremece!

Horas inolvidables y brevísimas son las horas que se pasan a su lado: se halla el alma a sí misma: con verse allí tan bella se perdona su mísera estrechez.

White era saludado con salvas vivísimas de aplausos. El público se movía con los movimientos de su arco poderoso: no parece un instrumento que obedece: antes una soberbia voluntad que cautiva, domina y manda.

Momentos hay en que su arco, no corre sobre el violín: se irrita con él, lo hiere, lo enajena, lo arrastra y lo esclaviza con una irresistible voluntad. Precipita, confunde, mezcla, rueda sobre las cuerdas docilísimas, corrientes de notas. Jamás vi yo triunfo tan completo del hombre sobre las dificultades de la armonía.

Cuanto quepa de alabanza, White, lo merece. Cuanto de arte quepa, White lo tiene. Cuanto de ardiente inspiración viva en un hombre, vive en aquellas cuerdas cautivadoras y suaves, ya enérgicas como la ira, ya tenues como la música de amor. Suspiros agitados: ¡cuántas veces son esto las notas dulcísimas de White!

Hijo es él de aquella tierra en que el crepúsculo solloza: en que los cañaverales gemebundos besan perennemente con su sombra las clarísimas aguas de los ríos; hijo es de mi patria muy amada, donde las pencas de las palmas,—regiamente inclinadas a la tierra como el penacho de la india querida de la hermosa llanura americana.—pueblan las horas de la tarde con un rumor doliente y misterioso, vago como el

lamento de almas idas que vuelven a la tierra en que vivieron, en busca de sus abandonados y huérfanos amores.

White tiene en su genio toda la poesía de aquella tierra perpetuamente enamorada, todo el fuego de aquel sol vivísimo, toda la ternura de aquellos espíritus partidos, cariñosamente vueltos a buscar entre las palmas a los que les fueron en la tierra espíritus amados.

Yo honro en él a la vigorosa inspiración, y la ternura y la riqueza de mi tierra queridísima cubana. El debe el genio al alma, y el alma al fuego que la incendió y la calentó.

Horas fueron para mí de regocijo y entusiasmo las que pasé conmovido con su arco: páginas sean éstas de gratitud y afecto para él: yo me siento orgulloso con que mi patria sea la patria de este artista perfecto y eminente.

Revista Universal, México, 25 de mayo de 1875.

3

El público no necesita que se le recuerde que hoy da su segundo concierto el gran artista.

A petición de un gran número de personas, vuelve a tocar "Roberto" y el "Carnaval de Venecia".

Tocará además Julio Ituarte, como él sabe tocar; León, el buen pianista Michel, Sauvinet:—cantará, y cantará bien de seguro, la señorita Gourief—; el concierto va a ser, en fin, una solemnidad musical, más memorable aún que la primera noche en que el gran violinista cubano se presentó al público de México.

Revista Universal, México 30 de mayo de 1875

4

Bien hizo la *Revista* en decir que el concierto del pasado domingo sería una solemnidad musical: el público acudió a escuchar esas notas brillantes, tiernas, irritadas o suavísimas que de manera tan dulce enamoran el oído que las oyó una vez.

Sería cosa enojosa dar cuenta detallada de todas las bellas piezas que compusieron el concierto del domingo. En él cantó la Gourief con su voz serena, franca, y clara; hizo oír Sauvinet en el piano una pieza

brillante, notable en verdad por la destreza de ejecución que requiere; tocó Michel con su manera distinguida y delicada una muy linda fantasía sobre motivos del *Ballo*, acompañó la *Martha* Julio Ituarte con la maestría irreprochable y el bello buen gusto que todos le conocen, y luego él y León tocaron *Norma*, sin que un acento desagradable hiriese el oído, sin que pudiera condenarse nada en aquella ejecución notabilísima, sin que los artistas distinguidos hubiesen empleado esos recursos de ejecución violentos y gastados, en los que muere toda belleza, y todo mérito real se amengua y desfigura. Y ellos encuentran manera de hacer brillar su destreza no común: pero es una destreza inteligente, en que la música dulcísima no se convierte en el ruido desagradable, es una ligereza elegante, sencilla, natural, como conviene a quienes saben que el alma tiene secreto amor por las ternuras, y todo aquello la hiere que no sea suave y apacible,—horas de paz tranquilas que revelan una era de paz nunca acabable. El público les hizo salir a la escena, bella atención allí donde estaban todos los ánimos suspensos de la maravillosa música de White.

Tocaba White: esto es decir que todas las armonías despertaban, que toda la atención se cautivaba, que el aire se poblaba de murmurios delicadísimos, y que de nosotros mismos se alzaba conmovido este ser bello que en nosotros duerme, que al contacto de bellezas se sacude, que se desenvuelve y se esparce por todo nuestro ser y que, grande ya para que nuestro pecho lo contenga, brota en dulces miradas por los ojos, en bravos entusiastas y en agitación noble y extraña, perdón y excusa de tantas horas muertas en que se gemiría como mujer si el hombre tuviera el derecho de gemir.

White tocaba: no es que un arco poderoso se deslice sobre un violín vencido y obediente: es que el hombre emprende la lucha con las dificultades del arte:—aquel arco no se separa de las cuerdas: brota belleza desde que las toca, se mezcla con ellas, parece que las riñe con notas graves, rápidas y agrias; parece que las consuela con dulcísimas notas por haberlas reñido: se ríe, canta, llora:—canta y llora a un tiempo: todos los secretos conocidos, todos los obstáculos dominados, toda la armonía esclava, brotada toda la armonía: he aquí la música de White.

Cuando rodaban sobre el violín aquellas notas salpicadas, encontradas, destacadas, contenidas en el aire por aquel arco dueño, y vigoroso, la admiración de los espectadores ponía en todas las bocas un murmullo unánime, que ni a sí mismo quería oírse por seguir oyendo cada uno de los acentos del artista. Y en verdad, parece que allí las notas saltan

y se encuentran, y que el violín que las provoca, las recoge en el aire y las vuelve a las cuerdas obedientes. Yo no cito en White una pieza especial, porque White está en todas las piezas. No es lo bello en la música la nota que se toca: es más bella la nota que se adivina y se desprende.

Todo fue igualmente hermoso, pero algo hubo nuevo que cautivó la voluntad. El público conocía ya el *Carnaval* y *Roberto*, más bellos anoche, si cabía, y más aplaudidos que la primera vez que los oyó. Pero había *Martha*: y en aquella *Martha*, nunca hasta hoy oída, todo arte fue desenvuelto y agotado, toda dulce nota llorada y sentida. No se la comenta ni se la explica:—no se sabe qué hace mejor el que no hace nada mal.—Quien imagine lágrimas en música, imagina la *Martha* de White.

Y así oyendo, ¿quién se hubiera cansado de escuchar aquellas notas, amadas por los hombres porque son acentos de su secreta y perdurable religión? Todos los hombres tienen la idea de la eternidad: unos, de eternidad iluminada y pura, encendida en la existencia con todos los deberes, gozada más allá de vivir con todas las armonías: otros, de una eternidad esclava, envuelta en polvo, sujeta a polvo, polvo ella, sin esperanza ni consuelo, sin redención y sin belleza, Mazepa espantosamente encadenado a las espaldas del fiero caballo de las vidas. Yo creo en la luminosa, y si por la conciencia de mí mismo no creyera, creería en ella por esa belleza prometida, en la tierra inlograble, en la música anunciada e informe; venidera puesto que se anuncia, purísima puesto que en ella olvidamos las miserias, cierta porque en ella encuentro realización de estas necesidades de lo vago, esparcimiento ilimitado de mis fuerzas, lenguaje que no necesita labios para hablarse, vida sin hierros como en todos los instantes me la pide este hombre-sueño dormido en el fondo de mí mismo, ante esta pura belleza conmovido y despertado.

White dará muy pronto en el teatro del Conservatorio un concierto de música clásica: lo forman piezas de conjunto y lo acompañan muy distinguidos profesores, ¿quién no irá?

Oyendo esta música dulcísima, toda pena se olvida, todo dolor se alivia, todo amor se sueña, se vive al fin algún instante en el espacio ilimitado en todas las amarguras presentido, deseado cuando nuestro corazón se sacia de deseos y de impurezas, esperado cuando en el término venturoso del deber del vivir, se posa sobre nuestros ojos la úl-

tima hora piadosa sin que los ojos hayan visto cuanto soñaron, ni la mano habido cuanto quiso, ni la memoria haya tenido razón para olvidar sus inconformidades nobles con la vida.

De aquí nos vamos, sin que la voluntad se sacie, sin que los deseos se cumplan, sin que la necesidad se satisfaga: vamos, pues, después de aquí, a donde tienen satisfacción y cumplimiento la voluntad, la necesidad y los deseos.

Post-vida: esto nos dice en sus palabras mágicas la música.

JOSÉ MARTÍ

Revista Universal, México, 1 de junio de 1875

5

Esta mañana a las siete debe haber partido para Puebla el eminente violinista.

Un buen número de personas se proponían anoche ir a decirle adiós.

White se va de entre nosotros, pero durante mucho tiempo quedará vivo en nosotros el recuerdo de esa música divina que ninguno como él nos ha sabido hacer amar.

No es ésta la hora de decir lo que el artista vale: lo dice el vacío que a la par dejan su extraordinario valor artístico, y su carácter afable y modesto.

Revista Universal, México, 6 de junio de 1875

6

Al correr de la pluma, y a última hora, me encomienda la *Revista*, —y yo acepto con gusto el encargo,—la tarea de hacer reseña rápida del concierto de anoche en el Conservatorio, de aquel éxito unánime y desusado, y del concierto nuevo en que en definitiva despedida ofrece mañana en el Conservatorio mismo este gigante artista, para quien no tiene el arte dificultad invencible, ni germen de maravillas escondidas que él no sorprenda y desarrolle.

No quiso mi mala fortuna que alcanzase yo oír el trío en *re menor* de Mendelssohn, ni el dúo para piano a cuatro manos de Hummel que, al

decir de los que los oyeron, ejecutaron, como ellos saben, los Sres. Ituarte y León.

Presentábase White a tocar la *Ciaconna*, para violón obligado, de Bach, cuando llegaba yo al salón. En buena hora llegué: ni antes de aquella música titánica debe oírse nada, ni nada debiera haberse oído después si todavía no hubiese quedado algo nuevo con que asombrarse en el quinteto de Mozart.

¿Qué era White tocando la música de Bach? Como dos fornidos luchadores se enlazan cuerpo a cuerpo, y se encarnizan en la lucha, y nada ven más que su exaltación creciente, y encendidos en ira no cesan en la fiera pelea hasta que el uno cae vencido, y se levanta el otro erguido vencedor. Así y en lucha igual emprendieron batalla ante el público asombrado del Conservatorio, White y su violín: ¿cómo han de querer mis palabras decir lo que en la música se dice? El arco de White resbaló primero sobre las cuerdas, luego rodó sobre ellas, luego las oprimía al correr, iba y venía en carreras incesantes: cuando todo estaba agotado, había algo más que agotar, cuando todas las voces del instrumento gemían vencidas, y todas lloraban y murmuraban todas, aún había nuevos gemidos, aún había iras nuevas en aquellas cuerdas fatigadas, impotentes ya, ya dominadas por aquella mano soberbia y poderosa que excita y subleva contra sí a las cuerdas para luchar con ellas, oír las sollozar, oír las gemir, doblegarlas absolutamente y no descansar hasta vencerlas.

Estalló el público en bravos incesantes.

¿Quién tiene idea sin oír la, quién oída una vez se olvida, de aquella lucha fantástica en que el esfuerzo humano halló su límite, y una facultad pasmosa su grado mayor de perfección?

Cuanto en el arte cabe, allí está puesto: cuanto la mano vence, está vencido. Yo he oído a Jehin Prume y a Monasterio, yo he oído a Fortuny y a Sarmiento: todo es pequeño ante esta tez cobriza, todo es pequeño ante este hombre modesto que así cautiva los aplausos de una concurrencia distinguida, así encadena a su voluntad toda atención y todo honor, así hondamente me conmueve, tanto que ayer la oí, y tal me parece que todavía tengo en el alma esa potente música de White.

Tocaron luego White y Núñez una sonata en *do menor* de Beethoven: digno es del eminente violinista el artista puertorriqueño: aplausos merecidos saludaban las notas finales de cada tema, y el galante Sr. Núñez aplaudía y presentaba al público al violinista, al ser cariñosamente llamados a la escena.

Núñez tocó después el *allegro* de una sonata de Hummel: no es un aficionado distinguido: es un maestro notable en grado nada común. Presiéntese desde las primeras notas que el artista domina por completo el instrumento que toca: acumula dificultades: recorre con mano ni un instante insegura el obediente y sonoro teclado: brevísimo nos pareció el *allegro*, muestra ya bastante para anunciar a un artista a quien el renombre tiene de seguro reservado ancho y espléndido camino.

Y llegó al fin el quinteto de Mozart. ¿A qué escribir con palabras? Aquello se ama y se suspira, aquello se oye y se respeta, y se siente con la ternura exquisita con que Mozart lo engendró y escribió.—Rompió Mozart por entre la densa atmósfera racional que tan alto grado alcanzó en la mitad segunda del siglo XVIII. Lanzaban de sí los poetas y filósofos toda pura doctrina espiritualista: explicaba Condillac su sistema de sensaciones, y Voltaire su incredulidad convencional; ahogábase el alma bella del artista en aquel espacio mortal y mezquino;—y guardó en sus notas los suspiros del alma abandonada, y compuso sus obras con las lágrimas del espíritu huérfano. Ni un instante cejó en su empeño la vida siempre activa del imperecedero autor de *Nozze*.—Su música es una especie de lamentos de ángeles.

Y White sabe esto, White lo entiende, lo venera, lo ama y lo toca. El entusiasmo del público llegó a su colmo, el entusiasmo y el asombro, ante aquella sutilísima manera con que dirigió y en su mayor parte ejecutó White el *largo* de esta pieza bellísima saboreado con delicia verdadera por los que conmovidos y absortos oíamos, y repetido luego entre salvas de aplausos, atrayendo de nuevo al salón gran número de personas que lo habían abandonado ya.

Todo lo tenue y suave, todo lo vago y tierno, todo lo plácido y tranquilo, mézclase y resbala sobre aquellas gemidoras cuerdas, apenas heridas al pasar, por un arco que tiene el secreto de suspirar y de llorar.

Nada más: me irrita con mis palabras impotentes, que en nada dan idea de aquellos instantes de asombro transportado y conmovido.

¡Todavía resuena en mi corazón aquella música divina: todavía no duerme en mí el germen de infinitas bellezas en mal hora enamorado y despertado!

Pero White no se va aún: todavía lo oiremos mañana, todavía ofrecerá en el Conservatorio un concierto nuevo: aún podremos oírle la *Ciaconna* del artista de la corte de Weimar: aún oiremos de nuevo el *largo* del quinteto de Mozart.

Considerable número de personas distinguidas se acercó anoche a White a pedirle que repitiese estas piezas: nadie se cansa de oírlas: alguien las tendrá como yo dulcemente anidadas en el corazón.

Con justicia fueron aplaudidos los artistas que acompañaron el quinteto: vivamente estiman al violinista de mi patria, y el público hacía bien en premiar con sus muestras de no dudosa complacencia, el talento indisputable y reconocido de los profesores que acompañaron la difícil pieza de Mozart.

La *Revista* publica en otro lugar el programa del concierto de mañana. Aún no está completo, no se sabe aún, a la hora de la tarde que termino estas rapidísimas páginas, la pieza que ejecutará en la segunda parte del concierto el pianista.

Mañana sábado, White nos dice adiós: haya para él en su senda tantos tributos la gloria, como recuerdos inolvidables deja en México, y muy dulces y muy queridas memorias en el espíritu, ante él suspenso y agitado, de su más humilde y entusiasta admirador.

JOSÉ MARTÍ

Revista Universal, México, 12 de junio de 1875

1. ESPADERO²⁴
2. EMILIO AGRAMONTE
3. ANA OTERO
4. LA ESCUELA DE OPERA Y ORATORIO
DE EMILIO AGRAMONTE

²⁴ Palabras pronunciadas en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, el 3 de marzo de 1891.

ESPADERO

Señoras y señores:

Muchos años hace, porque los años que se pasan lejos del suelo nativo son años muy largos, en una tarde de Mayo en que estallaban al sol tierno las primeras lilas, vi al gentío de seda y encajes, de petimetres y marquesas, de generales canosos y de duques, levantarse entusiastas de sus asientos, vitorear una música entrañable y conmovedora, proclamar, en el aire lloroso, al que enviaba a la corte feliz el dolor de la noche, la queja de las sombras, la plegaria de los cañaverales. Era Madrid: la sala famosa de los conciertos de Madrid, que aclamaba *El Canto del Esclavo*, de Espadero. La Sociedad Literaria hace, pues, bien en tejer, con las rosas de su casa, una corona más para aquel que aprisionó en sus notas, como en red de cristal fino, los espíritus dolientes, que velan y demandan desde el éter fulguroso y trémulo del cielo americano. La Sociedad Literaria no podía cerrar sus puertas, abiertas de par en par a la gloria, cuando llamaba a ellas una noble mano de mujer²⁵ pidiendo con derecho de hermana, la caridad de una flor para la tumba del genio austero y compasivo.

El programa imperioso asigna la ceremonia de un discurso al Presidente de la Sociedad, que desobedecerá en esto al programa, porque los pensamientos brillan poco donde hay tanto jazmín de Malabar y tanta rosa roja o té, y capullos que se entreabren, con ruido que suena a beso, en la rama del mirto; porque en el misterio del amanecer, y en uno que otro cuchicheo de pájaros, ha aprendido esta presidencia que la palabra, trabada y empalagosa, no ha de robar el tiempo a la palabra redimida, al discurso con alas, a la poesía que va por el aire, susurrando y animando: a la triunfante música. Ni para lamentar siquiera la desa-

²⁵ Se refiere a la distinguida pianista señora Isabel Caballero de Salazar, quien organizó esta velada.

parición de este mundo del compositor ilustre daría yo suelta a las ideas, porque el morir, cuando ya se ha ganado un poco de amor, es tan apetecible y justo como vergonzoso e inútil es salir de la vida sin haber merecido con el trabajo y la bondad el descanso de ella. A la muerte se la ha de cortejar, con la virtud y el trabajo cordial, como a una amiga hermosa. El que ha visto estallar una flor, ha visto la muerte. En la muerte halla el poeta su poesía y el apóstol la libertad, y el universo ve al fin, tendidas hacia él las dos alas de amor, las armonías que, como mariposas de fuego, le revoloteaban en vida por la frente, o lo transportaban, en carro invisible, a los países azules, para dejarlo caer después, extranjero y huraño, en el mercado burdo de la vida.

No he de decir aquí, porque todo el mundo lo sabe, que el músico creador a quien rendimos homenaje, no fue artista de mera habilidad, que saca del marfil jadeante y estrujado, una música sin alma: ni lacayo de su tiempo, que al esqueleto de su patria le pone sobre la oreja una moña de colores, o de gritos salvajes compone un baile impuro. para que lo bailen, coronados de adormideras en el gozo del fango: sino salterio sensible, que en la limpieza de la soledad, cuando cae sobre el mundo lentamente el bálsamo de la noche, ve alzarse de las maravillas, volando de onda en onda, el alma de la flor, y danzar sobre el río, con la nota en los labios, a las doncellas de agua y luz, y a las palmeras, como madres deshechas de amor, acoger en sus ramas a los espíritus que huyen de la tierra con el rostro cubierto, sangrando y despavorido: era arpa magnífica, que en la fiereza del silencio, entona un himno fúnebre a todo lo que muere: ¡saluda con alborozo de aurora a lo que nace: recoge en acordes estridentes los gritos de la tierra, cuando triunfa la tempestad y viene la luz del rayo!

De lo que sí no se puede dejar de hablar, porque por ahí se medirá más tarde la alteza del hombre, es del montaraz sigilo en que cuentan que vivía aquel domador de notas. ¿Ni cómo había de vivir, siendo sincero, aquel peregrino que pasaba por la tierra, como todo artista que de veras lo es, con la ira y desdén de quien ve luces, que no ven los que le rodean, y entreoye acentos que la zahúrda vulgar no le deja oír, y se revuelve áspero, contra los que no le dan tiempo, con el bufido de los fuelles y el martilleo de las forjas, a levantar, en el encanto de la luna, su torre de aspas, de estrellas y de cristales? ¿Cómo, sino tétrico y fuera de sí, había de vivir, con su poder de unir encantos, las voces del conjunto, y en una nota un haz de esperanzas y de penas, quien no vino al mundo en aquellas edades en que las almas, afinadas en coro, reme-

daban con su unidad en esta vida la plenitud de la otra, sino en época y tierra de retazo, donde ni la música de lo interior ni la de ciencia de afuera, hallaban en torno suyo armonía y estímulo, sino perturbación, fealdad y espanto?

¡Bien hace, de veras, la Sociedad Literaria en llevar con este concierto de espíritus, un alivio póstumo a la tumba de quien acaso sacó su música más bella del choque del espíritu excelsa, con la vida que se lo ofendía y acorralaba! ¡Bien hacen estas manos caritativas de mujer, en poner en la tumba del artista desconsolado la limosna de una flor!

2

EMILIO AGRAMONTE

Honrar a la patria es una manera de pelear por ella, así como hacer algo que la deshonre es pelear contra ella. Esta ha sido semana de triunfo para un cubano que en su vehemente pasión por el arte no ha hallado modo de olvidar el dolor de su país; para el que ya al mediar la vida conserva hacia su patria el amor filial con que las mujeres de su casa, en los días del sacrificio, vaciaron sus joyas en el tesoro de la revolución, y los hombres tenaces, a nado o poco menos, emprendían el camino de la guerra; para Emilio Agramonte, el artista consumado que, sin florees ni comedias, ha logrado en el Norte la autoridad de quien ve, y hace ver, en las artes un culto. Se goza al ver alto en la tierra extranjera el nombre de nuestro país. Y a quien lo enaltece, a quien es fiel a su patria en la hora de la soledad, a quien desdeña, en la música como en la vida, la ornamentación y el revoque, se le debe afecto y agradecimiento.

A Emilio Agramonte tiene que venir a ver todo el caído que crea que nuestras tierras valen para poco; que tenemos que beberle el aliento a los rubios del mundo; que nuestro carácter es migaja y miel. El conoce al dedillo la música toda, y tiene el don oculto de hallarle a cada nota la pasión, de tragedia o ternura, con que la dejó caer del alma el músico; él saca el espíritu escondido de los versículos ambrosianos, la cantata normanda, la villanela medieval, el laudo corto, el recitado florentino, la sinfonía conceptuosa, la ópera triunfante. El levanta de la sombra el arte de Norteamérica, desdeñado en su propia nación, un arte que es todavía como un paisaje de crepúsculo, con más nocturnos que alegros.

El, en su clase continua, su clase de profesoras, recita, canta, explica toca, compone a la vista del discípulo la ópera entera. El, del trabajo del día que en su naturaleza privilegiada sólo es acicate para más trabajo, sale a la ciudad vecina a poner alma, en su gran clase de coros, a docientas voces. El, en lo alto de la noche, vuelve infatigable a la faena del día siguiente: al cantante que viene a pedirle, en su canto entrañable, el secreto del éxito; al Colegio de Música Metropolitano, a que da el carácter y vida; al ensayo de la Sociedad Coral de autores norteamericanos: porque es él, el extranjero de la isla, el que revive la música original del país, la saca a luz en memorables fiestas, la estimula y solicita con premios. En pie atiende a todo esto, elocuente, afable, metódico, inspirado, pujante, sincero. Lo real y lo sentido le enamoran, y lo falso y gramático le exasperan. No antepone, como los griegos, el canto al acompañamiento; ni, como Rubinstein, prefiere el piano a la voz: voz y piano han de ir juntos, como la luz y la sombra: la música ha de crear, como en Haendel, ha de gemir, como en Verdi, ha de pintar, como en Mendelssohn. Cuanto estremece las entrañas, por el ajuste de la idea a la expresión, le seduce y se lo gana, sea oratorio romano o canción inglesa. Para todo hay espacio en su vehemente corazón, y en su cabeza inquieta y voluminosa.

De dos fiestas ha sido persona principal en estos días Emilio Agramonte: de la que dio, sin más orquesta que su piano, el Colegio de Música Metropolitano, con un acto de la *Safo* y otro de *Romeo y Julieta*, en que cantaron como maestras aquellas alumnas, y música de la más fina y creadora, música de conjunto, con Haydn y Spohr, de descripción, con Reinecke y Weil, de aire y juguete, con Mercadante y Cimarosa. La otra fiesta fue la que dio en su honor la Sociedad Coral de autores norteamericanos. Y allí era de verlo, en toda su fuerza y sencillez. Entra a paso menudo, como si no viese al público que lo aplaude: su música es lo que le interesa: que el mundo se eleve e ilumine por la pasión y la delicadeza de la música. En el piano, es el jinete que le acaricia el lomo a su corcel, el orador que bulle, el general que manda. Rompe a tocar, y la mano pequeña es como magia que va evocando al aire tesoros de melodías. Que la música se salve es su primer objeto, que el piano generoso guíe y proteja al cantante que acompaña: y de no querer parecer él primero, sucede como siempre, que acaba por serlo: la voz más seductora no desluzca la abnegación y sabiduría de aquel acompañamiento. El lleva la melodía, como un hilo de oro; cada nota titila, o corta, o impera, según sea su oficio; la música va coloreándose en

manos de Agramonte, como en una pintura: recoge, con soberbia ciencia, las frases arremolinadas. Comenta aquella manera de tocar: se ve clara, en su tortura o en su aurora, el alma del compositor: alza el brazo imponente, al culminar el coro arrebatado: exhala la pasión del alma en las notas de fuego o de dolor.

Y al oír los aplausos que premian el mérito modesto y extraordinario de este cubano organizador, de este cubano enérgico y activo; al ver su obra varia y pertinaz, que en todo revela la fuerza y el orden de las concepciones grandes, y de carácter de nación; al asistir al triunfo laborioso, en el pueblo que goza fama por sumo y ejemplar, del criollo desterrado que a todos admira por su arte fino y profundo, su trabajo incansable, y su facultad de combinar los más difíciles elementos artísticos en empresas de magno y ordenado conjunto,—avisase el anhelo de conquistar al fin la patria justa y libre donde pueda volar sin trabas el genio de sus hijos.

Patria, 30 de abril de 1892

3

ANA OTERO

¿Y cómo *Patria*, que ama la sinceridad y la delicadeza, no orlará de rosas su mesa de trabajo, su mesa de ansia y muerte, para saludar, con un motivo de gratitud especial, a la que como artista y como mujer, que es otro modo de arte, es sobre todo sincera y delicada? No es a la discípula predilecta a quien en la sala triunfante de París saludaba conmovido Marmontel; no es a la pianista de gusto purísimo, igual en la bravura y en la ligereza a quien puso en el rango de los artistas grandes *L'Evenement* de París; no es a la intérprete de rara variedad, que asombró a Barcelona con la majestad de su Liszt, el color de su Saint-Saens, y la plenitud y misterio de su Schumann; es a la borinqueña leal a la que saludamos, que de su música exquisita no saca soberbia con que desdeñar a sus compatriotas, ni industria seca y fea que le coma y desluzca lo más bello del arte, sino que lleva consigo al pueblo que la crió, y la puso en París, y le abrió generoso el camino del mundo; así que nunca la obedece tan tiernamente el piano como cuando, sin la pompa del salón ni el incentivo del provecho, pone en el piano, rodeada

de los amigos de su pueblo, las puestas de sol, y las noches serenas, y las amorosas colinas, y los primeros sueños de Humacao. Su mano vaga a veces, como si se posase sobre una flor de azahar; y a veces, como si recordara lo que no puede olvidarse, castiga el piano indignada.

Ella recibió del padre amantísimo, con la música escrita, aquel romance y pasión, y aquella como tempestad de luna; común en las almas férvidas y tiernas, por donde la música, plata y rayo a la vez, estremece y ablanda las almas, y el cuerpo silencioso olvida sus confines.

Ella no pidió al arte difuso o aparatoso de países de arte menor el calce y pulimento de su escuela nativa, sino a la ciudad que entona y corrige el genio universal, y a cuya imperturbable elegancia se acomoda, por su innata moderación y finura, nuestro genio americano.

Ella no ha tomado de su profesión la comedia y los celos, ni aquel mercenario afán que consume a la música las alas; sino que con la sencillez se adorna bellamente, sin que el arte de que vivé, como tanta alma escogida, haya helado, de puro oficio, la poesía que rebosa de un corazón ingenuo que pasa por el mundo envuelto en un velo blanco. Ella es fiel a la verdad, a la amistad y a la patria.

Y de ahí le viene, de su alma piadosa y sincera, el don de entender y expresar, como nazca la música de una real emoción o del deseo de transportar una pintura de la naturaleza, los más varios y reñidos compositores. Al pastor le adivina ella el amor apenado, y a la flor mustia, y a la mariposa; o penetra en la noche gigantesca, donde cabalga el músico alemán, mordido por sus amores. No le viene de indiferencia su variedad, sino de la condición, rara aun en músicos y poetas ilustres, de hallar la beldad, calce zueco o chapín, dondequiera que el hombre, risueño o tenebroso, ha sentido un golpe de luz en los ojos, o un golpe de sangre en el corazón. Y dicen que la mano generosa que escribió para *Patria* la danza heroica de su país; la danza que mueve al puertorriqueño, como un mandato de la conciencia, al combate y al honor, labra sobre las teclas encaje sutil, por entre cuyos hilos asoman chispazos de estrella, cabalgatas de héroes y vislumbres de aurora.

Ya publicaremos esa danza heroica, esa *Borinquena* que conmueve al patriota puertorriqueño, así como la letra expresiva que levanta los corazones, y algunos datos del español noble que la escribiera sobre el pentagrama de las solemnes ocasiones, en el próximo número de *Patria*.

Patria, 20 de agosto de 1892

4

LA ESCUELA DE OPERA Y ORATORIO DE EMILIO AGRAMONTE

106 y 198 Este, Calle 23

Crear es pelear. Crear es vencer. Con su sumo talento ha bregado Emilio Agramonte, más alto cada vez, por abrir paso a su genio de criollo en este pueblo que se lo publica y reconoce, aunque no se lo pague aún, ni acaso se lo pague jamás, con el cariño vivo y orgulloso, y el agradecimiento con que se lo pagamos sus paisanos.

Hoy, sobre las dificultades que se oponen a una empresa de arte puro en una metrópoli ahíta y gozadora, Emilio Agramonte logra establecer la "Escuela de Opera y Oratorio de New York", con las ramas de lenguas, elocución y teatro correspondiente, sobre un plan vasto y fecundo como la mente de su pujante originador. Agramonte conoce al dedillo, y de lectura íntima, la música universal: su ojo privilegiado recorre de un vuelo la página: su juicio seguro quema los defectos del discípulo en la raíz: su voz, realmente pasmosa, canta con igual flexibilidad en todos los registros: su mano, leve a veces y a veces estruendosa, ya brisa o temporal, ya cariño o ceño, es una orquesta entera: y su fama honra a Cuba. Lo ayuda el norteamericano C. B. Hawley, Henry Winter, elegante maestro, tiene la clase de drama. Luis Baralt, favorecido con las lenguas, enseña el italiano.

Respira nobleza y abundancia el prospecto lógico, y superior a todos los de su clase, de la que puede ser muy pronto la primera escuela de canto en América, la "Escuela de Opera y Oratorio de New York", de un cubano, de Emilio Agramonte.

Patria, 23 de septiembre de 1893

MISCELANEA**

**** Se han incluido aquí varios artículos que, aunque se refieren a España, tienen relación con Cuba.**

1. LA VELADA DEL VIERNES²⁷

2. EL TEATRO CUBANO

²⁷ Este artículo, que se publicó firmado por X, en *El Progreso*, órgano de Regla y Guanabacoa, ha sido facilitado e identificado, sin duda alguna, como de Martí, por el doctor Federico Castañeda. pues en una "Gacetilla" de dicho periódico, en el número del 9 de marzo de 1879, dice: "Buena Noticia. Tenemos el gusto de anunciar a los lectores que Pepe Martí se ha encargado de hacer para nuestro periódico las "Reseñas de los discursos del Liceo".

LA VELADA DEL VIERNES

Tenía razón *La Patria*. Ni más brillantes ni más selectas, ni a gran distancia en lo profundas, son las discusiones del Ateneo de Madrid. Enérgico Moisés, el Presidente del Liceo, ha tocado con su vara mágica una roca llena de mujeres bellas, de ingeniosos poetas, de amigos de la tierra, de enamorados del cielo, de realistas que vuelan como las águilas, de idealistas que razonan como los matemáticos: “¡quién había de pensar—nos decía un disertante, de negro bigote y estrecha y luenga barba,—que había todo esto dentro de la roca!”

Y otro,—nacido en tierras andaluzas—nos decía con emoción y con amor:—¡qué grandes talentos había en esta tierra!

Y la noche le daba razón. Un abogado artista—que no basta el frío de los pergaminos a espantar las mariposas del alma—pronunció un elegante discurso, salpicado de delicadas remembranzas. Habló Miguel Viondi como un orador de guante blanco. Arrancó aplausos, no con el tono arrebatado del imaginador fogoso y atrevido, sino con el artístico matiz, correcto giro, acertado pensamiento y limpia forma que supo dar a su buen discurso. Se declaró idealista, por cuanto no halla en la copia de lo que existe ejemplos a que amoldar las excelsas condiciones de lo que en todas las artes bellas, que recorrió en sucinto examen, ha producido el inspirado espíritu. Hay algo en el estilo de Viondi de las empuñaduras de Benvenuto Cellini.

Al tierno sentidor sucedió una legítima esperanza de la tribuna,—un orador que lo es ya, cuando comienza a serlo,—un brioso mantenedor de la doctrina positiva, a cuya explicación y vulgarización—como exclusivo objeto, pareció tender en el curso brillante de su bien modelada peroración. Acción desembarazada, períodos robustos, animada convicción juvenil, ardor de enamorado en la defensa de la doctrina que profesa, eran sobrados motivos para que aquel discreto público acogiera con prolongadas salvas de justísimos aplausos el levantado discurso de

Dorbercker. Bien es que, más que del tema, trató de la filosofía que ama con pasión, y expuso con serenidad y brillo. ¡Pero bien haya este extravío momentáneo de la discusión, puesto que él nos dio a conocer cómo entre labios húmedos todavía con las mieles de la adolescencia, pueden esconderse raudales de imágenes potentes, que vendrán a ser un día acrecidas con la experiencia, corrientes vigorosas que combatan a este mal revuelo de la patria!

Leyó enseguida el señor Ramiro unas redondillas excelentes, bien inspiradas, bien escritas y bien hechas. Hizo reír con la buena risa. Sacó a plaza a todos los mantenedores del torneo. En filosofía estuvo por lo que queda, después de que todo ha muerto. Devoto del hogar, siente que hay algo más de lo que se ve, y que no es, por tanto, el arte humilde copia. Los fluidos versos fueron justamente interrumpidos y coronados con cariñosos aplausos.

Ocupó después la tribuna—y la ocupó completamente—Rafael Montoro. Limpísima palabra, caudal inagotable, potente raciocinio, vigoroso análisis, notabilísima potencia para examinar, presentar y deducir, he aquí a Montoro. Idealista a lo Hegel, dio rudos golpes de maza a las calurosas afirmaciones de Dorbercker. Sentó su teoría artística, y la aplicó a las diversas artes bellas “que surgen admirables—dijo—después de todas las filosofías que las razonan”. Trajo la teoría a las obras dramáticas; estudió éstas en su formación, en su ejecución, en su objeto. No trató bien a Courbet. No halló razón a los realistas. Dio vida a la clara estética de su maestro. Y concluyó opinando que es el genio, y no la repetición de lo visible, la obra artística. No hubo manos que no aplaudieran aquella improvisación correcta, analizadora, nutrida, siempre levantada, nítida siempre, siempre serena. Bien dijo el literato Canalejas lo que dijo en Madrid del orador cubano.

Habló Dorbercker, el orador reglano, repitiendo en las respuestas a Montoro, con abundosas frases y firme fe, los que él tiene por inquebrantables dogmas del positivismo. En la rectificación confirmó el joven sacerdote la opinión que de su ardiente fe nueva había el público mostrado.

Razonador fácil y oportuno se mostró de nuevo Montoro en la réplica.

Y así fue, a grandes rasgos, la brillantísima velada que puso, a los envidiosos, respeto; a las damas, orgullo de los buenos de la patria; a los buenos, que son los más, generoso contento y legítimo entusiasmo.

X

2

EL TEATRO CUBANO

El oficio de un pueblo es crear, y la fuerza del mundo está en los que producen. En teatro, como en todo, podemos crear en Cuba. El teatro vive de la historia, y nosotros tenemos una tal, y de tan absoluta y viril grandeza, que nuestro teatro nos puede salir bello, si no damos en amortajar a nuestros héroes con capas de torero, si no le ponemos al alma cubana chaqueta y monterilla, si no expresamos nuestra alma libre en las formas que han tomado de afuera los que nos la agobian. Nuestro teatro se ha de escribir en una lengua digna, por la majestad y sencillez, del sacrificio que en él va a perpetuarse.

Y nos cuentan que hay quien se ensaya en poner en escena, sin tramas inútiles, los cuadros augustos o típicos de los días únicos por donde el cubano se enseñó en toda su altura: de los días de la guerra. Una escena describe la hora de la resolución, cuando el rico, el esposo, el padre, decidían, en la casa dormida, montar en el caballo de morir, deponer ante la patria el gusto de la fortuna, que es grata con justicia a quien la levanta con su labor, y la compañía de la mujer, y el enamoramiento del hijo. Otra escena es la batalla entre el interés de la vida, representada allá en la selva por la compañera que se empieza a cansar, y la idea del deber triunfante y doloroso que se desase de sus brazos, y “monta en Mambí”. En otra escena está de descanso el campamento, como nosotros descansábamos, unos contando cómo se hace la pólvora, o se cura la herida, o se hacen en una máquina de mano los casquillos de las cápsulas; otros, sentados juntos en un tronco, enseñándose a leer, con el machete a los pies. De pronto entra un amigo: ¡qué gusto el de volverlo a ver! ¿cuántas peleas, desde la última vez?: le preparan el festín,—mango, jutía, buniato, cubalibre; pero el recién llegado baja la cabeza, cuando un amigo le pregunta por la Biblia que le prestó:

—¿Y la Biblia que te di, y que te dije que me la guardaras?

—Hermano ¡me la fumé!

Porque esa es la guerra verdadera: una guerra en que se muere, y en que se ríe. Y así, con esa libertad de la naturaleza, puede nacer nuestro teatro épico. ¿Para cuándo habrá acabado su obra nuestro poeta?

1. LA LIGA ANTILLANA
2. UNA ORDEN SECRETA DE AFRICANOS
3. EL 22 DE MARZO DE 1873

LA LIGA ANTILLANA

¡Qué hermosa estaba La Liga, la casa de aprender, este jueves pasado, cuando se inauguró la sociedad nueva de socorros mutuos, "La Liga Antillana"! Las familias enteras de la casa estaban allí, los padres que pelearon en la guerra de Cuba, la esposa que decía ingenua su primer discurso, las hijas que en el destierro aprenden las virtudes y gracias con que volverán mañana a la tierra natal. Allí, elegantes, las nobles compañeras; allí, fieles, los buenos amigos; allí los discursos sentidos y modestos, dichos, con miedo de novia, por las mujeres que en la otra vida de que vienen, la vida de la tiniebla y la impiedad, no aprendieron las artes de asociación y ayuda con que hoy se ampara la esposa a quien el frío le lleva el compañero, la madre a quien la guerra le quite acaso un hijo. Temblaban aquellas voces femeninas, de fe y de ternura. Era noche agria y hostil; pero allá en la casa buena, la pasión de la libertad, mal velada en los discursos breves, juntaba como en familia a las almas enérgicas de Cuba y de Puerto Rico, de Jamaica y de Santa Cruz; y quien ha visto aquellos cielos, recordaba el amanecer, trémulo y gris, y la bóveda, que parece allí más clara y alta.

Por la naturalidad y delicadeza fueron loables los discursos: el de la Sra. Heredia de Serra, digna, por sí y su esposo noble, de usar el mallet, encintado de blanco y azul, que regaló el caballeresco Sixto Pozo; los de la Sra. de Gómero y la Srta. Ribero, de veras caritativas; el de la Sra. de Sánchez, lleno de emoción y piedad; el de la Sra. de MacDonald, que puso en bello castellano su alma de Santa Cruz; el que dijo en honor de la Sra. de Apodaca la compañera entusiasta de Pivaló, un gigante de los diez años. De hombres, Serra, por una carta hermosa; Figueroa, nunca más gallardo y elocuente, y Martí. Con bella voz cantó

la Srta. Fernández; el piano fue de la Sra. de Wenk, y de una servicial María. “La noche toda, decía un orador, será para mí como un ramo de nomeolvides”.

Patria, 28 de enero de 1893

2

UNA ORDEN SECRETA DE AFRICANOS

Es de uso entre los necios tener en poco las cosas grandes. Si no es suya la virtud, ni virtud les parece. Creen que debajo de su plastrón se esconde la llave del mundo. Llevan el mundo en sí, que empieza en su cuna y acabará en su tumba, y niegan, con sincera imbecilidad, que sea cierta la guerra o el amor, o el desinterés o el heroísmo, o todo lo que en ellos no sea, sobre todo si les desarregla su plastrón. El mundo, más que a esta caterva, recordará acaso a Tomás Surí, al africano Tomás Surí, que ha cumplido los setenta años en el destierro del Cayo.

Es de una orden secreta, de una tremenda orden secreta de africanos, con ordenanzas y quién sabe qué, que dejó ir a unos hermanos porque querían aún el tambor, y los demás no querían ya tambor en la orden, sino escuela. De una misteriosa, peligrosa, funesta orden secreta es Tomás Surí, donde el tercer grado no lo puede tomar quien no sepa leer. ¡Pues un día se levantó Tomás de su asiento en la sala embanderada, en la sala agradecida, en la sala que adorna sus fiestas con la bandera de la revolución, y dijo este discurso!: “Yo he pasado mi vida sin saber leer, y ya me queda poco de vida; pero como es necesario que para tomar el tercer grado el hombre sepa leer, yo lo voy a hacer, yo voy a aprender, y esto al menos servirá de ejemplo a los que tienen menos edad, y les hace más falta”. “Y desde entonces—dice una carta—está cumpliendo su palabra: ya sabe silabear y con él varios que lo necesitan, y vienen todos los días a acompañarlo en su tarea: así que el ejemplo de Tomás ha sido bueno”. Allí está, con el dedo en las letras, el negro de setenta años.

Fue Tomás el que un día de corazonas, cuando la idea de la guerra santa apareció, más viva que nunca, como entre ruidos y fuegos de aurora, en nuestro Cayo, saltó de su silla, apretó a un blanco joven entre sus dos brazos fuertes, y le dijo, con luces en los ojos, moviendo de prisa

las encías desdentadas: “Yo lo hice, yo lo hice cuando la pelea, y tengo tres hijos, y si no lo vuelven a hacer como yo, esos tres no son hijos míos”.

Y dice más la carta: “En reunión regular que celebra la orden los jueves, Juan Pascual, que así se nombra el venerable director, propuso que la orden donara una cantidad que ayudase a engrosar los fondos de la guerra, porque ellos también quieren contribuir con algo al día de la patria. Fue unánime la aprobación, y se dijo mucho bueno, aunque no con mucho adorno, pero creo que con el mejor, porque hablaban con el corazón.

“Dijeron entre otras cosas que “ellos, los que habían sido esclavos, eran los únicos que habían ganado con la revolución; que la mucha sangre y lágrimas que había costado a los hombres que, no estando acostumbrados a la guerra, se lanzaron a ella generosamente, sólo había servido para conquistar la libertad de los negros; que no era posible que hombres que se reúnen para progresar, quedaran sordos y ciegos en el momento en que todo se mueve para continuar la tarea interrumpida”. Y dan su cuota desde aquel día, puntuales y contentos... ¡Ah, amigo, no falta quien me critique y me tenga en menos porque me siento con ellos en los bancos de aprender; pero cada día sigo con más interés en mi tarea, porque nunca me he reunido con tanto hombre honrado y de verdad en tan poca gente”.

Pero hay más todavía: “En la escuela son sublimes, pues en ella se recibe a todo el que desee aprender, sin preguntarle quién es. El niño de cualquier color que a ella llega sólo tiene que sentarse en un banco, y encuentra quien lo enseñe. No tiene que hacer otra diligencia para entrar en la escuela”. ¡Tomás Surí, de setenta años, aprende las letras!

Patria, 1 de abril de 1893

3

EL 22 DE MARZO DE 1873

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN PUERTO RICO

El diez de abril de 1869 los cubanos unidos en Guáimaro, en el instante primero de consagrar su independencia, declararon libres, sin reparos ni paga, a todos los esclavos de Cuba; y ese hecho de gloria legítima, el más puro y eficaz de la revolución, salvó de una vez de la

servidumbre al negro, y a Cuba de las violencias y trastornos que los libertos, agradecidos en vez de lastimados, jamás promoverán en la república. Cuatro años más tarde, y a la hora de amanecer, en el anfiteatro bullente del palacio de las Cortes en Madrid, extraña agitación poseía a los diputados: los grupos, locuaces y dichosos, se congratulaban; un corrillo, como apaleado, huía por la mampara; un orador, grande de la cabeza, parecía desatar del cielo los párrafos de luz, y los echaba radiantes sobre aquellos hombres; un general viejô dio un viva a la república; el presidente, pálido, con el gesto de quien arranca una llaga del seno maternal, declaró "abolida para siempre la esclavitud en la isla de Puerto Rico". Los libertos contratarían por tres años con los amos: tres curadores entenderían en los contratos; a los dueños se les pagaría "en efectivo", con un empréstito de 35.000.000 de pesetas sobre las rentas de la isla, o en títulos del empréstito, el precio de los esclavos: una junta de autoridades y amos "haría la distribución": a los cinco años entrarían los libertos a gozar de sus derechos políticos. En Cuba, los dueños libertaron con sus manos a sus siervos: hasta el nombre del color borraron de la constitución de la república; sentaron a su lado a los esclavos desde su primer día de libertad. En Madrid, cuatro años después, cuando aún habían de pasar quince más para que las Cortes reconociesen la emancipación de los esclavos de Cuba, votó la abolición en Puerto Rico el congreso de Labra y de Vizcarrondo, de Castelar y de Gabriel Rodríguez, de Benot y Balart, y firmaba de presidente Salmerón, el español que proclamó ante los diputados el derecho de las colonias a separarse de la metrópoli, "como al entrar en la mayoría tienen menester y razón de salir de la patria potestad los hijos". Fueron libres, en la madrugada del 22 de marzo de 1873, los treinta y cinco mil esclavos de la isla de Puerto Rico.

El cable llevó a San Juan la anhelada noticia, de que tuvo la población el día antes albores; y a poco de salir el sol se declaró todo San Juan en fiesta. La *Gaceta* volaba por las calles. Las tiendas tenían sesión en las aceras. Los hombres salían de la casa endomingados. Los caballos, con trenzas y moñas, lucían a sus jinetes. Los jóvenes ardientes disponían, a abrazos y discursos, la manifestación. Allá, en la plaza de Armas, una casa había cerrada, como de luto; ¡tal un puño lívido, que amenaza al cielo!; pero todo San Juan era bandera, cortina de damasco, colgadura azul: una niña atrevida, en una cortina azul, puso de una lado una roseta blanca, y del otro una roja. A las doce ya el pueblo, como en iglesia abierta, cuchicheando, vitoreando, alineándose, saludando a los

balcones, henchía, en conmovedor conjunto, la plaza de Santiago. Como vacío miraba desde lejos, acuchillado en el celaje del fondo, el fuerte de San Cristóbal, y contra la pared del cuartel, a un rayo de sol, chispeaba por sobre las cabezas la bayoneta de la guardia. Al teatro nadie le veía el viejo techo alón, ni las fruncidas almenas, ni el muro descascarado, sino el portal donde ordenaban la manifestación, con oradores y poetas de edecanes, los próceres de la libertad puertorriqueña. Julián Acosta, con viveza de enamorado, blanda la voz y el ojo relampagueante, a todos a una escuchaba y dirigía. Ramón Abad, ágil aquella vez como su pluma, peroraba en un corro de jóvenes. Félix Padial, erguida como en guerra la cabeza rubia, juntaba, repartía, capitaneaba, abrazaba a los negros, les besaba a los hijos: "¡Y a quien diga que esta grandeza no ha sido verdad, que estos esclavos no han entrado en la libertad sin odio, le diré que miente!" Desde el balcón de Julián Acosta deshojaban flores, que un campesino recogía en el yarey, dos jóvenes de tentadora hermosura, cuya mirada parecía premio anticipado al heroísmo de los combates. Partió al fin, a la plaza de Armas, por la calle de la fortaleza, la manifestación en que iban juntos los amos y los esclavos.

Las músicas, que como honor se ofrecieron a la fiesta, tocaban aires queridos; por entre masas vivas pasaba el gentío: de ventanas y puertas ondeaban los pañuelos. De brazo iban delante, como si fueran los libertos ellos, todos los que con la palabra o la pluma, con la propaganda o la acción, habían peleado por echar la esclavitud abajo, abogados y médicos, juventud y vejez, comerciantes y escritores. Luego, con los hijos de la mano, ellos de camisa y calzón, ellas de túnico blanco y pañuelo de madrás, pasaban los esclavos, descubiertos unos, uno guiando a un ciego, todos silenciosos: un padre se bajaba, a besar al hijo, y seguía con él en brazos: otro, de cuerpo formidable, le tenía la mano apretada a la mujer: otros iban de hilera, mozos todos, con el vestido resplandeciente: una pobre vieja, en medio de la marcha, se echó de rodillas. Detrás iban los jíbaros, los campesinos que estaban de paso en la ciudad, camisa libre y descalzos, con el yarey a lo alto de la frente, y el machete al cinto.

Al palacio no tuvieron que llegar, porque el gobernador Primo de Rivera aguardaba en el balcón de la Intendencia. Apiñados a la baranda estaban, allá al costado de la plaza, todos al balcón, los del caserón hostil, los españoles del Círculo Hispano Ultramarino. Primo de Rivera, en traje de paisano, dijo toda la república de su corazón; aquél era día, aquélla era dicha, aquélla era la aurora de los tiempos nuevos, aquélla

la ley justa con que venía él a gobernar. Descubiertos les habló, como ante un pueblo que nace, y su magnífica estatura parecía mayor por la nobleza y la sinceridad de su palabra. De los españoles del Círculo salió un silbido, y quiso la multitud irlo a echar de la baranda abajo, pero el gobernador le pidió que hermoseara con el perdón aquella hora de gloria. Y hubo un viva estentóreo a Puerto Rico libre, y la música, con el coro del pueblo rompió a tocar *La Borinquena*.

De regocijo fue la tarde toda, luego que se regó por la ciudad la manifestación; pero ya no había quien anduviese solo, porque era como una familia San Juan entero, donde el comercio olvidó el vender y las casas estaban todas al balcón, y el baile improvisado era de quien pasaba. Por el arrabal se oía, en las juntas de Africa, la frenética tambora; al son del tiple y la bordonúa, y del marimbo agudo y la revoltosa maraca, bailaban los campesinos, en el limpio batey, sus merengues y seis; la trulla vocinglera, con el violín de capataz, cantaba a la puerta del vecino los aguinaldos de la libertad, y le pedían dulces y danzas. Al amo que le decía a su negro: "¡Ya eres libre!" el negro le respondía: "yo no seré libre mientras mi amo exista". Una esclava decía: "¡No, mi niña; yo me quedo con ella!" Otro, sentado en un quicio, lloraba a raudales, lloraba sin saber por qué, se cogía los sollozos con las palmas de las manos.

Como búho en un incendio pareció a la noche, de tanta luminaria, la poca casa esclavista que se quedó oscura en el júbilo de la ciudad; y el pensamiento y la belleza de ella, el entusiasmo y el valor, la música y la poesía, la gratitud y la elocuencia, llenaron la casa estrechísima del Círculo Artístico y Literario, que al correr del día compuso la festividad en honra de Primo de Rivera. Todo era luz la fachada del Círculo, que en las inscripciones transparentes loaba el día magno: y era hervor todo el gentío adentro y copa alzada por los padres de la abolición, por Ruiz Belvis y Acosta, y Quiñones, que en la Junta de Información de 1866 pidieron cara a cara a España en Madrid, con razones de estadista profundo, la abolición inmediata de la esclavitud; por el indio Baldorioty, creador lento y seguro del alma nueva de Borinquen, y de lo más bello y saliente de la ley de abolición gradual de Moret; por Betances, que escapó de la saña de los esclavistas, luego de vuelta de los comisionados, en la goleta que echó por las repúblicas del mundo, en busca de ayuda para su tierra, al que inmoló su fortuna, y luego su comodidad, al suelo en que nació, a Ruiz Belvis. De las almas rebosantes, más que de programa alguno, fue brotando la fiesta, ya hiciese de escenario la tribuna,

donde conmemoró la oratoria las grandes jornadas, de martirio y pobreza, de los adversarios de la esclavitud, ya resonara, con nuevos sentidos, la música patria, ya cantase Clotilde Tavares las estrofas valientes del himno escrito para celebrar la redención. Un hombre joven, de frente audaz e indómita mirada, se adelantó, del brazo de dos hermosas jóvenes, seguido del concurso entero, a ofrecer a Primo de Rivera el bastón de carey que el Círculo le regalaba, en fe del día grande: Sotero Figueroa era el secretario del Círculo. El español oía, puesta la mano al pecho, llenos de humanidad los ojos: el puertorriqueño, hijo virtuoso de las dos sangres, le hablaba, con sencilla altivez, del capitán Correa, el arcibeño que a pecho y machete cayó nadando sobre los ingleses invasores; del bravo Amézquita que, cuando el holandés Balduino Enrico, lo retó en el Morro a duelo singular, y clavó en el duelo a Holanda; del brío e independencia de su país y de lo propio de la libertad en él habló el puertorriqueño al español. Respondió Primo de Rivera con nobleza; de unas manos recibió el carey y un abanico de otras, donde, con arte precioso escribió hoja a hoja una mano de mujer los nombres de los diputados de las Cortes emancipadoras. Mucha casa encendida había aun cuando, acabado el 22 de Marzo, volvió el gentío del Círculo a los hogares que alegró, con goce pasajero, una hora de justicia: ¡mucho esclavo, blanco y negro, hay todavía en Puerto Rico!

Patria, 1 de abril de 1893

1. LOS MOROS EN ESPAÑA

2. ESPAÑA EN MELILLA

LOS MOROS EN ESPAÑA

Jamás cede una raza oprimida, jamás cede el pueblo a quien le ocupa el extranjero la tierra amada con huesos de sus hijos. El Riff ha vuelto a guerra contra España, y España vivirá en guerra con el Riff hasta que le desaloje su país sagrado.

¿Qué nobleza hay, por criar en un fortín viejo un poco de milicia viciosa, de milicia robada a la agricultura y las industrias del país, en tener a tiro perpetuo de cañón una raza simpática y altiva, una raza que defiende su suelo con el mismo tesón con que de otros moros defendió Pelayo el suyo? Y si España quiere y necesita una plaza que la defienda por el Sur, aunque su utilidad y decoro es lo único que verdaderamente defiende a los pueblos, ¿por qué no la ha comprado con el servicio y el respeto, con la enseñanza y el amor a la raza nativa? Cuatro siglos hace que está España en Melilla, y no tiene allí más que el castillo de matar y una iglesia vieja. El corazón honrado, español con Pelayo en Covadonga, es hoy moro con el Riff contra la posesión injusta de España, e inútil al mundo. Poseer es obligarse. Bañar en sangre un pueblo, o deshonrarlo con el vicio, no es justo título para poseer, ni en el Riff ni en Cuba. Allá está la guerra. Sea el triunfo de quien es la justicia.

Y el triunfo puede ser reñido, aunque en contienda como ésta tenga aún España a su favor lo mismo que le cuelga y la roe, que es el carácter dominante y aventurero, agrio aún de las derrotas de Flandes y de Ayacucho. Donde hay pelea injusta, allí está España. De México salió, porque un catalán de corazón, Prim, tuvo de consejero a un varón angélico, el asturiano Anselmo de la Portilla: pero ¿dónde más fue justa, o peleó para el bien humano, o reconoció a tiempo su error? Pierda España cuanto posee sin honor, y entre al trabajo propio, sin la colocación del ejército para sus segundones inútiles, su gentuza traviesa, y la

quinta infeliz: que por ahí, y por el gobierno descentralizado de las tercas nacionalidades de su origen, podrá España vivir a nivel con el mundo. ¿Qué España nueva es esa que hoy ahogará en sangre al moro. a quien en cuatro siglos no ha dado más que una iglesia vieja, y mañana pretenderá, aunque en vano esta vez, ahogar en sangre la aspiración y cultura superior de Cuba? Mientras los españoles tengan cómo vivir del rancho del ejército y del barato de las colonias, no habrá nación en España. La nación empieza en la justicia. Feñido decíamos que puede ser el triunfo: porque en los rifeños no arde sólo ahora el agravio de ver profanada con un reducto español la tierra de su cementerio, ni la venganza por la guerra que tuvo su cantor en aquel Alarcón que aborreció tanto a América, ni el indómito afán de ver libre de extraños inútiles su peñasco; sino que por toda la gente mora, y por el Norte todo africano, cunde, más briosa a cada nuevo ímpetu, la idea, sólo para los privilegiados y cobardes apagada, de ligarse, con su fe a la cabeza, contra los pueblos que, del brazo de sus falsos señores,—de los afrancesados e imperialista- y olanos de la morería,—se dividen y reparten, sobre el cadáver de la raza, las tierras donde de siglos atrás se vienen afinando su belleza y bravura. Es la nación lo que está detrás del Riff, y la fe, y la raza. Lo del Riff no es cosa sola, sino escaramuza del cambio y reajuste en que parece haber entrado el mundo. Seamos moros: así como si la justicia estuviera del lado del español, nosotros, que moriremos tal vez a manos de España, seríamos españoles. ¡Pero seamos moros!

Y acaso algún espíritu superficial esperase de *Patria* declaraciones de vulgar regocijo por el conflicto que mercedamente agrava la situación de España, en instantes en que, por ser la vía única abierta, parece Cuba disponerse a nuevo sacrificio en lucha decisiva contra el desgo- bierno y la corrupción españoles. Acaso se espere de *Patria*, por quien no la conozca, algún alarde inoportuno. No. Ni el odio a España nos mueve, ni la insana alegría de la guerra, ni más deseo que el de ase- gurar, por la vía más breve posible, el bien de Cuba, y de Puerto Rico con ella, mientras que los sucesos que ya cuajan en América le dan aún tiempo para ocupar un puesto que, a seguir en manos españolas, perderá irremediamente en este período, todavía abierto, de composición con- tinenta, y universal. Eso queremos, y salvar a nuestra tierra de los peligros de la revolución interesada y sin concierto, o de una clase dominante de cubanos, y no de la mayor suma posible de cubanos a la vez. Lo que hacemos es del silencio, y no es nuestro. Con cuanta pureza cabe en almas humanas, estamos a la obra. Las cosas de muchos hombres

no se hacen con la voluntad, ni con el heroísmo, de un solo hombre. Héroe, se lo puede ser todos los días: pero el verdadero héroe es el que sacrifica su heroísmo al bien de su patria.

Componiendo, ajustando, respetando, oyendo, sin amor más que para la virtud, sin silencio más que para la infamia, vamos, ¡oh Cuba!, a donde parece que tú quieres ir. La hora, es tuya. La muerte, la muerte dichosa por servirte, ésa sí es nuestra. Y el Riff, que pelee: sea cada pueblo de sus amos naturales, y de los que le sirvan con utilidad y amor.

Patria, 31 de octubre de 1893

2

ESPAÑA EN MELILLA

De sí propia y de su natural desenvolvimiento viene la fuerza a la revolución cubana, que no ha de ser el aprovechamiento furtivo de una coyuntura feliz, sino el alzamiento incontrastable y final de la conciencia pública. No ha de ser una aventura, sino la fundación de un pueblo. Los que tengan a los revolucionarios de ahora por aventureros, por gentes de pasión que se echan detrás de la capa colorada, por fanáticos nulos, sin más energía que la de un odio estéril, que fían al azar la suerte del país,—yerran. Esta revolución se hace para sacar al país de esa vida de azares; para allegar, tales como hoy existen, los elementos que puedan contribuir, con idea final útil, a una emancipación firme por medio de una guerra conveniente—a pesar de su sacrificio superficial—a la mayor fusión y paz constante de Cuba. Esa es nuestra guerra, y no otra. Si fuese otra, no la haríamos. Por eso no ha prendido, ni debía prender, el alzamiento de Las Cruces en Cuba. Así no es nuestra guerra. El país sabe cuál es nuestra guerra. El país sabía que ésa no era nuestra guerra. Nuestra guerra es la suya, y es él. Ya no nos desconocemos, ni obramos aparte, ni nos equivocamos. Vamos, seguros, a un fin conocido: vamos sin prisa, y sin desviación, como las corrientes fatales de la naturaleza. Por eso importa tan poco que caiga, en el agua que corre y crece, una flor venenosa, o que del seguro holgazán de la orilla, le tiren piedras al agua que pasa. El agua sabe su camino: y sigue, silenciosa. Por eso, acá en *Patria*, hablamos poco de Melilla. Con moros o sin ellos, haremos la independencia de Cuba. Hasta más placer tendríamos, porque sería más de hombres, en hacerla cuando no hubiese

guerra en Melilla. A pecho puro, y a puro brazo criollo, echaremos de Cuba el mal gobierno de España; porque no puede un pueblo perezoso, dividido, retardado, lejano y cruel, regir, en el crucero del mundo moderno, en la puerta misma de la nueva humanidad, a un pueblo ágil, unido en el afán de mejora y el concepto de un mundo mejor, ya a nivel con la edad moderna, y de alma desinteresada y amiga. No entraremos en la libertad por la gatera de Melilla. Nuestro aliado no será la casualidad, sino el orden de nuestra preparación, el conocimiento y remedio de los yerros pasados, la simpatía merecida de los españoles liberales de nuestro país, la esperanza legítima de todos sus hijos en una república de respeto y concordia, y el ímpetu y poesía de nuestro derecho. Esa es nuestra "fantasía". Nuestra espingarda es ésa.

Pero lo de Melilla, que parará probablemente en un triunfo más caro a España que el beneficio moral que le vendría de su derrota, sirve al menos para demostrar, según sabe el que observa, que ya no son aquellos ejércitos de España el tropel asesino que hace veinticinco años caía a ciegas sobre los hombres culpables de defender, en el conjunto de un país, el decoro humano: que eso es, y no más, la verdadera idea de patria. La propaganda de las ideas de reforma social, aunque dislocada y mal digerida, y errónea en cuanto a la aplicación de medios cuya violencia no es relativa al obstáculo que se ha de vencer, ha mudado el alma, en las ciudades y en el campo, del pueblo llano español. Hoy es más fácil encontrar soldados en España para defender la libertad que para sofocarla. Mañana, en la guerra de Cuba, en una guerra que tendrá los brazos abiertos ¡cuánto Dorado va a haber en las fuerzas cubanas, que no pelean por la sustitución del señorío de afuera con el señorío de adentro, sino por ver al hombre decoroso y feliz! ¡Cuánto Villamil habrá en Cuba!—¡y cuánto Huerta!—Pocas boinas hallará España esta vez que crucen la mar para herir en pechos de hombre la libertad que ya ellos conocen y adoran: hallará España, para el crimen, muy pocas muñeiras. O pagará España el pasaje—óigase la profecía—a los soldados de la revolución.—Véase, si no, lo que pasa en España, de vil especulación por una parte, que es una de las gangrenas de España y de la época, y de resistencia a la guerra inhumana por la otra: véase lo que dice, entre detalles y nombres que en *Patria* parecerían venganza o exageración, una carta valiosa de España misma, y de persona que está con lo más alto y sabedor del país:—"Es verdad cuanto se dice del contrabando español en Melilla: el gobierno lo sabe, y no lo puede evitar: los españoles mismos son los que les venden armas y pertrechos a los

moros: y en cuanto a voluntad de pelear, sé, por la esposa de un coronel, que el rumor público es cierto, y que, aunque no faltan mercenarios vejancones, que es gente en que no hay que fiar mucho en una guerra como ésta, a los mozos y a la gente mejor tienen que apalcarla para hacerlos salir a pelear".—¡En Cuba no: en Cuba daremos la vida sonriendo!

Patria, 28 de noviembre de 1893

CUBA

EN CASA ²⁸

²⁸ En su carta testamento literario, Martí indicaba: "Aquí han guardado los *En Casa* en cuaderno grueso: resultan vivos y útiles". Se refería seguramente al domicilio de Carmen Miyares, viuda de Mantilla, donde dejó Martí su "papería" al embarcar en Nueva York hacia Santo Domingo y Cuba.

Todas las gestiones han sido inútiles para hallar el cuaderno a que Martí se refiere. No obstante, después de cuidadoso examen de la colección de *Patria*, se han podido reproducir los trabajos de Martí de la sección *En Casa*, publicados en ese periódico.

Como no es posible agrupar rigurosamente por materias esos trabajos, se reproducen aquí en orden cronológico de publicación, y se mantienen los referentes a personas no cubanas; personas que se encontraban estrechamente ligadas a la colonia cubana de Nueva York.

1892

MARZO 26

En la política de América, es riesgosa la idea de política del continente, porque con dos corceles de diferente genio y hábitos, va mal el carruaje. Pero la ciencia es toda una, y conviene todo lo que junte a los pueblos, si la amistad no llega a la funesta e imposible unión de caracteres que han de chocar y padecer, en los métodos y en los intereses de una obra que sólo en lo final de la libertad puede ser común, y en lo real contemporáneo no lo es.

Está bien, porque es de amistad natural y útil, el Congreso Panamericano de Medicina, que se reunirá en Washington en septiembre de 1893, y para los cubanos es un honor que nuestro médico Ramón L. Miranda haya sido ya, con toda anticipación, escogido como Secretario de la Sección de Patología Interna en el Congreso. El de Miranda es mérito tranquilo, que dura y se reconoce.

Y otro honor para los cubanos es que una de las autoridades prominentes del Congreso, y el alma de él acaso, sea Juan Guiteras, uno de los tres médicos que en los Estados Unidos ilustran este nombre criollo. Los Guiteras son hombres de veras. A los padres no los olvidaremos los cubanos, que en ellos aprendimos a leer, en sus libros de lectura, y en su Historia de Cuba, y en su traducción de la Eneida. De los tres hijos, uno, Juan, es primero en Washington, y persona mayor en la medicina del ejército: otro, Daniel, es médico favorecido de la Armada, y muy buscado por su discreción y cultura: Ramón, el otro, tiene pocos pares entre los médicos enérgicos y elegantes de New York.

Y de otros médicos de Puerto Rico y Cuba, no hay que encomiar el valer. Aquí está Luis, probado en la guerra, y en su práctica larga de familias; Henna, cuyo nombre es ya elogio; Agramonte, que abrió heridas, y las cura; Portuondo, ayer predilecto de la Universidad, y hoy de su clientela; Quesada, que en el hospital se ganó con su mérito un

puesto permanente; Sauvalle, que trae nombre que obliga; Amáble, hermano activo del que cayó en Cuba al besar la tierra libre; López Victoria, el borinqueño culto; Ponce de León, que levanta casa en Brooklyn; Alvarez, que se sabe toda la cirugía; Párraga, que abrió nido en la roca; Osorio, empeñado en curar pobres; Sarlabous, en quien rebosa el noble corazón. Tenemos nobles médicos.

Sobresalir, es siempre bueno. Alfredo de Oro, el billarista famoso, acaba de vencer en Siracusa a todos los campeones que se presentaron a disputarle la primacía que ha confirmado con esta tercer victoria. Se los llevó tres veces.

Es de jóvenes triunfar; pero en la abogacía no suelen los jóvenes ganar campaña tan briosa y difícil como la que, en el suelo mismo de sus adversarios, ha ganado Rafael Govín, en pro de un fabricante habanero, a los falsificadores norteamericanos de las marcas de Cuba. Todo honor merece el joven rico que trabaja.

Juan Peoli, el artista cubano, el amigo de Saco y de Delmonte, no tiene en sus cartones, que valen mucho, cosa mejor para ojos de Cuba, que una curiosa colección de retratos de nuestros prohombres, con la cara de verdad y el cuerpo a media caricatura. Todo el romanticismo de Cuba está allí; toda nuestra pelea de hace cuarenta años. Con cariño de hijos se van volviendo aquellas páginas frescas y originales. Ahora Peoli, que acaba de pintar en lienzo heroico al general Páez, tiene el encargo de retratar, entre las balas y tiendas del campamento, al general Sickles.

Patria, 26 de marzo de 1892

1892

1. ABRIL 3
2. ABRIL 10
3. ABRIL 16
4. ABRIL 23
5. ABRIL 30

Escribe a *Patria* “un *mambí* viejo”, que es persona de buena voluntad, y de mejor dicción. Y *Patria* es blanda al noble consejo, como piadosa para el consejo que no lo sea, por ser todo este mundo enfermedad, y haberse de pasar por él con el alma de la medicina. Al viril *mambí* diremos sólo que no es virilidad lo que falta en esta casa,—ni prudencia: y que un teclado tiene muchos marfiles, y el pedal apoya éste o aquél, según quiera prolongar un sonido puro, o ligarlo, o sofocar otro agrio.

En el silencio, y donde los pedantes no los ven, practican los cubanos, en roce y creación, todas las virtudes necesarias para el goce pacífico de la libertad: que para caer en lo de las ciudades griegas, y andar de Atenas y Esparta comiéndose los límites, no valdría la pena de llenar de sangre la casa: en codeo mutuo y constante, limándose la vanidad o ayudándose de ella para la virtud, han de vivir los hijos de un pueblo que quiera ser dichoso. En las Sociedades de socorro, en las de los Caballeros de la Luz, en las Sociedades masónicas, cultivan, cubanos y puertorriqueños, las virtudes republicanas. Y cuanto las fomenta merece elogio, como cuanto las merme merece censura.

Es de muchos años la logia masónica *Fraternidad* número 387. Y como el respeto a los muertos meritorios mantiene el mérito entre los vivos, la logia dispone una velada fúnebre en honra de los que ya no se sientan en sus bancos. Los compañeros de los que se han ido asistirán a la fiesta, que va a ser hermosa; y llevarán a sus mujeres y a sus hijos. Irán familias, y el público sabrá a tiempo cómo se puede obtener convite para la ceremonia.

Otro honor a cubano. De los médicos Guiteras hablaba *Patria* ayer, y uno de ellos, Daniel, favorito en la Armada del Norte, acaba de ser nombrado Secretario de la Comisión de Marina en el Congreso médico Panamericano.

Por unas sentidas palabras de *El Porvenir* se viene en conocimiento de que continúan en *La Liga*, en aquel caliente salón cuyas señas,—74 W. Third Street—no debieran estar en inglés, las clases de historia que varios informantes dieron por interrumpidas. Estos son tiempos de virtud, y está bien que nadie se quiera dar por cansado en ella. La mejor justicia es poner aquí las palabras de *El Porvenir*:

“El cronista de la fiesta de *La Liga* desconoce, sin duda, las interioridades de esa santa casa, porque ha omitido decir que hay uno que después de su trabajo rudo del día (para quien empieza antes que asome su padre sol) va allí los jueves en la noche, y a viva voz relata la Historia, que en su cátedra le explicara D. Federico García Copley, mentor ilustre y desgraciado, que cuando exponía los acontecimientos del pasado, deducía las grandes enseñanzas para el porvenir”.

Patria, 3 de abril de 1892

2

Patria tiene hoy por deber primero el de dar gracias públicas al cubano constante, a José J. Luis, en quien ni nieves ni faenas entibian el entusiasmo que prendió en su corazón en aquellos días gloriosos. Era estudiante en bozo cuando llamó Céspedes a guerra; y dejó la matrícula por el fusil. De los primeros acudió a pelear; y el médico sereno de hoy y el modoso amigo, el compañero afable que entra ya en las canas, fue entonces el Secretario del Comité Revolucionario del Centro, el ayudante de Ignacio Agramonte. De él son, en su parte mayor, los datos con que *Patria* ha compuesto el relato en que conmemora hoy el día de la avenencia y de la abnegación, el día puro y evangélico de la guerra, el Diez de Abril.

Con la luz de aquellos tiempos en los ojos, con el fuego y grandeza de aquellos tiempos, narra José Jacinto Luis, y oía *Patria* envidiosa, las entrevistas, los preliminares políticos, las cabalgatas, las sesiones, los júbilos, la llamarada final. Y desfilaban, grandiosos, los héroes. La palabra es fuerte y bella cuando sale de un corazón que conoció la gran

virtud. Es de oír contar a los héroes la vida de batalla, en que el morir no tuvo penas; la vida de las opiniones, que tenían de gigante a la vez que de niño; la vida de familia, en que la hospitalidad fue como de hermanos, y la amistad parecía amor, y los amores mismos eran más delicados y gustosos. Se salen de la silla los héroes al contar. Los pecados, se les vuelan, y no están en ellos. Luce de gloria su rostro. La mano se tiende al aire, y se sacude, como avivando las riendas del caballo. El relato parece una arremetida. Así, en una silla del destierro, habló a *Patria* José Jacinto Luis.

A Fernando López de Queralta, nuestro coronel e ingeniero, nos le hemos también de mostrar agradecidos. El nos pintó la casa de la constitución, con su sólida reja y sus portales espaciosos. El nos contó del grito de los ángeles, cuando se dio por iguales a todos los cubanos en la constitución, y cundió la voz, como cunde la luz. El nos habló de Céspedes que recuenta, siempre cortés y raso hasta lo azul; con la mano de niña y el alma indomable: ¡Da pena, después de pensar en los hombres de ahora!

Ni habría *Patria* podido ver por sí como quería los documentos de entonces—la entrega del gobierno provisional, la alocución y circular de Céspedes, la alocución de Quesada, la nota de Céspedes al representante en los Estados Unidos,—si no le hubiese franqueado los cartones milagrosos de su librería el cubano que todo lo tiene, que es Néstor Ponce de León. ¡Cuánto tesoro en aquellos estantes, y qué envidia, para cuando esté hecho lo que tenemos que hacer, y pueda uno ponerse a revolver papeles viejos!

El Mambí Viejo es persona de visible nobleza, y por una hermosa carta que recibimos de él, carta sana y castiza, entramos en deseo de que ponga su corazón, y su letra menuda, en escritos que han de ser originales y jugosos. De hidalgos no está el mundo lleno, y este Mambí es hidalgo, sobre que lo de viejo, y lo de mambí enciende la virtud de la sangre, le pone a uno entrañas amorosas de hijo y le hace a uno querer a quien llevó la chamarreta, en las espaldas o en el pensamiento. ¡Y buenos recuerdos que ha de tener persona de esa observación y magnanimidad! ¡Y vaya si es grato oír a un hombre sincero! De los cubanos que ha conocido cuéntenos el Mambí, y por dónde brillaron;

y luego, con mano suave e indirecta, de modo que cure, cuéntenos por dónde falla la virtud. Cuéntenos de lo que ha visto con sus ojos, en su prosa galana y sentida, que en esta casa la mesa es el corazón y sentamos a ella con júbilo a los padres. Mueva la tinta roja.

—Y usted ¿cuántas horas duerme?

—Cinco, mientras mi patria no sea libre.

“En casa” se ha sabido con aplausos, por lo nuevo y oportuno, el proyecto de los Clubs del Cayo; de dar conferencias sobre los títulos de los Clubs, que por allá son tantos y de nombre tan feliz. que ir a todas las conferencias será como aprender la historia entera de Cuba. De Hatuey, con el poema de Sellén en la mano ¡qué no se podrá decir, hasta que resucita por la “Luz de Yara”! Y la conferencia de la “Luz de Yara” puede ser muy hermosa, con la pintura de los pocos grandes, y el debate augusto en la casa iluminada de la Demajagua, y la noche en vela, ¡y la madrugada en que se les anunció la libertad a los esclavos! Nuestra tierra tiene su color y poesía, y nada ayuda tanto a la libertad como el conocimiento de que se es persona por sí, con raíces en el país en que se vive, y no arria y reflejo. Y un libro muy bello, que por todas partes se vendería, pudiera hacerse de las conferencias que anuncia *El Yara* amigo, con el estudio de la composición social extraña y peligrosa de “Occidente”; con la historia de la redención americana, de nuestra América trigueña, en las palabras “Patria” y “Libertad”; con el poder que da al ánimo flojo, al ánimo de los que sólo fían en la pompa y el diploma, la historia de “Juan Miyares” y de “José González Guerra”; con la composición del carácter singular y pujante, primario y altivo de “Carlos Manuel de Céspedes”, “el Mártir de San Lorenzo”, con la relación, desde la cuna a la cumbre, de la virtud depurada de “Ignacio Agramonte”; con el heroísmo del destierro, tomando el tema de “José Francisco Lamadriz”; con el cuento indio de “Cabaniguan”, que es toda nuestra prehistoria y geografía; y “La Convención Cubana”, que pone en obra el trabajo unido por donde los derechos se aseguran; y la palabra de pase de estos tiempos, que está en el lema de “Unión y Libertad”. Esas serán conferencias de asuntos nuestros y nuevos, con hechos propios que ayuden a crear; y no esos percheros de imágenes, o mocasines germanos y franchutes, o pistos servidos en lengua española, con su tanto de academia y su hoja de plátano; y pasas de Málaga y microbios de Berlín.

De Tampa manda por *Patria* a la Liga unos magníficos versos un hombre cuyo civismo y mansedumbre son honor de su patria. Grande era el Mayor, grande era Agramonte en la guerra, cuando enseñaba a su criado, esclavo suyo ayer, las letras de la constitución en que él había escrito su carta de libertad, una constitución donde no hay blancos ni negros: y Joaquín Granados, el maestro de Tampa, no es pequeño cuando al pie de su mesa de trabajador, o a la cabecera de su cama de enfermo. llama a los niños, blancos o de su color, y les enseña poesía, decoro y libertad. Su prosa es de la nueva, que se nos levanta en Cuba, prosa de tronco y sillar, para cuando devolvamos a Madrid su prosa de callos y de caracoles. Y sus versos, “Dios, Patria y Libertad”, recuerdan por su redondez y empuje los de Luaces, que le iba hallando camino a nuestra poesía. Joaquín Granados es de alma señora, y *Patria* se hace fiesta de ir a leer sus versos en *La Liga*.

De la virtud se hacen los pueblos, y de la capacidad para anteponer al gusto el decoro. Anda el Cayo en cuestiones, sobre si los cubanos deben o no viajar en los carros, y el artículo “Así Somos” pinta con mano real, aparte de las causas de la querrela, el poder de sacrificio del corazón criollo. No se ha de ir en los carros, y no se va, aunque la vejez se les canse a los flacos obreros, aunque la prisa le ponga espuela al novio. Pero estas líneas no van a esto, ni a desear que el caso quede con quienes tengan razón, sino a dar fe de esa bravura nuestra por donde vamos a ser libres, y luego dichosos, puesto que la dicha no es más que la libertad bien administrada,—y a dar gracias al escritor, que ha de ser hombre de años, o pesa como si los tuviere, por las galanuras que le dice a *Patria*. Aquí queda *Patria*, amando la virtud sencilla.

Patria, 10 de abril de 1892

Alrededor de una mesa conversaban, más impacientes que cansados, algunos buenos servidores del país. Del entusiasmo de otros tiempos conversaban, tan generoso como mal conducido; de la presteza y vehemencia con que la emigración respondió siempre a las demandas de sangre o de bolsa que éstos o aquéllos les hacían; del brío de república que arde, moderado a la vez que indómito, en el alma cubana.

—Recuerdo yo, decía uno, cuando cierto general fue al Cayo, en la guerra grande, con aires de imposición, y en un taller en que un obrero pobre se le excusaba con razones, dijo al lector, patriota fidelísimo: “Lector, márkeme Vd. a éste con una cruz”. Y al preguntar al siguiente, con la pompa del castigador satisfecho: “¿Y Vd. cómo se llama?”, como el rayo le vino la respuesta: “¡Yo me llamo dos cruces!”

—Pues ése, dijo otro de la mesa, fue el general de otro cuento que yo sé. Se encontró por la calle a un buen cubano, de los que quieren patria digna, y en la independencia no buscan cambio de amo, ni el gusto de mudarle al país de nombre, y le dijo: “Lo tengo ya apuntado con tanto a Vd.”—Y el otro le respondió: “Apúnteme; pero yo no disparo”.

La patria no está para morir, y se ve en todo. La bandera de los clubs, de seda quiere ser, y sobra quien la haga. De donde no se la conocía brota gente nueva. El entusiasmo cunde por las capas frías. El donativo cubano, nunca perezoso, busca de sí mismo empleo. Tres cubanos regalan a la casa del pueblo, al Liceo de San Carlos en el Cayo, un friso de cristales de colores, de lo más fino que puede hacer New York. A Benjamín Guerra, que es hombre eficaz y juicioso, encargaron los donantes el friso: y ya *Patria* lo fue a ver, porque se quiere en *Patria* mucho a aquella ágora cubana, a aquel foro libre, a aquel hogar y parlamento y taller y colegio público, a la casa de todos. A San Carlos van a criarse juntas, en el cariño de la escuela, las razas que juntas han de vivir; a San Carlos acuden, cuando hay marea de opinión, las ideas e intereses diversos, y se acomodan en la franca lucha, y en la libertad se calman; a San Carlos han ido con las manos llenas de joyas nuestras mujeres, a vaciarlas en la caja de la guerra, y los hombres con las manos llenas de sus ahorros; a San Carlos se va a oír la poesía nuestra, el teatro nuestro, y nuestra música; a San Carlos, con derecho igual, va el blanco de prosapia, que nació en cuna de próceres, el prócer negro, que tiene los pergaminos en la virtud, y la criatura de sombrero atrevido, que no sabe aún que el chaleco no es crimen, ni es una desvergüenza la corbata. Juntos se indignan: aclaman juntos: juntos lloran. Es sagrada la casa.

Este friso de ahora es bello. Lleva de frente al centro nuestro escudo con todos sus colores, y una palma de veras, copia fiel de la que pintó una milagrosa niña cubana, toda fuego y verso. Bajo el escudo, en fondo azul, va el letrado de oficio: *San Carlos: The Cubans public school* ¡un letrado que nos manda, por las palabras ajenas, montar a caballo!

Alrededor, entre dos fajas de diversos azules, corre un floreo, de hojas sacadas a punta de cuchillo, hojas de azul en fondo blanco, con nuestro triángulo rojo de calce a las esquinas, el triángulo y la estrella. Y a un lado y otro van, entre laureles que resaltan tallados en lo azul, los nombres de “Carlos Manuel de Céspedes”, que nos echó a vivir a todos, y “Francisco Vicente Aguilera”, que amó tanto a San Carlos. ¡Anda de moda hacerle hocico, entre los encharolados, a la humildad de nuestro pueblo, que ha mantenido la llama en el altar, y aun los que pasan por patricios esperan la hora de adularla en falso cuando ya se le vea todo el poder, o de sofocarla, so capa de servirla, por la alianza aviesa con la gente pontificia, la gente de alma floja! ¡Anda de moda tener en menos a aquellos a cuya mesa comió como hermano el millonario heroico, el caballero intachable, el padre de la república, Francisco Vicente Aguilera! Pues para que esas modas mueran, cría y prepara el Liceo San Carlos. Crece lo que la patria fundó. Es símbolo el friso nuevo, de los de nuestra bandera.

De Tampa, que los estima en lo que valen, están para venir a New York dos cubanos entusiastas, y de lo mejor que fuera de la patria tenemos como músicos: Angelino Horruitiner y Adolfo Duarte. Están recientes aún los días en que los dos compañeros, cuando estaba hecha una llama por Tampa y Cayo Hueso el alma patriótica, hallaron de esas notas que no se hallan muchas veces, y suelen despertar el ánimo más desdeñoso, o los recuerdos más dormidos. De la lealtad al país les viene a Horruitiner y a Duarte el poder con que entienden la música cubana: New York, que los manda a buscar, los recibirá como a dos leales.

Ni una línea se puede perder del artículo que publica en este número de *Patria* el puertorriqueño Figueroa. Allí el historiador curioso hallará datos nuevos, y documentos inéditos, sobre la conspiración de Lares; allí el revolucionario descuidado verá con qué tino y sigilo es preciso mover la virtud, para que no caiga en los brazos del demonio; allí se ve cómo el noble arranque de Puerto Rico no fue la mera cabezada de unos cuantos patriotas apagadizos, sino un plan infortunado, con raíces largas y hondas en el corazón del país. Le faltó sólo al látigo de la guerra el puño de oro.—Ahora le estamos poniendo a la guerra el puño de oro.

A un amigo de todos los patriotas probados, a un cubano a quien todos queremos por su lealtad y su independencia y su tesón, a Leandro Rodríguez, encanecido en el destierro irreconciliable, lo ha visitado la desgracia.

Un hijo suyo de doce años cayó bajo un tranvía, y le han amputado la pierna a la brava criatura. El padre lleva en la cara el sufrimiento: y todos los que le queremos sufrimos con él: un hijo, es el corazón.

Pero el padre se ha de regocijar en su pena; porque el hijo le ha heredado el alma fuerte. Alcanzó el padre a verlo poco después de que la cuchilla le había llevado la pierna: ¡Leandro! le llamó. El alzó la cabecita de la almohada: miró a su padre sin llorar: "Un carro me pasó por encima", dijo; y volvió a poner en la almohada la cabeza.

Vive en Tampa, como un padre del pueblo, el fidelísimo cubano Néstor Carbonell. El es de aquellos cubanos incansables que sólo sienten dicha en lo que eleve y mejore el alma patria, en que entre los cubanos y los hombres todos cunda el patriotismo y el cariño, en llevar a los rincones más dormidos la buena voz cubana. Y cuando se sienta a descansar, la conversación, en aquellas sobremesas de amigos, es toda del país, con la buena compañera de auditorio, y los hijos que escuchan febriles los cuentos del padre. El que funda un Club Cubano, y le pone por nombre el del primero entre los héroes constituyentes, el del que fue alma de la Constitución de Guáimaro; el que en la casa de su trabajo, donde vive feliz, sueña en congregar a los cubanos del mundo, y los convoca el primero a congregarse en una sola casa; el que preside hoy, a la vez que su escuela y su ejemplar familia, el Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano,—peleó ayer con los patriotas de las Villas; les oyó la poesía y la oratoria, ya vetada de oro nuevo, como monte que va echando la costra, y repite, con voz conmovida, los discursos de Morales, las silvas del Hijo del Damují, los artículos de Luis Victoriano Betancourt, las cartas grandes de Chicho Valdés, las endechas de José Joaquín Palma.

Y es Carbonell quien escribe a *Patria*, sobre la alocución de Céspedes el 11 de abril, los párrafos siguientes:

"Cuando yo contaba veinte abriles, esa adorable edad en que la vida se desliza entre arrullos, flores y sonrisas, y corre la sangre encendida

por las venas, y el corazón palpita alborozado, escuchaba gozoso allá en Oriente de la tierra cubana, la patriótica alocución de Carlos Manuel de Céspedes, en los instantes de ser electo Presidente de la República. La mente soñadora y el alma enamorada la retuvieron y guardaron, sin darse cuenta de ella. Hoy, a través de la escarcha de los años, aún conserva la memoria fragmentos de aquella reliquia escapada al naufragio del pasado.

En *Patria*, cuyas columnas iluminadas por los resplandores de Yara, parecen un himno suave de amor y patriotismo, he leído un tanto variado el último y brevísimo párrafo de tan importante documento. Si lo que voy a trasladar no fue efectivamente lo que dijo Céspedes culparé a la infidelidad de la memoria, y si así fuese, ojalá puedan servir a *Patria* estas mal trazadas líneas que, sin ninguna clase de pretensión, le envía un corazón cubano. Así recuerdo el final de la alocución:

"Cuba ha contraído el deber solemne de consumir su independencia o perecer en la demanda; antes que todo, se compromete a ser republicana; este noble compromiso es contraído ante la América independiente, ante el mundo liberal, y lo que es más, ante nuestra propia conciencia. Todo esto significa que seáis heroicos y virtuosos; en vuestro heroísmo confío; contad vosotros con mi abnegación".

Patria, 23 de abril de 1892

5

De Matanzas, más triste ahora de lo que conviene a su hermosura natural, triste como el corazón de Milanés, acaban de volver a su hogar de New York la señora Luciana Govín de Miranda y su hija Angelina. Del corazón piadoso y levantado de su madre tiene Angelina la dulzura verdadera que le gana, y hace suyas, las voluntades más reacias. Hay cierta bondad urbana y postiza, que más ofende que consuela; y hay otra que mana de las almas afables, y hermosea cuanto padece a su alrededor.

A los hombres buenos, a los cubanos leales, debiera respetarlos la maldad. Dos cubanos queridos, Manuel Barranco y Benjamín Guerra, han sido víctimas de un robo osado y habilísimo. En una noche les llevaron de su almacén sus valiosos depósitos: como sesenta mil tabacos. Los ladrones tenían alquilado el piso contiguo: se descolgaron por su ventana al techo del patio, por éste entraron al almacén, y al favor de la noche lo mudaron entero.

En esta hora de resurrección, Manuel Barranco y Benjamín Guerra se distinguen por la naturalidad y entereza, por la previsión y sensato

entusiasmo, con que ayudan a poner en orden de cariño las fuerzas dispersas del país: la revolución lleva ahora a la vez espuela y freno.

Y es justo dolerse de todo lo que apene a estos cubanos buenos.

A la casa de Luis Baralt se ha de ir de propósito, para contar cómo congrega, en sus fiestas y conferencias a muy buena gente de New York; cómo justifica con su trabajo nuevo y creciente aquello de "hombre admirable" que dijo de él el crítico Howells, y lo de su naturaleza fina y superior, que no se cansaba de celebrar José Ignacio Rodríguez. Ya es arte pleno, por lo bien distribuida y lúcida, la conferencia de Luis Baralt, sea sobre la desequilibrada María Barkischeff, o la novela francesa, o Turguéneff, o el Dante, o los elementos de la gracia. Y en sus fiestas mezcla, en prenda de la buena fe de su programa, las explicaciones de cultura física a los modelos vivos del arte y de literatura.

Pero por el placer de la visita mayor, que en su día y hora se promete *Patria* hacerle, no fuera justo callar aquí el mérito con que Baralt aleccionó, en todo lo de expresión y ademanes, a las aficionadas notables y el coro lleno y perfecto de Emilio Agramonte en su fiesta de ópera. Operas hay de ceremonia y fuste que no tienen a sus artistas tan bien enseñados. Había música, variedad y elocuencia en la naturalidad de aquellos gestos. Una cosa es predicar, y otra poner por obra: y aquel coro era la conferencia viva, y bonísima, de Baralt sobre la gracia. ¡Qué cosecha de méritos de toda especie, para el día en que volvamos! Y esto de volver es para todos; para los que vivimos fuera de Cuba, y para los que en ella viven como ausentes de ella, y como penas y sombras.

La Liga tiene un profesor más, que es el médico Ventura Portuondo y Tamayo, buen portador de las obligaciones que le vienen con ambos apellidos. Siempre está presente Ventura Portuondo a la hora del deber, y nunca a la de la ostentación. Un discípulo agradecido viene a hablar a *Patria* de las tres clases de inglés que este médico ocupado les da cada semana. Una clase, la del miércoles, es en los salones de *La Liga*, elegantes y espaciosos; las otras dos, lunes y jueves, son en la casa que ya se ha levantado el joven médico por donde va creciendo New York, por la calle 115, n. 425, al Este. Y dice el discípulo que la clase es real y útil; aprenden la lengua viva, con sus caprichos y usos corrientes: aprenden las diferencias esenciales, por el genio diverso de los países, entre el castellano y el inglés: no aprenden las reglas, sino que las

deducen, y las descubren por sí mismos. Lo que está bien: hay que asir el fuego, que asomarse al taller, que conocer la verdad en la raíz, que criar la fuerza e independencia de los hombres, que dar clases de balde, como Ventura Portuondo, a la hora que se pudiera entregar a la holganza nimia. El mejor entretenimiento, es sembrar almas.

Una misma desdicha priva al arte cubano de un hijo que miraba como suyo, y deja sin padre a un amigo a quien todos estimamos. El artista Vandergucht, compañero de todos nuestros prohombres de la alta música, acaba de morir. Sea consuelo al hijo el renombre merecido del padre. Y el padre pudo morir en paz, porque en su hijo continúa su mérito.

Patria, 30 de abril de 1892

1 8 9 2

- 1. MAYO 7**
- 2. MAYO 14**
- 3. MAYO 21**
- 4. MAYO 28**

Estamos para vencer. A la mano se nos viene cuanto deseamos. Hemos sido buenos—hemos amado mucho—no hemos odiado: todo sucede como se pudiese desear que sucediera: no hay como consagrarse a su país con desinterés para ser dichoso. Y en esto no hay fantaseo ni fraseo. A los buenos, a los que entran de corazón en esta época de justicia, se les torna el mal en bien,—como a Barranco y Guerra, que perdieron, por un robo habilísimo, todos sus depósitos de tabaco, y los han recobrado. Los ladrones eran gente de plan, y la estrategia del robo fue notable; pero a los que se deciden a servir con lealtad y cariño a su país en esta época de victoria, porque es época de justicia, la maldad no los mella. Estamos para vencer.

En la noche del 3, en el *Carnegie Music Hall* que fundó el escocés autor de la *Democracia Triunfante*, para el adelanto de la música, recibió su diploma de farmacéutico el joven Angel Manuel Arteaga y Aróstegui. Perteneciente a dos conocidas familias del Camagüey, empobrecidas por la revolución, Arteaga, que pudo heredar una fortuna, ha luchado, ya en el comercio, ya en sus estudios de farmacia, por añadir una prueba más a la enseñanza y resultado hermosos de nuestra guerra: que el hombre vale, no por sus títulos de familia ni por lo que hereda, sino por lo que por sí propio hace y conquista. Nuestra guerra disminuyó el número de hijos mimados, y de hombres de adorno; a nuestra guerra debemos una generación de hombres laboriosos, de hombres útiles a la patria.

Había cierta melancolía en su rostro trigueño aquella noche de honor: ¿recordaba acaso a la madre, que se separó del hijo para morir lejos de él, como tantas madres cubanas nobles han muerto, porque prefería “hacerlo un hombre”, aunque no lo viera alcanzar el triunfo? ¿O pensaba en quien ha sido su segunda madre, que, enferma, no estaba allí para aplaudirlo?

Arteaga es un cubano digno, que ha cumplido bien y que ha honrado a su país: por eso *Patria*, que se enorgullece en ver a la juventud cubana estudiar y vencer, felicita al modesto joven, de alma delicada y honrado corazón.

Estaba cierto viajero una mañana en el escritorio de la manufactura de Martínez Ibor, allá por Tampa, y hablaba con él, sentado en la mesa del dueño, uno de los operarios del taller. Entró un anciano de rostro bondadoso, se levantó el operario a darle la silla; y el anciano le puso las dos manos en los hombros, y dejó sentado al trabajador en el asiento del dueño. Era Don Vicente Martínez Ibor.

Ahora, en la casa desolada de la viuda de su hijo mayor, del llano y buen Eduardo, están de visita Don Vicente y su hija Mirta. De Mirta dicen que tiene inteligencia viva, discreta elegancia, y compasión sincera para las penas de este mundo. Es bello en las horas de tristeza, en Mayo es bello, que la linda primavera venga de báculo del buen invierno.

Héctor de Saavedra, que en New York ha distraído muchos veranos recordando en colores los melancólicos paisajes de nuestro país, que con su arte elegante, en las letras y el dibujo, ha adornado los más simpáticos semanarios habaneros, que ama de veras la literatura y la pintura, y en los tonos sombríos de ésta pone a veces, como sin querer, la queja patria, ha estado de paso por New York, con su distinguida esposa, en camino para la ciudad donde todo se aprende, y a donde va el artista cubano a estudiar los detalles de la lámina fina, vida hoy y animación de los periódicos. "En casa" se saluda al compatriota laborioso.

Dignas del puro entusiasmo que las inició van a ser las "ceremonias conmemorativas de los hermanos difuntos de la Logia Fraternidad No. 307", lugar hoy de cita de mucho cubano apasionado del bien. En el templo hermoso de la calle 15, al Este, No. 220, en el templo alemán, serán las ceremonias: y basta conocer el alma fraternal del venerable Manuel Andrade, la palabra humanitaria del orador Lahens, la actividad honrada y magnífica de Remigio López para augurar brillo desusado a la fiesta. A los acordes de la marcha fúnebre del órgano, que en el cordial Pedro Fuentes tiene un verdadero maestro, tomarán asiento los miembros de la Logia, los hombres leales a sus muertos; Francisco Lahens pronunciará la invocación, y el cuarteto cantará "La Plegaria

del Señor"; sobre lo deleznable de la vida, y la necesidad del honor y del amor en ella, disertarán Manuel Andrade, Ramón Elosúa y Alonso Menéndez.

Con su coro de niñas, cantará la señora de Arrighi "Jesús, amante de mi alma", y de nuevo el órgano de Fuentes llenará el templo de notas, en la procesión fúnebre; Randolfo Aday explicará la "Ofrenda de las Flores"; vendrá tras ella la "Ofrenda del Incienso"; con las tres luces bajas, "símbolos de la oscuridad, de la destrucción, y de la desolación", cantará el buen tenor Jovino el *Stabat Mater*; se leerán los nombres de los muertos; entonará el cuarteto el "Venid, desconsolados"; Benjamín Giberga, el venerable de la "Estrella de Cuba", ofrecerá, con su palabra siempre fácil, una corona de siemprevivas; un dúo, de la señora Arrighi y la señorita Alfani, con el señor Arrighi de organista, precederá al coro de niñas, en la "Ofrenda de la Sal". De los hermanos muertos ha de hablar entonces, ya con las luces encendidas, en símbolo de la fe, de la esperanza y de la resurrección, el orador Lahens. Al "Requiem Eternum" del cuarteto seguirá el discurso del entusiasta Francisco V. Morales sobre "la Masonería, antorcha de la verdad". Y se cerrará la noble fiesta con el himno funeral que dedica a la logia el profesor Cartaglia, con la oración solemne de uso, y con la marcha fúnebre del órgano. Es prenda el bello programa de los sentimientos delicados y fraternales que lo inspiran. *Patria* estará allí, con el cariño con que ve cuanto ordena, cuanto congrega, cuanto ama. El cariño es la llave del mundo. Y el odio es su estercolero. Cuantos quieran invitación para la fiesta, cuantos la quieran con noble corazón, pídanla a Remigio López, 90 Wall Street; o pídanla a *Patria*.

Patria, 7 de mayo de 1892

2

No hace dos años veíamos por Wall St. con el libro de banco, o las facturas del buque que salía para nuestras tierras, en la mano, entrando en esta oficina o depositando cheques en aquella, siempre activo, siempre atento a sus deberes, a un jovencito cubano de dieciséis años, de cuerpo robusto y rostro franco, empleado de meritorio en una casa de comercio.

Poco después ya era dependiente de confianza y hoy, a los dieciocho años, sin más ayuda que su laboriosidad, su honradez y su inteligencia, están a su cargo los negocios de la firma donde estuvo y que ya no existe.

Llena de orgullo y de contento abrazará hoy la señora Rosa A. de Marsans, que llega de Cuba, a su hijo Rómulo.

“Nunca he visto a nadie que tenga más hermanos” decía una enfermera el otro día en una casa de salud de New York, refiriéndose al joven Freire que de Puerto Rico esclavizado ha venido a New York, como tantos de sus compatriotas, en busca de trabajo y libertad; y exclamaba: “¡En su tierra parece que no hay más que una familia!” Tal impresión había hecho en su mente, acostumbrada a la frialdad de estos climas, el calor y cariño con que los visitantes se interesaban en la salud del enfermo.

No es extraño, pues, que Freire haya mejorado. ¡Es hermoso y da vida, ver cómo los hijos de una misma tierra se aman y se consuelan en la desgracia, cómo el cajista, el boticario, el periodista, el médico, el poeta encuentran tiempo para acompañar al hermano sumido en el dolor; es bello ver cómo los hombres que se han formado en tierra extranjera, van juntos a acompañar al que lleva el nombre del periodista y patriota ferviente de Puerto Rico!

Y no es Freire el único joven a quien ha abatido la enfermedad. En Bethlehem ha estado grave Antonio Giberga. Los estudiantes de la Universidad de Lehigh, donde se recuerdan los triunfos recientes de nuestro Villalón, han dado muestras de las vivas simpatías que sienten por el que ojalá sea mañana émulo del ingeniero del Canal de Nicaragua, Menocal, del ingeniero de los acueductos de Brooklyn y Albany, Varona; los condiscípulos americanos, en vez de ir al juego o al paseo, van a distraer a su compañero cubano, Antonio Giberga.

Está entre nosotros otra vez, ya con mejor salud, el médico que en los años de la guerra vio de cerca la muerte sin temblar, y después de ella supo tajarse un nido en la roca. *Patria* sintió un día grande orgullo cuando Miguel Párraga, en respuesta a su curiosidad, le enseñó su libro de ganancias. Se fue, con su trabajo, a un distrito donde aún no era conocido, y allí levantó clientela, y respeto, y casa dichosa. Para *Patria* son sagrados todos los días grandes, y más cuando al heroísmo de la guerra juntan el heroísmo del destierro.

Antes de que nuestras familias se desbanden, antes de que Saratoga, Sea Cliff, y Far Rockaway nos quiten a nuestras compatriotas, es justo,

para que más alegres pasen los meses de verano, que lleven la satisfacción de haber contribuido a aliviar a los necesitados o los enfermos.

Por eso la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana prepara una fiesta para la primera semana de Junio. Y de los entusiastas Emilio Agramonte, Benjamín Guerra, Benjamín Giberga, Octavio Zayas y Gonzalo de Quesada hemos de esperar un programa que responda a lo grande y meritorio del objeto a que se destinan los fondos de esta asociación.

Y como todo árbol que nace de buena semilla echa raíces profundas, y crece cada día más, la Sociedad va aumentando su número de socios. Pronto podrá la Comisión de Informes y Socorros, compuesta de Miguel León, José A. Agramonte, Enrique Trujillo, Dr. José Jacinto Luis y Dr. G. J. de Quesada y que preside el activo e infatigable Vicente Díaz Comas, 301 al Este de la calle 104, comenzar la obra benéfica: a ella han de dirigirse las solicitudes.

No son como los arquitectos esclavos de los templos de Asiria o de Tebas, templos que no se alzaban mucho de la tierra, los fundadores de “La Liga”, sino como los arquitectos libres de nuestro siglo, que aprovechan el terreno valioso y que cada día se acercan más al cielo.

“La Liga” ha aumentado sus alicientes—ya mayores debido a las fiestas familiares conocidas con el nombre de “Lunes de la Liga”—con las nuevas clases de francés en que se enseña prácticamente el francés hablado y real por un maestro que va a la raíz misma del idioma y que conoce desde los cantos bellos y rudimentarios provenzales hasta la última novedad de Verlaine o de los decadentes. Y hacen bien los amigos de “La Liga” en ir a los originales y no servirse de traducciones generalmente deficientes—y en castellano tratándose de las francesas mucho más:—bien hacen en beber en la fuente misma. La impresión artística de una obra depende en gran parte del sello individual que le imprime el autor, y que no puede ser completa ni igual cuando ha pasado a través de un medio tan susceptible de desvirtuar el pensamiento primitivo, como la mente humana.

No necesitará ya el obrero ansioso de conocimientos, leer en traducciones, sino en su francés elegante, el famoso Telémaco de Fenelón, ni el estudiante de cuestiones sociales buscar en desaliñadas versiones, sino en su idioma enérgico, las teorías de Juan Jacobo.

“La Liga” es una coalición verdadera de corazones desinteresados que propagan la enseñanza y cimentan el amor entre los hombres de buena voluntad.

Patria, 14 de mayo de 1892

3

Un cubano creador; un cubano que al oficio de rumiar su oprobio entre dos guardias civiles, y entre un pomo de pachulí y una pantufla, prefiere el oficio de acumular y ordenar los elementos bastantes del decoro y bienestar duraderos de su tierra; un cubano que al hijo que le nace, le llama Céspedes, está de paso por New York. Teodoro Pérez no está de paso, sino en su casa propia, dondequiera que se ame a los únicos hombres dignos de ser amados: a los que en el roce de la vida no pierden la capacidad de la virtud. Se muere, de ver viles. Se revive, al ver buenos.

Allá por 1879 tentó el general español en Cuba la maldad de alzar a los cubanos negros contra los cubanos blancos, la habilidad de entrarse como amigo y favorecedor por las casas de lujo, a que le sirviesen menegre y le representasen comedias, mientras hacía descabezar en secreto por los campos, o echar por la borda de los barcos españoles, o acorralar en calabozos asesinos, a los cubanos que daban muestras de inquietud, de amor a su país, después del ajuste innecesario del Zanjón. De sombrero hongo y junquillo iba el general aquel a las fiestas de la sociedad cubana, como un hermano, como un amoroso, como uno de la casa, que por los criollos se desalaba y se perecía; y al desembarcar un preso habanero, en aquella época de paz, en la cárcel de Santander, ¡halló lleno un cuarto de la cárcel de cubanos llagados, heridos, tísicos, febriles, miserables, incultos, a quienes en Cuba acababan de prender, y mandaban a pie a Ceuta, en los meses mismos del ajuste del Zanjón! Afables caballeros, y visitantes, y carteadores ¡y manos de traición y de veneno! estos generales de España. Un cubano salió al paso al general del junquillo, le sacó la mano venenosa de las casas negras, le descubrió el plan de componer, con el espionaje astuto, falsas revoluciones, útiles a su crédito de domador del criollo impenitente, y pagó la osadía con el destierro a Ceuta. Ver claro, cuesta caro.

La Habana no peca de miedo. Una puerta a la guerra, y la Habana se va por ella. Armas: y es soldado la Habana, como la isla toda. Arde la Habana en impaciencia de salvarse de la ignominia que se la come. Es mucha la vergüenza, para que no sea mucho el deseo de rescatarla. ¿A quién respeta la Habana, y a quién ama de veras, sino a los que le dicen la palabra santa? No ven aún tamaño y conjunto, y se hacen atrás; y por eso acá levantamos tamaño y conjunto; pero la Habana, hoy como ayer, se bajará de los cupés como se bajó nuestro médico Lebreo, para acompañar al cementerio el cadáver del cubano oculto que murió de una herida de la revolución. La Habana es el entierro de Don José de la Luz, el de Ramón Zambrana, el de José Antonio Cortina: ¡ciudad infeliz, que sólo ha podido hasta ahora enseñarse entera en los entierros! La Habana llenó la cárcel del cubano previsor, le enseñó toda su alma valiente, le ofreció su bolsa rica, que el preso no quiso aceptar, rompió las copas en silencio al decirle al preso adiós. Y estos recuerdos vienen a su hora, porque acaba de morir, ya muy anciano, el abogado principeño que iba todos los días, a eso de las diez, a ver, lleno ya él de canas, al joven que no quería generales pudridores en los negocios de su tierra. *Patria* recuerda agradecida a Don Francisco Agramonte.

Un hombre bueno ha tenido una gran desgracia: Justo Lantigua. Su compañera abnegada atendía a un deber doméstico en el balcón interior de su casa, y el balcón, de hierros flojos, cedió al peso: la esposa de Lantigua cayó al patio, insensible. Las virtudes de ella merecen el vehemente dolor de él. ¡No es posible que la suerte le prive de su leal esposa!

La Comisión de la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana encargada de preparar una fiesta, ha decidido posponerla hasta el próximo otoño. Pero ya que no es posible contribuir de esta manera a aumentar los fondos, un obsequio bellissimo del poeta y pintor Rafael de Castro Palomino proporcionará a las personas generosas de nuestra colonia, la ocasión de llevar su óbolo a la obra ardua y noble de la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana. Del autor de “Guerra”, invitación al combate, del cantor de las “Baladas” melancólicas y sentidas, tiene el vigor y la poesía y la dulzura el cuadro que ofrece a la caridad el bardo cubano, que lo mismo con el pincel que con la pluma pone en obras hermosas su alma que se rejuvenece e ilumina con los años.

El lienzo, que tiene 43 por 31 pulgadas,—representa un campo después de una nevada. Los árboles secos parecen muertos, el cielo está inundado de los rayos de un sol poniente, el firmamento da esperanza. La tierra está cubierta por el sudario del invierno.

En el centro de la pintura, se ve una anciana pálida, temblorosa, que cruza cargada de la leña que dará calor a la vivienda humilde donde estarán sus nietos tiritando. Y esta sencilla pero elocuente composición, dice el poeta pintor “podría simbolizar la suerte de muchos de nuestra raza que en estas heladas regiones por necesidad vegetan. ¡Que la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana de New York evite a los de nuestra raza tener que salir a cortar leña después de una horrible nevada!” Pronto tendrán oportunidad los corazones piadosos de ayudar a la realización del deseo del amigo de los pobres, Rafael de Castro Palomino.

De lejos vienen a los cubanos de New York distinciones honrosas. El bufete de Jones y Govín, en que Rafael Govín emplea hoy su actividad y sus talentos, acaba de recibir del Presidente de la República Francesa el poder de perseguir a los imitadores de las aguas de Vichy. Trabajamos, los cubanos.

Patria, 21 de mayo de 1892

4

No miramos en esta casa de dónde viene el mérito, con tal que venga, ni nos parece que lo que hacemos por acá valga un anís más, ni menos, que lo que hacemos por allá; porque en esta alma nuestra del destierro se alaba y admira lo que por todas partes hace el alma cubana, y el ser cubano de paso vivo o de paso más lento no nos importa grandemente, sino que el cubano sea de buen paso; que cree, que fomenta, que origine, que estudie la riqueza del país, que la transforme, que la negocie. Contra lo que peleamos es contra la gente segundona, contra las castas alquiladizas, contra el carácter en que el hábito de aspirar es más que la capacidad de satisfacer la aspiración por el trabajo directo. A la sustancia vamos, más que a las formas. No nos den hombres criados, por ejemplo, en la administración española, y amoldados a ella, para levantar un pueblo que no ha de dejar pierna entera a la administración española. Para la paz queremos la guerra. Para el trabajo queremos la república,

para atender al problema grave, que es el de dar ocupación real y suficiente, desde el arranque del país libre, a las inteligencias y aspiraciones malcriadas en los ejercicios ya entonces inútiles de la colonia. Porque, si no, para darse empleo, perpetuarán en la república los ejercicios de la colonia. De cambiar de alma se trata, no de cambiar de vestido. La opinión de un hombre sobre los métodos, lentos o violentos, de obtener la felicidad del país, no nos importa tanto como su capacidad para aumentar la producción legítima del país, en concordia con sus distintos habitantes; porque el que le aumenta a un país la producción política, sea o no dado a los métodos políticos, ése le aumenta la libertad. Y el mérito de un cubano de Cuba, sea de la guerra pasada o de la venidera, sea por carácter o inclinación menos dado a la guerra que nosotros, u opuesto a ella, sea o no amigo vehemente de nuestros recursos y soluciones, nos enorgullece tanto como el mérito de un cubano de fuera de Cuba.—Este es nuestro modo de decir que ha pasado por New York, en uno de sus viajes, de negocios, el productor cubano, sagaz y cordial. José Pujol.

Y esto nos hace acordar de otro cubano típico, que también anda por Cuba, y también nos es querido.

Por acá se suele oír decir, a algún vencido o a algún impaciente, que nuestra tierra es coca y es tusa, que no tenemos maíz ni raíz, que los trigueños somos unos menudos, incapaces de sacarnos de la sangre los buñuelos y los cacahuets. Un buñuelo nos queda en la sangre, y es el creer que no nos los podemos sacar. Ni es preciso, como piensan los de otra especie de buñolería, que ha de venirse por este país ameno, en verano, a picarse de la virtud, como los valientes de este mundo, y los poetas perfectos, se pican de la morfina. Porque Pujol, por ejemplo, ya era persona antes de venir por estos pagos, y el haber de vender a los turcos ajengibre, no quiere decir que se vuelva uno turco. Jamás pisó tampoco el gran país, al que viene su grandeza real de que sus hijos tienen fe en él y en sí propios, ese otro cubano de que hablamos. Nació rico, de un padre avaro, y salió pródigo. Un caballo gualtrapeador le gustaba más, o un gallo giro, o una danza serena, o una hermosura baldía, que un examen en el instituto. Se lo llevó a España la guerra. Volvió de España: enfermo, pobre, nulo. Vio la vida: y del corazón valiente se sacó fuerza con que ponerse los gemelos al codo, doblarse sobre el mostrador, extender y hermosear su tienda, alimentar de su trabajo a su familia, que es un pueblo. Recobra en el comercio la fortuna que perdió en la prodigalidad, con su propia pujanza de criollo.

De lo más bello de esta vida es una compañera fiel, y la belleza es más, y conmueve, cuando la compañera no tiene ya a su esposo en el mundo. Tiene de agradecimiento el afecto respetuoso que rodea a las virtudes singulares, y se gusta de tenerlas a mano, y de que acorten sus ausencias. Se es más cuando se vive entre buenos: y con cada bueno que se va, se es menos. En cada uno refluyen las virtudes de todos. Cada uno padece de los pecados de todos. *Patria* saluda, en su vuelta de Cuba, a la señora Mariana Guerra de Barranco, viuda de aquel Agustín que cargó hierros al pie por su país, y creó en el destierro, y murió desterrado.

Pero la virtud no exime del pesar, antes parece que convida a él. Aquí se alegran las casas de Benjamín Guerra y de Manuel Barranco con la llegada de la noble señora, y en Cayo Hueso, donde todos le conocían la caridad, la fe cubana, los méritos domésticos, muere la hermana de Manuel Barranco, la señora Mercedes Barranco de la Torre. El agradecimiento y la justicia, el cariño a aquella hospitalaria casa del Cayo, a estas familias ejemplares, a Manuel Barranco, tan generoso y tan bueno, nos mandan poner, con fe en la primavera eterna de la resurrección, una flor en la sepultura de su hermana Mercedes,—¡una sepultura que al fin está cerca de Cuba, y calentada por su sol!

De Cuba, en compañía de su madre distinguida la señora Rosa Tejada de Govín y de su tía, la culta señorita Josefa Tejada, ha regresado más linda y encantadora que nunca, Luisa Carlota Govín.

En nuestros salones, este invierno, falta ha hecho la joven que es tan amable como bella.—Pero el invierno triste ha pasado, ya las flores alegran el corazón, ya está entre nosotros con su alma cubana, una de las más preciosas de nuestro jardín.

Patria, 28 de mayo de 1892

1892

1. JUNIO 4
2. JUNIO 11
3. JUNIO 18
4. JUNIO 25

En el Camagüey donde murieron su madre y hermana, ha muerto la señora Angela Mariana Varona de Avalo. De esta tierra extraña donde recibió educación esmerada, y nutrió su inteligencia viva con sólidos y abundantes conocimientos, volvió a la patria con su joven esposo, a comenzar una vida que le sonreía. Y ha caído en la primavera de su existencia. Pérdida grande es para el ingeniero que honra el pueblo de los ingenieros, para su padre Ignacio María de Varona; enlutado para siempre está el hogar donde, triste y desolado, queda el joven doctor Miguel Avalo.

Del Colegio de que es uno de los directores el amigo de Betances, el puertorriqueño Domingo Peraza, que en su profesión de farmacéutico ha llegado por sus talentos a tan alto puesto que por la confianza y simpatía que inspira ha merecido la Tesorería de la Asociación de los Alumnos, no hace un mes recibió su grado el joven cubano Angel Manuel Arteaga. Ya es jefe de la farmacia del Asilo de Ward's Island. Hay en la juventud de hoy la misma energía que conquistó lauros imperecederos a la juventud de que era representante digno, en la ciencia y en la justa fama europea, el ilustre químico, el cubano Alvaro Reinoso.

Patria, 4 de junio de 1892

El nombre de los padres es una obligación para los hijos, y no tiene derecho al respeto que va por todas partes con la sombra del padre glorioso, el hijo que no continúa sus virtudes. De dos cubanos jóvenes de la emigración no podrá decirse nunca esto, ni de Arístides Agramonte, hijo de aquel fuerte y seductor Eduardo que está aún como vivo

en nuestros corazones, ni de Ventura Fuentes, hijo de uno de los patriarcas de la emigración, de un hombre que pasma por la variedad y modestia de sus talentos, de un cubano que, tras veinticinco años de amarguras, aspira a la independencia de su tierra con la fe bravía y juvenil con que le dio toda su fortuna en días mejores, de Félix Fuentes. En un mismo día, en el edificio suntuoso del millonario escocés que empezó la vida de peón, el autor optimista y contentadizo de "La Democracia Triunfante", recibieron su título de médico, después de laureados estudios, los dos jóvenes cubanos: Fuentes, que desde sus primeros colegios ganó y mantuvo, con el estudio ardiente, su puesto principal; Agramonte, que en competencia reñida, sacó en el brazo alto uno de los premios de la Universidad. En el aula extranjera sostuvieron los dos el renombre del estudiante de Cuba: en el mármol extranjero aprendieron los dos a remendar los brazos rotos, a reanimar los pechos desmayados, a curar las heridas.—Cuando, con justas lágrimas de orgullo, veían desde sus palcos los padres virtuosos el premio al talento y la constancia de sus hijos; cuando seguían al arrogante Aristides los ojos enamorados de su madre, la señora Matilde Simoni de Castillo, y enviaba el alma a su hijo Ventura, que en la ciencia pone toda su pasión, la compañera nobilísima del indómito emigrado: la señora Isabel Machado de Fuentes; cuando se oía por sobre el aplauso sereno de los que viven en su país, el aplauso, más largo y tenaz, con que los cubanos saludaban la entrada en la vida de sus compatriotas victoriosos,—el dolor de la tierra madre ausente velaba, como un crepúsculo, la alegría incompleta de la tierra extranjera. El hombre, fuera de su patria, es como un árbol en la mar.

Entre flores y aplausos concluyó una hermosa y elegante señorita uno de los discursos de honor, el de francés en el Colegio de St. Mary, discurso lleno de naturalidad y bellezas literarias, pronunciado en parisiense exquisito. Era la cubana Luisa Clementina Ros, que terminaba brillantemente sus estudios. Era la nieta que honraba la memoria de aquel hombre sincero que en el destierro ayudó a aliviar las necesidades de los emigrados, que en sus lecciones de religión y de moral nunca olvidó a su Cuba que luchaba por la libertad, que como pastor desinteresado recordaba en el púlpito, con acentos cristianos y patrióticos, la hecatombe tristísima y conmovedora de los ocho estudiantes, que cayó en el suelo extranjero amando a su tierra, Joaquín Palma.

Ha de haber pocos goces para una buena compañera como el de visitar al esposo en el lugar donde de todas partes se alaba y publica su mérito. Ni hay para la virtud de un hombre premio más grato que verla renacer en la delicadeza y ternura de una hija. Consuelo Serra, y su distinguida madre, ven hoy de cerca, recién llegadas de Cuba, cómo vive el fundador de "La Liga", y cómo trabaja, para ir alzando su casa y ensanchando la de los hombres.

Juntos siempre, leyendo y juzgando, van a sus estudios, de altas letras y de cosas hondas, nuestros dos amigos, y amigos del hombre, Manuel González y Juan Bonilla. Juntos, del trabajo del día, vuelven, con su Spencer o su Plutarco, con su Volney o su Beaulieu, a la honradez ejemplar de sus hogares. Juntos echan atrás la ira y el odio, desde la cumbre y fortaleza de su corazón. Y juntos, con pocas horas de diferencia, acaban de perder a sus hijos queridos. La criaturita estaba allí, en la casa de Juan, en la cuna donde lo pusieron al nacer, vestido como en vida, para que padeciese menos del viaje la madre dolorosa, tendido sobre la cuna el velo rosado: el padre, sin llanto, meditaba al pie: los libros, no abiertos hoy, esperaban en vano sobre el escritorio: los cuadros estaban vueltos a la pared: los amigos traían flores. Y en la casa de Manuel, el apaciguador, el justo, el consejero, pensaba el pobre padre en aquel ataúd blanco que ya nunca dejará de ver: la madre, la mujer buena y fuerte, se abrazaba a la criatura que le queda. ¡Luego, cuando padezcan o mediten, cuando se les levante enojado el corazón contra la mucha pena de este mundo, sentirán los padres silenciosos el roce de las alas!

Patria, 11 de junio de 1892

Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana. Otros crecen, y tenemos que crecer nosotros. En los viveros de los pescadores, se ve cómo el pez recio y hambón, cuando se le encaran juntos los peces pequeños, bate el agua

con la cola furibunda, y deja en paz a los peces pequeños. Es cubano todo americano de nuestra América.

Y lo es más si nació en un pueblo donde el cubano tuvo siempre consuelo y abrigo: donde la juventud abrió los brazos al maestro errante, al insurrecto herido, al poeta de las serenatas tejidas con hilo de oro; donde el agricultor trató de hermano, y dio casa y empleo, al que llamó a sus puertas, sin más caudal que la pobreza y el dolor; donde las señoras de abolengo adornaban con sus manos, como para hijas, el tocador de sus humildes huéspedes cubanas; donde nunca faltó cariño y pan para los cubanos agradecidos. Es cubano todo guatemalteco.

Muy del alma es el saludo con que *Patria* recibe hoy, de paso para su hermosa tierra, a un hombre de raro y alto mérito que, con tener el genio fino y caballeroso, y una poesía toda de plata y oro, vale aún menos por esto, y por su crítica cordial y sagaz, y por su ciencia notable del mundo, que por su alma enamorada de la hermosura, que sólo rinde tributo en la tierra a la belleza ideal o a la virtud insigne. Es como un griego de los de la Antología Domingo Estrada, por cierto desmayo del alma ansiosa de la perfección, que se enoja de ver cuanto tarda en madurar el mundo, por su verso elegante y ceñido, que es como la cabellera rubia de Psyché, con la guirnalda de hipomeas, por su juicioso desamor de la pompa necesaria al necio, y por aquel culto de la amistad que fue acaso la mayor belleza griega: el mundo es fuerte y bello por los amigos. Cuando Domingo Estrada, en sus paseos de poeta, descubra la cabeza, según solía en su primera juventud, ante aquel coro de montes florecidos que rodea, como defendiéndola, a la ciudad de las casas blancas y los árboles, como una cesta de esmeraldas y perlas, dígame que sus favores a los hijos de Cuba no fuera en vano, que desean independencia y paz a la noble Guatemala los cubanos agradecidos.

Aún se la veía ayer, discreta y piadosa, llevando un consuelo al enfermo, una limosna al infeliz, un recuerdo al anciano, por las casas de los cubanos desterrados: ni los años le pesaban, ni las escaleras: nadie la ganó nunca a buena ni a cortés: tenía la caridad misma de su hermano el brigadier Correa cuando para ahorrarle vergüenzas a su pabellón, ayudaba a un niño terco a sacar de las cárceles de la Península a los cubanos: y ahora muere, de pronto y sin dolor, como una santa que se va, Pilar Correa y Miyares. Por familia pertenecía a lo más conocido de Venezuela y de Cuba; y por sus méritos, nos pertenecía a todos. Como hijos vio ella siempre a los Amábile; como hijo vio a aquel que, dejando

atrás fama y fortuna, se fue, de su rica clientela de New York, a pelear por su patria, y cuando le colgaba por la cara el ojo que le sacó de la cuenca una bala de cañón, se arrancó el ojo con su propia mano, y lo lanzó a la selva. Como filial es la pena que deja, al salir del mundo, un alma que no asiló jamás un mal sentimiento.

Supo Emilio Agramonte, el hijo, el ingeniero y abogado y pianista, que estaba a oposición un puesto honroso en el Departamento de Trabajos Públicos de New York. En vísperas de boda estaba, y se puso a sus repasos y a sus exámenes. Sacó, el cubano, la nota más alta de la competencia. Y por su viaje de bodas le fue siguiendo el nombramiento en que, con su mérito sobresaliente, no había tenido en realidad competidor. Hoy, tiene el asiento de preferencia, por su modestia y sus raros conocimientos, en la oficina adonde subió a puro valer.

Va a haber por fin un puente nuevo en lo alto de New York. Y el elegido por el Departamento de Trabajos Públicos para servir de ayudante principal al director de esta obra magna es un cubano, que llegó por suficiencia al empleo donde ahora tanto se distingue: el cubano Enrique Meza.

Tarde llegamos ya para contar la fiesta hermosa del sábado en la casa de nuestro Luis Baralt. Hablaron prohombres, y ninguno con más elegancia y doctrina que él, que crece a ojos vistas. Cantó, como el clarín de Centro América, Marcelina González. El piano fue clásico. Muy buena, de hispanoamericanos y de neoyorquinos, la entusiasmada concurrencia.

En Filadelfia vive un cubano laborioso que en la emigración no sólo ha ejercido con éxito su profesión de médico, sino que ha hecho fortuna en el comercio digno del tabaco, el doctor Evaristo Calves. La dicha resplandeció en su hogar esta semana: el hijo mayor, el estudioso Evaristo, ha unido sus destinos a los de una bella y distinguida señorita norteamericana. *Patria* envía felicitación cariñosa al padre y a los cónyuges.

José Abelardo Agramonte, el administrador de *Patria*, tiene enferma a una niña que adora, a una almita de once años que ya le ayuda a tra-

bajar, que se sienta a su lado a animarlo con sus ojos azules, que le acaricia la frente cuando se la ve nublada del pesar. Están los pobres padres como si se les fuese la vida. ¡Pero el ruego vehemente de sus amigos salvará a la niña buena!

¿Y cómo podremos comentar hoy como queríamos el gallardo artículo de *La Revista de Florida* sobre el Partido Revolucionario, y celebrarle la variedad y nobleza del periódico entero? ¿Cómo acusar recibo, entre tanto material valioso de las sentidas páginas en que Néstor Carbonell cuenta los méritos de Francisco González Acosta, el sincero escritor de *El Proletario*? ¿Cómo anunciar que hemos recibido de uno de los cubanos de más pureza que conocemos, Nicanor Salinas, una carta admirable sobre los Caballeros de la Luz del Cayo? ¿Cómo decir con el espacio cada día más estrecho, que el número próximo de *Patria* traerá una novedad grata a todos los corazones cubanos?

El Club "José Martí" que con tanto brillo inició sus conferencias políticas, el domingo pasado, resolvió por unanimidad rogar al señor Rafael de Castro Palomino, preparase una conferencia para la próxima sesión reglamentaria.

De enhorabuena están los cubanos entusiastas de este Club; el emigrado consecuente, cuya palabra se recibe con tantas simpatías por los que conocen el patriotismo y fe que inspiran su palabra sentenciosa y culta, ha de merecer el honor con que el Club ha querido probarle la estimación en que le tiene. Se nos dice que el Club se propone invitar también a un deportado ilustre que todavía no ha bajado la cabeza, lo mismo que a cuantos otros quieran coadyuvar en esta labor de educación republicana. El Club "José Martí" es ejemplo vivo de la energía y cordialidad del pueblo cubano.

Patria, 18 de junio de 1892

4

Por la dignidad y fortaleza de su vida; por su inteligencia rara y su modestia y gran cultura; por el cariño ternísimo y conmovedor con que acompaña y guía en el mundo a sus dos hijos, los hijos del héroe,—respeto *Patria* y admira a la señora Amalia Simoni, a la viuda de Ignacio Agramonte.—En su viaje a nuestra triste Cuba, le desea *Patria* mares tranquilos.

No cree el hombre de veras en la muerte hasta que su madre no se le va de entre los brazos. La madre, esté lejos o cerca de nosotros, es el sostén de nuestra vida. Algo nos guía y ampara mientras ella no muere. La tierra, cuando ella muere, se abre debajo de los pies. ¿A qué decir palabras vanas a Manuel González, que perdió a su hijo ayer, que pierde en Cuba a su madre ahora?

Es grato de veras, cuando se sale de la patria, hallar la patria en la tierra ajena; y gozar de las novedades yanquis sin caer en aquella vida extranjeriza, de hotel o de casa de huéspedes, que suele amargar el viaje a los que no se acomodan a los hábitos secos del país. Ni nuestras familias, cuando quitan la casa, se sienten bien sin la vida del hogar—La gente de nuestra habla tiene en New York una casa más, y de las mejores, donde disfrutar, en invierno y verano, del trato fino y cómodo de nuestras costumbres: la "Casa de Familia". En lo mejor de New York, —en la calle 14, n. 313, al Oeste,—ofrece una familia distinguida un verdadero hogar. Allí pasó *Patria* agradables horas, entre amena conversación y buena música. Allí se siente la mano del amigo, no la mano fría del posadero.

Emilio Cordero, el valiente comandante, está de plácemes: del Cayo le ha venido la visita de su hermano Virgilio, entre todos los buenos cubanos conocido, que quiere ver el Norte del brazo de su esposa. Este apellido de Cordero sabe pelear en la guerra hasta que las piernas se le quedan en muñón; y en la paz, en la incompleta paz del extranjero, levantar una industria. ¡Estos son cubanos! De los gruñones, de los descontentos, de los impotentes no hay que sacar modelos. ¡Estos son los modelos!

Muy concurrida fue la boda de nuestra compatriota Matilde Serra, querida por cuantos conocen sus virtudes, con el caballeroso Ricardo Rodríguez. En la catedral de St. James se reunieron las muchas amistades de los novios, y la casa rebosaba. Es grato entrar en la vida por las puertas de la buena voluntad. Es grato endulzar con la amistad y el amor el largo, el muy largo destierro.

"¡Qué bueno está ese retrato de Don Pepe! Es de lo mejor que he visto". Así dijo un hombre que amó a Don José de la Luz, que lo veía

pasar por su casa todos los días, que lo vio muchas veces en su sillón. con el suelo alrededor lleno de libros, que alguna vez lo vio erguirse, apretar el brazo de la silla y echar fuego de aquellos mansos ojos,— cuando, como una joya, le enseñó *Patria* el retrato excelente que le acaba de mandar de regalo el fotógrafo de Tampa, J. M. Izaguirre. ¡Qué ojos tan firmes, y tan escrutadores! ¡Qué boca de mando! ¡Qué frente, juvenil todavía por el arranque mismo de las canas! Les vio la conciencia. hasta que se la abrasó. Ya andan nulos desde él. ¡El fue el vencedor!

“La Igualdad”, la honrada Sociedad de Beneficencia Cubana, tiene fiesta el lunes 27; una fiesta campestre en el parque de Sultzer, en la calle 126 y la Segunda Avenida. Son nuestros hombres, y gozamos con verlos adelantar, y vencer, en el arte difícil de asociarse, que es el secreto único del bienestar de los pueblos, y la garantía única de su libertad.—Estas fiestas de “La Igualdad”, en la hermosura de los árboles, son siempre de mucha animación: al pie de la atenta tarjeta de convite ¿qué más nombres se requieren que los del constante Coronado, el presidente, y los de Roche y Delegado, y Prieto y Brunet? Pero esta vez no habrá en el jardín palmo de tierra vacío, porque los profesores Hourruitiner y Duarte van a tocar la música de Cuba. ¡La danza más inquieta, en el destierro, se oye con religiosidad! Y antes de bailar,—como que se detiene el bailaror a pensar un instante, como que saluda! Va a ser extraordinaria la concurrencia a la fiesta de “La Igualdad”.

Patria, 25 de junio de 1892

1892

1. JULIO 2

2. JULIO 9

¿Y para quién ha de ser hoy el primer cariño de esta humilde casa, donde a los decorosos de este mundo se pone más atención que a sus lujos y poderes, sino para un cubano irreductible que acaba de escribir unas bellísimas líneas en París, para nuestro indómito poeta, Diego Vicente Tejera que en el último número de su revista generosa dice esto? :

“América en París”, que ardía en deseos de poder volver a darles acogida en sus columnas a Cuba y los cubanos, tiene el gusto de ofrecer hoy a sus lectores un escrito trascendental del profundo Varona y una brillante página del patriota Manuel de la Cruz. “América en París” vuelve a ser órgano, no sólo de los países independientes de América, sino—lo que es más justo todavía—de los que aún no son independientes. Creemos que para todo corazón noble será interesante oír de vez en cuando la voz de esas dos islas desgraciadas, Cuba y Puerto Rico”.

Por el espíritu, trémulo o tonante, de su poesía cincelada, y por la madurez de su prosa, es muy querido de los buenos, y muy gustado del fino lector, el poeta admirable del “Amanecer de Cuba”. Pero ¿qué más poesía, ni cuál mejor, que este grito de brava lealtad a las patrias dolientes? De los cansones suele ser la comodidad de este mundo; pero no la majestad interior, ni la alta fama. De las dos banderas hace dosel para la cuna de sus hijos el poeta Tejera: de la de Lares, y de Yara.

“¿Y qué daré yo a las dos tierras queridas, sino el fuego de mi corazón, que no se me apaga con los años, y este cuadro que he bordado con mis manos para que lo vendan en beneficio del tesoro de “Borinquen”, “Los Independientes” y “Cubanacán”, y la bandera de Lares que con mis manos quiero volver a hacer, y una serie de conciertos, con tanta música sé, con la mejor música que sepa, para el tesoro de la

patria?" Así decía, entre amigos reverentes, una ilustre dama puertorriqueña. Y así hará. ¿Qué harán los hombres, cuando esto hacen las mujeres?

Ayer, hace unos cuantos días, nos daba de comer, bajo los dos pabellones, Antonio Vélez Alvarado. Vivimos unas cuantas horas, que ya es mucho decir en estos destierros. ¡Qué canciones sentidas, las de Francisco Marín! ¡Qué pelea de versos la de Soler y Sanabria! ¡Qué tristeza, como de esclavitud, la de la tonada que llaman "lágrimas y suspiros"! ¡Qué juntarse, en aquellos cariños, la décima de Cuba, el aguinaldo puertorriqueño, la perica venezolana! Y para decirnos adiós la anciana de los setenta años, vestida de blanco y blancos los cabellos, se sentó al piano a tocarnos el himno del país, la danza compuesta por un español, la danza con que acaba una feliz comedia política de Sotero Figueroa: la Borinqueña. ¡Los versos, llenos de amor a Cuba, suenan a llamada! La hija al pie del piano, apuntaba en voz baja los versos, la anciana, con vigor juvenil, apoyaba las notas bravías, prolongaba las notas de queja. De pronto: vuelta al coro respetuoso que la veía; fijos, con extraordinaria luz, los ojos encendidos, clavando en el piano las notas, repitió el verso valiente, y dejó vibrando las teclas; el verso que venía con voz de mando de aquellos labios trémulos.

"¡No más esclavos queremos ser!"

Los veranos enriquecen siempre nuestra colonia: ahora nos llega de Matanzas, deseosa de volver a ver la ciudad donde es tan bien querida, la señorita María de las Mercedes Govín. Con ella viene, cariñosa como una hermana, su madre Doña Mercedes.

De Matanzas ha llegado también un cubano de mérito distinguido, el abogado Luis Fortún. El de Fortún es apellido que obliga. Donde hay un Fortún, hay un hombre activo y bravo. Luis es sobrino del generoso militar español que sirvió en la gran guerra a la independencia de Cuba. ¿A qué levantar aquí el distingo de la filiación autonomista del joven abogado? El oirá, a su paso por New York, que estos cubanos de acá, ni cejan en su empeño de sacar al país de la mueca de muerte en que anda, ni niegan su afecto sino a quien les suponga la necedad y villanía de tener en menos a los cubanos de Cuba. ¡Los tiempos andan. y todo el mundo con ellos!

El bufete de un cubano está de plácemes, el bufete de Rafael Govín. En pleitos de marcas, que suelen ser de mucha monta, tienen Govín y Jones conocimientos especiales; y acaban de ganar una disputa muy sonada en pro de la fábrica de bromocafeína. Ocasión es lo que necesita el cubano para distinguirse. El cubano es por naturaleza, magüer dícere, mozo de empuje y triunfo.

Quien entienda de ingenio chispeante, y sepa de periódicos de Cuba, no ha de desconocer el nombre de José Prellezo, discípulo del santo colegio de la Luz. Está de paso en New York, y trae anécdotas sin cuento de aquella España singular, y de nuestro inspirado Tejera, y de los libros raros y trabajo constante de nuestro orador artista, de Enrique Piñeyro. No es hora perdida la que se pasa oyendo a este narrador elocuente.

México es tierra que todos los cubanos debemos amar como la nuestra; en ella siempre encontró corazón abierto el expatriado triste. Por eso *Patria* agradecida considera a los que nacieron en la tierra de Inclán y de González como hermanos nuestros; por eso enviamos hoy al filantrópico e inteligente comerciante Santiago Smithers, que al contraer matrimonio con la dulce señorita Otilia Ybarra, vuelve a ver la dicha brillar en su hogar virtuoso, la felicitación más sincera.

¡Con el amor renace la esperanza!

El Club "Los Rifleros de la Habana No. 2", cuya juventud recuerda a aquella generosa que desafió los peligros de la mar, y salvó con su heroicidad del reproche, a veces injusto, a los hijos de la capital. ofrece una hermosa fiesta para el 22 de agosto, en el Parque de Sultzer. Las entradas se dedican a aumentar los fondos crecientes del Club. Ondearán las banderas gloriosas de Cuba y Borinquen, y no deben faltar los que esperan bajo sus pliegues combatir algún día.

Patria, 2 de julio de 1892

Andan por el Norte dos cubanos conocidos; los dos cubanos que llevaron de la mano a la Sociedad Económica a Juan Gualberto Gómez; los que, con este hecho de hermosa sencillez, dieron prueba de aquella

capacidad de justicia y grandeza del corazón criollo de que muchos cubanos dudan. Uno es Gabriel Millet, más convencido que nosotros de la eficacia de la política de paz, pero no menos deseoso que nosotros del bien de su país: él es el amigo de Labra y Betancourt, el que en sinceros apuntes recogió la triste historia del esclavo Caoba, el cuñado de aquel Ramón Piña que pintó con color criollo, hace como medio siglo, las miserias de nuestra vida colonial en "Gerónimo el Honrado" y la "Historia de un Bribón Dichoso". El otro es Raimundo Cabrera, el autor conocidísimo de un libro que todos tenemos, de "Cuba y sus Jueces".

Está entre nosotros, acompañado de su elegante y distinguida esposa, Malvina Cruzat, el señor Nicolás Heredia, uno de los jóvenes de más bríos de la ciudad de Benigno Gener, Tello Lamar y Luis Morejón. *Patria* que tiene para todo buen cubano lugar en su corazón, da la bienvenida cordial al orador que ante todo quiere la dignidad de su pueblo, al escritor correcto y caballero irreprochable, autor de "Puntos de Vista".

Patria, 9 de julio de 1892

1892

1. AGOSTO 13
2. AGOSTO 20
3. AGOSTO 27

Patria junta hoy, de la flor más fina del jardín, de la flor más pudorosa y duradera, un ramillete privilegiado, y lo deja, a la hora en que sale el sol, en los umbrales de Angelina Miranda y Govín, la cubana buena y encantadora que unirá el martes 16 su vida, en la iglesia de San Francisco Javier, a un hombre que la merece, y a quien *Patria* lleva en el corazón: a Gonzalo de Quesada.

Tenemos de plácemes la casa, porque acaba de llegar a New York un puertorriqueño de mucha valía. El señor Santiago R. Palmer, es el criollo firme, que él no tiene paces con quien le atormente o le degrade su tierra. La historia de la libertad en Puerto Rico, es la historia de Palmer. Si un periódico liberal estaba de caída, allá iban en haz sus suscripciones. Y a su casa le daban por nombre "el hotel Palmer", porque todos los amigos y los menesterosos todos tenían allí su porción de mantel. Si un liberal de sus amigos tiene el hijo pobre, Palmer, que ve escasa la educación en el país, lo envía, como hijo suyo, a levantarse en el extranjero. ¡Hombres así se han de poner de ejemplo a los que dudan del poder de nuestros pueblos para alzarse y mantenerse por sí propios! ¡De fijo que un hombre así no duda de su pueblo!

Tiene esta casa entre los Leza, amigos como de familia, y goza en unir sus plácemes a los que, en fiesta lucidísima, recibieron de toda su comarca, allá en Cienfuegos, los dos recién casados: Angela Ramos Rodríguez, que lleva en sí las gracias de nuestro país, muy bello aún en su desdicha, y Fernando Leza, que, a juzgar por los suyos, ha de ser joven amigo de todo progreso, y persona querida de los que lo rodean. Era una enramada la finca de *La Amistad*, que es de lo más próspero de lo que queda en pie en Cuba. ¡Y el caserío que tiene cerca la finca de los novios, se llama *Esperanza!*

Tenemos, a nuestra izquierda, varios libros queridos, de los cuales no hemos dado ya cuenta, por no darla al vuelo y como de merced, que es ofensa a obras tan buenas como éstas. Y así, esperando la ocasión larga, suele la ocasión pasar; como esta vida nuestra, que se va en suspirar por lo perfecto. ¿Qué es la elegancia nihilista de ciertos escritores, sino una desalentada pasión de refinamiento? Pero es fuerza, en letras como en todo, bracear con lo que se tiene; y bogar con hambre y pena hacia lo mejor. Hemos de hablar enseguida de estos libros queridos.

Patria, 13 de agosto de 1892

2

No hay ya quien requiera, entre nuestra gente joven, convite para la fiesta campestre que con ejemplar ardor ha compuesto para el día 22 el club "Rifleros de la Habana No. 2". Lean el programa generoso, lleno de empuje y patriotismo. Vean en esa sencillez cómo se juntan la juventud ferviente y la gloriosa historia, cómo se reúnen, al pie de las dos banderas enlazadas, los antillanos de más varios orígenes y empleos. Con esa cordialidad, y con ese ímpetu, se hacen las repúblicas. Y sólo quien no las ame dejará, salvo deber mayor, de ir a saludar, bajo el cielo libre, nuestras dos banderas.

Noble rostro tenía un caballero de Cuba a quien saludaban, en las bodas del martes, todos los antiguos neoyorquinos. Todo él tenía el aire de un prócer: el rostro fino, la sonrisa afable, el cabello cuidado y canoso, el bastón de puño de oro, el traje negro. Era el médico querido, que a tantas casas llevó, en sus años de trabajo, el consuelo de su ciencia y de su caridad. Era Juan Cisneros.

¿Y no se irá bueno de sus males, ya que se tiene que ir, el cubano que añadió lustre, con su mérito propio, a nuestro nombre famoso, el coronel Ricardo Céspedes? Adonde vaya le acompañarán los votos de cuantos le conocen la historia valiente, y el carácter hidalgo.

Hace algunos inviernos, había en New York pocas casas tan concurridas como la de una hermosa y culta caraqueña, la señora Mercedes Smith de Hamilton. Hamilton era por entonces cónsul de Venezuela en

New York; y su esposa llevaba en el fuego de los ojos el alma de aquel Coronel Smith, fundador de la familia, que ganó gloria, y batallas; cuando los lanceros desnudos de Páez tomaban al abordaje las cañoneras españolas. De todo esto se hablaba en las animadas tertulias de la señora de Hamilton: de la mucha gente de mérito de su país, de la hermosura de aquellos domingos y aquellas fiestas públicas, de las bendiciones de que ha colmado la naturaleza al pueblo que, falto aún de costumbres políticas apacibles principalmente en razón de las grandes distancias, pelea hoy, con su usual bravura, en aquel drama de celos del campo y ciudad que ya va acabando en paz en otras repúblicas americanas.—Y de allá, del Avila coronado de nubes violetas, viene ahora, de corta visita, la señora Smith de Hamilton.

Bajo cubierta blanca, como conviene a casa de tanta virtud, corre ya impreso en noble folleto, el programa razonado de estudios del colegio de Tomás Estrada Palma en *Central Valley*. Ese es el colegio donde se enseña a nuestros hijos la lengua del Norte, sin aprenderla, como en tantos otros colegios, en los vicios de la república más que en sus virtudes. Ese es el colegio donde los que llegan sin hablar inglés salen a los dos años preparados para entrar en las grandes universidades. Ese es el colegio donde adquiere el niño los hábitos útiles del Norte, y el ejercicio del cuerpo en la naturaleza sana y vigilada, sin perder un ápice de las condiciones de su raza y del calor de la familia. Es bueno que los niños se críen, al abrigo de un santo rodeado de montes.

Como en nuestra casa estamos los cubanos todos en Filadelfia, donde el que llega es miembro de aquella noble familia. Pero mañana a nadie hallaría quien fuese, porque Cuba entera va al paseo campestre del club "Ignacio Agramonte" número 3, a la famosa excursión a *Atlantic City*. De duelo de ausencia estarán los que no vayan; pero sólo ellos no irán. De quinientos, si no de más, será el alegre tren: que tiene derecho a la alegría, porque los productos del paseo se destinan al tesoro de la patria.

Patria, 20 de agosto de 1892

3

De todas las congijas de la vida premian los hijos buenos, y no tiene el mundo aplausos que valgan lo que el beso de vuelta en una frente pura, o el releer con el coro de hijas la carta de la madre ausente, allá

donde no salen más correos que los rayos de luz, o el primer frío de Octubre, con las niñas alrededor, vestidas de negro, y los hijos mirando al fuego misterioso, como pidiendo en su inocencia que se quemen en él todas las injusticias de la vida. Así pasa este mes en el Norte, descansando de la ansiedad y pena de Cuba, el orador que tiene en el discurso toda la fuerza y hermosura de nuestra naturaleza; el cubano que no podrá ver sin amargura cómo se nos va en torno desmigajando de veneno el país. Una tarde serena, al pasar por la ventana del hotel, vio un transeúnte a una criaturita de cabeza rubia, vestida de luto, en el gran marco de sombra, con las dos manos en rezo, hablando a lo alto, y lleno el rostro lindo de la última luz: era la niña de Miguel Figueroa.

No es la Habana de ahora buena universidad ni tienen por qué salir hombres perfectos de aquel teatro de condescendencias y de vicios: donde no hay justicia sin soborno, ni honor sin castigo, ni ráfaga de aire sin adulación, ni pan sin mancha y quien lo quiera sin mancha, se queda sin pan. Pero, por aquel milagro del diamante, que luz cuajaba en medio del carbón, y de la poesía inglesa, más intensa acaso que ninguna otra por la escasez de poesía ambiente, cría la Habana, a la vez que la generación pecadora y ligera, otra de mozos enérgicos, que buscan la riqueza en el trabajo de las fuerzas naturales, o aspiran, en silencio armado, a rescatarlas del ocupante que nos las detenta; ¡y que a mi madre no me la han de envenenar a mis propios ojos!: ¡y el que se contenta con el bien para sí; y no cuida de la infamia y la miseria que se comen a los demás, ni es hombre a derechas, ni se salvará de que lleguen a él la infamia y la miseria públicas!: ¡ha de escribirse un poema nuevo, donde esté llena de hombres piadosos la barca del mundo, y al egoísta impasible, que crió su flor entre el hambre y la sed se le tenga por toda una luna fuera de la barca, forcejeando en la noche vacía! De estos cubanos reales, que mañana abrirán el país al trabajo rápido y nuevo que ha de salvar de la política excesiva a nuestro pueblo oligárgico y vehemente, dicen que son modelo, y copia de los méritos del padre ejemplar, los dos hijos del abogado habanero Antonio González Mendoza, que están ahora de visita, y muy bien recibidos, en Newport; que la riqueza no es culpa, ni la elegancia y el arte de la vida, cuando se los gana con el trabajo lícito. Naturaleza da rosas y cardos: y no hay por qué enamorarse del cardo, y declarar guerra a la rosa, a no ser que la riegue con lágrimas y sangre. ¡Eso es Cuba ahora, una rosa mustia, empolvada y comida, una rosa regada con lágrimas y sangre!

“Dos cubanos he conocido que vencieron a la muerte”, decía ayer un criollo que lleva la memoria en el corazón: “Joaquín García Lebreo, y Antonio González Mendoza. Los dos debieron morir jóvenes, y quisieron vivir. Y los dos vivieron. Lebreo acudió ya tarde, aquel delicioso y soberano talento de Lebreo, que se llevó por el mundo con tanta humildad, y eso que era, por su ancho corazón, y por el equilibrio, de su capacidad de concepción y forma, como senador nato entre los hombres. Mendoza vive aún, espejo de caballería, con la única salud verdadera, que es la que viene a un cuerpo bien administrado del orden de la mente y la serenidad del corazón. Todavía me acuerdo de Mendoza, cuando era yo chiquitín, y pasaba él a caballo, pálido de la convalecencia, a un gimnasio y a su esgrima: un caballo moro, a eso de las seis de la mañana, y a puros sistema y voluntad, salió adelante con la vida. Lebreo llegó a Madrid poco menos que moribundo: su vida allá fue un ramo de violetas: su casa, una romería; su bandeja de médico, una mina de oro; pero me muero, hijo mío, me muero aquí, y tengo que vivir veinte años más para mi mujer y para mis hijos”. Vivió veinte años más. Y dicen que su alma enérgica vive en sus hijos.

Y un señor, del otro lado de la mar, censuraba un día “a estos cubanos, que se pasan el día con el pañuelito en la mano”. Pues aquí tiene a Estrada Palma, que lleva siempre en la mano el pañuelo, para limpiarse el sudor de la vergüenza del país, y de su casa solariega se echó al monte diez años, ganó a pura virtud la presidencia de su patria; y acaba de levantar otra casa en el extranjero, sin dejar el pañuelito de la mano. Y lo llevaba el día en que dijo, cuando la ratificación del Partido Revolucionario Cubano en *Hardman Hall*: “Y desde que ascendí a la dignidad de hombre libre, no me ha sido posible descender”.

De estos hombres se hace un pueblo, aunque hoy lleven un mote en política y mañana lleven otro, el pecado no está en equivocarse de ruta, y creer que sea remedio lo que no lo es, sino en perpetuar el carácter flojo e indeciso de la colonia, cuya soberbia y nulidad entorpecerían el trabajo creador y distinto de la república. Y porque tenemos estos hombres puede Cuba ser libre. No podría serlo si no los tuviera. En la ciudad los tenemos, y en el campo. En Cuba los tenemos, y en la emigración. Triste y bello a la vez era para un viajero agradecido, pocos días ha, ver venir a un niño nacido en la guerra, sujetando en las manos

cuidadosas el primer coco del árbol que plantó su padre en la arena extranjera, que plantó en el suelo del Cayo, Fernando Figueredo. Y ahora *Patria* vuelve a su tema continuo, que es la suficiencia y la viabilidad de nuestro carácter, al dar gracias a una criolla fiel por la prueba de este carácter nuestro que en una caja fina le manda de Tampa, y no trae joyas ajenas, ni fereleres de inutilidad sino un queso fragante, como el nuestro de Cuba, en que tiene comercio, y muy próspero, la esposa de un maestro cubano, de José González Elías.

¡Cuándo más bella nuestra mujer, a no ser que fuese al caer en el sepulcro libre de la guerra, que cuando con los dedos helados del destierro halla de su tarea para comprar el pan y el carbón; cuando, arrebujada en la manta la noble vejez, va la señora de antes a su barril de despalillar; cuando, mientras el marido que cargó el rifle libertador prepara a los niños para hombres, ayuda con su industria al ejemplo y dicha de la casa desterrada, y al crédito que con la prueba de su virtud gana el país! Y así es una caja fina de queso de Tampa más grata a un criollo tenaz, que si viniese llena de oro y pedrería.

Ver capaz al cubano es un gran goce, y que la cubana sea firme compañera, y otro goce es que a Cuba le crezcan los amigos. ¿No hemos de recordar con agradecimiento que el hombre de corazón que se llevó a Cuba, en su guerra infortunada, Calixto García, era italiano de cuna, era Natalio Argenta? ¿No hemos de agradecer que los italianos de Tampa, de brazo de los cubanos, estén alzando un club, con el nombre de Argenta por lema? ¿No hemos de encariñarnos con nuestros compañeros de labor, que con nosotros penan y velan por sacar *Patria* a la luz, con nuestros amigos italianos el desinteresado Frugone, el cordial Balletto, el laborioso Gardella, que compran la prensa nueva del fruto de sus ahorros y en fiesta de familia, con sus mujeres y sus hijos, nos le ponen el nombre de *Patria*? Otros bajen de media de seda y candelabro al pie de la escalera, a recibir a reyes: nosotros damos asiento mayor a los amigos del trabajo y de la libertad que en la hora penosa aman a nuestro país.

Domingo Estrada, el guatemalteco querido, está de vuelta en New York, y con él el pensamiento griego, que quiere en todo la fuerza de la armonía y es la verdad eterna; con él la prosa serena y madura, como

desde su rugoso palacio de Recanati la quería Leopardi; con él el verso de seda y puño de porcelana, como las sombrillas que adoraba Julio Goncourt; con él un fino amigo.

Y otro caballero ha venido de la tierra que junta, a la sagacidad de su raza nativa, la fiereza del quetzal de sus bosques. Guatemala ha mandado cónsul nuevo, en la persona meritoria del señor Feliciano García. Agradecidos nada más hallará el cónsul entre los cubanos de New York. Cinco cubanos vivían en Guatemala hace poco, y los cinco vivían felices.

Patria, 27 de agosto de 1892

1892

SEPTIEMBRE 3

Patria agradecida recordaba en su último número a la patria de Mazzini, aquel irreductible que no volvió a su tierra hasta que no la vio libre, a la patria de Garibaldi que fue amigo de Cuba, que en nuestra América y en su Patria combatió con desinterés por las causas nobles: *Patria* rendía un tributo merecido a la memoria del valiente italiano Natalio Argenta, que por nosotros sangró y bajo cuyo nombre los italianos de Tampa, amantes de la libertad, se alistan para ayudar a la obra grandiosa de la redención de las Antillas. Hoy, el italiano Tossini, propietario del Salón *Wewan*, Brooklyn, al preguntarle los miembros del Club “Henry Reeve”, el precio del local donde tendría sus juntas, se negó a cobrar, “porque nosotros simpatizamos con la causa de los que son esclavos; a los cubanos que se reúnen para trabajar por la emancipación de su país, todo hombre digno debe abrirles sus puertas, debe darles el corazón”.

Cienfuegos no es todo apatía y dureza. De aquella ciudad que tiene que redimirse, de aquella ciudad de donde salieron un día glorioso los Cavada, y el venerable Villegas, con su hijo mártir, Leopoldo, la juventud le envía su óbolo a los que veneran la memoria del joven rubio, tenedor de libros, que se escondió en el *Perrit*, para poder luchar por Cuba, a los que le honran en el Club “Henry Reeve”, *fondos*—que por venir de nuestra patria valen más—para que vean que allá nos inspiran y nos alientan.

Con el artículo hermoso de Antonio Vélez Alvarado, que le sirve de marco digno, se engalana hoy *Patria*, publicando *La Borinqueña*, que ha arreglado, como ella sabe hacerlo, con amor filial, la pianista que en la música de su país natal refleja su alma patriótica, Ana Otero.

Mañana no habrá un hogar antillano donde no se oigan los acordes que conserva vivo el fuego patriótico de los hijos de Lares respondiendo a las notas valientes del himno que más de una vez ayudó a triunfar a los hijos de Yara.

¿Que cómo se allegan fondos para la guerra inevitable? Primero, con la fe, hoy honda, en que no se han de malgastar y luego, con el ingenio de cada uno, libre y nuevo, como el de Raimundo Ramírez, que ha visto a Ceuta muy por dentro, por el pecado del país, y expediciones, y toda clase de osadías, y ahora, que anda con muletas, se sienta cada noche a enrollar sus cincuenta tabacos con los que paga un hermoso reloj, que rifa luego, a papeleta cómoda, a beneficio del bravo club nuevo,—el club de Ingenieros. Porque un pico cuesta: y cuesta, un azadón.

Los que se miran, y se ven flojos, todo lo tienen por flojo, lo mismo que ellos; sin ver que Cuba está ahíta de valor, y que un hombre callado, que hala con pena la pierna perezosa y es nimio de cara y de color tropical, fue el bravo que se irguió ayer, y que volverá a erguirse mañana. Allá en el rincón de su tienda, en la Séptima Avenida, gana el pan un cubano sencillo, que va y viene, sin pompa ni voces, y a mucho yanqui le parecerá un comino: y es Manuel Batista, que cargó el rifle en la guerra del Norte, llevó a Cuba sus ahorros, con ellos pagó su viaje a la revolución y el de un amigo suyo, se vio la pierna deshecha de una bala, “¡y aquí, veinte años después, detrás de mi mostrador, espero la hora!”

“...Aquí, en este jardín de almas, he tenido el gusto de conocer al Sr. Francisco Moncayo, el distinguido mexicano que, como todos sabemos, se ha consagrado a nuestra causa, sin arredrarle los muchos trabajos que por nosotros y con nosotros viene pasando, desde la campaña de los diez años. Su carácter me es simpático y su trato me honra; pero no me extraña su conducta, porque no se necesita más que de oír que es hijo de la patria del gran Juárez”.

Por la puerta de un español pasaba *Patria* este sábado último, y el español salió a la puerta, a llamar a *Patria*, y le dijo razones y cariños, que se estiman en su sinceridad, y fueron así: “Sí, amigo, si yo hubiese sido gobierno, hubiese preparado a Cuba para su emancipación; pero

como España no ha hecho eso, dejo las cosas seguir su curso natural, y me pongo de parte de la razón. Ahora, como español que soy no me gusta que se ofenda, así de golpe y porrazo, a los españoles; como a un cubano no le gusta que, porque salga algún cubano huero, le digan huero a todos los cubanos. Nada, amigo, ésta es su casa, y aquí tiene Vd. la mano de un montañés. Ese gancho que tiene Vd. ahí, donde lo vea todo el mundo, es para los números de *Patria*”.

Se le murió un día un hijo, “encarnación de un dulce devaneo”, a Rafael María de Mendive, el poeta de quien dijo Nicolás Azcárate, que hacía versos de seda, y no imprimió el poeta tarjetones de duelo, sino que puso a escribir al más querido de sus discípulos, y decía en cartas sencillas: “Mi hijo Miguel Angel ha muerto: invito a mis amigos a que concurren a su entierro”.—Y ahora se le muere al elocuente Pompey, al sagaz y constructor Pompey, cubano joven y noble de Cayo Hueso, el recién nacido de su casa honradísima, y como el poeta de seda, dice así en *El Yara*. “Mi hijo ha muerto: invito a mis amigos a que concurren a su entierro”.—*Patria* ha ido.

No se da un paso en Cuba sin encontrar una virtud. Nos habla de Villa Clara un transeúnte que está acá de baños, y al preguntarle, con esta ansia nuestra de que todos los cubanos valgan, por los jóvenes de valía de la villa, sean o no de nuestra comunión, habla de éste y de aquél, y de Miguel Jerónimo Gutiérrez, bozo aún, que a los 24 años que tiene, es ya agrimensor peritísimo, y persona de respeto, y activo abogado. Y más que de él, más que de este sobrino del poeta revolucionario de “El Arroyo” el transeúnte habla de sus hermanas santas, que de la escuela en que enseñan el alfabeto y la virtud, ahorraron, quitándose los holanes y mantillas, las dos carreras del hijo de la casa, del abogado de talento real que allá a sus solas, sean cualesquiera las políticas insidiosas del país, verá alzarse en sombra con los brazos cruzados, al que dió a la patria la poesía de sus versos, y la de su vida.

Decía un cubano bravo el otro día, entre otros muchos criollos, con un número de *Patria* en la mano:—“porque el obrero de hoy sabe leer; el obrero de hoy no es como el de hace veinte años: el obrero de hace veinte años lo podían llevar y traer, y darle nombres por verdades, pero el de hoy le quita la cáscara a la fruta, y no se anda por las cáscaras

siro por la semilla: antes nos hacían los agujeros en el narigón, pero ahora tienen que hacérselo en la frente; el obrero de hoy lo mismo lee un artículo de macheterías y bombas, que un artículo de política científica”.

De nuestro Dr. Betances, no nos olvidámos un punto, porque él es el corazón de su país, con el que el de Cuba se hermana y abraza, y porque son pocos los hombres en quienes, como en él, el pensamiento va acompañado de la acción, la superioridad del desinterés, y el mérito extraordinario de la mansa modestia. Pero si de él nos pudiésemos olvidar, nos lo pondría ante los ojos el respeto con que a propósito de sus recientes declaraciones científicas sobre el cólera en París, dicen de Betances los diarios madrileños, que nos lo llaman eximio y tanto más; —y luego lo que dice “Lo Somatent”, diario regionalista catalán, que no parece ver pecado en que las colonias distantes soliciten de España la misma independencia que, por diversidad en la composición, defienden las provincias mismas que viven encajadas en la piel de toro nacional. Trata “Lo Somatent” con mucho cariño al “afamat metje”. Y por acá queremos mucho, a fuer de que sufren como nosotros, a los catalanes liberales.

Patria, 3 de septiembre de 1892

1 8 9 3

1. ENERO 21
2. ENERO 28

El Cayo ¿no es la casa de todos? Allí hay que ver a los peleadores viejos, y a los que de nuestras primeras revueltas libres han sabido ir sacando un pueblo franco, culto y generoso; allí hay que alabar la hermandad con que se miran, como compañeros en la fundación, los héroes de la guerra y los del destierro; allí, en lo más trabajado y perseguido por la astucia española, hay que admirar la viveza con que responde a la campaña piadosa de redención el patriotismo unido, y la bravura con que, por sobre las olas de la vida, asoman, victoriosos, los caracteres.

En vano la vida áspera los acorralla en ocasiones, o se les cierra: ellos, a puño de trabajador, se abren paso por la vida. En vano nuestras preocupaciones mismas nos salen al paso, desluciendo por una minimez la verdadera grandeza: el carácter, pujante y respetado, triunfa del desierto y la noche de la vida extranjera.

De uno de estos caracteres trajo *El Yara* ha poco una noticia de interés, y es que nuestro coronel Fernando Figueredo, que da hoy sombra a su familia bajo el cocal que sembró en el destierro con su mano, acaba de renunciar el puesto distinguido de inspector de aduana que según la costumbre de estas políticas yanquis, le hubiera pertenecido aún largo tiempo, a pesar del cambio de puestos que trae consigo en el sorteo, con daño patente del servicio público y del carácter nacional, el cambio de partido en el gobierno, o el simple cambio, en el mismo partido, de un ala por la otra. ¡Allá, en la tierra, no hemos de hacer las cosas de esta manera; no hemos de tener corrompido al hombre por la lotería del empleo público; no hemos de cortarle el hilo en lo mejor a la vida libre y natural del hombre, para sentarlo en una silla de donde se le eche al vacío a los cuatro años! ¡Allí veremos porque sean quienes deban, y los mejores, los que ocupen los puestos de servicio, y porque el mérito se los asegure en vez del favor, y no entre en la sangre de la república la peste de los burócratas!

Ni, ¿quién mejor que Fernando Figueredo pudo dejar de lado su empleo? Joven aún, con la salud de la guerra; fuerte como pocos, porque es como pocos dichoso su hogar, no tiene hora el día que Figueredo no emplee, ni el Cayo un cubano que trabaje más que él. El de maestro de pobres; él de corresponsal de esta casa; él de tenedor de libros en aquella; él, en todas partes, de secretario o presidente; el sol le sale en la faena, y se pone siempre antes que su trabajo; los ojos le chispean, como en los grandes días; ni abandona el bastón de camino, ni el sombrero veterano: ¡no lo podíamos ver nunca, yendo de un trabajo a otro, sin pensar en aquellas otras marchas, que anduvo él tantas veces,—que andaremos!

Francisco Sellén, nuestro hombre puro, y hoy de más poesía que cuando loaba a Lincoln en la oda rebelde de su juventud, tiene la pena grande de ver enferma la compañera de su vida, la que de veras le acompaña, y le entiende a la vez la hermosa mente y el fino corazón. El invierno rencoroso quisiera entrar en aquella casa donde no se le conoce ¡pase por la casa buena, sin descoger sobre ella las alas de nieve!

Tiene Centroamérica, allá en sus volcanes, allá en las faldas fragantes y matizadas de sus volcanes, más maravillas lindas de oro y rosa, que ostenta soberano el tallo en flor; y así, del brazo de su poeta, verde la seda entre el velo de encajes, paseaba en el baile de la Beneficencia, recién llegada de Washington, la compañera de Román Mayorga Rivas: ¿qué mucho que sean como rosa y oro los versos del poeta nicaragüense? De su intenso y fiel amor a nuestros países, a nuestro país de América, dio él buena prueba en los volúmenes donde puso, con raro desinterés, cuanto de bueno tiene lo pasado y lo actual de la misma literatura centroamericana, que posee en él tan delicado poeta, y tan gallardo prosista. El sirve la imagen en copa hecha a cincel, y apretada de perlas. El ajusta y burila la prosa.

Venezuela tiene ahora cónsul nuevo, y nuestra América un amigo, en Ramón Herrera y Saldivia, el cónsul en New York. Hablarle es verle el país, el país nuevo, estudioso, fiero, contento de la sangre necesaria que vierte, seguro del porvenir de un pueblo que no se cansa de perecer por la libertad. ¡El Calvario primero, y luego la cruz resplandeciente!

¿A qué decir que el cónsul útil, el cónsul que ama y defiende a su tierra, no tiene en *Patria* más que hermanos?

Cae en la nieve ajena el que no cayó a las balas de los enemigos. Antonio Quintana, el colombiano que siempre nos parece nacido en Cuba, el colombiano que nos defendió a la libertad, mejora ya de la caída que le quebró un brazo. De otros brazos, se puede no hablar: ¡no de aquel piadoso que batalló por un pueblo amigo!

Patria, 21 de enero de 1893

2

¡Pobre Ana Rita! La flor de su casa era Ana Rita Trujillo, y nadie la conoció que no la quisiese como hermana o como hija. Algo de maternal, y una piedad triste y profunda, había en su corazón de virgen. Solía quedarse en silencio, reclinada la barba en la mano, como quien ve caer el sol en el horizonte, o quien mira a la mar. Nunca hizo mal, ni pensó mal. Sufría del odio, y de verlo a su alrededor. Se le iba el alma entera, como criatura que se echa en brazos de la madre, al entusiasmo y la poesía. Sabía amar, y ha muerto. En su traje de baile, vestida de blanco, rizado el cabello infantil, suplicantes los ojos hermosos, parecía como un ángel que pasa, pidiendo perdón para todas las infamias de este mundo. Vestida de blanco, con los brazos en cruz, duerme ahora la niña adorable, en las entrañas frías de la tierra extranjera. Los padres, espantados, no conocen ya el mundo. Sus amigos la lloran y la llaman ¡Pobre Ana Rita!

De esta casa son todos los caritativos, y no lo son quienes no sean capaces de caridad. De modo que se oiga queremos decir aquí, a la hora misma de saberlo, que cuando la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana acudió a la casa de vapores de Ward, a William H. Hughes, que es de Buenos Aires y del Norte, a pedir favor para un pobre en viaje.—obtuvo el favor que quiso. Y él lo concedió como si fuera quien lo recibiese, que es como son agradecibles los beneficios, y no cuando se empinan y campanean, a que conozca el mundo la piedad interesada. ¡Algún rico le irá a Hughes en sus barcos porque dio mesa en ellos a un pobre!

“¡Ese sí es pueblo, el Camagüey! El sábado vienen todos, como un florín, a la ciudad, al baile y al concierto, y a ver a sus novias; y hay música y canto, y es liceo el pueblo entero, y la ciudad como una capital: ¡el lunes, a caballo todo el mundo, con el lazo a las ancas, a hacer quesos!” Así, admirado, decía ayer un criollo que viene de por allá, y sabe, por esta y otras raíces, que no todo es en Cuba papel sellado y mármol de escalera, hecho a que escriban en él y a que pisen en él; ¡sino tronco de árbol, y mozos que pueden partir un rifle contra la rodilla!

A Luis Baralt le va creciendo el mérito, y la bella moderación por donde su talento es útil y amable; y con el mérito le crece la casa literaria, que estará esta noche sin silla vacía, porque allí va, con todo su Wagner, Emilio Agramonte, a decir en su brioso inglés cuanto se sabe del arte y vida del áspero alemán. Las cosas ha de hacerlas quien las puede; y a Agramonte le está bien el encargo, porque él sabe la música perfecta, y realzará la de Wagner ante su público, poniéndole por nota viva, al correr de la explicación, los cantantes y el piano. ¡Y la verba, la pasión, la sinceridad de Emilio Agramonte! El se indigna, estudia y ama.

El Salón de Behr, en la Quinta Avenida, es como cosa nuestra. Allí celebramos a Espadero, que puso en música el gemido del alma cubana, y a veces su majestad y su tormenta: allí agrasajamos a Albertini, que no olvidará nunca, de seguro, el fervor y cariño de los aplausos cubanos. Allí tuvo su baile el martes la sociedad “Entre Nous”. Y el nombre es bueno, porque cada día entendemos mejor que, hoy como cuando el Dante, es salobre de veras el pan extranjero, y áspera de subir la escalera extraña; porque a la Sevigné la echaba todo de su casa, y a nosotros todo nos echa, con más cariño cada día, a los unos en brazos de los otros. Allí cubanos e hispanoamericanos; allí Santiago al brazo del Guaire, y un abanico del Camagüey junto a un guante del Perú; allí, como las flores que suele el viento dibujar en la nieve, una u otra norteña de pecho tropical. Allí la conversación amena de la familia, y el baile discreto y brillante de la juventud. Y la cena, y la plática, y las cuadrillas bulliciosas duraron hasta la estrella de la madrugada.

Patria es la suma de los amores todos, que sin ella son como flor de aroma, que se va toda al viento; y en ella, como de más gloria y sabor. Patria es la novia por quien se rinde alegre la fortuna del mundo, y la

vida, y la ira, y se padece resignado bajo el que nos hiere el mismo honor. Patria es como corona o majestad, que tiene al alma adonde no le llegan las pasiones que salen a morder la luz. Patria es el nombre, propio de hija de dos almas fieles, con que entra en la tierra, con Juana Varona de Quesada y José Martí de padrinos, la niña, ya amorosa, de Mercedes y Manuel Barranco.

El de recibir visitas es arte difícil, que quiere en la dueña de casa corazón generoso, de los que tienen dicha en darla, a diferencia de otros, que le andan escondiendo o amargando al prójimo toda ocasión de que viva más feliz que ellos. Unos gozan en ver a los demás contentos; y otros gruñen. La dama de Venezuela, que trae su apellido de los libertadores, la señora Mercedes Smith de Hamilton, junta todos los miércoles en su casa la maravilla de un salón fino y alegre, donde no hay pecador que tome para sí, en un coro de bostezos, la plática entera, ni música de obligación, con su ruedo respetuoso de palmadas tibias; sino el gusto del trato sincero entre las gentes de un alma sola de nuestros países, y aquel desinterés con que la dueña deja de propósito el lucimiento a sus huéspedes, y los pone a todos donde más gocen y luzcan. Estos hablan de Eleanora Duse, y del arte de Italia en música y teatro; aquéllos de los hoteles de San Agustín, y el río de la Matanza, y el arte muzárabe; otros de los paseos, recortados en la naturaleza, de la señorial Caracas; otros del gobierno en América, y la necesidad de ajustar la política directora al pueblo bifronte de nuestras tierras, medio sabias y medio ignorantes: un grupo, junto al piano, oye de manos mexicanas la danza de Veracruz, el triste del Uruguay, el doloroso punto de Cuba: el comedor aplaude el chocolate caraqueño. Patria, al salir de aquella casa de corazón, al decir adiós a los amables dueños, iba pensando en el maestro Cristóbal Mendoza, que le dio a Cuba sus dos hijos; en Aurrecoechea, que murió por Cuba.

Escribir en la propia lengua es ya cosa difícil, cuando se quiere poner la idea en forma que vibre y luzca, y se quede en la mente como el cuchillo que va de lejos a clavarse en el blanco; pero ganar nota honorífica por escribir bien en lengua ajena, como ha hecho Julio Arteaga en el *World* de New York con un estudio sobre Venecia, es mérito que revela la firmeza mental y aptitud de adaptación por donde los pueblos retardados como el nuestro pueden entrar a la vida en condi-

ciones de permanencia con los pueblos maduros. Julio Arteaga, de quince años apenas, gusta de conocer por sí, y estudia con empeño su física y sus razas aborígenes. La impedimenta de los pueblos son los eruditos de segunda mano; y los que observan por sí en lo natural son sus salvadores, y sus literatos fuertes.—El apellido está de enhorabuena; porque otro Arteaga, Angel Manuel, se ha llevado en la competencia una buena plaza de farmacéutico en el hospital de New York. Es de cuerpo menudo, y habla poco; pero ganó el puesto a las espaldas anchas.

No es común en el comercio de novelas traducidas con nuestros países, ya por la elección infeliz o por la pecadora traducción, sacar a la plaza segundas ediciones; así es que hay que poner por sobre la cabeza a Benjamín Giberga, que ve hoy premiado con el raro suceso la pulcritud con que puso en castellano "El Gran Lucero", de buen autor inglés. La versión salió franca, como él: franca y sencilla.

Patria, 28 de enero de 1893

1893

FEBRERO 14

Ramón Fernández, un cubano, se moría hace una semana, en un último piso, en un cuartito; lo acompañaban unos amigos de su tierra que consolaban los instantes postreros de la vida de un hombre que, lejos de la patria y de los suyos, expiraba.

Y un puertorriqueño que vive en la misma casa, al saber el estado del infeliz, dejó sus libros, subió la escalera como si fuera uno de su propia familia, ayudó al moribundo, le cerró los párpados. Era Sotero Figueroa.

Para el entierro, no tenía el muerto solitario. Pero la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana de New York, sí tenía. El cubano fue enterrado con todo el decoro necesario, y con el cariño más fraternal.

Aunque tarde ya, pero no por eso menos entusiasta, enviamos a la amable puertorriqueña, a la inteligente pianista Ana Otero, nuestro aplauso, por su concierto del martes tres del pasado. Fue Borinquen de alma hermosa la que ayudó a la artista en su educación musical; como a la Paoli aman los hijos de nuestra Antilla hermana, a Anita Otero.

Y lo merece quien tiene la virtud más grande—el agradecimiento—y paga a su tierra con un amor purísimo y sincero.

Nosotros, cubanos y puertorriqueños, deseamos que sus bellas cualidades encuentren campo provechoso en nuestro seno. A nadie mejor que a Ana Otero, pianista correcta y mujer digna de todo elogio, puede confiarse la enseñanza del difícil instrumento. *Patria* espera que obtendrá aquí el éxito como profesora, que ella, por tantos títulos, se merece.

De su tierra hospitalaria, querida para todo cubano, de Venezuela, llevó su música criolla y su talento a París, Gonzalo Ruiz. Y en estos últimos seis años como director de orquesta y profesor de canto ha hecho carrera en la capital del mundo.

Entre nosotros se encuentra ahora y con su repertorio de arte clásico y americano se ofrece a nuestra colonia.

Es de pueblos fuertes, el amor a la unión para el socorro mutuo; de las sociedades de esta clase fundadas por cubanos en esta ciudad es buena muestra, la de *San Carlos* que en sus recientes elecciones ha designado la siguiente Directiva que guiará felizmente sus trabajos: Presidente, S. Díaz; Vicepresidente, Vitalio Jordán; Contador, J. M. Rivero; Tesorero, A. Silvera y Secretario, V. Pita.

El 12 de enero en el Lenox Lyceum, bailaban pobres y ricos, propietarios y obreros, para aumentar el tesoro de la Sociedad de Beneficencia americana.

El día después la primera solicitud que se recibía de ingreso a la sociedad era la de un hombre de color: Gerónimo Bonilla.

Y en lo que va de este mes la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana, ha dado sepultura a un cubano; ha enviado a un digno padre de familia a otro pueblo donde pueda fortalecerse y ganar con el trabajo honrado el sustento para su mujer e hijos; a una enferma le ha dado pasaje para su país natal donde encontrará alivio a sus males.

Patria, 14 de febrero de 1893

1893

MARZO 24

Carolina Rodríguez está enferma en Tampa; la que en los días de la guerra, con nuestro pabellón por único novio, sirvió de confidente, a riesgo diario de su vida, a nuestro ejército de las Villas; la que, echada de las casas tímidas y durmiendo en botes, salió y entró por Cuba, en recados de la patria; la que de la pureza e inexhaustos arranques de su patriotismo saca razón, y excusa si la necesitase, para la bravura con que, allá en su fervor, condena a los que tiene por cubanos perniciosos, o tibios; la que sufre, sola, más que del mal del cuerpo, del miedo de salir del mundo antes de ver oreado su pueblo por el aire creador de la libertad; la que ha mandado tantas limosnas a los hospitales y a los presidios; la "vieja de los cubanos". ¿Qué cubano la dejará en tristeza? ¿Qué cubano amargará su enfermedad? ¿Quién no la ve, en el frío de la mañanita, arrebujada en su manta negra, yendo de la cabecera de un enfermo, o de la casa donde regaló el jornal de ayer, a su silla de cuero y su barril de despalilladora?

¡De los tabaqueros, suelen hablar con desdén los que no tienen el valor del trabajo, ni el de ganar con sus manos, sea cualquiera la labor, una vida libre y honrada! Esta mujer que desafió la muerte durante años enteros, que conoce y juzga sus clásicos de historia y de las letras, que habla sin temor su pensamiento en una lengua viva a que la naturalidad y la honradez suelen dar belleza literaria, gana el jornal de que vive, y las limosnas que acaso ya no puede hacer, en su silla de cuero, frente a su barril de despalilladora.

Y allá en Ibor, rincón valiente de cubanos, está enferma, y rodeada sin duda de hijos, la que expuso tantas veces la vida por nuestra patria.

Es alto, de ojos seguros, flexible y ágil como el florete que maneja. Pálido y cortés, asida la empuñadura y victoriosa la cabeza, Lorenzo García es un caballero de la libertad. La libertad se hace a tajos, como las estatuas. Lorenzo García, el cubano que quiere "ver a sus compatriotas fuertes y viriles", ha abierto su sala de armas en la Cuarta Avenida. número 410.

La esgrima aumenta y ordena las facultades del hombre.

Por sí, antes que por sus hijos, era notable el español liberal que ha muerto en Matanzas, el padre del buen amigo Benjamín Giberga. No vivió con el odio, sino con amistad, en la tierra donde nacieron sus hijos. Para él, como para todos los españoles útiles y buenos, habría abierto sus brazos mañana nuestra república.

¡Descanse en ella en paz, que sus méritos ganarán su tumba!

¿Habrà tristeza como la muerte en el destierro? La casa, sin raíces, parece asolada por viento enemigo; los retratos de otro tiempo dichoso, miran, como más extraños, desde la pared: la madre, infeliz como en tormenta de nieve, está acurrucada a la cabecera: los hermanos, pegados a ella, se beben el llanto: el padre, el elocuente Manuel Hernández, vuelve de su trabajo afanoso, a su casa de Ibor que se le ha llenado de amistad. y halla cadáver a su hijo.

Alegre por el frío puro de campo fue una escuela de niñas, el colegio de Norwalk donde Manuel Barranco tiene sus hijas, a un concierto famoso de New Haven, un concierto en que un maestro de nombre iba a dirigir "La Creación" de Haydn. Y escriben las niñas que la música tuvo para ellas un encanto indecible, y "un orgullo muy grande", y que, "desde entonces quieren a Cuba más", cuando en el profesor a quien aplaudía, de pie, la concurrencia arrebatada, en aquel de quien un diario decía que "es un orador con la batuta" y otro que "es un poeta", era el que nunca le ha negado a Cuba su corazón: era Emilio Agramonte.

Como maestro conocen a Agramonte todos, de admiración propia o de fama; pero sólo quienes en la reunión musical de las señoritas Prattchatt lo oyeron, pueden estimar la plenitud y variedad de su voz múltiple y de veras pasmosa. El, que toca de coro todas las óperas, canta con elegancia y fuerza igual en todas las voces. Quien ha oído mucho "spirto gentile" se detuvo una vez, deleitado, a escucharle a un fonógrafo el que Agramonte, como jugando, dejó un día en la acera.

Le rebosa el mérito a este cubano que verá, por fin, libre la tierra donde será ¡aún más que acá! celebrado y amado.

1894

ENERO 6

Fue como un jardín que brotase de súbito en la nieve, como mágico viaje a la tierra florida de Caracas, como encantadora mutación de escena, la fiesta de amigos con que el general venezolano Julio Sarría, mutilado en el servicio de su patria, abrió, del brazo de su esposa, su casa al año nuevo. Aquella grata sencillez con que desde los primeros instantes fue como familia la reunión toda; la rara distinción, y hermosura notable, de las afamadas caraqueñas, y su conversación chispeante y culta; el mérito e historia de los hombres allí congregados, que a la hora de la cena exquisita tuvieron, entre ramilletes para la dueña de la casa y recuerdos del alma para Venezuela, palabras tiernas y viriles para la hermana retardada, la dolorosa Cuba, se quedarán en el corazón, como cuando en noche oscura se ve asomar la estrella del destierro. Aquel hombre tan valiente, que del montón de muertos se irguió ensangrentado, con espanto del enemigo, y renovó en las peleas de organización de la república las hazañas de sus fundadores, era, en las palmas y sedas de su casa, el más llano señor y fino amigo. Y cuando la señora entró en el salón, o cuando, con la cabeza de oro de su hijo dormido en la falda, recibía la congratulación cordial de sus huéspedes, se pintaba en los semblantes un cariño orgulloso, de que el valor de América sea tan cortés como Julio Sarría, de que la mujer de América sea de tan noble porte y corazón como la que lleva con lealtad y amor su nombre.

Ayer, era joven aún, y se acercaba con emoción de alma novel a los hombres útiles a su patria. Le entrecortaba el entusiasmo las palabras, al ofrecer su vida y sus servicios; y al hablar de las campañas que necesita la libertad, la cabeza se le iluminaba y erguía. De sus pobres comienzos y de su escasa escuela, iba, por su decoro de hombre y el constante estudio, ascendiendo a la cultura real y libre. Andaba por la nieve a pasc de vanguardia. No tuvo secretario mejor la "Guerrilla

de Maceo", que es club de hombres silenciosos, sin más pasión que las de la hermandad y la pureza; club de antillanos ejemplares. ¡Y ahora el noble Alberto Valdés ha caído, el entusiasta puertorriqueño, muerto en la cama de un hospital, sin más patria que el corazón de sus amigos!

Por su modestia, tanto como por su verdadero mérito, es celebrado con justicia el violinista Pedro Salazar. En él hay el deseo constante de mejorar, por el trabajo y la dedicación, y sin alarde ni reclamos va abriéndose camino entre los músicos de este país. El miércoles, a las ocho de la noche, en Fifth Avenue Hall, calle 42 número 27 al Oeste, da un concierto que ha de tener éxito cumplido por los excelentes artistas que lo acompañan y por la música escogida que se anuncia en el variado programa. Salazar tocará, solo, dos trozos de Schumann y de Raff, y acompañado por Brounoff una obra inédita de éste: "Boda Oriental", concluyendo la noche con un trío de Gade, con Bruckhausen y Krouald. Muy concurrida ha de estar la fiesta de nuestro amigo, y bien lo merece quien generosa y espontáneamente se ha acordado de nuestros pobres; tan pronto como se imprimieron las entradas, Salazar envió a la señora Angelina Miranda de Quesada un buen número, para que las vendiese a favor de la Sociedad de Beneficencia Hispanoamericana. A sus títulos de artista, de cubano modesto y estudioso, *Patria* se complace en reconocerle el no menos honroso de hombre caritativo.

Patria, 6 de enero de 1894

1894

MARZO 9

Es bueno aprender una lengua, y mejor aprender dos a la vez, que es lo que se hace en la clase útil de Federico Edelman, en la escuela nocturna de la calle 63, entre la Segunda y Tercera Avenidas. El, a pura enseñanza, levantó la clase, del único alumno que tenía cuando la tomó, al orden y sistema en que está hoy. La clase es de español, para los que hablan inglés; pero del buen método de comparar continuamente una lengua con otra, para señalar sus identidades y descubrir sus diferencias, resulta que la clase es también de inglés, para los que hablan español. Hombre que no conoce la lengua del país en que vive, es hombre desarmado. Bien harían en pasar las noches desocupadas en la clase de Edelman los cubanos que se sienten como desvalidos, por no hablar la lengua rubia, en esta tierra que tiene en poco a los que no le contestan en su idioma preciso y áspero. Tres maestros de lengua española hay en las escuelas de New York, y los tres son cubanos: Luis Baralt es uno, y todo el mundo lo conoce; otro es Lincoln Zayas, perito en letras e idiomas: el de la calle 63 es Federico Edelman, tan concienzudo como artista, cuando copia a pincel leal los mejores modelos, como de maestro, cuando enseña, en lecciones ordenadas, buen castellano e inglés útil.

Era en el crematorio, allá en lo alto de Brooklyn, por el desgraciado caserío de aquellos cerros tristes. Una niña cubana había ido, de mano de su madre, a poner una flor sobre el féretro de Demetria Betances. En la unción del cariño se le veía la superioridad del alma. Era como rosa de té, pura y pálida. De sus libros se había arrancado para aquel viaje de piedad: la enfermedad quiso cerrarle el camino de sus estudios, que amaba con pasión,—de su grado, que iba ya a conquistar,—y ella, sin más fuerzas que las de la voluntad, obtuvo permiso para el rudo examen extraordinario, dispúose para él, y salió triunfante. Es una victoria modesta, de tantas como en el seguro de nuestros hogares van creando el pueblo nuevo que ha de suceder al que hoy agoniza y se

desordena en nuestra patria. Era Juana Aguirre, hija del fiel cubano Ernesto, y de la más abnegada de las compañeras, en el destierro acerbo y largo.

En Ibor, nuestra Tampa cubana, hubo días atrás una muerte penosa: Manuel Hernández, habanero elocuente y enérgico, desaparecía, de larga enfermedad, en su casa pobre: él conoció lujos, y ahora la vida se le iba, rodeado de sus hijitas débiles y precoces, de su mujer leal, y como iluminada por el amor, de sus hijos cultos y buenos. Parecían en aquella casa salir las manos de la sombra, y pedir misericordia, alivio, amor, para las desdichas de Cuba. El padre trabajador, ronco y apagado, desaparecía en su sillón viejo: los dos hijos, ardientes y leales, sostenían la casa triste; se abrazaban las niñitas a la esposa infeliz. Aquel hombre había tenido siempre acentos de entusiasmo y pasión por la libertad de Cuba.

Patria, 9 de marzo de 1894

1894

1. JULIO 7
2. JULIO 14

La casa de Cuba, y de toda piedad, es en San José de Costa Rica, la de Eduardo Pochet. “Lo que me duele, señor—decía una vez una persona que muy de veras lo quiere—es que alguien haya hecho sufrir alguna vez a un hombre que sólo vive para el bien de sus semejantes. Su patriotismo no es el de la ira, sino el de la pena. Su generosidad no es de la que se ostenta, sino de la que se esconde: las fiestas lo hallan ausente, pero la desdicha lo tiene siempre a la cabecera: para Cuba, lo que más sufre de cuanto conoce él, es su pan más blanco y su mejor vino: con sus manos ha levantado, en el respeto de la tierra amiga, una limpia riqueza.

Pero a Eduardo Pochet le ha sido todo fácil, porque tuvo consigo el secreto de toda victoria, que es la compañía de una buena mujer. ¿Qué importan todas las serpientes de este mundo, si se tiene un rincón de paredes blancas, y una mano pura que apretar, cuando todo cesa, en el silencio; si de la amistad de las dos almas nacen los hijos buenos y bellos? Por su señorío natural y su corazón hospitalario, por el ejemplo y cariño de su casa, es muy amada en San José la señora Florencia de Pochet, que hoy, después de breve viaje, vuelve de New York a la ciudad de los hogares, acompañada de otra cubana cuya lealtad patriótica no conoce fatiga: la señora Matilde Pochet de Odio. Agradecidos, como siempre que se ve de cerca a la virtud, saludemos a la compañera del constante trabajador, del desterrado fiel, del patriota cordial, del rico honrado.

“¡Allá voy yo también, a San José, yo también!” decía a un amigo triste el humanitario Luis Perozo, en la cama en que moría, de la fiebre de Puerto Limón. ¡Ay! ha ido más lejos; pero ni fallará en el camino, ni le cerrarán las puertas de oro, porque con él va la fuerza de la jornada

y la llave de la eternidad: la majestad de haber obrado bien. Entonces florecen las lágrimas que se han enjugado: entonces pueden las voces de los desvalidos a quienes se consoló: entonces se ve rico y amado al que en el mundo dio de lo suyo y se desveló por los demás:—y a la cola, como un mendigo, va el rico inútil, con el alma mugrienta. Rodeado de amigos murió Luis Perozo: ¡cómo quiso levantarse, cuando vio por última vez a Cuba delante de sí! ¡cómo se le veía ya deshaciéndose de todo, en cuanto imaginaba que era la hora de sanear con la guerra su país!: pero no cayó peleando por el honor de los hombres en su patria: murió en el destierro, en brazos de sus amigos.

Patria, 7 de julio de 1894

2

“¡Por los muertos!” dicen en México los gregorianos, los discípulos famosos de la Academia de San Gregorio al reunirse en el banquete del aniversario, donde leyó Ignacio Ramírez sus inmarcesibles tercetos. Y cada vez responden menos al brindis amoroso. Este año, cuando la casa de Ponce de León cuente sus vivos, hallará que hay en ella una silla vacía, adonde pone *Patria* una flor de luto: la de Cirilo Ponce de León.

Dice D... R... que Narciso López le explicaba así la bandera cubana: “Del triángulo rojo, fuerza y sangre, saldrá la estrella radiosa: las tres barras azules son los tres departamentos”.

Como en secreto tuvo sus exámenes el colegio de corazones de Tomás Estrada Palma, que cría a sus discípulos en el amor y sencillez de la naturaleza laboriosa donde se yergue, rodeada de tilos, su casa patriarcal. Pero el peregrino que va por Central Valley oye hablar aún del bello remate del curso, que fue la fiesta del pueblo hace pocos días, cuando lucieron su inglés concienzudo los cubanos recién llegados, y su aritmética práctica y veloz, y el gallardo dictado, en su lengua de que han de vivir y en la del Norte, y una geografía que es a la vez pintura amena del mundo y como prolegómenos para las ciencias naturales. El examen fue largo, y de razón; y el concurso crítico aplaudió con el alma. Lo más notable es que la gente yanqui mande sus hombrones

al colegio del criollo. Una medalla se debió dar al alumno primero, que regaló Benjamín Guerra; pero no llegó a tiempo el jurado, y el premio esperará a nueva ocasión. Las madres conmovidas declaran digno de él al laborioso Josie, el hijo mayor del presidente, que a los diez años ya es caballero de álgebra, y de guiar su coche por el monte, y de sembrar con sus manecitas en la tierra que de sus ahorros ha comprado en la tierra extraña el padre. Y hubo en verdad en el examen cosas bellas: en francés recitó, a la hora de los versos, el hijo de Marco Aurelio Soto, el presidente hondureño que tuvo de hermanos en el país a nuestros héroes vencidos: y cuando el hijo del prócer bajó del estrado, subió tras él a decir sus *lieder* dejando por un lado la humilde cachucha, un niño alemán, fornido y cortés, que vino como de criado al instituto, y hoy recibe ávido las letras en la casa generosa del patriarca. Eso es enseñar: hacer hombres piadosos y útiles.

Patria, 14 de julio de 1894

1 8 9 4

- 1. SEPTIEMBRE 8**
- 2. SEPTIEMBRE 22**

Ya amarillean los montes. Ya se casan los novios. Ya en los colegios sacuden el polvo a la cama de cuartel, y al escritorio monótono, y emprende viaje al potro el mozo mohíno, con un sueño prendido, como un clavel verde, al ojal del levisac, con un chispazo del vals último en los ojos que en las luchas de la patria ordenarán tal vez mañana la victoria.

El río de otoño, manso y acerado, copia las hojas rojas, amarillas y verdes. ¡Oh cielo azul! ¿y lucirá un verano más sin una prueba nueva del honor del mundo, y del brazo del hombre? ¿Será todo pesebre, celo, chisme, vanidad, mordida, comentario, sombra, eco? ¿Se oirán las voces robustas, y el mártir que expira y el pueblo que se levanta, o no se oirá más que el picoteo nocturno y destructor de la vanidad incapaz, como el puntazo lúgubre del pájaro carpintero, que en el tronco agujereado hace su nido? Ya van las golondrinas rumbo al Sur, y la ciudad se viste de negro otra vez, y la luz empieza a tardar y a velarse: ¡ay del que no tiene un recuerdo de desinterés con que calentarse en el invierno, la dichosa memoria de una hora pura de servicio humano, de amistad o de libertad, de cariño o de justicia, de compasión o de limosna! —¡ay del que no tiene un poco de luz en su alma!

EL COLEGIO DE ESTRADA PALMA

“En verdad que no sería poca ventaja que todos los colegios estuvieran situados en la raíz de una montaña: tanta ventaja sería como una cátedra dotada con holgura. Tanta educación se saca de vivir al pie de los montes como de vivir bajo más clásicas y pomposas alamedas”. Así dice Thoreau, hombre natural que vivió de poco y supo mucho, en su viaje crudo y fuerte de *Una semana en los ríos de Concord y de Merrimac*.

Y así, con su lago al pie y las siembras alrededor y el monte al respaldo, abre sus clases, el día mismo en que los pueblos de Centroamérica

se declararon libres, el colegio de Tomás Estrada Palma. Un pecado tiene Estrada, y es el de seguir de cerca, con ojos de padre, los instantes todos de las criaturas que vienen, impetuosas y sedientas, del freno de la casa en su tierra nativa a la soltura temible de la tierra extranjera. Es preciso ver al hombre, guía firme ayer de una república naciente, vigilarle el carácter a cada hijo que le entra en el colegio. Para él todo es raíz: la palabra, el ademán, la lectura, este o el otro hábito. Y ésa es la clase mejor de un colegio que tiene tantas buenas: la plática continua, amable e implacable, del hombre entusiasta y recto. El enseña el buen inglés, el honor y la libertad.

UN NIÑO

Allá en un monte sencillo, sin pompa ni soberbia, una familia ansiosa veía,—el primer lunes de septiembre, el día en que sale de fiesta el trabajo en el Norte,—cómo la niebla velaba los astros en el cielo turbio, cómo envolvía la oscuridad medrosa al mundo. Y a la hora misma en que rompía la luz de entre los montes, y plateaba la mañana los manzanos y el maíz, caía un niño en la canastilla, orlada de violetas y heliotropos, de la casa de Benjamín Guerra. Los malvados no deben tener hijos: pero los hombres virtuosos, sí. La familia ansiosa, como al borde de un lago, sonreía alegre alrededor de la cuna.

AIDA LEVIEN Y GUSTAVO GOVÍN

Cuando se seca el bosque, cuando el frío entra en los huesos y la quebrada enjuta arrastra las hojas descoloridas, cuando en el cielo gris se alza, por único ramaje, el pino solitario, está bien que la mano viril busque a la mano delicada, a los sonos del órgano solemne, y, con la bendición de los amigos, se junten para la pena y el amor las almas semejantes. Govín es nombre bueno, de trabajo y honor: Govín en Cuba ha sido destierro, cátedra, discurso, pelea, tesoro, fusil, barco: Govín es historia en Cuba, y obligación. Un Govín, Gustavo, se casa el diez, en la iglesia suntuosa de San Agustín, allá por Brooklyn, con una hija del Norte, fina y bella, con Aida Levien. Ellos no serán de los esposos infelices, que se toman para el goce y se abandonan en el dolor: en su matrimonio, como en la hermosa iglesia, resonará el cántico, y no se apagarán los cirios. La vida está en la compañía y el sacrificio.

LUIS BARALT EN PARÍS

De Francia ha vuelto, con honores nuevos de maestro y pensador, ese elegante hablista y ponente de ideas que llamamos Luis Baralt. Pensar en la lengua propia ya es labor, y buscar con móvil sincero la música de nuestra vida, y decir en lengua clara y amable las concordancias que la rigen; pero caer como de paseo por París, cuando está perezoso del calor el pensamiento de la ciudad múltiple, y hablar en francés de educación, y de los varios entes que en el hombre a la vez se han de fomentar, de modo que *Le Nouveau Monde* diga que “el sabio profesor tuvo en su conferencia éxito brillante”, y *L’Epoque*, el diario latino donde escribe Iung, declare que “a dar Baralt otra conferencia sería pequeña la mayor sala de París”, y *Le Matin*, con todo su respeto, escribe en larga crónica que “la conferencia fue de lo más interesante”, no es mérito—a la verdad—que deba ser tenido en poco. Cuba es así, y hay rábanos y coles, nacidos en suelo cubano, que desconfían de su país. Heredia, que ya hacía versos cuando fue a París, es acaso el que en sublime francés ha puesto más idea y color en el soneto difícil, el más breve espacio literario. Murió Comte, el ordenador positivista, y el cubano Poey es quien guía, por el vigor de su análisis claro, la escuela que sólo pecó, en la pelea justa contra el falso ideal, por su negación inmoral de la existencia mejorable y permanente. Ayer fue, con su genio en la maleta, el ambicioso Augusto de Armas, y de los dieciséis a los veinte años se sentó entre Bourget y Banville, sutil como aquél y acicalado como éste, y enriqueció la lengua extraña con el iris de cristal tallado de las *Rimas Bizantinas*. Y ahora va, a hablar de ideas puras, este criollo allá desconocido, sin más diploma que su sinceridad y buen francés, y él, que jamás pisó Francia, habla como igual, y aun dicen los franceses, que como superior, con los nacidos en la lengua. Quien sepa de letras, será justo. Por lo clara, por lo vasta, por lo entusiasta, por lo comprensiva, le celebra París a Luis Baralt su idea de desenvolvimiento armónico con disciplina igual para las facultades todas, y más empleo para el juicio, la espiritualidad y la intuición que el que hoy, en la absorbente educación intelectual, se da a la memoria y al mero entendimiento. A sus clases del Norte vuelve Luis Baralt, y a sus libros queridos, y a su casa feliz. Piense, que después de hacer, es lo mejor y lo más limpio que se puede hacer en este mundo. Y el mismo hacer ¿qué es sino el brazo del pensar? “El ser es el acto”, decía el griego en quien Sarcey dice que se encuentra la suma del saber humano. Obra quien pone a los hombres

en camino de obrar: quien, como Baralt, vive ante ellos puramente, y les da en forma bella su pensamiento desinteresado.

LA ESCUELA DE EMILIO AGRAMONTE

Los teatros oyen pocas veces aplausos como los que coronaron—que aquí se puede decir bien—el singular esfuerzo de Emilio Agramonte en el primer año de su *Escuela de Opera y Oratorio*. He ahí un músico vibrante, que sólo tiene paz con los cubanos leales, y con la música perfecta. Era abogado, y por su mucho arte, y por no defender leyes viejas ante tribunales impuros, se dio a la música entero, en su ansia de belleza y de justicia: ¿qué saben los que se rastrean por la tierra, aquellos de quienes dice el salvadoreño Francisco Gamboa:

*“Los que nunca llevaron en la mente
un solo pensamiento de grandeza,
raza degenerada e impotente
que a todo humilla la servil cabeza;
raza incapaz de recoger la espada
que sus mayores, por servir la idea,
blandieron con bravura encarnizada
en los épicos campos de pelea;
que llevando en lo oscuro de sus almas
de lo vil y lo bajo el fuego oculto,
a toda infamia le batieron palmas
y a todo fango le rindieron culto...”*

qué saben los que viven contentos con la vida insuficiente y cruda; con la vida brutal y tiránica, del sublime abandono del espíritu que pide a los acordes de la naturaleza la amistad y plenitud que no hallará en el mundo? Y el arte que ama él no es el que, a semejanza de su carácter, adula el gusto burdo, sino el que, como él mismo, es sutil y fiero. A ese altivo propósito une Agramonte la sinceridad que arrastra, y el trabajo que funda, y el tesón que ordena, de modo que a los alumnos no sólo les disciplina la voz, sino el carácter, y les educa el mérito de manera que puedan sacar de él fruto práctico en el mercado del mundo. Ya luego dirá *Patria* más, antes del 24 de septiembre, que es cuando se abre la Escuela. Allí Agramonte regirá e inspirará: y lo ayudarán muy de cerca el pianista Goré, que lleva el canto como pocos, y Rafael Navarro, ese otro artista nuestro, al que sólo ha faltado, para brillar aún

más de lo que brilla, el suelo seguro de la patria. Envidiable escuela van a tener, con todo el pensamiento y delicadeza de la música, los alumnos que ya pasan del ciento, de Emilio Agramonte.

LA IMPRENTA DE FIGUEROA

De los de casa no se puede decir bien, ni de los que amamos de cerca, por el mérito que da al talento honrado el trabajo asiduo; porque a la desvergüenza del mundo le parece siempre lisonja la justicia. Por el orden y nativa altivez de su pensamiento vale mucho, y por su habla elegante y concisa, y por su patriotismo activo y edificador, el biógrafo laureado y poeta enérgico de Puerto Rico, nuestro hermano en esperanzas y en labor, Sotero Figueroa. Pero de él, y de su imprenta excelente, no diremos más que lo que publica en su último número. muy moderno y muy nuestro por cierto, y de mucha variedad e interés, la revista del venezolano Figueredo: *El Americano*:

“Sólo debido a que esperábamos el juicio del público en la materia, —que ya se ha manifestado justiciero y unánime,—es que antes de ahora no hemos llamado la atención acerca del buen gusto, nitidez y limpieza con que sale a luz *El Americano*. Y esto se debe al señor Sotero Figueroa, quien como dueño de la *Imprenta América*, donde se edita *El Americano* y aun como entendido tipógrafo que es, pone todo empeño para que nuestro periódico se presente a la altura de los mejores de su clase. Recorrer las páginas de *El Americano* es la mejor recomendación de la *Imprenta América*. Esto no es sino un aplauso público que tributamos al amigo Figueroa”.

CUADROS VIVOS

Resucitando diversiones viejas, de allá del siglo pasado, ponen ahora cuadros vivos en los teatros de New York, con las figuras de bulto a toda luz, en el fondo del marco dorado, y el escenario en sombras. Diana hubo y Aurora en un teatro veraniego, en noches pasadas, y musas, y la caza de Diana, de Mackhart, donde lucen, con la leve cubierta de mantos vistosos, las vienesas de más célebre hermosura; pero el público que henchía el teatro aplaudió, más que otro alguno, el cuadro único donde no había mujer: el cuadro de 1776, donde llama a morir por la patria un tambor ciego, con las canas por el aire, y le miran con amor otro tambor, y un niño.

Patria, 8 de septiembre de 1894

ACOSTA Y FALCÓN

Suele el cansancio casarse con la casualidad, y el deseo con la coquicia, y el volcán con la nieve, y el héroe con la horca: pero, en el mismo caer del verano, cuando ya el bosque se adelgaza y clarea, hay como un cuchicheo de flores, cuando caballero tan leal como el peruano Alberto Falcón toma de la mano, en el portal de la existencia, a mujer tan parecida a una joya como Fina Acosta. Se anuncia su matrimonio para el día veintinueve, en la iglesia de Saint Leo, y allí irá New York, donde tiene Falcón puesto seguro y de justo lucimiento; y Venezuela, toda emparentada con la novia, hija y hermana de los próceres de la libertad de su país; y Cuba agradecida. Parecerá, cuando salgan del templo, como si un caballero de Luis XIII llevara del brazo a una porcelana de Sajonia.

LA CASA EDITORIAL HISPANOAMERICANA

En América hay un alma nueva, ya creadora y artista, que, en el horno de su primer siglo libre, ha fundido al fin en la misma generación la pujanza ingenua de las tierras primerizas y la elegante pericia de las civilizaciones acendradas. Era como segundón de Europa, hasta hace poco tiempo, el más emancipado de los americanos, y el de más luz caía en el yerro de salir por la selva leyendo a los indios un Hugo o un Daudet. Hoy se habla en América la lengua concreta donde encaja la idea como el acero en el tahalí, y el pensamiento criollo impera y resplandece. Ya nuestra América se busca, y no hay pueblo que no tenga sus hombres de raíz, que procuran el remedio de los males en el conocimiento de ellos, y tienen fe en el asiento visible de las mezclas americanas. Con vehemente simpatía se unen, como si fueran de un solo pueblo, todas estas almas superiores, y está al proclamarse el credo independiente de la América nueva. En periódicos ya anda ese espíritu uno; y ahora aparece en New York una "Casa Editorial" que podrá ponerlo en libro: que lo pondrá, puesto que tiene a su cabeza a todo un americano: a César Zumeta. El, con el arte de Europa, tiene la originalidad de América, que está en valerse de la finura aprendida para criarnos en las entrañas lo propio, y sacarnos de ellas lo que nos las atrofie o las pudra. *Boston & Co.*, 241-243 *Greenwich Street* son los editores, y el venezolano César Zumeta, crítico sagaz, y estilista de mérito y color,

amigo de lo grande y de lo joven, es el alma de la empresa que "hace llamamiento a todas las fuerzas vivas de la América pensadora y literaria, a fin de lograr que cada uno de nuestros pueblos, desde México y Cuba hasta la Argentina y Chile, sea abierto a las corrientes del pensamiento americano".

"LA VERDAD"

De Rafael Serra, el hombre veraz y cordial, es el periódico cubano nuevo que lleva ese nombre. El tiene derecho al nombre. En sus páginas no habrá pasión sino por la justicia, ni pluma sino para los que la muevan con honor. Serra es maestro, amigo y patriota sano y real. El escribe en la lengua nueva que junta la claridad de la idea a la vehemencia de la virtud. *La Verdad* añadirá la fuerza a la patria, y paz a las almas.

"FLORES Y LETRAS"

Venezuela está hoy en el tránsito difícil de una sociedad despedazada por la lucha entre la áspera oligarquía y la liga generosa de la cultura liberal con la masa pospuesta, al país nuevo donde la libertad no estará segura hasta que sus gobiernos triunfantes no se empleen con sinceridad en acercar los centros escasos de población, y regir por la justicia y la educación a la valiente masa campesina. ¿Pero dónde hay más valor, más elegancia, más hospitalidad, más cultura que en esa vejez batalladora y pródiga juventud de los venezolanos, ni poesía que mejor junte la inspiración tórrida al habla castiza? De la ciudad valiente de Coro, capital del Estado que lleva el nombre del caudillo grande y confuso de la patria nueva, viene a *Patria* el bello cuaderno de *Flores y Letras*, con que el presidente de Falcón, señor Jesús Rivas Mundarain, hizo reunir, con justo orgullo por la mujer de Venezuela y legítimo amor por sus progresos, los trabajos de mérito leídos en la fiesta de las dos sociedades de damas de la ciudad, "La Alegría", que presiden el talento sobrio y la pura beldad, en la persona de Luisa Queremel, y "La Armonía", donde pronuncia sus conferencias, vibrantes aún del heroísmo de los padres de la república, la poetisa "Polita" Delima. Por la fe con que acompaña a su esposo en las desdichas, por el consuelo y amenidad que da a su trato el desusado cultivo de la mente, y por la nativa realce de su hermosura, es famosa en América la mujer venezolana. Ni el retrato de Morillo ni el de Monteverde presidían la fiesta de las dos so-

ciudades, los versos bruñidos de Ana Fortique y la desbordante estrofa de Carmen Brigé, la doliente poesía de Ana de Sasso, y la prosa rítmica que pone en los labios de la Libertad Virginia Gil: ni Morillo ni Monverde. Los adornos de la fiesta eran el Acta de la Independencia, el retrato del Libertador, y las banderas de las cinco repúblicas sudamericanas.

“LA REVISTA INTERNACIONAL”

“Notas Editoriales.—México y Maximiliano.—La Dinastía de Perier.—¿Es el Suicidio Pecado?—El Misterio de la Vida.—Comunicación con el Planeta Marte.—Federico Proaño.—Las Guerras Civiles en Sudamérica.—¿Está el Arte en Decadencia?—Ultimos Descubrimientos Bíblicos.—La Poesía del Antiguo Egipto.—Corea y sus Habitantes.—Las Mujeres en Empleos de Gobierno.—Cambios en las Manchas del Sol.—La Faena del Periodismo”.

Ese es el sumario, y el mejor elogio, del periódico mensual que ha empezado a publicar en New York el cubano Leandro Vicente. Es espaciosa la revista en páginas y asuntos, y de impresión esmerada y bella, que es mérito que añade velocidad y fuerza al pensamiento. Se propone Vicente publicar cada mes lo mejor, y más adecuado a América, que se imprima en Europa y el Norte y será empresa de éxito seguro, por el entretenimiento y conveniencia que en ella hay, si el editor escoge bien, y si traduce las piezas elegidas al castellano preciso y elegante que se escribe hoy en nuestros pueblos americanos. Pereció el español hueco. Las ideas firmes y útiles necesitan una lengua casta y sana. En este primer número los deslices de la traducción, inevitables tal vez en el afán de la salida, no bastan a deslucir el tacto de la elección y el mérito de la empresa. Sólo un artículo huelga en la Revista: el que copia de *Patria*.

¿Quién es Leandro Vicente? Hijo de un cubano leal, y fiel él, cayó en esta torcedera de New York, que es todo ansia y apetito, a la edad en que el hombre, fatigado del trabajo de sus manos, suele buscar en empleos frívolos, la compensación de su labor agria y violenta, Vicente puso de lado los ahorros de su juventud, y con ellos emprende una obra seria y útil. A estos hombres, letrados o noveles, conocidos o no, se les dice: amigo.

Patria, 22 de septiembre de 1894

1894

OCTUBRE 2

SALVADOR CISNEROS

No había en las visitas cubanas, que eran ya su único mundo, caballero más cortés, ni de recuerdos más plácidos y melancólicos. En los álbumes de las muchas casas de su amistad era su ofrenda la más fina y florida, y de su Camagüey, de señorío trabajador, fue siempre la imagen con que loaba el hogar y la niñez. De maestro pasó por el mundo, y no cayó en pedante. Llevó cana la cabeza por muchos años, pero nunca baja; defendió una vez la libertad en Cuba, y jamás volvió a vivir en esclavitud, ni a ver en ella a los demás con indiferencia, o con rabiosa envidia, que viene de apetecer secretamente con el deseo el oprobio que en alto se condena por el puntillo de la fama. Aún viven, aún habrán renovado la promesa al borde de su fosa—porque no basta vivir en el destierro para curarle a la patria la desventura—los que con él, en tiempo de hombres, conspiraron al lado de Gaspar Betancourt. Ellos dieron con el remedio de la deshonra de todos, que ha sido siempre el sacrificio de algunos. Creyó en aquella primera masonería de Cuba, de hijos del muérdago inmortal, jurados a extinguir la servidumbre, ajena o propia, de la faz—y de las entrañas—de la tierra: que importa poco que las cosas se quiten de la faz, si siguen en las entrañas. Fue de los que, cuando nacían de las africanas los hijos esclavos, jamás se reunían a hablar de su libertad sin sacar libre a un hijo: que es la nobleza criolla por donde será Cuba más feliz, y vivirá en más paz, que el Norte egoísta e injusto. A España lo desterraron, que es útil camino, para aprender de raíz cómo no hay nada que esperar de allá: que no cabe un pueblo nuevo de América en una capa de cesante, ni en un bonete grasoso y verduzco, ni en el coche de Rosa la torera, ni en la chistera de un parisiense de peluche, ni en la vaina de un sable. Y en el destierro de New York, después de la dignidad de su alzamiento, vivió Salvador Cisneros conforme a ella, y orgulloso de ella. Tenía al morir ochenta y cuatro años.

UN CAMAGÜEYANO

En el destierro, ya al dintel del frío, ha muerto el camagüeyano de la barba blanca: y en el destierro, como un pájaro que cae en la nevada, ha nacido otro camagüeyano. Su madre es virtud, y su padre laboriosidad. ¡Vea pronto el propio cielo el hijo de dos nombres fieles al honor de Cuba, de Caridad Quesada y Juan Manuel Arteaga!

UN MATRIMONIO

Un matrimonio nuevo, el de Eulalia Menéndez y Emilio Maresma, ofrece a *Patria* su casa: ¿quién no sigue con ojos de cariño a dos creyentes que entran sonriendo por el alba de la vida, él pálido de orgullo, ella con la cabeza al hombro de él, y el ramo de azahares en la mano? *Patria* pone un lirio en los umbrales de la casa nueva.

Patria, 2 de octubre de 1894

1894

1. NOVIEMBRE 10
2. NOVIEMBRE 24

JOSÉ INÉS GARCÍA

Dos cubanos fieles trabajaban mesa a mesa, en estos días turbios, en que se ama con más desesperación el suelo, hoy perdido, donde se podría vivir con tanta dicha y honor. Los dos hombres entretenían el áspero trabajo con el recuerdo leal, con la esperanza juiciosa, con la idea de libertad, limpia y ardiente. Pero una mañana, el amigo no halló a su lado a José Inés García. Había caído. Se había ido. No volvería ya. De él habla así su compañero: "José Inés García era de lo más virtuoso que había en la emigración, y cubano, no porque nació en San Lázaro, sino por el modo de amar a su patria. Siempre fue muy pobre, con la fatiga del trabajo, y del que está creando familia; pero a la guerra le dio muchos pesos del sudor de su frente". ¡Ah! ¡Pobre amigo: tu viuda y tus cuatro huérfanos no tienen patria en que vivir, porque los cubanos están clavándole en la frente, con sus manos sin sangre, el yugo de que con el sudor de la tuya quisiste redimirla! Allí en el ataúd, en que aún no es polvo, sienta tu mano el amor con que te la estrecha *Patria*; acaso sentirás también en ella el fuego de dos lágrimas viriles.

LAS ESCUELAS DE SAN CARLOS

Lo que los artesanos de Key West hacen ahora con las escuelas de San Carlos debe escribirse en el cielo: los astros deben ser eso: virtudes que relucen en el firmamento azul. Ayer mismo, a la voz de un hombre que jamás los aturdió con la lisonja, ni les cortejó la pasión, a la voz de la patria angustiada, cedieron, como en día de fiesta, la labor de todo un día para el tesoro que, por sobre intrigas y traiciones, se ha de salvar íntegro, y comprará la república justa por la independencia. Es la verdad que en alguna casa santa, de padre de ocho criaturas, de ancianas enfermas, se quitó de la mesa el pan que se dio a Cuba: si lo

olvidase Cuba mañana, *Patria* tiene manos de justicia que le escribirían el sacrificio en la frente a la madre ¡ingrata!: unos daban pesos, y otros daban miles: hay ricos que tienen aún alma de pobre: “¡benditos sean—decía *Patria* en una carta ayer—estos hombres naturales, que son los únicos con que se hacen las cosas grandes en el mundo!” Ayer mismo cedían los artesanos de Key West a la revolución el producto de un día de trabajo: y hoy, cuando las escuelas libres de San Carlos llegan a su mesa, las escuelas de la casa del pueblo, que el pueblo mantiene y administra el pueblo—porque de concordia y libertad ya el cubano necesita pocas lecciones—esas cabezas generosas se levantan atentas, el corazón criollo vuelve a dar luz, y se abren otra vez las manos obreras para que los niños no se queden sin maestro: todos los niños, los de padres de Africa, y los de color español.

Con razón Chauncey Depew, el elocuente consejero de los Vanderbilt, acaba de decir, en un teatro humilde, a su partido republicano: “Hemos vencido porque hemos entrado en la verdad; porque nos hemos sentado mano a mano con los hombres fuertes de la idea y del trabajo, porque hemos reconocido al fin que la cordura y la fuerza caben en una cuchara de palo, y que del jarro de té se bebe a chorros la sabiduría”.—Por sobre intrigas y traiciones, compraremos, con el trabajo de pobres y de ricos, la república justa.

LUISA CHACÓN

No sabe Leonardo Chacón dónde está su madre Luisa, nacida en Guantánamo. Y desea que *Patria* ruegue a los cubanos que, por respuesta al periódico, le den la noticia que tengan acaso de la madre a quien anhela ver.

Patria, 10 de noviembre de 1894

2

SANTA MUERTE

Rodeada de sus hijos, tímida aún, lo mismo que una novia, cesó en la vida de este mundo, que no es más que ensayo y trance, una de las criaturas más delicadas y sinceras, más mansas y piadosas, que hayan nacido de la riqueza sin soberbia en la tierra de Cuba: Antonia Alfonso de Peoli. Ya está en la bóveda aguardando al esposo, hoy enterrado

en Cuba, para seguir juntos en la muerte el camino que con amor ejemplar anduvieron juntos en la vida. Se le murió hace un año el esposo amado: y se ha muerto ella. Los Alfonso, los Peoli, los Baralt, los Guiteras ceñirán con el crespón el brazo de sus hijos. *Patria* dará a la santa muerta más largo adiós.

UN SONETO DE AUGUSTO DE ARMAS

Quien más nos obliga es quien nos quiere a los nuestros, quien pone una almohada bajo la cabeza de nuestro enfermo infeliz, quien lleva la medicina de la amistad a un alma enferma de nuestra tierra, sola en el pueblo extraño, en la fatiga inútil de la fama, en la amarga busca del asiento y gloria que la tierra propia niega. De Augusto de Armas, que crece después de muerto, hablaba a *Patria* el otro día quien lo vio muy de cerca en París, menos desatendido de lo que la piedad póstuma cuenta, y muy querido de Sully Prudhomme, y de Marco Aurelio Soto, el centroamericano amigo, y de su hermano el poeta, del estudioso y fino Máximo. Ellos el médico, ellos la medicina, ellos la larga visita, ellos el cuidado fraternal. Sean queridos, porque nos amaron al artista en la hora de la soledad, y porque las fuerzas que da al hombre cada razón nueva de querer son la mejor defensa contra el mortal dolor de ver al hombre capaz del asesinato de almas, y de sagradas ideas,—y de la traición aborrecible.—De Armas hablaba *Patria* por el soneto suyo gallardo que publicó, en México, en el francés original, *La Revista Azul*, de Nájera, y vertido al vuelo dice así:

La Rima

No: el sonido no es todo. Algo puede más que él. Cuando para rimar con “destinos”, apostáis fuera de propósito “asesinos”, de oído alerta, daga en puño, husmeando el crimen.—

Está bien. Os mostráis perfectos esgrimidores, hábiles al quite, cual buenos maestros de espada. Pero ¿a eso vais a limitar todos vuestros designios? ¿Vais a creer que todo está hecho cuando se ha hecho la rima?

No. El verso sublime es una armadura de rey. Para que con su aspecto sólo inspire espanto, para que su vista aterre y su empuje derribe,—

Es preciso que la adarga ciña un brazo fuerte y veloz, que el casco espléndido se amolde a una frente, que lata un corazón debajo de la coraza.

GLORIAS CALLADAS

Se celebra la flor, y no la raíz profunda, ni la tierra buena que la da, hecha grano a grano y abonada con huesos. Se ve la gloria, y el mundo mira más a quien la encabeza y aprovecha que a quien en el muslo atravesado y el alma alegre, se vuelve después de la campaña al hogar oscuro, o pasa como Canuto Guerra, por la muerte, y vuelve, sin cansancio ni ira, a la mesa de trabajo de que se levantó para ir a morir por la felicidad del hombre, que es infeliz en su patria:—patria no es más que eso,—la pasión del decoro y ventura del hombre: república no es más que eso,—el deseo ardiente, e irrepresible en las almas excelsas, de ver al hombre dichoso y libre. A Canuto Guerra, que ya mudó de mundo, no se le aflojó jamás en esa defensa el corazón, ni vio él en el trabajo, que es la majestad mejor, la envidia y deseo ruin de emanciparse de él, que en su augusta obligación ven los hombres incapaces de entenderle la paz y dignidad al oficio diario y cruento. Porque los hombres se hayan solido enmascarar de patria y república para asegurarse el poder o la riqueza, jamás cesó él de amar, con el cariño que derriba y rehace, la patria y la república. De que engañe una mujer ¿se seguirá que todas las mujeres engañen? Los pueblos no tienen más que un tirano: y es la falta de vigilancia de sus libertades. Ni duermen ni confien, y jamás, en país de libre pensamiento, caerán en servidumbre. Canuto Guerra, el expedicionario del *Virginus* que acaba de morir, es de los que hubieran dado la vida por conquistar la libertad de sus semejantes.—y por defenderla de los que la quisiesen mermar o afean después de conquistada. “Que a nadie se convide a mi entierro, que me entierren callado, entre unos pocos amigos”. Y así, en una mañana oscura de noviembre, cayó en la tierra ajena este cubano que perteneció a la especie suprema de hombres ante la que toda soberbia es mezquina y vana:—la de los que abandonan la tentación y gusto de la vida por ir a defender la dicha y el bienestar de sus semejantes.

EL DÍA DEL MAESTRO

La Escuela de Opera y Oratorio estará de gala el miércoles; es el cumpleaños de Emilio Agramonte, su fundador y alma, y sus discípulos agradecidos preparan una linda fiesta para rendirle homenaje de agradecimiento y cariño. Los aplausos y laureles que obtenga la bella *Zelie* de Lussan, en “Carmen”, el lunes, serán la corona mejor del Maestro cubano que le enseñó a amar el arte y le amoldó la voz hermosa y fina.

Patria, 24 de noviembre de 1894

1 8 9 4

1. DICIEMBRE 1
2. DICIEMBRE 8

ANGELA LÓPEZ DE BETANCOURT

Como propios trató siempre en su casa a los hijos de sus amigos. En su casa de Madrid, refugio amable de los que jamás cesaban de trabajar por la independencia del país, ni pisaban viles nunca, ni cubanos de aquellos que a la hora de nuestro martirio andaban por revistas y cafés celebrando las “glorias de nuestra española infantería”, ni más españoles que los que nos defendían la libertad. *La Cuestión Cubana*, que publicaba por Sevilla entonces un hijo de Nicolás Sterling, se leía en coro alrededor del triste brasero: se hojeaba con respeto *Las Dos Banderas*, el libro de la casa: se salía a la puerta a recibir a Calixto Bernal, el autor valiente de “La Vindicación”, y de aquellos dos versos en que hablando de la patria afligida, dijo así, en el álbum de una mujer hermosa:

*Hoy que de luto el corazón se viste
Muda la pluma a todo se resiste.*

Se contaba con ternura la pobreza grande de Francisco Díaz Quintero, que por no dejar morir *El Jurado Federal*, donde defendía el derecho de Cuba a la libertad y la clemencia, empeñaba las cucharas, las sábanas, el pequeño tesoro de su noble Pepa y del único hijo. Se hablaba mucho de Gaspar Cisneros, cuyas obras, cuidadosamente recogidas en sendos cuadernos, hojeaban los neófitos reverentes. Por su apodo de *Cuba Libre* se llamaba al hijo del Marqués, que para no pesar sobre el amigo de su padre, se hacía de papel los huesos en que estudiaba, siempre vestido de negro, la medicina. Era sesuda y hospitalaria la casa de José Ramón Betancourt en Madrid; y quien se abrigó una vez en aquel hogar no olvida el habla suave, el rostro de dulce óvalo, la cabellera caída por las sienas, de la madre discreta de la casa, que ahora acaba de morir en la Habana, esclava aún: de Angela López de Betancourt.

PIEDAD ZENEA Y EMILIO BOBADILLA

Ya tiene noble compañero para el camino del mundo, siempre áspero a quien esquiva de sus tentaciones el talento y la virtud, la ideal criatura, a la vez candorosa y enérgica, que dió sin padre, en la tierra cruel, la alevosía de España. Ya, rodeada de amigos, de Piñeyro y Albarrán, de Solar y Goyeneche, de lo más valioso de nuestra gente en París, unió su vida Piedad Zenea a la del cubano famoso por el desembarazo de su pensamiento y el arte de su estilo: a Emilio Bobadilla. De ternura y lucha y soledad callada y de rudo trabajo, ha sido la vida de la hija del poeta, en quien la menor dote es la de su beldad perfecta e imperiosa. Ella, al lado de la triste viuda, ganaba con su trabajo, duro a la edad de los encantos, el techo y la mesa: ella, deslumbradora en el salón, era de día la penosa maestra: ella acaso, al cerrar la puerta al mundo, lloraba a solas. Por sí no había de llorar la huérfana valiente, sino la madre, a quien, de cuatro balazos en el muro, dejó sin compañero la nación que le usó a mansalva el deseo de sacar con decoro de la derrota a la patria que creía vencida; por el padre había de llorar, que la amó tanto y la cantó en sus días de muerte en versos de augusta serenidad, donde no halla quien sabe de almas, una sola voz de confusión o remordimiento. Hoy, la hija del poeta va del brazo hidalgo del autor de *La Momia*, en que centellea, fatídica, el alma cubana: en pocas lenguas hay quien pula el pensamiento, y lo respete y agrupe, con el brío y cuidado con que talla su castellano franco y numeroso Emilio Bobadilla. A la casa nueva de París envían flores de amistad cuantos, en el hospedaje de su corazón, guardan los versos de Juan Clemente Zenea, nunca tan bellos como cuando, con la frente a las rejas de su calabozo, veía, pensando en su mujer y en su hija, la pared a que lo habían de respaldar, para morir, las balas españolas.

LA MESA DEL MAESTRO

En pompas miserables, como una encía despoblada, gasta lo más de las gentes la bolsa y el honor, sin que al cabo les quede de la vida más que la soledad y la rabia; y otros ponen su goce en la satisfacción de la conciencia y el gusto de ser útiles, y la fiesta en un rincón de amigos, con uva fresca y flor sobre el mantel, y en torno a él la verdad y el trabajo. Por el bien del año era costumbre entre los puritanos y los

peregrinos dar las gracias de otoño, en mesa de familia: por el pingüe estío daban gracias a Dios, y por los pocos muertos en la refriega con el indio, y por el barco que traía arcabuces y biblias de Holanda: con la bota al muslo, y la mano al gatillo, entre un combate y una nevada, daban gracias. El pudín era casero, de mano de la mujer y de las hijas, y la sidra había de ser de las manzanas propias, porque entre aquella gente real se negó siempre el saludo a quien no rompía la tierra y le sacaba el santo maíz, o la manzana colorada. A su mesa de maestro convidó este año Tomás Estrada Palma a sus discípulos y amigos: ¿no ha de dar gracias él que de la presidencia de su república salió, sin volver el rostro, a la miseria de la expatriación, que con la esposa fiel vino a un monte de nieve, y compró casa y tierras, a trabajo puro, que en la labor amarga de crear hombres va poniendo libertad y brío donde el ejemplo corruptor del mundo llama a codicia y servidumbre, que de la guerra hambrienta y el movable destierro ha salvado el corazón valiente y mozo, y sin herida de los años, para empujar, con fe y juicio, la pelea franca y útil por el decoro de sus hermanos en la patria, y del hombre universal? No hay más riqueza que una frente tenaz que puede encararse al mundo, y decirle: "que me tentaste, y te vencí, me echaste lodo y resbaló sobre mi virtud, me ofreciste la sombra de la dicha, que brilla como los bastidores y las lentejuelas, y escogí la realidad de la ventura, que es mi trabajo augusto y libre, y mi esposa modesta, púdica como las tórtolas del monte, y esta luz blanda del campo, y estos hijos por donde se regará mi corazón sobre la tierra en que he nacido. Ama a Estrada Palma el pueblo limpio en que vive, y se lo mostró su gente mejor dejando sus hogares por sentarse a la mesa del maestro cubano: allí el amigo, el juez, el abogado, el reverendo: allí, con más orgullo, los veteranos de nuestra guerra, que con él padecieron hambre y sed: allí, silenciosos, los amigos del alma. ¡Abrámonos paso por la mar, para ir a dar gracias, allá en la única tierra, por la ventura de todos, y la virtud de los que la hayan comprado con su sangre! Y celebremos sin cansancio al hombre bueno, por ser de suyo el mérito encogido, y la desvergüenza tan buscona y escandalosa, que los merecimientos se han de sacar adonde se les vea, para que no se aflija y desvíe, con la maldad fácil y pingüe, el corazón flojo del mundo.

UN POBRE

A los soberbios de la tierra, a los que levantan la copa de champaña cómoda en honor de los que no bebieron jamás champaña en vida, a los

que calzan guante desdeñoso y visten frac, y van de ópera y club al abrigo de la paz y la riqueza que logró para la nación el genio de un labriego burdo, a los que viven cobardes e ingratos de la obra augusta a cuyos autores por pobres desdeñan: a éstos conviene la lectura de estas pocas líneas. En una revista yanqui describe una mujer al mocetón que vio allá por un pueblo de bohíos, cuando tenía él diecisiete años. Era largo, de pies y de manos, y desgarbado todo. De la tierra tenía manchas en las manos, y de la tierra comidas las uñas. O no llevaba zapatos, o los llevaba sin medias. Los calzones eran de piel de cabra, y tan cortos que se le veía el tobillo, huesoso y desnudo. Ese mozo, ese pobrete, ese descalzo, era Abraham Lincoln.

LA BUENA MADRE

Juan Miguel Portuondo, cubano útil y silencioso, acaba de graduarse de ingeniero en el colegio de Columbia, de larga fama en New York. Un hermano, Rafael, es abogado en Santiago; el médico es Ventura, bueno en alma y ciencia; José es otro ingeniero, que no teme al trabajo áspero, en el desierto o en la mina; otro, Antonio, ya asciende en la muerte, y era tierno y precoz; Juan Miguel ahora sale al mundo, ingeniero como el hermano, a producir y levantar. Pero el honor no es todo de ellos, ni lo es en lo más: sino de la madre, que, en plena juventud y riqueza, les sacrificó la vida. Del esposo que se le acabó tuvo los hijos, y de la mano los ha ido llevando la madre leal, con el silencio del muerto en su corazón, de modo que al terminarse el misterioso camino, pueda decirle al compañero solitario: "éstos son tus hijos". Con ellos estudió, con el abogado en Barcelona, con los ingenieros en New York, con el bachiller latín, con los otros dos físicas y agrimensura, y en el santo oficio, al borde de la mesa de familia, le iban creciendo como una luz, las canas. Antonio ya se fue; fue a consolar al padre triste: a llevarle cuenta de la familia honrada y ejemplar. ¡Juan Miguel: sé digno de tu madre!

AMERICANA PALMA

Por los hijos florece la vida, que suele ser como el aloe, todo desnudo y como acabado, sin más flor que los hijos. Para un poeta una hija, bella y buena, es como el mundo de perla y suave oro que se levanta de la noche oscura sobre la peña de los montes y la tiniebla de a mar. De Francia acaba de venir, a la casa donde sólo se asila a la

virtud, la casa de Tomás Estrada Palma, la hija que nació de almas de Cuba en el destierro ansioso: Americana Palma. Caía la nieve cuando pisaba el puerto ella, como si saliesen a recibirla las mariposas y las palomas. En el andén del pueblo hospitalario de la montaña la recibían, rodeando al leal patriarca, los amigos de Joaquín, los alumnos del colegio que cría hombres, las niñas curiosas de ver de cerca a la que por modesta y agraciada les celebran tanto. En el poeta ausente pensaba la amistad: y en uno de los rasgos más bellos del hombre, que es aquel de un poeta griego que murió pobre, y legó por testamento a un amigo el cuidado de su hija.

"IGNACIO MORA"

Ya está en volumen, y sale en este instante de las prensas, el libro feliz de Gonzalo de Quesada, tan buscado aun antes de salir al público: su "Ignacio Mora". En *Patria* se le ha leído; pero el volumen sale enriquecido. *Patria* dirá de él.

UN ARTÍCULO

Al cerrarse *Patria* le llega un artículo, noble como todos los de él, de Fermín Valdés Domínguez, que se publicará en el número próximo.

Patria, 8 de diciembre de 1894.

1 8 9 5

- 1. ENERO 2**
- 2. ENERO 19**
- 3. ENERO 26**

UN FUNDADOR

Barranco se ha ido. A Greenwood, donde está Domingo Aldama, al borde de un lago, donde reposan en la misma sepultura Río Entero y Jesús María Castillo, llevaron los amigos fieles, y las amigas generosas, el cadáver de aquel cubano incorrupto, del que no se envileció con la riqueza. Pero en West Tampa es donde más se lamenta la ausencia de Manuel Barranco: están como más callados, sin el ferviente fundador, las mil casas nuevas de nuestro pueblo: floridanos y cubanos lamentan en voz alta la desaparición del fabricante activo, del comerciante intrépido, del hombre ansioso del bienestar de sus semejantes. El quería casas anchas para el pueblo nuevo, casas anchas y elegantes para los trabajadores: él, con Figueredo y Martín Herrera, con Teodoro Pérez y el constante Ibern, con los O'Halloran y el abnegado Silva, con tanta alma más, fuerte y probada, quería recreos honestos, hogares claros que convidan a la felicidad, escuelas seguras y amplias, donde quepa todo el mundo, teatro puro, de virtud y de patria. El levantaba, alrededor de su fábrica, su barrio de casas alegres; pero ya no andará por ellas, presidiendo e inspirando, cuando, cumpliéndole el deseo criollo, el deseo de luz y de cielo, pintan sus casas de blanco y de azul.

AGRAMONTE Y BETANCOURT

Las almas de un temple hacen bien en unirse, y no hay tortura mayor que el desinterés unido al egoísmo, ni mayor dicha que ir de mano por el mundo con el mismo generoso fin, prontos a quemar la casa, antes que abrirla al deshonor, prontos a abrigarse del destierro en la virtud, prontos a levantar el hogar sobre la ruina y la ceniza. De Ignacio Agramonte todo es nuestro: su abnegación nos guía, su carácter nos honra, su mirada nos enciende las entrañas cobardes, su memoria grata y pura es como una riqueza en cada hogar, sus hijos son como nuestros hijos. Si errasen, sufriríamos. Si van por el mundo con el alma limpia del padre,

con el alma fiel de la madre, gozamos, como con nuestra propia pureza. El hijo de Ignacio, que es ya hombre por sí, saca ahora del hogar querido de Graciano Bctancourt a una hija bella: a Emma, que ama todo lo noble.—Cuelguen a la puerta de su casa nueva la corona de laurel del padre: ¡algún día iremos reverentes a quitarle la cinta del luto!

DOS VIAJEROS

De la estación de la vida acaban de salir, allá en tierra de Cuba, dos cubanos que tienen larga y fiel familia en New York. Joaquín Baralt y Celis es el uno, hombre de estudio y entusiasmo, que iba por el mundo con el dolor de haber visto morir, de un arrebato de la juventud desalentada, a su hijo poeta, a José Simón; el otro es Rodrigo Ponce de León, hermano de Néstor. La muerte no debe ser penosa para los que han vivido bien, ni para los que les conocían de cerca las virtudes. Morir es seguir viaje.

JOSÉ PORTUONDO

Se va a nuestra América, a la hospitalaria y laboriosa Guatemala, nuestro ingeniero José Portuondo. El sacó el grado del Colegio de Columbia, y luego, en oposiciones en New York, obtuvo primer puesto en la competencia. El favor fue a otro, y el honor quedó en él, y en su patria. Los guatemaltecos le conocerán y amarán el talento útil, y el carácter moderado y noble.

Patria, 2 de enero de 1895

2

EL DOMINGO DE UN CUBANO

De una amarga noche de vela, con el puñal clavado ya en el corazón, salía *Patria*, hace un domingo o dos, de un hotel humilde, a eso de las siete de la mañana lodosa y negruzca. El viento arremolinaba y helaba la lluvia; uno u otro osado, hundido en el gabán, cruzaba la plazuela: la humedad mortal enfriaba los huesos. Subió *Patria* a un tranvía, y el pasajero único que halló, a las siete de la mañana de aquel domingo, era un cubano: un cubano que de sol a noche trabaja doblado sobre su mesa de obrero, y el domingo, cuando podía descansar junto a la mujer leal y la hija precoz, se arranca de ellas, para trabajar por ellas. Esa

es Cuba: unos, los más menguados e incapaces, los más sórdidos e inútiles, los más serviles y mercenarios, befan o rebajan el sacrificio noble a que jamás ayudaron con sangre ni bolsa, o que, por cortedad de alma, no pueden entender ni amar: otros se levantan sin sol, en el agrio domingo extranjero, para comprar un libro más a la hija, o poner una flor sobre el mantel, o dar de nuevo a la patria el rifle de que la privó la cobardía o la delación. Calaba el frío los huesos. Y al despedirse Patria, y tropezar su brazo al levantarse: “¿Qué es esto?—dijo—¿de quién es esto?” “Eso es mío”, dijo el cubano, “ésa es mi tabla de trabajar”. Siguió el carro su camino, y *Patria* su amargura. La calle estaba fangosa y desierta.

VIL

Dichoso, muy dichoso, pasó un ente humano, nacido en Cuba, por junto a una mesa de cubanos donde se hablaba del *Lagonda* y el *Amadis* y el *Baracoa*, y del rumor de que Cuba infeliz, y decidida a ganar con sangre su libertad, ha estado a punto de recibir, cargados de hombres que llevaban en la cartuchera la muerte, tres vapores de armas. Los compatriotas de aquel hombre han estado a punto de exponerse a morir por él, por su decoro y su felicidad: la patria de aquel hombre se ha visto en el peligro de deber postergar, acaso por muy largo tiempo, a no ser por la vigilancia y energía de sus hijos, la empresa de hacerse libre; los amigos de aquel hombre han demostrado plenamente las cualidades de acción y de sigilo que respeta toda alma viril, y sólo desconocen y mofan las almas bajas; la pérdida de la ocasión formidable y ordenada, y de la labor de un patriotismo que no se satisface con mendrar “monjetas” y vino de Alella entre picadas y chismes, habría sido, por el momento siquiera, la pérdida, lamentable por todo corazón honrado, de las esperanzas de honor y dicha del país en que aquel hombre nació:—¡y él pasaba, decidor y dichoso, frotándose las manos, recalentado el ojo mortecino, la cara fofa deshecha en risas, y se acercó a los cubanos de la mesa:—“¿Conque barquitos, eh? ¿Parece que tenemos barquitos? ¿Conque han perdido los barquitos?”—¡Y pasó dichoso y decidor, frotándose las manos! ¡Acaso el vil que habla así del peligro de muerte de sus compatriotas, del esfuerzo patente y puro de sus compatriotas, más respetable mientras más infortunado, lleva en la lengua el nombre de la patria a cuyos defensores deshonor—los defensores que tienen, por lo menos, la voluntad y valor de morir! ¡Vil!

"FLEURS DES MORNES"

Haití tiene más de un poeta, y muchos y buenos en verdad, así como sendos libros de singular pericia en política y hacienda, y mucho hombre con quien se puede hablar, muy mano a mano, de Guyau y Darmestester. De los poetas, por abundoso, y a veces gigantesco, por pujante y nómada, tiene fama europea y americana Oswald Durand, que escribió a Cuba una verdadera oda, y es a la vez meseniano como Delavigne y coplero como Gringoire: taza de bronce, resonante y bruñido, es la estrofa patriótica de Tertulien Guilband, y como flor de maravilla sus recuerdos de niñez, y los de amor fina media de seda, muy leve y calada: Edmond Héraux es como un novio de la naturaleza, que sólo en su isla hermosa la ve plena y lozana, y no gusta de ir a ella sin Julieta y Leonor, ni de hablarle sino en lengua bataneada, sincera y florida: es como quien sale al campo de sombrero de pelo, y bastón de puño de oro. La pasión, melancólica y ardiente, caldea e ilumina la lengua elegante de "Fleur des Mornes", el libro artístico que *Patria* recibe hoy de Edmond Héraux. El desdén la originalidad violenta y vacía, y sólo cree durable la forma sobria de la emoción real. El llora sobre la patria; pasea, renovado, a través de los campos; invita a Cecilia a hacer un ramo de las escasas rosas de la vida; se para a oír la historia de una hoja abandonada; no irá ya más con Julieta, "tocada de Dios", a soñar, y a andar despacio por la llanura; le ve al ángel hipócrita de Eleonora el demonio frío e infiel: canta otra vez a la patria "comprada con nuestra sangre roja". Es libro el de Héraux que se vuelve a leer y se acaricia, libro de pena suave, filial patriotismo, y fe en la beldad útil y reparadora del mundo. En él, como en todos los poetas haitianos, los versos sobre la patria adorada, la patria que del cepo nació a la academia, la patria que lleva en la frente el bonete de doctor y en los tobillos aún la marca del hierro, tienen el temple y la luz de una espada encendida

LA SANGRE NUEVA

En la escuela comercial de Packard es costumbre ejercitar a los alumnos en la expresión del pensamiento: el último día de la semana llenan la sala de sillas: alumnas y alumnos cuchichean ansiosos: se hablará de comercio, y de política de ideas, y de literatura, sobre los métodos de Teneduría o sobre las sagas irlandesas, sobre el cuño libre de la plata y sobre *Il Penseroso* de Milton: no sabe el comercio entero quien no sabe su poco de literatura, ni es literatura sana la que no

sabe su poco de comercio. Esta última vez la oratoria de Packard fue inesperada y nueva. Cuba anda en el aire: se ha hecho espada y voz el patriotismo cubano, hasta hace poco desmigajado y disuelto: lo que no se ordena, no anda: lo que no se junta, no vence: no hay golpe que abata, no hay cobardía que aniquile, no hay denuncia que anonade, no hay traición que eche atrás a un pueblo capaz y ofendido que se determina a arrancar a un déspota pobre y torpe su decoro: Cuba está en el aire, y se condensa y crece.—Un alumno, español de nacimiento, se puso en pie, a hablar de Cuba, y de su incapacidad para vivir emancipada de España, y de la suerte de Santo Domingo que el alumno novel cree definitiva e infeliz, y culpa de los dominicanos,—y de que esa suerte misma cabría en la independencia a Cuba. Oía la sala en silencio, acaso sorprendida, acaso indiferente: quien no oía indiferente era un criollo de dieciocho años, puro y fornido, recién llegado de Cuba y del colegio de Tomás Estrada Palma, un niño de nobleza natural, que esquiva el gozo inútil, y ama ya el deber. Le volaba el pensamiento mientras hablaban otros: su voz era la última: ¿hablaría él de lo que tenía estudiado, de Homero, de *Il Penseroso*, del comercio con los pueblos hispanoamericanos? Trémulo empieza a hablar, en el inglés pintoresco y dificultoso del novicio; pero a los pocos instantes la sala es suya, las mujeres lo aplauden, el director se echa de codos en la mesa, para oírlo mejor, el niño habla con toda la fuerza de la sinceridad y de su honor: ¿quién le ofende a su Cuba? ¿por qué Cuba, de hijos más trabajadores y cultos en su mayoría, y más universales y emprendedores que los hijos de España, no puede emanciparse de España? ¿cómo no tiene derecho Cuba a emanciparse de España, si los Estados Unidos tuvieron derecho de pelear contra Inglaterra en Bunker Hill? ¿qué sabe el otro orador de las causas verdaderas y pasajeras, del desarrollo lento de Santo Domingo, y de las luchas que ha tenido que sostener contra el extranjero, y entre el ánimo autoritario o liberal de sus propios hijos, que jamás se expresará del mismo modo, por ser diversos los componentes de la población y las condiciones en el pueblo de Cuba? ¿qué cubanos conoce el otro orador, que no ha conocido al cubano como es, gallardo de cuerpo, singularmente capaz, conocedor de los contrastes y diferencias de los demás pueblos del mundo, rebotando industria y empresa, aun bajo la codicia y la persecución de España en Cuba?: ¿se acabó el cubano bailarín, como tipo del cubano, y hay menos danza y vicio entre los hijos de Cuba, aunque no lo parezca así en esta ciudad o la otra, que en la mayoría de los pueblos del mundo!: "¡sobre todo,

orador, el cubano es como yo, que a los dieciocho años de mi vida estoy dispuesto a dar mi sangre a mi país!" El niño arrancó lágrimas: el español, conmovido, le apretaba las manos: el aplauso era largo y cerrado: lo rodeaban contentos sus compañeros: el director proclamó a Luis Rodolfo Miranda el primero en los puestos del día, y alabó públicamente el fuego de su palabra, el orden de sus ideas, su capacidad de trabajador,—y su amor a la libertad.

LAS ÓPERAS DE AGRAMONTE

De unos maestros es ir llevando al alumno al descuido, sin gran fuerza ni empuje: y de otros, como Emilio Agramonte, es poner toda su alma en la labor, y sacar del discípulo, a prueba diaria, toda la idea y el sentimiento. Eso se vio en las óperas hermosas que cantó el Conservatorio de Agramonte en el "Barkeley Lyceum", y de que hablará pluma maestra.

Patria, 19 de enero de 1895

3

"LA REVISTA LITERARIA DOMINICENSE"

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente, en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto: y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de la patria. Levantando a la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo: y no es manera de alzar el conjunto el negarse a ir alzando una de las partes. Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer;—y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defiendan a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se dé a mentado el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz, y del sol no se sale. Patria es eso.—Quien lo olvida, vive flojo, y muere mal, sin apoyo ni estima de sí, y sin que los demás lo estimen: quien cumple, goza, y en sus años viejos siente y trasmite la fuerza de

la juventud: no hay más viejos que los egoístas: el egoísta es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde.—En Santiago de Cuba vive ahora, en inseguro refugio, el dominicano Manuel de Jesús Peña, a quien llama un diario santiaguero, con razón, "maestro celosísimo, abnegado periodista, fundador afortunado, diputado integérrimo y ministro sin tacha", lo cual quiere decir que es hombre de veras, porque ha amado, y sacó la honra salva de la tentación del mundo. Pudiera el anciano Peña, allá en la "medianeza comedida" en que vive, descansar en infructuoso silencio de su vida de idea y de batalla; pero él sabe que es ladrón, y no menos, quien siente en sí fuerzas con que servir al hombre, y no le sirve. Estos cómodos, son ladrones: son desertores: son míseros, que en el corazón del combate huyen, y dejan por tierra las armas. El anciano Peña quiere que le conozcan mejor el país en que nació, y en que los cubanos se ven como en casa propia, porque ambas sangres han corrido juntas contra el mismo tirano; y a ese fin publicará en Santiago *La Revista Literaria Dominicense* que ya todos encomian y saludan.—A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América.—Lo demás, es podre hervida, y dedadas de veneno.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA EN "EL AMERICANO"

No podía el ameno semanario *El Americano* estrenar la página literaria que en el último número inaugura, con otra más graciosa y sentida que "La Duquesita" de ojos verdes, la niña leve e imperiosa, la hija fina y mimada del *Duque Job*. Por su imparcial y vasto corazón es aún más notable Manuel Gutiérrez Nájera que por el marfil y el oro de su verso: va por el mundo como fuera de él, no porque a la hora de la fatiga no le conozca las prácticas y bastidores, y pueda en él lucir y guiar, sino porque tiene en sí, y en su recuerdo vívido, las obras de beldad excelsas, como suprema y preferible compañía. Las dos aristocracias tiene: la de la indulgencia y la de la admiración. Quien no sabe excusar ni admirar, es ínfimo. De Nájera no podría decir Goethe, como en el libro de los proverbios del Diván, que a la poesía la echa del mundo el poeta. Su alma es elegante y altiva.

LA MADRE DE BERNABÉ VARONA

Como sagrado queda el seno donde palpité un héroe: la vida le es como perenne cántico: se le ama en la gloria, y en el error se le amaría:

lo ampara y rodea el pueblo filial, con el amor más tierno y firme, que es el del agradecimiento. Así los cubanos de Regla siguieron apiñados, y como si el féretro les llevase la bandera, a la madre anciana de Bernabé Varona, el que de un vuelco de la muñeca derribaba un toro, y de un salto del corazón libertaba a cientos los prisioneros españoles. Luego España deshizo a balazos aquella hermosa cabeza. ¿A qué? Los héroes renacen. Se salvó, pueblo que tuvo héroes. La sombra de los cobardes se empina en vano hasta la luz de las sepulturas. Bembetas iban detrás del cadáver de la madre de Bembeta; Bembetas pujantes, que le revolvieron en el belfo la sonrisa a un menguado que habló sin respeto de la madre sagrada.—Acá, en la espera del Norte, padece, cercada de amigos en su pena, la hermana fiel e indómita del arrogante príncipeño, la amiga de la patria y de los que la aman, Juana de Dios Varona.

PATRICIO JIMENO

El artista que de una mañana a otra, cuando la fiesta de Heredia, pintó, de mano feliz, el retrato al óleo del sublime poeta; el que compuso, de un ferrotipo leal y de una copia de Cisneros, un retrato tan vivo de José de la Luz que los que lo vieron, triste y profundo, dicen que así fue, y no hermoso ni relamido, el sabio humilde y doloroso; el brioso trabajador que con igual docilidad emplea el cordial espíritu en el óleo y en la escena, en el lápiz y en el canto, en la comedia y el pastel, anuncia ahora una fiesta de teatro. Será en *Berkeley Lyceum*, y de actores cultos y amigos.

NUESTRO HISTÓRICO ARNAO

Era joven el siglo, cuando Juan Arnao empezó a batallar, más a acero que a lengua, por la independencia de Cuba: y ahora van juntos, el siglo y él, sin que la historia tenga aún una nueva república, ni se le haya entibiado al anciano el corazón. *Patria* publicará, como bienvenida, el retrato del cubano tenaz. Nuestra idea es como él, que se robustece con los años.

LOS DISCÍPULOS DE CASTELLANOS

Sólo ama y entiende a Chopin quien le conoce a la música lo más fino y misterioso del alma. Pero al buen maestro no lo hace sólo el entender él, sino la caridad, y devoción artística, con que el que posee la belleza la explica e infunde. Así es maestro Miguel Castellanos, y va

a vérselo el raro mérito una vez más en el concierto a que convidan sus discípulos, para el treinta y uno de enero, en *Fifth Avenue Hall*.—Será noche artística.

LA VELADA DE SUCRE

En sala hermosa, y con toda la pompa del cariño, va a recordar al espléndido Sucre la Sociedad Literaria Hispanoamericana de New York, en la ocasión de su primer centenario. Aquel fue hombre solar, y no se piensa en él sin vida y resplandor. Sus victorias eran puras; su amistad, viril; su corazón, de alas; su muerte, súbita y sombría, como la puesta de la luz. Por él parecen reales, aun a quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses, y aquellos escudos de oro que bajaban del cielo a defender a los héroes. Amó la América, y la gloria, pero no más que la libertad. La prosa que lo cante ha de ser apretada y movable, como sus batallones cuando daba en ellos el sol: y su oda, como el eco, que va de monte en monte, por las crestas blancas de los Andes.—Y así serán, y como de hijos reverentes, los tributos que ofrendará al glorioso americano la leal Sociedad Literaria de New York.

Patria, 25 de enero de 1895